EDWARD HALLETT CARR

1917. Antes y después
(La revolución rusa)



Edward Hallett
Carr

1917. Antes y después

sarpe

ganz1912

Título original: Before and After 1917.
Traducción: José Cano Tembleque.

Pedro Teixeira, 8. 28020 Madrid.
Traducción cedida por Editorial Anagrama.

Depósito legal: M - 22596 - 1985.
ISBN: 84 - 7291 - 877 - 7 (tomo 31.°).
ISBN: 84-7291-736-6 (obra completa).
Impreso en España - Printed in Spain.
Imprime: Gráficas Futura.

En portada: *Cuadro de propaganda soviético conmemorando los primeros años de Lenin como activista revolucionario.*

Edward Hallett Carr

Edward Hallett Carr nació en Inglaterra en el año 1892, y se educó en el célebre Trinity College de Cambridge. Al terminar sus estudios universitarios ingresó en la carrera diplomática en plena Primera Guerra Mundial, en el año 1916, ocupando puestos en París y en la capital letona, Riga. Junto con su compatriota y también historiador Arnold J. Toynbee, participó en el Congreso de la Paz celebrado en Versalles al final de las hostilidades. Más tarde formaría parte de la asesoría de la empresa pacifista que fue la fracasada Sociedad de Naciones.

En 1936 ocuparía la cátedra de Relaciones Internacionales de la Universidad galesa de Cardiff. A partir de este momento comienza a hacer público su pensamiento filosófico-histórico con una radical crítica del utopismo que había determinado la política internacional de su país en los últimos años. Gran realista, Carr considerará a la política como una permanente actuación en función del poder de que se disponga en cada caso. En el año 1939, al término de la guerra civil española y al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, el historiador británico observará nuestro conflicto interno como una verdadera guerra civil europea, librada entre fascismo y liberalismo sobre territorio español.

Durante la Segunda Guerra Mundial —entre 1941 y 1946— ocupará el privilegiado puesto de subdirector del prestigioso diario londinense «The Times», desde donde lanzará aceradas críticas contra el idealismo mostrado por los Estados Unidos a la conclusión del conflicto, y su creencia en la posibilidad de que la recién creada organización de las Naciones Unidas podría servir como efectivo instrumento de prevención de futuros conflictos.

Cuando se encontraba próximo a la sesentena, el historiador británico se dedicó en exclusividad a la elaboración de su monumental *Historia de la Rusia Soviética*, tarea que le ocuparía íntegramente los últimos tres decenios de su vida hasta el momento de su muerte, acaecida en el año 1982.

«1917. Antes y después» Los escritos que integran este volumen se escribieron en diversas ocasiones a partir de 1958, fecha de publicación de *Studies in Revolution* (traducción castellana, *Estudios sobre la revolución*, Madrid, Alianza, 1968). El primero constituye una versión ampliada de varias conferencias y emisiones dadas por E. H. Carr en Inglaterra y los Estados Unidos en 1967, para conmemorar el cincuenta aniversario de la revolución de 1917; el segundo se escribió como prólogo a la traducción de la novela *¿Qué hacer?*, de Chernichevski (Vintage Books, New York, 1964). El tercer escrito es una fusión de dos artículos sobre Rosa Luxemburgo, publicados en «The Times Literary Supplement» en los años 1951 y 1966. El cuarto es una versión un tanto abreviada del prólogo escrito para la edición inglesa de *El ABC del Comunismo*, de Bujarin y Preobajenski, publicado por la Editorial Penguin. El quinto es el texto, ligeramente retocado, de una emisión de la BBC, aparecido en «The Listener» el 4 de agosto de 1955. El sexto y el séptimo se escribieron como colaboraciones a dos volúmenes de ensayos en homenaje a Herbert Marcuse (*The Critical Spirit*, Beacon Press, Boston, Mass, 1967) y a Maurice Dobb (*Socialism, Capitalism and Economic Growth*, Cambridge, University Press, 1967). Por último, «Los sindicatos soviéticos», «La tragedia de Trotsky» y «La revolución inconclusa» son comentarios publicados en diversas fechas en «The Times Literary Supplement». El autor es bien conocido por las recientes traducciones al castellano de *¿Qué es historia?*, *Estudios sobre la revolución* y *Los exiliados románticos (Bakunin, Herzen, Ogarev)*, obra ya publicada en esta colección.

Los temas abordados, que giran en torno a la Revolución de Octubre, son de un gran interés para interpretar la historia contemporánea: el leninismo como adecuación del marxismo al contexto histórico de la Rusia zarista; a propósito del *El ABC del Comunismo*, de Bujarin y Preobajenski, una reconsideración de la utopía bolchevique; Rosa Luxemburgo y el movimiento espartaquista alemán; los problemas de la industrialización y la colectivización en gran escala; las características del sindicalismo soviético; Rusia cincuenta años después de 1917, o la revolución incon-

clusa; la tragedia de Trotsky, el profeta derrotado por la intransigencia del futuro dictador, Stalin... Cierra el volumen un sobrio y emocionado *In memoriam*, escrito en ocasión del fallecimiento de otro gran historiador: Isaac Deutshcer. Todo ello siguiendo de alguna manera el modo habitual de historiar del autor, despersonalizado y riguroso. La obra se ensambla de esta forma perfectamente con el resto de la producción del historiador británico, que se alza como el más efectivo estudioso y tratadista de la historia de Rusia a partir del triunfo revolucionario.

Pero Carr, en otras de sus obras —que se incluyen en la bibliografía que sigue—, no sólo trata cuestiones estrictamente rusas. Por el contrario, observa con atención y agudeza temas como el de la Europa de entreguerras, la historia de Rusia, el judaísmo, figuras políticas de especial significación o aspectos diversos del socialismo y del comunismo. Con la misma lucidez de siempre, Carr vuelve aquí a manifestarse como el mejor estudioso de la problemática del socialismo teórico y aplicado.

Lo que otorga, sin embargo, al historiador británico su verdadera significación en el plano bibliográfico es una gran historia de la Rusia soviética. Dotado de la gran capacidad de síntesis cargada de elementos informativos que constituye el rasgo más acusado de las escuelas historiográficas británicas, Carr ha elevado una ordenada y vasta construcción que reúne perfectamente ensamblados tanto planteamientos teóricos como realizaciones prácticas plasmadas en la realidad contemporánea.

La mera relación de cada uno de los cuatro sectores que componen esta obra, a la que dedicó una labor de treinta años, sirve para expresar por sí misma el alcance de sus objetivos y la cobertura de su tratamiento. Entre los años 1917 y 1929 establece con profundidad los apartados referentes a la realización práctica de la revolución, el período denominado «de interregno» que contempla el ascenso de Stalin, la puesta en vigor de la política de un obligado «socialismo en un solo país», para pasar finalmente a tratar con gran minuciosidad el tema de las bases de la economía planificada en la Unión Soviética.

Adoptando las posiciones más objetivas posibles para todo historiador que trata de observar el pasado con rigor, Carr consigue

vencer toda negativa posibilidad de fácil maniqueísmo, dominante de forma tan señalada en su tiempo con respecto a la tan mitificada y, a la vez, denostada revolución bolchevique. Si en el mundo tuvo una fuerte repercusión la aparición de esta obra a partir del año 1950, en España, su publicación, veintidós años más tarde, vino a representar la presencia de un material dotado de una alta calidad en todos los sentidos, que superaba ya de forma definitiva a la mayor parte de la literatura histórica accesible en nuestro país acerca del fenómeno que ha determinado la evolución del mundo durante todo este agitado y convulso siglo.

La revolución rusa

Los antecedentes

En octubre de 1916, Europa entra, al parecer inevitablemente, en un tercer invierno en guerra. El conflicto se prolonga interminablemente, y muchos europeos sienten haber llegado al límite de sus fuerzas. A las pérdidas humanas en los campos de batalla se suman las degradadas condiciones de vida de amplias capas de la población civil y el cansancio de los ejércitos. En ambos bandos, nadie cree ya en una victoria relámpago.

El hastío, sin embargo, no siempre provoca la rebeldía como respuesta. Y los asalariados del capital han venido soportando hasta entonces, sin grandes réplicas, los costes sociopolíticos de la puesta en marcha de más o menos fuertes economías de guerra; parte del proletariado, es cierto, ha obtenido de la coyuntura bélica determinadas mejoras laborales que, a pesar del riesgo de lo provisional, vendrán a menudo a reforzar la tendencia reformista, o ya débilmente revolucionaria, de una parte importante de la socialdemocracia europea. Así, a lo largo de 1915 la mayor parte de los medios laborales de los países en guerra se ven desgarrados por una profunda fisura, abierta entre aquellos a quienes favorecen las mejoras y aquellos otros que, por el contrario, han experimentado con el conflicto bélico un importante deterioro en su nivel de vida, ya de por sí deprimido.

Las huelgas promovidas por estos últimos serán un paso más en la ruptura crispada de la socialdemocracia europea, hecho real al final de la guerra. Sólo los más radicales, los más conscientes de la cruda oportunidad que ofrecía la guerra imperialista, osaron entonces lanzarse a la subversión del orden burgués.

En ninguno de los países contendientes el cansancio de la guerra, el descontento con la dirección de la misma y del país, y la escasez fueron tan perceptibles como en la Rusia de los zares. Y ello vino a coincidir con una potente reflexión teórica de muchos revolucionarios durante largas temporadas en el exilio. La expe-

riencia de 1905, que tan fecundas enseñanzas teóricas generara en la izquierda rusa del momento, volvía ahora a recuperarse, tratando de obtener fruto del momento presente.

En septiembre de 1914 había escrito Lenin sus *Tesis sobre la guerra*, uno de los textos del marxismo más difundidos antes de 1917. También a finales de 1914, Trotsky encontraría en la guerra el lugar oportuno para hacer estallar la acción de masas *(La guerra y la Internacional)*. No se trataba de la novedad de unas condiciones sólo entonces conformadas, sino, por el contrario, de algo más esperanzador para el proyecto revolucionario: de la deseada aceleración de las tensiones que habrían de llevar a la sociedad occidental, agotada y capitalista, hacia su conversión en un mundo sin explotadores.

Los hechos

Febrero de 1917. Estalla la revolución más violenta de todos los tiempos. En unas semanas la sociedad se deshace de todos sus dirigentes: el monarca y sus hombres de leyes, la policía y los sacedotes, los propietarios y los funcionarios, los oficiales y los amos. No hay ciudadano que no se sienta libre de decidir en cada momento su conducta y su porvenir. Surge entonces, de lo más profundo de Rusia, un inmenso grito de esperanza: en él se mezcla la voz de todos los desdichados, de todos los humillados. En Moscú, los trabajadores obligan a sus dueños a aprender las bases del futuro Derecho obrero. en Odesa, los estudiantes dictan a su profesor un nuevo programa de historia de las civilizaciones; en el ejército, los soldados dejan de obedecer a sus superiores. Nadie había soñado jamás con una revolución así. Ni siquiera los propios bolcheviques. El desorden indujo a Stalin a lanzar, en marzo, un llamamiento a la disciplina militar; y a Kropotkin a pedir, en junio, ponderación. A Lenin ese caos le satisfacía; era preciso acabar con la antigua sociedad. En sus *Tesis de abril* fue uno de los pocos en alentarlo. Hubo de convencer entonces a los miembros de su propio partido de la necesidad de aprovechar el desorden para colocarse a la cabeza de las masas y crear unas nuevas instituciones socio-económicas.

Pero transcurrieron ocho meses de revolución antes de que

Lenin convenciera a sus compañeros de la validez de esta enseñanza de Marx; para que la acción del partido no quedara rezagada de la sociedad; para que Octubre aceptara el reto de Febrero.

En efecto, tras los «cinco días» de febrero, las masas, impacientes, multiplicaron las huelgas, ocuparon fábricas y confiscaron las tierras de los latifundistas; se estaba realizando una verdadera revolución social, paralelamente al poder que se creó —el de los soviets—, mucho más moderado a la hora de introducir reformas en el ordenamiento del país.

El fenómeno de ahondamiento de la revolución empezó a percibirse en otoño, al plantearse el problema de la guerra. El Gobierno de Kerenski no quería firmar la paz a cualquier precio y por separado de las potencias aliadas. El propio Lenin consideraba que una paz así sería una vergüenza para unos, un error para otros, y que a la larga significaría favorecer el triunfo del imperialismo alemán. Sin embargo, el pueblo ruso no estaba de acuerdo con sus líderes. Así, en julio, la rebeldía de los soldados que rehúsan marchar al frente desborda hasta a los líderes bolcheviques, que se ven obligados a unirse a la causa de los soldados sublevados. El Gobierno de Kerenski hizo recaer la responsabilidad de estos incidentes en los bolcheviques y ordenó arrestar a sus líderes. Lenin tuvo que huir a Finlandia.

En el mes de septiembre, sin embargo, los bolcheviques seguían teniendo mucha fuerza. Desde su escondrijo finlandés, donde vivía oculto bajo disfraz, Lenin empezó a presionar al Comité Central del partido para que dejase de colaborar con Kerenski y tomase el poder, dado que contaba con mayoría en los soviets de Petersburgo y Moscú. Los demás miembros del Comité Central no comprendían la prisa de Lenin por provocar una insurrección popular y hacerse con el poder. Sin embargo, Lenin acabó convenciéndoles. El llamamiento a la insurrección fue hecho por el importante y prestigioso Soviet de Petersburgo, «para detener a las fuerzas contrarrevolucionarias».

Los regimientos de la capital, la Guardia Roja y los marinos de Kronstadt se rebelaron a sus superiores, de ideología reaccionaria: se ocuparon las oficinas de Correos, las estaciones y los puentes. Así, los puntos estratégicos cambiaron de manos sin efusión

de sangre y sin que el Gobierno tomara verdaderamente conciencia de lo que estaba sucediendo. Pero sus centros neurálgicos ya no respondían, las tropas llamadas en refuerzo no llegaban y no se cumplían las órdenes. Se estaba llevando a cabo una gran revolución y nadie parecía percatarse de ello.

En la noche del 24 de octubre, la ciudad de Petersburgo estaba en manos de los insurgentes, cubierta de barricadas. Sólo resistía el Palacio de Invierno, con sus batallones de mujeres y los contingentes de jóvenes oficiales. Kerenski, acorralado, se disfrazó de marino y logró escapar. Al día siguiente, el Gobierno era derrocado y el Palacio de Invierno tomado. Horas antes, de los 673 delegados presentes en el II Congreso de los soviets, 390 delegados bolcheviques aclamaban a Lenin como nuevo jefe de Gobierno de Rusia. Los bolcheviques quedaron dueños absolutos del Congreso. En lo sucesivo iban a conservar el poder sólo para ellos, tras instaurar una dictadura del proletariado.

Las consecuencias

Nada más tomar el poder, Lenin constituyó un nuevo Gobierno, al que llamó Soviet de los Comisarios del Pueblo, y adoptó una serie de medidas que, además de espectaculares, no dejaban de ser ilusorias. Así, el decreto sobre la Tierra, a favor de los campesinos; el de las Nacionalidades, que admitía a éstas el derecho a la autodeterminación, y el decreto sobre la Paz, que llevó a la apertura de negociaciones con el enemigo, pero también contribuyó a transformar la guerra extranjera en guerra civil.

El nuevo régimen parecía dispuesto a actuar con fuerza y determinación. Sin embargo, reinaba una gran incertidumbre. Durante los ocho meses de la revolución de febrero, los bolcheviques no habían dejado de acusar al Gobierno moderado de retrasar la convocatoria de una Asamblea Constituyente. De suerte que Lenin y sus seguidores no podían no convocarla.

Con un 25 por 100 de los votos conseguidos en las elecciones de noviembre, los bolcheviques eran netamente minoritarios en la Asamblea; Lenin decidió entonces calificar a la Constituyente de «broma liberal», y en la primera sesión el bochevique Sverdlov

leyó una declaración sobre los derechos del pueblo y pidió a la Asamblea que votara inmediatamente un texto que reconociera el poder de los soviets y la legitimidad de los decretos. Al negarse los reunidos, se hizo evacuar la sala y, como la secretaría del II Congreso de los soviets había ordenado la disolución de una Asamblea que pretendía derrocar el poder de los soviets, no hubo una segunda sesión. La indiferencia del público ante este hecho fue completa: la experiencia de la democracia parlamentaria había durado unas horas en la nueva Rusia.

Decididos a firmar la paz, los bolcheviques se reunieron con los alemanes en Brest-Litovsk. Surgió entonces el enfrentamiento entre Lenin y Trotsky: el primero era partidario de la paz a cualquier precio; el segundo intentaba conciliar diversos puntos de vista, esforzándose en negociar sin pactar, y esperando que cundiera la fraternización y que el espíritu revolucionario conquistara al ejército alemán. Pero como mientras tanto los ejércitos alemanes seguían avanzando por una Rusia en desorden, hubo que ceder, sacrificando la causa de una revolución europea a la necesidad de salvar el régimen soviético. La consecuencia fundamental de la firma de la paz fue la escisión de los revolucionarios en dos frentes y el estallido consiguiente de la guerra civil. Los contrarrevolucionarios y las potencias extranjeras antibolcheviques se unieron al ejército blanco y complicaron aún más la situación. Tras una penosa guerra civil, en 1920 se produjo la retirada de las tropas blancas en Crimea y en el Cáucaso. Finalizaba así el conflicto bélico y empezaba una nueva fase en la historia del pueblo ruso: no todo iba a ser, sin embargo, éxitos, riqueza, progreso y bienestar.

Fechas clave

1894 Nicolás II es coronado en Moscú como nuevo zar de todas las Rusias. La fiesta de la coronación termina con la catástrofe del campo de Chodynka. El nuevo zar se apoyará, a la hora de gobernar, en el binomio autocracia-ortodoxia, alentado por su esposa, Alejandra, princesa de Hesse-Darmstadt.

1896 Desórdenes en Finlandia, Polonia, Ucrania y el Báltico contra la rusificación. Huelgas, revueltas agrarias y sociales sumen al imperio de Nicolás II en una situación crítica.

1898 El Partido Obrero Socialdemócrata es desarticulado por la policía, pero vuelve a organizarse en el extranjero en torno a Plejanov, Vera Zasulich y Pavel Axelrod. Vladimir Ilich Ulianov, llamado Lenin, difunde las ideas revolucionarias en sus escritos y desde las páginas del periódico «Iskra». Nacido en Simbirsk y abogado de profesión, se adhiere a un grupo marxista clandestino y profundiza en el estudio del marxismo durante su destierro en Siberia y en el exilio (Londres, Munich, Ginebra).

1902 Plehve, ministro del Interior, elimina los restos de autonomía administrativa, infiltra agentes de la policía secreta entre los socialrevolucionarios, dirigidos por Chernov y Savinkov, y trata de combatir su terrorismo con asociaciones obreras organizadas «desde arriba», entre ellas la del pope Gapón.

1903 Pogromos antisemitas en el sur de Rusia, también fomentados por el ministro del Interior, Plehve. Ante el radicalismo revolucionario se crean organizaciones como la Liga de la Liberación de los demócratas constitucionales, llamados kadetes. En Bruselas y Londres se celebra el II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata, en el que se produce la escisión entre mencheviques (minimalistas, marxistas ortodoxos que creen necesario esperar el pleno desarrollo del capitalismo y del proletariado para comenzar la acción revolucionaria), entre los que destacan Martov, Plejanov y, por breve tiempo, Trotsky, y bolcheviques (maximalistas), dirigidos por Lenin, que preconizan la dictadura

del proletariado a través de un partido en el que también se encuentre representada la clase campesina.

1905 La catastrófica «guerra contra el enano japonés» desencadena la Primera Revolución rusa. En Petersburgo, el ejército abre fuego el 9 de enero, más tarde llamado «Domingo sangriento», contra los manifestantes, que, dirigidos por Gapón, trataban de entrevistarse con el zar. La indignación popular, las huelgas y las revueltas se extienden por toda Rusia. Motín de los marineros del acorazado «Potemkin» en el puerto de Odesa y de la guarnición de Kronstadt. En Londres, los bolcheviques deciden participar en la revolución «democrático-burguesa» para después tratar de transformarla en revolución socialista con el apoyo de las masas campesinas. Formación de los primeros soviets, o consejeros obreros... Insurrecciones en Finlandia y Polonia. El zar promete, en el mes de agosto, una Duma legislativa o parlamento, y en el Manifiesto de octubre promulga una Constitución elaborada por el ministro Von Witte.

1906 Era del pseudoconstitucionalismo. Con el primer ministro Stolipin vuelven a imponerse la reacción y la policía. En junio queda abierta la primera Duma, llamada «de la esperanza popular», que solicita un auténtico régimen parlamentario. Dicha Duma realiza las primeras reformas agrarias, con las que se trata de crear una clase media campesina (kulaks) y aumentar su poder adquisitivo, a fin de impulsar la economía del país.

1907 La concentración parcelaria, la supresión del sistema del «mir» y los proyectos de colonización determinan un incremento del proletariado agrícola y un aumento de la influencia de los partidos socialistas en la segunda Duma, o asamblea parlamentaria, llamada «de la cólera popular».

1908 Después de algunas modificaciones del sistema electoral, se crea la tercera Duma llamada «de los señores, popes y lacayos». Significa un retorno a la orientación autocrática. Continuas agitaciones y huelgas, aumento de la emigración a ultramar y a Alemania. La corte del zar está dominada por un «enviado de Dios» y taumaturgo, el campesino siberiano Rasputín.

1912 Tras el asesinato de Stolipin, acaecido el año anterior, se suceden las agitaciones de las clases trabajadoras. Le

suceden primeros ministros rusos mediocres, que encuentran en la cuarta Duma una asamblea bastante dócil, cuya mayoría se ha desplazado hacia la derecha nacionalista en detrimento de los octubristas y los progresistas. Guerras balcánicas: Rusia pierde el control político sobre la zona. Consideradas como una maniobra diversiva ante la amenaza revolucionaria, dan al traste con la confianza de los círculos paneslavos y militares.

1913 Se firma un tratado naval con Francia. Los empréstitos franceses posibilitan el rearme ruso.

1914 Asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo. Empieza la Primera Guerra Mundial: Austria y Alemania se enfrentan, en el frente oriental, a Serbia y Rusia. En un primer momento se produce la retirada alemana ante los rusos en Prusia oriental, pero Hindenburg consigue detener al enemigo en Tannenberg y los lagos Masurianos. La ofensiva rusa en Galitzia obliga a los austríacos a replegarse hacia los Cárpatos.

1915 Ofensiva conjunta austro-alemana contra las tropas del zar. Las insuficiencias técnicas y económicas y la mediocridad de la burocracia explican la derrota rusa y la pérdida de Polonia y Lituania. La zarina, aconsejada por Rasputín, interviene en el Gobierno y nombra ministros incapaces. Se prepara un complot para sustituir al zar por su ambicioso hermano, el gran duque Miguel, un hombre sin escrúpulos.

1916 Ofensiva de las tropas rusas en la Bukovina y Galitzia (ofensiva Brusilov), con graves pérdidas humanas rusas: se observan los primeros síntomas de desmoralización en el ejército del zar. Rasputín muere asesinado.

1917 El fracaso de la ofensiva Brusilov y el descontento popular, provocado por la excesiva duración de la guerra y la escasez de víveres, desencadenan una serie de disturbios que culminan en el estallido de la Revolución de Febrero en Petrogrado (San Petersburgo): varios cuerpos de ejército se pasan a los revolucionarios. Se funda el comité ejecutivo provisional del Consejo Obrero. Abdicación de Nicolás II y gobierno provisional del príncipe Lvov, que se disputa el poder político con el Soviet de obreros y soldados de Petrogrado, el cual ejerce el control sobre las fuerzas armadas. En el mes de abril, Lenin vuelve a Rusia en

el «vagón precintado», procedente de Suiza, y enuncia las *Tesis de abril* pidiendo la revolución socialista, la constitución de una república de soviets y la nacionalización de la banca y de la propiedad privada. Entre los meses de abril y julio, un golpe de Estado bolchevique fracasa en Petrogrado por la intervención del ejército. Lenin huye a Finlandia y Kerenski es nombrado primer ministro. Tras el golpe de Estado del general Kornilov, en el mes de septiembre, se funda el Politburó del partido bolchevique, del que forman parte, entre otros, Lenin, Trotsky y Stalin. El 24 de octubre estalla la Revolución de Octubre en Petrogrado. Los miembros del gobierno provisional son detenidos. Kerenski huye. El empeño en continuar la guerra, la negativa a distribuir tierras y el aplazamiento de las elecciones para la Asamblea Constituyente han provocado la caída del gobierno provisional. Desde el poder, los bolcheviques promulgan los decretos sobre la Paz y la Tierra para poner fin a la guerra y al latifundismo.

1918 Tras las elecciones, celebradas en el mes de noviembre anterior, apertura de la Asamblea Constituyente: Rusia es proclamada República Democrática Federal. Al día siguiente, la Asamblea es disuelta por el Consejo de los comisarios del pueblo, apoyado por las tropas rojas. La dictadura bolchevique propugna la paz con Alemania, firmada en Brest-Litovsk. Las condiciones de paz no son satisfactorias para los socialistas revolucionarios, que se enfrentan sin éxito con el Gobierno comunista. El levantamiento de la Legión checoslovaca inicia la guerra civil rusa. En el mes de julio, el zar Nicolás II y su familia son asesinados. Un atentado fallido contra Lenin agudiza la represión contra los socialrevolucionarios y los mencheviques.

1919 I Congreso de la Internacional Comunista en Moscú. En marzo se celebra el VIII Congreso del Partido Bolchevique, creándose el Politburó y la Secretaría de este partido. Los «blancos», grupos antibolcheviques dirigidos por generales ex zaristas, se enfrentan al ejército rojo, organizado por Trotsky, en Siberia, los Urales y el Volga. El apoyo de ingleses, franceses y japoneses a los blancos no llega a cuajar en medidas concretas. Contraofensiva victoriosa del ejército rojo en las ciudades de Leningrado y Moscú, y en el tristemente famoso frente del Volga.

1920 Retirada de las tropas blancas en Crimea y en el Cáucaso. Finaliza así la guerra civil rusa. Sin embargo, comienza otra guerra: la ruso-polaca. Contención del avance de los soviéticos, que establecen acuerdos de paz con sus vecinos. II Congreso de la Komintern, en el que se establecen los Estatutos de la Internacional y las 21 Condiciones de ingreso de los partidos comunistas. El hambre en Rusia provoca levantamientos campesinos, que son violentamente reprimidos por la policía.

1921 En febrero, huelga de los obreros de Leningrado. En marzo, insurrección de los marineros de Kronstadt, sofocada gracias a la intervención del ejército rojo. Se hunde el sistema económico del «comunismo de guerra»: la socialización de los medios de producción y la planificación central provocan una crisis grave. El problema de las subsistencias, el paro y el descenso de la producción industrial y agrícola inducen a Lenin a exponer, en el X Congreso del Partido Bolchevique, las bases de la Nueva Política Económica. Esta implica el retorno a formas económicas capitalistas: imposición de tasas a los campesinos, libertad de salarios y comercio interior, autorización de creación de empresas privadas y de intervención de capitales extranjeros. El Estado continúa teniendo bajo su control el comercio exterior, la gran industria y la construcción.

Bibliografía

De E. H. Carr

De Napoleón a Stalin y otros estudios de historia contemporánea. Barcelona, Crítica, 1983.
Estudios sobre la revolución. Madrid, Alianza, 1970.
Historia de la Rusia Soviética. Madrid, Alianza, 1972.
Revolución rusa, de Lenin a Stalin, 1917-1929, La. Madrid, Alianza, 1981.

Sobre la revolución rusa

ANWEILER, O., *Los soviets en Rusia, 1905-1917.* Madrid, Zero, 1975.
BIELY, A., *Petersburgo.* Madrid, Alfaguara, 1981.
BROUE, P., *El partido bolchevique.* Madrid, Ayuso, 1973.
CARR, E. H., *Estudios sobre la revolución.* Madrid, Alianza, 1968.
CARR, E. H., *Historia de la Rusia soviética.* Madrid, Alianza, 1974.
COEHRKE, C., *Rusia.* Madrid, Siglo XXI, 1975.
COQUIN, F. X., *La revolución rusa.* México, F. C. E., 1966.
DEUTSCHER, I., *Trotsky.* México, Era, 1969.
DOBB, M., *El desarrollo de la economía soviética.* Madrid, Tecnos, 1972.
DROZ, J., *Historia del socialismo.* Barcelona, Laia, 1977.
ELLENSTEIN, J., *Histoire de l'URSS.* París, P. U. F., 1972.
FERRO, M., *Cine e Historia.* Barcelona, Gustavo Gili, 1975.
FERRO, M., *La revolución de 1917. La caída del zarismo y los orígenes de octubre.* Barcelona, Laia, 1975.
FERRO, M., *La Gran Guerra, 1914-1918.* Madrid, Alianza, 1973.
GUERIN, D., *El anarquismo.* Madrid, Tusquets, 1978.
GUERIN, D., *Ni Dios ni amo. Antología.* Madrid, Tusquets, 1977.

LENIN, V. I., *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Barcelona, Ariel, 1974.
LENIN, V. I., *El marxismo y el Estado*. Madrid, Júcar, 1978.
PANKRATOVA, A., *Los consejos de fábrica en la Rusia de 1917*. Barcelona, Anagrama, 1976.
PILNIAK, B., *El año desnudo*. Barcelona, Ariel, 1983.
REED, J., *Diez días que estremecieron al mundo*. Madrid, Ramón Akal, 1974.
SERGE, V., *El año I de la revolución rusa*. Madrid, Siglo XXI, 1976.
SHUB, D., *Lenin*. Madrid, Alianza, 1977.
WILDE, H., *Trotski*. Madrid, Alianza, 1978.

1917. Antes y después

PRÓLOGO

Los escritos que integran este volumen se escribieron en diversas ocasiones a partir de 1958, fecha de publicación de *Studies in Revolution* *.

El primero constituye una versión ampliada de varias conferencias y emisiones dadas en este país y en los Estados Unidos en 1967 para conmemorar el cincuenta aniversario de la revolución de 1917: apareció en forma más abreviada en *The Listener*, del 9 de noviembre de 1967, y en *Revolutionary Russia*, editado por R. Ripes (Harvard University Press, 1968).

El segundo se escribió como prólogo a la traducción de la novela *¿Qué hacer?*, de Chernichevski (Vintage Books, New York, 1964).

El tercer escrito es una fusión de dos artículos sobre Rosa Luxemburgo, publicados en *The Times Literary Supplement* en los años 1951 y 1966.

El cuarto es una versión un tanto abreviada del prólogo escrito para la edición inglesa de *El ABC del Comunismo*, de Bujarin y Preobrajenski, que habrá de ser publicada en breve por la *Penguin Books* en su serie *Pelican Classics*.

El quinto es el texto ligeramente retocado de una emisión por la BBC, aparecido en *The Listener* el 4 de agosto de 1955.

El sexto y el séptimo se escribieron como colaboraciones a dos volúmenes de ensayos en homenaje a Herbert Marcuse *(The Cri-*

* Traducción castellana, *Estudios sobre la Revolución*, Madrid, Alianza, 1968. *(N. del T.)*

tical Spirit, Beacon Press, Boston, Massachusetts, 1967), y a Maurice Dobb *(Socialism, Capitalism and Economic Growth*, Cambridge University Press, 1967).

«Los sindicatos soviéticos», «La tragedia de Trotsky» y «La revolución inclusa» son comentarios publicados en diversas fechas en *The Times Literary Supplement.*

Expreso mi reconocimiento a *Penguin Books*, por su generoso permiso para la inclusión del prólogo a *El ABC del Comunismo* todavía por aparecer, y a los directores y editores de las obras y revistas en donde aparecieron por primera vez los demás capítulos, por su amable autorización de reimprimirlos aquí.

Señalemos que los tres últimos se escribieron en calidad de comentarios de libros de Isaac Deutscher, entre ellos su clásica biografía de Trotsky en tres volúmenes. El presente volumen de ensayos va, pues, en cierto modo dedicado a la memoria de un amigo de cuyos escritos, conversaciones y críticas por espacio de veinte años aprendí muchísimo; he incluido como *Post scriptum* al volumen un breve tributo que se publicó en el primer número de la *Cambridge Review*, que había de aparecer tras su trágica muerte en agosto de 1967.

E. H. CARR
Trinity College, Cambridge
1 de mayo de 1968

LA REVOLUCION RUSA: SU LUGAR EN LA HISTORIA

Utilizaré el término «Revolución rusa» en un sentido amplio. Mi interés no se refiere tanto a los diez días que sacudieron al mundo en 1917 cuanto a la serie de conmociones mundiales, de las cuales fueron la expresión y, en ocasiones, el punto de partida. La revolución suscita automáticamente el ya célebre debate entre continuidad y cambio en la historia. Es un lugar común el que ninguna situación estable, por estética que sea, se halla al abrigo de cambios, y que ningún cambio, por revolucionario que parezca, rompe con la continuidad histórica. Ahora bien, dos observaciones vienen aquí al caso: la primera consiste en que los conservadores tienden a hacer hincapié en el elemento de continuidad —Tocqueville o Albert Sorel en la Revolución francesa: esta actitud en su forma más extremada nace de la creencia de que las revoluciones no tienen una importancia capital y representan tan sólo la sustitución de una élite o grupo dominante por otro—. Por su parte, los radicales insisten en el elemento del cambio brusco y fundamental —Engels y el paso del reino de la necesidad al reino de la libertad, o a Mao y el gran salto adelante—. La segunda advertencia es que los elementos de continuidad presentes en cualquier revolución son por la propia naturaleza de las cosas relativas a cada país, y los elementos de una aplicación más amplia y universal son los de cambio. Puesto que en esta ocasión mi interés se centra en los aspectos universales de la Revolución rusa, destacaré los elementos de cambio en ella inherentes y no los elementos de continuidad que, dentro del contexto de la historia rusa, indudablemente exhibe. No trato de insinuar

que todos los cambios importantes que deseo discutir fueran directamente producidos por la Revolución rusa. De esos cambios, la revolución rusa fue, en parte causa, en parte efecto y en parte síntoma o símbolo. Los tres aspectos, entrelazados, constituyen el «significado» de la Revolución de 1917, y ayudan a explicar su lugar en la historia.

El concepto de revolución aparece en la historia moderna con la Revolución inglesa del siglo XVII. Durante mil años, las disidencias, la agitación y el cambio político y social se expresaron en términos religiosos. La Revolución inglesa del siglo XVII no estuvo exenta de factores religiosos; la Revolución francesa fue la primera revolución puramente secular. Pero, cuando los escritores ingleses denominaron a los acontecimientos de 1688 «la gloriosa revolución», y aplicaron luego el término a los aún más dramáticos acontecimientos de cuarenta años atrás, pensaban primordialmente en la consecución de la libertad civil, por la cual entendían una sociedad basada en los derechos legalmente reconocidos a los ciudadanos y no en la autoridad monárquica, divina o humanamente instituida. Otra idea trató de abrirse paso en la turbulenta mitad del siglo XVII: el principio, hablando a grandes rasgos, de que un hombre no vale más que otro, y de que todos tienen los mismos derechos; lo que ahora denominaríamos el principio de «justicia social». Al parecer, esta idea sólo había florecido en el seno de unas pocas oscuras sectas fanáticas y fue eliminada de la escena de la gloriosa revolución. Sin embargo, nunca desapareció por completo del submundo de la historia de Inglaterra, sobreviviendo hasta llegar a convertirse en la idea dominante de todas las revoluciones modernas.

La Revolución francesa, que antes de 1917 pasó por ser el gran modelo de revolución, fue el primer derrumbamiento total y violento del orden social y político de los tiempos modernos: esto explica el extraordinario impacto causado en la historia moderna, impacto que discurrió por tres vías principales.

En primer lugar, la Revolución francesa convirtió la libertad e igualdad en derechos humanos fundamentales y metas políticas comúnmente admitidas. La concepción de los derechos del ciudadano se tomó prestada de la Revolución inglesa de 1688. Entre los intelectuales de la Francia del siglo XVIII, la teoría y práctica inglesas gozaban de un inmenso prestigio. Pero la Revolución francesa fue más allá de las más bien elementales ideas de libertad

política y civil planteadas en 1688. La idea de justicia social, tenuemente esbozada en Inglaterra en el siglo XVII, halló una más concreta manifestación en la ideología igualitaria de los revolucionarios y, particularmente, en la «conspiración» de Babeuf; y aunque aquellas demandas fuesen aplastadas una vez más cuando adoptaron una forma concreta, la idea de igualdad jamás pudo ya borrarse de la trinidad revolucionaria. La Revolución francesa contaba con raíces sociales y económicas más profundas que la Revolución inglesa, y sus consecuencias económicas y sociales eran de más largo alcance. Según la frase que se decía acuñada por Mirabeu, y citada por Napoleón: «Ce n'est pas la liberté qui fait la revolution, c'est l'egalité»[1].

En segundo lugar, la Revolución francesa —aunque ello no formara parte de su propósito inicial— proyectaba sus ideales hacia el futuro más que hacia el pasado, preparando así el camino para una doctrina del progreso. Los teóricos de la revolución inglesa, seguramente por la inmemorial costumbre de buscar la autoridad en el pasado, han llegado a la convicción de que lo que ocurrió en Inglaterra en el siglo XVII no fue un proceso de innovación, sino una reinstauración de las antiguas libertades injustificadamente suprimidas por los reyes de la dinastía Estuardo. Idéntico argumento utilizaron un siglo más tarde quienes hicieron lo que se suele denominar la Revolución americana. Y nada menos que un personaje como Tom Paine intentó curiosamente la defensa de la Revolución francesa, basándose precisamente en los mismos argumentos: «Lo que contemplamos ahora puede llamarse con toda propiedad una *contrarrevolución.* En un período más temprano, la conquista y la tiranía desposeyeron al hombre de sus derechos, y ahora está recuperándose.»[2] El mito de la antigüedad clásica creado por el Renacimiento, muy presente todavía en la sociedad europea del siglo XVIII, constituía un componente anómalo en el pensamiento y la oratoria jacobinos. Las esperanzas y entusiasmos inflamados por la revolución, lo superaron, viniendo a sustituirlo[3]. Más que ninguna otra persona, Condorcet señaló el desplazamien-

---

[1] *Annales: Economies. Sociétés. Civilisations.* XIV (1959), 556.
[2] T. Paine. *Rights of Man.* Introducción a la II Parte.
[3] Esto no impidió su influencia en la educación inglesa y alemana hasta 1914.

to de la edad de oro de la humanidad, trasladándola del pasado al futuro.

En tercer lugar, la Revolución francesa, también aquí merced a sus consecuencias más que por voluntad expresa, elevó el concepto de productividad a un lugar nuevo y central dentro de los hechos humanos. En la sociedad jerarquizada del *ancien régime*, el interés de los gobernantes por los asuntos económicos se había limitado a la percepción de las rentas de sus súbditos, para hacer frente a las necesidades administrativas y del ejército. Desde el siglo XVI al XVIII, de Maquiavelo, pasando por Colbert y sus sucesores en la corte de Luis XIV, a los cameralistas prusianos, cabe trazar una línea de lenta evolución, que va desde el concepto de administración del patrimonio del príncipe hasta el de administración del Estado; desarrollo caracterizado por una creciente preocupación por la eficiencia administrativa. Pero lo que en definitiva se perseguía era subvenir a las necesidades financieras de la administración pública. Correspondería a los fisiócratas y a Adam Smith insistir en que la riqueza de las naciones no proviene del comercio (como enseñaron los mercantilistas), sino de la producción, distinguir entre desembolso de riqueza para el consumo y desembolso en inversiones para fomentar una producción ulterior, convirtiendo la productividad de toda la sociedad en la preocupación de la economía política. En palabras de Marc Bloch: «Toute la doctrine économique du XVIII[e] siecle —qui a légué ce tour d'esprit a l'économie "classique" de l'age suivant— a été dominée par le souci de la production; et pour la plupart des économistes français du XVIII[e] siecle production voulait dire avant tout culture.»[4] El influjo del paso de la riqueza a nuevas manos que precedió a la Revolución francesa, tenía su origen en el comercio. Pero en el instante en que la Revolución francesa preparaba la escena para el nacimiento de la sociedad burguesa, en Inglaterra la revolución industrial ampliaba rápidamente la esfera de la actividad económica, y modificaba su carácter; en términos marxistas: el capital comercial se estaba transformando en capital industrial. También aquí, sin embargo, desempeñó su papel el culto revolucionario a la libertad. El resultado de la Revolución francesa y de la revolución industrial fue el acceso a posiciones de poder e

[4] *Annales d'Histoire Economique et Sociale* (1930), II, 33-34.

influencia de un grupo de personas cuyos ingresos, provenientes de sus actividades económicas particulares, sirvieron de base a la riqueza y el poder del Estado; y la principal función del Estado fue crear y mantener las adecuadas condiciones de libertad para la libre prosecución de esas actividades.

Cuando Marx comenzó a elaborar su sistema en los años 1840, se erigió en heredero de todas estas tradiciones revolucionarias. La libertad, expresado en términos hegelianos, significa la subordinación de la necesidad a la propia autonomía, de las fuerzas económicas ciegas al ejercicio consciente de la razón humana; el hombre había de ser rescatado de la autoalienación a que lo sometía el orden social existente, y reinstalado como «ser social» [5]. La igualdad halla su encarnación en la idealización del proletariado, la clase que «posee un carácter universal porque sus sufrimientos son universales» [6]. Marx robusteció la fe revolucionaria en el progreso, con la fe en la historia en cuanto proceso con un sentido, y al combinarla con la creencia en la revolución como «motor de la historia», creó la primera teoría de la revolución. Finalmente, Marx partía de los principios de los pensadores de la Ilustración, y de los economistas clásicos al considerar el trabajo como la actividad económica fundamental a la que todas las demás categorías habían de subordinarse [7]: yendo acertado en lo esencial cuando vio la clave del futuro en manos del trabajador industrial, y consideró al pequeño campesino, cultivador individual del suelo, como una unidad de producción absoluta. Marx veía el modo de producción como el elemento constitutivo de la sociedad; el objeto y la esencia de la revolución consistía en cambiar el modo de producción. El *Manifiesto Comunista* proclamó como objetivo del proletariado victorioso «aumentar el total de las fuerzas productivas lo más rápidamente posible», y en una de las pocas ojeadas que Marx se permitió echar a la Utopía comunista en sus posteriores escritos, decía que en ésta «las fuentes de la riqueza cooperativa fluyen más abundantemente» [8]. Marx se reveló el más devastador de los críticos de la sociedad burguesa

[5] K. Marx, *Manuscritos: economía y filosofía*.

[6] K. Marx, *Early Writings*, ed. Bottomore (1963), 58.

[7] Marx fue más lejos al considerar el trabajo como *la* actividad específicamente humana (K. Marx y F. Engels, *La Ideología Alemana*).

[8] Karl Marx, *Crítica del programa de Gotha*

occidental, precisamente porque fue un pensador occidental enraizado en los supuestos de la sociedad burguesa que procedió a llevar hasta sus lógicas conclusiones. La vasta síntesis de Marx sobre la Revolución francesa y la revolución industrial, abarca el futuro y el pasado. Fue una revolución inacabada, en el sentido de que sus objetivos sólo se cumplieron en parte requiriendo ser completados con posteriores acciones revolucionarias y en el sentido de que su consecución no haría más que preparar el camino para ulteriores objetivos revolucionarios que debían alcanzarse con otra revolución. Fue en ambos sentidos que Marx acuñó, o tomó prestado, el lema de la «revolución permanente». Era lógico que su nombre y doctrina sirvieran de faro a la próxima gran Revolución.

Muchas cosas habían cambiado en el intervalo entre la elaboración final del sistema de Marx y la próxima irrupción revolucionaria, pero todavía quedaban muchas en pie, de forma que cuando reflexionamos sobre el significado histórico de la Revolución rusa, descubrimos la influencia recíproca entre una tradición revolucionaria marxista o premarxista y un medio Revolucionario neomarxista o posmarxista. Lo que no cambió, antes bien, se intensificó enormemente, fue el énfasis puesto en la productividad. Cincuenta años antes de 1917, la ciencia aplicada preparaba la constitución de una nueva tecnología de la producción industrial; los métodos de producción en serie revolucionaron la economía de la industria; la línea de montaje y la correa transportadora plantearon nuevos problemas de disciplina y organización laboral. El año 1870 demostraría que la nación industrialmente avanzada era también una nación militarmente poderosa; el poder militar y la prosperidad material estaban en función de la productivad. La Revolución rusa proclamó por primera vez en forma explícita el objetivo del aumento en la producción, identificándolo con el socialismo: la observación de Lenin de que socialismo es igual a «electrificación más los soviets» fue una primera formulación de esta idea. Lenin y otros bolcheviques repitieron una y otra vez que la superioridad del socialismo residía en que podría organizar la producción más eficientemente que el capitalismo[9]. Los marxistas modernos han permanecido

---

[9] Esto no evitó a Lenin el reconocer que «la victoria de los trabajadores es imposible sin sacrificios, sin un empeoramiento temporal de su situación» (*Polnoe Sobranie Sochinenii*, 5.ª ed., XXXI, 233). Bujarin aportó al razonamiento una difusa justificación teórica: «En la

fieles a esta doctrina, tanto en la teoría como en la práctica. Entre los economistas, como ha hecho notar un destacado economista americano, «los marxistas... han llegado a ser los más firmes partidarios del desarrollo de una sólida teoría del crecimiento económico»[10].

La Revolución rusa miraba hacia el pasado y el porvenir. Lo peculiar de la condición histórica de Rusia residía en que precisaba las consecuciones occidentales del siglo XIX, y la capacidad de superarlas. En realidad, Rusia careció de siglo XIX. La excelente literatura del siglo XIX ruso fue una literatura de protesta no sólo contra el zarismo, sino contra la democracia burguesa y el capitalismo burgués occidentales. Pero, al mismo tiempo, la Revolución rusa tenía que incorporar lo obtenido por la Revolución francesa y la revolución industrial, y conseguir en poco tiempo los avances materiales logrados por Occidente en el siglo XIX. Esto quedaba expresado en términos marxistas al decir que la revolución de 1917 fue la realización de la revolución burguesa, rusa, así como el comienzo de la revolución socialista. La campaña en pro de la industrialización inaugurada a finales de los años 1920, perseguía la rápida transformación de la URSS en un moderno país industrial —con poderío militar y prosperidad material como objetivos paralelos— gracias a la aplicación de la más avanzada técnica industrial; a tal efecto se buscó abiertamente y se obtuvo la ayuda y consejo americanos, puesto que los Estados Unidos eran la nación industrial más avanzada tecnológicamente, y por ello el mejor ejemplo a imitar.

El éxito de esta campaña, que en treinta años, y empezando con una población semianalfabeta de rudos campesinos, elevó la URSS a la posición del segundo país industrial del mundo, y al primer lugar en algunos procesos tecnológicos más avanzados, constituye quizá el más significativo de los hechos de la Revolución rusa. No cabe medir el resultado tan sólo en términos materiales. En el transcurso

---

revolución, la "envoltura" de las relaciones productivas, es decir, de la organización del trabajo humano, "explota", lo que acarrea, y no puede por menos que acarrear, un trastorno del proceso de producción y, en consecuencia, una diversificación de las fuerzas procuctivas. Si esto es cierto —y lo es sin limitaciones— entonces queda claro *a priori* que la revolución *proletaria* viene acompañada de un profundo declive de las fuerzas productivas, puesto que ninguna revolución ha conocido una quiebra de las viejas relaciones y un remoldeamiento con arreglo a nuevos patrones de tanto alcance y tan radical» (N. Bujarin, *Ekonomika Perekhodnovo Perioda* [1920], I, 95-6.).

[10] E. Domar, *Essays in the Theory of Economic Growth* (1957), 17.

de medio siglo, una población urbana de casi el 60 % reemplazó a una población campesina de más del 80 %. El semianalfabetismo ha sido sustituido por un elevado nivel general de educación; se han montado servicios sociales; incluso en la agricultura, que continúa siendo el sector más atrasado —el problema, aún en pañales— de la economía, el tractor ha sustituido al arado de madera como medio típico de cultivo. Sería erróneo a amplios sectores del pueblo ruso en su proceso de transformación. Fue un drama histórico cuyos efectos todavía se dejan sentir y aún no han sido borrados. Pero sería inútil negar que el cúmulo de bienestar y oportunidades personales de la Rusia de hoy es inconmensurablemente mayor que hace cincuenta años. Es este logro el que más ha impresionado al resto del mundo, inspirando a países industrialmente subdesarrollados el deseo de imitarlo. Este fue el proceso anticipado por Marx en el prólogo al *Capital*: «El país industrialmente más desarrollado ofrece al país industrialmente menos desarrollado un cuadro de su futuro inmediato».

El mundo en el que se embarcó la URSS por la vía de la industrialización era, sin embargo, un mundo muy diferente del de Marx. No sólo había avanzado la tecnología, también había cambiado radicalmente la actitud del hombre frente a la naturaleza, y la concepción de su papel en el proceso económico [11]. La Revolución rusa fue la primera gran revolución histórica que se proyectó y se llevó conscientemente a la práctica. La Revolución inglesa recibió este nombre *ex post facto*, no por los políticos que la hicieron, sino por los intelectuales que teorizaron sobre ella. Los hombres que realizaron la Revolución francesa, no buscaban hacer una revolución; la Ilustración no pretendía ser un movimiento revolucionario. Los sedicentes revolucionarios sólo aparecieron cuando la revolución estaba ya iniciada. La revolución de 1848 fue imitación consciente de la Revolución francesa: a esto era a lo que probablemente se refería Namier cuando la denominaba «revolución de intelectuales». Pero una de sus aportaciones positivas fue extender a ciertas partes

---

[11] Los términos «conciencia de sí» y «conciencia» que se hallan diferenciados en la *Fenomenología* de Hegel, son usados indistintamente por Marx y Engels. Marx, en sus primeros escritos, más hegelianos, parece preferir «conciencia de sí», y en sus escritos posteriores «conciencia», en donde se preocupaba de subrayar la subordinación de la «conciencia» al «ser»; pero la distinción no es rígida.

de Europa central (donde el campesinado constituía todavía una fuerza revolucionaria) lo que había dejado de suceder en Francia y aún no había llegado a ser en Rusia [12], algunos de los resultados de la revolución francesa. La revolución rusa fue también una revolución de intelectuales, pero de intelectuales que no sólo repetían el pasado, sino que planeaban el futuro, que perseguían no sólo hacer una revolución, sino analizar y preparar las condiciones en que aquélla podría realizarse. Es este elemento de autoconciencia el que otorga a la Revolución rusa su lugar único en la historia moderna.

La naturaleza del cambio se explica en ocasiones recurriendo a las diferencias existentes entre Marx y Lenin, al paso del marxismo al leninismo. El problema se complica con la evolución por la que atravesó el propio Marx. Hasta el *Manifiesto Comunista* e incluyendo el mismo período de su aparición, cuando la revolución aún parecía un hecho factible en Francia y Alemania, Marx se dedicó principalmente a presentar un programa de acción: la misión de los filósofos no estribaba sólo en interpretar el mundo, sino en cambiarlo. Marx, desde que se estableció en Londres, se preocupó sobre todo de analizar las leyes objetivas del movimiento de la sociedad capitalista y descubrir las causas de su inminente derrumbamiento: la actividad política constituía la superestructura a la que las realidades económicas servían de fundamento. Fue este marxismo maduro —el marxismo de la *Crítica de la Economía Política* y del *Capital*— el que, con su énfasis científico y determinista, dejó su impronta en el naciente movimiento obrero europeo de la última parte del siglo XIX, mientras que el leninismo puede describirse como un retorno al primitivo Marx [13]. A pesar de ello, aunque casi todo lo que Lenin escribió podía ser respaldado con citas de Marx, las diferencias entre ambos eran profundas y significativas. Estas diferencias se explican a veces por el trasplante del marxismo al país ruso: el leninismo es marxismo adaptado a las necesidades y

[12] Sobre ese punto, véase G. Lichtheim, *Marxism. An Historical and Critical Study* (1961), 363. (Traducción española de próxima publicación en Anagrama).

[13] Muchos de los primeros escritos de Marx, a los que tanta atención se les presta en la reciente literatura marxista, aparecieron publicados por primera vez por los años 1920 y 1930, y ni Lenin ni los primitivos marxistas tuvieron conocimiento de ellos. La reputación filosófica de Lenin sufrió distinta suerte pues se la había cimentado sobre todo en el poco afortunado *Materialismo y Empirio-criticismo* en vez de sobre sus mucho más penetrantes *Philosophical Notebooks* publicadas primeramente en 1929-30, y apenas conocidas en Occidente hasta diez años más tarde.

condiciones rusas. Hay un tanto de verdad en este punto de vista. Pero más fecundo es considerar las diferencias como resultado de épocas diversas: el leninismo es el marxismo de una época que ya no es la de las leyes económicas objetivas e inexorables, sino la de una consciente ordenación de los procesos económicos y sociales conforme a los fines establecidos.

El desarrollo de la conciencia se inicia en la esfera económica. En tanto predominó el productor individual y el pequeño empresario, nadie parecía controlar la economía como un todo, manteniéndose por tanto la ilusión de la existencia de leyes y procesos impersonales. La visión del mundo de Marx estaba firmemente asentada en el pasado. Aprendió de Adam Smith que los empresarios y propietarios de capital eran los principales agentes de la producción en la sociedad burguesa, y al igual que Adam Smith y Hegel, creía que la actividad de los individuos en la prosecución de sus propios intereses conducía, en virtud de leyes objetivas —contrapartida de la «invisible mano» a la «astucia de la Razón»*—, a resultados independientes de su propia voluntad y deseo. Así pues, nadie controlaba el curso de la acción siendo el producto el amo de quien lo producía. No se trataba del reino de la libertad, sino del de la necesidad. El ideal marxista, tal como Plejanov lo formulara, era «la subordinación de la *necesidad a la libertad* de las *fuerzas económicas* ciegas al dominio de la razón humana»[14]. Aunque Marx rechazaba la armonía providencial de los intereses, no dejaba de creer, sin embargo, que la armonía final sería la consecuencia de las acciones individuales basadas en motivos económicos: esto le liberó de cualquier planteamiento consciente del futuro. Todos los pensadores de la economía, de Adam Smith a Karl Marx, creían en la existencia de leyes económicas objetivas y en la validez de las predicciones derivadas de ellas. Esto era lo esencial de la «economía clásica». El viraje se produjo cuando el adelanto técnico permitió la aparición del capitalismo en gran escala. Con la llegada de las gigantescas empresas industriales y carteles comerciales, el panorama económico apareció dominado por lo que, con magistral visión, definieron los eco-

* Se refiere a la «invisible mano de la Providencia», Adam Smith, y a la «astucia», Hegel. (N. del T.).

[14] Plejánov, *In Defence of Materialism*, trad. Rothstein (1947), 292.

nomistas como «competencia imperfecta». La idea de una economía que se regulase a sí misma, en la que las decisiones fueran resultado del libre juego de intereses divergentes, se vio sustituida por la de que personas perfectamente identificables manipulaban las fuerzas sociales para objetivos predeterminados. La economía se había convertido en instrumental —un asunto de predicción científica más que de regulación consciente. La espontánea regulación de precios a través de la ley de la oferta y de la demanda se vio reemplazada por la regulación de precios conforme a específicos objetivos económicos. Ya no era posible seguir creyendo en un mundo regido por leyes económicas objetivas. La mano invisible que tiraba de los hilos fue lisa y llanamente cubierta por el guante de las grandes sociedades anónimas. Esta evolución convirtió en completamente ilusoria la vieja concepción del Estado «guardián», que hace de centinela para asegurar el juego limpio entre un sinnúmero de pequeños empresarios independientes en competencia. Por el tiempo en que Marx empezó a reflexionar y escribir, Friedrich List demostró la necesidad de la intervención del Estado, en base a la eficiencia nacional de la organización de la industria. Medio siglo después, en Rusia, los primeros pasos dados por Witte para la industrialización en gran escala nada debieron a la iniciativa privada, constituyendo parte integrante de la política del Estado. Los socialistas, aunque decían haber inventado el término «planificación», iban muy por detrás de los industriales alemanes, banqueros y economistas de carrera, en el reconocimiento y la dirección de la inevitabilidad de los procesos de trabajo. La primera economía nacional más o menos completamente planificada de los tiempos modernos fue la economía alemana —en el momento álgido de la primera guerra mundial—, a la que las economías británica y francesa seguían de cerca. Cuando la revolución se alzó con la victoria en Rusia, la causa de la planificación descansaba en los postulados socialistas y en el ejemplo de la economía de guerra alemana. El primer plan a largo plazo formalmente adoptado en la URSS fue el plan de electrificación de 1920. En los años que siguieron, varias industrias, incluida la agricultura, elaboraron planes quinquenales que, sin embargo, al principio fueron considerados como estimaciones preliminares y no como prescripciones obligatorias. El primer plan quinquenal de la economía nacional estaba previsto para el perío-

do 1928-29 al 1932-33. Desde entonces la URSS, salvo el período de guerra, nunca careció de su plan a largo plazo: y planes quinquenales (y a veces de seis años, o septenales) han venido proliferando por todo el mundo. Si se desea calcular el significado histórico de la Revolución rusa en razón de su influencia, las palabras claves son productividad, industrialización y planificación.

La transición de la economía del *laissez-faire* a la dirección económica del Estado, de la espontaneidad a la planificación, de lo inconsciente a lo consciente, tuvo las correspondientes repercusiones sobre la política social. El *Manifiesto Comunista* acusó a la burguesía de «explotación abierta, desvergonzada, directa y brutal» del trabajador. Empero, mientras la pobreza, el alojamiento deficiente y el desempleo pudieran achacarse al desenvolvimiento de las leyes económicas objetivas, las conciencias quedaban adormecidas con el argumento de que cualquier cosa que se hiciera por remediar esas desgracias, se realizaría desafiando a las leyes económicas, y a la larga no llevarían sino a un empeoramiento de la situación [15]. Pero una vez que todo lo que sucedía en el ámbito de la economía se estimaba consecuencia de una decisión humana deliberada, y por consiguiente soslayable, el argumento para una acción positiva se convertía en irrefutable. La compasión por el inevitable sufrimiento se vio desbancada por la indignación ante los sufrimientos innecesarios. El concepto de explotación adquirió una dimensión nueva. Para Marx, la explotación no era un abuso casual del que fueron culpables determinados individuos, sino una característica esencial del sistema capitalista, incapaz de erradicación, en tanto perdurase éste. La explotación se convirtió entonces en un crimen que podía evitarse o mitigarse con una terapéutica adecuada. Un perspicaz escritor inglés de la primera década del siglo XX diagnosticó el cambio de ambiente, y definió por deducción el carácter de la próxima revolución: «La creencia en la posibilidad de reforma social merced al esfuerzo consciente constituye la corriente que domina la mentalidad europea, anulando la creencia en la libertad como única panacea... Su popularidad ac-

---

[15] No hace mucho tiempo, en el año 1931, esta doctrina, aplicada en Gran Bretaña a la ola de desempleo, fue defendida por destacados economistas, financieros y políticos de todos los partidos.

tual es tan significativa y tan fecunda como la creencia en los derechos del hombre en los tiempos de la Revolución francesa»[16]. La revolución de 1917 fue la primera revolución de la historia empeñada en establecer la justicia social por medio de controles de la economía organizados por la acción política[17].

La reafirmación, debida al adelanto de la técnica y de la organización económica, de la necesidad de la acción política para dirigir y controlar la economía, se reflejó en un cambio de enfoque en la doctrina marxista. La creencia decimonónica de Marx en la primacía de la economía sobre la política, había sido cautamente matizada tras su muerte por las célebres observaciones de Engels sobre la interacción recíproca entre estructura y superestructura. El cambio de perspectiva encajó inmediatamente en las condiciones rusas. Al doblar el siglo, la controversia entre los socialdemócratas ortodoxos rusos y los economistas, que pretendían conceder prioridad a las exigencias económicas de los trabajadores, cooperó a modelar e influir el primitivo pensamiento bolchevique y animó a Lenin, en *¿Qué hacer?* y otros escritos, a subrayar la primordial exigencia de acción política. Los sindicatos rusos eran demasiado débiles y demasiado inestables para desempeñar papel alguno en los esquemas bolcheviques sobre la revolución. La Revolución rusa fue una revolución política en un país económicamente inmaduro. Lenin, en un notable *obiter dictum* de mayo de 1918, precisaba que la mitad del socialismo —la mitad política— había sido realizada en Rusia; la otra mitad —una economía planificada—, en Alemania. La acción política, la dictadura del proletariado, se necesitaba para promover un resultado económico, el establecimiento de una economía socialista. No obstante, el supuesto de que una vez hubiera triunfado la revolución, los resultados económicos vendrían por sí mismos, se vio adul-

[16] S. Leathes en *Cambridge Modern History* (1910), XII, 15

[17] Hannah Arendt subraya este aspecto de la revolución desde un punto de vista de crítica hostil: «Todos los testimonios de las pasadas revoluciones dejan fuera de toda duda que cualquier intento por resolver la cuestión social con medios políticos desemboca en el terror... Nada... sería más anticuado que tratar de liberar la humanidad de la pobreza por medios políticos: nada sería más fútil ni más peligroso» (*On Revolution* [1964] traducción española, Madrid, Revista de Occidente). ¿Pero acaso dice con ello algo más que la revolución, al igual que la guerra, que también conduce al terror, es un hecho pernicioso, y que es mejor solucionar los problemas sociales por medios pacíficos? El argumento sigue sin convencer, salvo a los pacifistas a ultranza.

terado. Tras el episodio político del consumismo de guerra, la introducción de la Nueva Política Económica (NEP), el año 1921, significó un restablecimiento parcial de las fuerzas económicas; y a lo largo de los años 1920, la lucha siguió entablada entre el dogma de mercado como fuerza motriz de la economía y el principio de la planificación. En teoría, todos aceptaban el supuesto de que era preferible alcanzar la meta del socialismo a través de la acción económica, antes que por la gubernamental. En la práctica, las fuerzas del mercado se revelaron impotentes para mantener la tensión de una industrialización acelerada, y hacia 1929 habían naufragado por completo. El recurso a medios deliberadamente políticos para la consecución de fines económicos ha sido desde 1929 un constante *leitmotiv* de la historia soviética, apenas modificado por la escenificación del sedicente «mercado socialista». En años posteriores, Stalin, en la breve historia del partido publicada en 1938, y en sus declaraciones sobre lingüística, de 1950, puso un énfasis extraordinario en el reconocimiento por parte de Engels del papel de la superestructura.

La característica dicotomía del pensamiento decimonónico occidental entre economía y política, quedó reflejada en el conocido enfoque de sociedad contra Estado. Cuando los fisiócratas en Francia se esforzaban por liberar el comercio de las nocivas restricciones del poder estatal, cuando Adam Smith intuyó un vasto proceso económico funcionando independientemente del Estado para el mayor beneficio general, cuando Hegel situó la «sociedad civil»[18] por encima y contra el Estado, haciendo esta dicotomía la base de su teoría política, la distinción entre economía, que equivale a sociedad civil, y política, que equivale a Estado, quedó claramente establecida. La sociedad civil era el reino del hombre económico. Durante todo el siglo XIX, el debate se centró en torno a la anhelada y posible conexión entre sociedad y Estado, pero no sobre la realidad de sus diferencias. En el mundo de habla inglesa, en particular, la oposición entre sociedad y Estado, y la natural prioridad acordada a la sociedad, llegó a convertirse en una cate-

[18] «Bürgerliche Gesellschaft» debería traducirse por «sociedad civil», no por «sociedad burguesa»: el término todavía no había adquirido su tono distintivo. Marx lo definía como «la forma de intercambio determinada por las fuerzas productivas existentes... y que a su vez determinaba a aquéllas» (Marx y Engels, *La Ideología Alemana*).

goría fundamental del pensamiento político. Marx participaba por completo del mismo punto de vista: «Sólo la *superstición política* (escribía en *La Sagrada Familia*) imagina hoy que la vida social debe asentarse sobre el Estado, siendo en realidad el Estado el que se asienta sobre la vida civil»[19].

En la Rusia del siglo XIX, la incipiente sociedad burguesa era demasiado débil para oponer resistencia a la hipertrofia del poder estatal: por otra parte, tras la revolución de 1917, se planteó una situación paradójica. En los países occidentales, la permanencia de la tradición liberal-democrática del siglo XIX, continuó alimentando una actitud de oposición al Estado y una tendencia a denunciar los abusos «burocráticos» en su proceder, aun cuando los constantes abusos de ese poder fueran reconocidos y aceptados. En los países fascistas, la supremacía del Estado sobre la sociedad fue defendida y practicada abiertamente. La tradición marxista de la URSS incluía asimismo una bien arraigada hostilidad hacia el Estado, bien patente en el *Estado y Revolución*, de Lenin, y en las numerosas denunciar de «burocratismo». Pero esta lucha con la tradición rusa de un poder estatal absoluto, en un período en que el Estado extendía sus funciones y autoridad a todos los ámbitos, era una causa perdida. Lo que se está produciendo hoy en todas partes no es ya la afirmación de la primacía del Estado, a modo de reacción contra el principio decimonónico de la primacía de la sociedad, sino la paulatina desaparición de las diferencias entre ambos. El Estado adopta un carácter preferentemente social y económico. La sociedad se identifica con el poder del Estado. La línea divisoria entre economía y política, que era el rasgo esencial de la sociedad burguesa, deja de existir. Esos cambios quedan curiosamente ilustrados por la forma en que el pensamiento y la práctica soviéticos se apartaron de la actitud marxista hacia el Estado.

Y así llegamos a la más destacada innovación de Lenin en la teoría y práctica revolucionarias: la sustitución de la clase por el partido en cuanto fuerza motriz de la revolución. Una vez más Lenin se mostraba formalmente de acuerdo, no obstante, con el Marx más joven. El *Manifiesto Comunista* anticipaba «la organi-

[19] K. Marx y F. Engels, *La sagrada familia*, en este pasaje «social» y «civil» significan «bügerlich».

zación de los proletarios en una clase, y por consiguiente, en un partido político»; y Lenin, por supuesto, hablaba constantemente de la clase de la que el partido era su abanderado o vanguardia. Pero el cambio de acento señalaba y correspondía al viraje desde el mundo de las leyes económicas objetivas, al mundo de la acción política llamado a moldear y modificar la economía. La clase era un amplio grupo económico sin perfiles, organización, ni programa definidos. El partido era una organización política fuertemente trabada, que se definía por un propósito común y deliberado.

Para Marx y los sociólogos modernos, la clase sigue siendo un concepto evasivo. Según aquél, la clase era un grupo económico y social delimitado por la común posición respecto a los medios de producción. Carece de existencia legal y de instituciones. Su acción común era el producto inconsciente de innumerables acciones espontáneas de los individuos en la consecución de sus intereses particulares. Esta concepción de la clase se avenía con la doctrina de la acción y pensamiento económicos del *laissez-faire*, y con tajante separación entre sociedad y Estado, dominantes a lo largo del siglo XIX en los países avanzados, y eran apenas imaginables en cualquier otro medio. Las dificultades para aplicar el concepto de clase a períodos históricos primitivos, o a otros continentes, son notorias. Todas las autoridades en la materia concuerdan en que la Revolución francesa fue una revolución burguesa. Ello no significa que fuese dirigida por un grupo o clase netamente definido que respondiera al nombre de burguesía; la estructura de clases en Francia en la víspera de la revolución era demasiado compleja e informe para una tal simplificación. La misma dificultad se advierte al identificar la burguesía de la historia prerrevolucionaria francesa, que en la atribución de un preciso significado al término «feudal» utilizado por Marx como antítesis de aquélla[20]. No obstante, si se define la revolución social como «transformación social en la que se echa del poder a la clase en decadencia, y sustituyéndola en él la clase progresiva y revolucionaria»[21], quedan plenamente justificados los títulos de la Revo-

---

[20] El término «feudal» oculta la circunstancia de que la nobleza y demás «órdenes» o «estados» de la sociedad pre-industrial eran categorías legales, y en absoluto clases en el sentido marxista; sin embargo, una clase feudal todavía resulta algo más confuso.

[21] *Grundlagen der Marxistischen Philosophie*, trad. alemana (Berlin, 1953), 555[1]: éste es el actual texto oficial.

lución francesa en cuanto revolución burguesa. Fue una revolución burguesa, no en el sentido de que se llevase a cabo por la burguesía, sino en el de que, en lugar de la sociedad jerarquizada del *ancien régime*, colocó un nuevo tipo de sociedad dominado por la burguesía. Hablar de una lucha de clases en Francia en el contexto de la Revolución francesa supone anticipar las consecuencias de la revolución, y no describir sus antecedentes. La «sociedad preindustrial», se ha señalado atinadamente, «... no confiere al concepto de clase un significado operativo»[22]. Sólo después de la revolución, la clase acabaría siendo un instrumento analítico útil y preciso, y como tal fue manejado por Marx con maestría insuperable.

La única clase que toma cuerpo en los escritos de Marx es la burguesía; casi todo lo que escribió sobre la clase en general hace referencia, consciente o inconscientemente, a la burguesía en especial[23]. El habitual comportamiento espontáneo e inconsciente de multitud de individuos determina la política de los gobiernos burgueses, y fundamenta «la dictadura de la burguesía». Marx consideró al proletariado como clase con arreglo a idéntico modelo. Las cada vez más intolerables condiciones económicas llevarían a los trabajadores a emprender la acción, en defensa de sus intereses. Los trabajadores del mundo se unirían espontáneamente: y esta acción común traería consigo el derrocamiento de la burguesía y la dictadura del proletariado. Marx dejaba bien claro que ello no suponía una acción conscientemente planeada: «El problema no estriba en saber lo que en un momento determinado *considera* el proletariado, e incluso todo el proletariado, como su objetivo. La cuestión consiste en saber qué es el *proletariado*, y como consecuencia de este *ser*, lo que se verá forzado a realizar»[24].

Marx era plenamente consciente de que sólo una pequeña proporción del proletariado poseía, por el momento, conciencia de clase (aunque al vivir en Inglaterra, puede que tendiera a exagerar esta

---

[22] Lichtheim, *Marxism*. An Historical and Critical Study, 381

[23] Como dice Wetter (*Soviet Ideology Today* [1966], 203), el muy conocido aforismo de Marx, «el molino movido a brazo te liga al señor feudal: el molino a vapor, al capitalista industrial», tiene sólo significación referido a la sociedad industrial, no a la sociedad feudal. El molino a brazo no era privativo de la sociedad feudal, y se trae aquí a colación con el solo propósito de señalar un contraste con el capitalismo.

[24] Marx y Engels, *La sagrada familia*.

proporción): y reconocía la existencia de un *Lumpenproletariat*, una masa desorganizada e inestable de trabajadores de las capas inferiores. Al otro extremo de la escala, Engels señaló la aparición en Inglaterra de lo que denominaba «una clase trabajadora burguesa», un estrato de trabajadores. Pero, en su conjunto, los marxistas no se preocuparon por estos atentados a la solidaridad internacional del proletariado. Se daba por supuesto que el tiempo daría cuenta de tales anomalías, y que en el momento oportuno, los trabajadores desempeñarían su papel histórico en cuanto clase unificada, como antes de ellos hiciera la burguesía. Las contradicciones del sistema capitalista y las tensiones que provocaba, socavarían su capacidad de progreso y expansión, y promoverían el levantamiento de un proletariado cada día más numeroso y empobrecido. Sería la última revolución, que derrocaría la última clase dominante, la burguesía, anunciando la sociedad sin clases.

Cuando, al doblar el siglo, Lenin analizó la situación, y en particular la situación rusa, las perspectivas eran sombrías. En los países de la Segunda Internacional, aunque aparecieron pocos signos de una inminente revolución proletaria, la organización de los trabajadores había dado pasos gigantescos; y todos parecían mostrarse de acuerdo en que esto era un signo esperanzador para el crecimiento de la solidaridad y el potencial revolucionario. En Rusia, la organización de los trabajadores era rudimentaria, y las perspectivas revolucionarias parecían quedar muy lejos todavía. Lenin escribía en *¿Qué hacer?*: «La lucha espontánea del proletariado no se transformará en una auténtica "lucha de clases" hasta que sea dirigida por una poderosa organización revolucionaria»[25]. En consecuencia, Lenin se dispuso a crear un partido que galvanizara la acción de los trabajadores rusos. En las condiciones del país, las actividades de un partido que operara en tierra rusa, tenían que ser forzosamente secretas y conspirativas. Estas adaptaciones no revelaban en forma alguna un alejamiento de la tradición marxista, o de los modelos creados por los grandes partidos de la socialdemocracia occidental; constituía meramente otro desesperado esfuerzo ruso para «situarse a la altura» de Occidente.

---

[25] Lenin, *Polnoe Sobranie Sochinenii*, 5.ª ed., VI, 135.

Lo desconcertante y decisivo fue lo que sucedió en 1914 y 1917: el anverso y reverso de la medalla. El estallido de la guerra de 1914 proporcionó al sistema capitalista del siglo XIX un duro revés que hacía tiempo que venía vislumbrándose y halló a los trabajadores de los países adelantados sumándose a su defensa con los respectivos uniformes nacionales; es bien conocido el efecto traumático que sobre Lenin tuvo esta increíble experiencia. La revolución de 1917 llevó al poder el primer Gobierno de declarada lealtad al marxismo, consagrado a la erradicación del capitalismo; y esto ocurría en un país económicamente atrasado, con un proletariado escaso en ciernes y apenas organizado. Esta inversión del orden previsible de los acontecimientos enfrentó a los bolcheviques con la tarea de mantener y defender la victoriosa Revolución rusa dentro de un ambiente hostil, contando tan sólo con recursos humanos y materiales desgraciadamente inadecuados.

La crisis provocó una reacción ya habitual en la historia revolucionaria de Rusia. Durante buena parte de un siglo, la intelligentsia rusa —un grupo sin equivalente en ningún otro lugar— asumió la jefatura y el papel de inspiradora de una serie de movimientos revolucionarios. Cuando Lenin en *¿Qué hacer?*, publicado en 1902, abogaba por un partido bajo la jefatura intelectual de revolucionarios profesionales que acaudillaran la revolución proletaria, Trotsky observó despectivamente que las opiniones marxistas de los intelectuales no eran «ningún sustitutivo de un proletariado desarrollado políticamente», y acusó al partido bolchevique de tratar de «*sustituir* a la clase trabajadora»[26]. Sin embargo, cuando la supervivencia del régimen revolucionario se vio amenazada por la inadecuación cuantitativa y cualitativa del proletariado, el partido, dirigido y organizado mayormente por intelectuales, hubo de dar un paso en el vacío. La Revolución rusa no la hizo ni la salvó una clase, sino un partido que se proclamó a sí mismo representante y vanguardia de esa clase. Fue una solución en consonancia con la tradición revolucionaria rusa. Pero fue una

---

[26] Trotsky, *Nashi Politichesquie Zadachi* (Ginebra, 1904), 23, 50 y *passim*. Posteriormente, Trotsky acabó, según todos los indicios, más reconciliado con esta idea: en un artículo de 1908 (*Sochinenya*, XX, 327-42), describió a los decembristas de 1825 como sustitutos de una burguesía todavía inexistente. No citaba a los jefes intelectuales del movimiento narodniki, cuya campaña de 1870 «llegad al pueblo», tuvo poco éxito.

solución —y esto es más significativo— que señaló el lapso transcurrido desde los días de Marx. Que el leninismo no era exclusiva, ni principalmente un producto de las condiciones rusas, lo sugiere el hecho de que ninguno de los dos principales teóricos marxistas desde Lenin, que con posterioridad elaboraron la noción leninista de vanguardias creadoras, fuera ruso: Lukács y Gramsci. Los comentarios leninistas sobre marxismo pertenecían a una época que ya no entendía las fuerzas reales como resultado de la acción espontánea de una masa de individuos, sino de una planificación política consciente.

El *Manifiesto Comunista* reconocía el papel de jefatura ejercido por los comunistas, en cuanto únicos miembros del proletariado y de los partidos proletarios con plena conciencia de clase. Pero una de las condiciones de la revolución proletaria era la de que la conciencia comunista llegase a la mayoría de los trabajadores. Marx atribuía a Blanqui la creencia, rechazándola como herética, en la toma revolucionaria del poder por parte de una minoría disciplinada. Mas, para Marx, la conciencia seguía siendo principalmente conciencia de un proceso que quedaba fuera de un control consciente. La concepción leninista del partido como vanguardia de la clase incluía rasgos elitistas ausentes en el que los pensadores políticos prestaban cada vez más atención al problema de las élites. El partido había de conducir e inspirar a la masa trabajadora; los propios miembros habían de ser pocos y escogidos. Entre los meses de febrero y octubre de 1917 el insulto preferido de los mencheviques consistía en afirmar que Lenin era un discípulo de Blanqui, o de Bakunin, y no de Marx. En la víspera de la revolución de febrero de 1917 se comprobó que los bolcheviques no pasaban de 23.000; y aunque entre febrero y octubre afluyeron los miembros, el partido en nombre del cual se hacía la revolución y se asumía el poder apenas excedía con toda probabilidad de los 100.000 miembros[27]. No obstante, constituiría un error creer que Lenin consideraba la revolución como la labor de una minoría. Su más acabada exposición de los factores que determinaban una situación revolucionaria se halla contenida en el

[27] Las estadísticas oficiales del partido estiman que los efectivos en enero de 1917 ascendían a 23.000 miembros, y a 115.000 en enero de 1918 (*Bol'shaya Sovetskaya Entsiklopediya*, 1.ª ed. [1930], XI 531; estimaciones mucho más elevadas citadas en otros lugares parecen exageraciones, bien hechas sobre la marcha para provocar el optimismo, o *ex post*

panfleto *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, que preparó para el Segundo Congreso de la Internacional Comunista de 1920. «Sólo cuando *"los estratos inferiores* (nizy)" *no se muestran dispuestos* a tolerar lo viejo, y "los estratos superiores (verkhi)" *se muestran incapaces de seguir por los viejos cauces*, sólo entonces puede triunfar la revolución. En otras palabras, esta realidad puede expresarse de la siguiente manera: la revolución es imposible sin una crisis nacional general que afecte a explotados y explotadores»[28]. La tarea de dirigir a las masas no era propiamente hablando una tarea de adoctrinamiento, de crear una conciencia que faltase, sino de apelar a una conciencia latente; y esta conciencia latente de las masas era una condición esencial de la revolución. Lenin, dentro del círculo de los dirigentes del partido, tuvo posibilidad de acceder a la posición de dictador. Pero nunca procedió así con las masas trabajadoras; y a ello debía no poco de su inmenso ascendiente sobre ellas. Su declaración de hallarse dispuesto a aprender de las masas, nunca fue mera pretensión. Lenin se negó, con toda energía, a creer en la revolución desde arriba. Ya en abril de 1917 escribió: «La comuna, esto es, los soviets, no "introducen", no se proponen "introducir" y no deben "introducir" cambio alguno que no se halle maduro, tanto en sí mismo, como en el terreno económico y en la conciencia de la inmensa mayoría del pueblo»[29]. Y un año más tarde, en el congreso del partido que aprobó la ratificación del tratado de Brest-Litovsk, repitió todavía más enérgicamente: «El socialismo no puede implantarlo una minoría; el partido. Sólo pueden implantarlo decenas de millones, cuando aprendan a construirlo ellos mismos»[30].

Algunos críticos han hallado un elemento de casuística política en el intento de combinar la jefatura de la élite con la conciencia de las masas. Las embarulladas y en ocasiones contradictorias expresiones de los dirigentes bolcheviques sobre la clase, contrastan con sus terminantes y rígidas concepciones del partido. Tras la muerte de Lenin aparecieron signos inquietantes, cuyo germen se había sembrado sin duda en vida de Lenin. Antes de la revolución,

---

facto para borrar la impresión de que la revolución fue obra de una minoría insignificante.

[28] Lenin, *Polnoe Sobranie Sochinenii*, 5.ª ed., XLI, 69-70.

[29] *Ibid.*, XXXI, 163-4.

[30] *Ibid.*, XXXVI, 53.

se había prestado cierta atención, dentro de los partidos políticos occidentales, al desarrollo de las organizaciones centrales de partido y a sus burocracias, que determinaban en la práctica la política del partido y controlaban a la masa de sus miembros [31]. En el partido socialdemócrata ruso existió tensión desde un principio entre las encontradas concepciones sobre el partido en cuanto organización de masas y en cuanto vanguardia que dirigía e instruía a las masas. Tras la revolución, los problemas de la supervivencia y del progreso material que salían al paso de un régimen revolucionario, aislado en medio de un mundo hostil, era tan vastos y acuciantes, que los sucesores de Lenin carecieron de capacidad o paciencia para suscitar aquel alto nivel de conciencia y aquel apoyo de masas que Lenin tenía tras de sí en el período de la revolución y de la guerra civil, y tomaron por la vía rápida (la eterna tentación que acecha a toda élite), consistente en imponer su voluntad, recurriendo a medidas que implicaban cada vez más descargar la fuerza nuda sobre la masa de la población y la del partido. La en un tiempo famosa historia abreviada del Partido Comunista, de Stalin, definía la colectivización de la agricultura como «una revolución desde arriba, a iniciativa del poder del Estado, con apoyo directo desde abajo»; y aunque la frase «revolución desde arriba» ha sido desde entonces condenada como herética, fue característica de la época estalinista.

Estas transformaciones se debieron en parte al carácter particularmente apremiante de los problemas a que el régimen revolucionario de Rusia tenía que hacer frente, y en parte a las especiales condiciones del país, donde los atrasados campesinos integraban más del 80 por ciento de la población, y el número de trabajadores disciplinados y políticamente conscientes era, comparado con el de los trabajadores organizados de Occidente, infinitamente pequeño. Pero también fue, y ello es más significativo, un producto del momento. El lema revolucionario francés de igualdad era una protesta necesaria y efectiva contra el privilegio, en una sociedad altamente estratificada. Para Marx este problema, al igual que todo problema social, era un problema de relaciones de producción. La sociedad capitalista estaba basada en la explotación del

[31] En este aspecto se acostumbra a citar las ya clásicas obras de Ostrogorski y R. Michels.

hombre por el hombre; el principio de desigualdad se cimentaba en la división capitalista del trabajo. En un célebre pasaje de *El Capital*, Marx reiteraba la creencia, común a tantos escritores del siglo XIX, de que la gran industria «pondría fin a la división manufacturera del trabajo, en la que cada hombre se halla atado de por vida a faenas de detalle»[32]. La utopía marxista planeaba acabar con la distinción entre las diferentes formas de trabajo, en particular entre el trabajo manual y el intelectual. *El Estado y la revolución*, de Lenin, con su visión de que las tareas de gobierno las realizan obreros corrientes en rotación, y los experimentos iniciales de la revolución bolchevique sobre control obrero de las fábricas, fueron los últimos retrasados tributos a esta concepción.

El sueño fue desvaneciéndose rápidamente, y los experimentos acabaron en fracaso. El mismo Marx, en un capítulo posterior del *El Capital*, aparecido con carácter póstumo en el tercer volumen, adoptó una visión más realista del futuro del trabajo:

> La libertad en este terreno sólo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente su intercambio con la naturaleza, lo pongan bajo su control común, en vez de dejarse dominar por él como las ciegas fuerzas de la naturaleza... Pero con todo, siempre seguirá siendo el reino de la necesidad. Al otro lado de sus fronteras empieza el despliegue de las fuerzas humanas, que es un fin en sí, el verdadero reino de la libertad, que, sin embargo, sólo puede florecer tomando como base este reino de la necesidad[33].

Ya en marzo de 1918, Lenin acudió en apoyo de lo que más tarde se denominaría «dirección unipersonal» (edinonachalie) de las fábricas, en términos tan categóricos que a veces se ha citado el pasaje, con evidente mala fe, fuera de su contexto, como una defensa de la dictadura política[34]. El problema no se circunscribe al grado de disciplina requerido para obligar al cumplimiento de un mínimo necesario de trabajo físico penoso y aborrecible. Es cierto que durante el siglo pasado disminuyó la extensión y el carácter desagradable de semejante trabajo, si bien su total elimi-

---

[32] K. Marx, *Capital*, I.

[33] Marx, *Capital*, 3 (trad. ingl. 1960), 800. En su cuaderno, señalaba Marx que «el trabajo no puede convertirse en un juego, como Fourier pretendía» (*Grundrisse der Kritik der Politischen Okonomie* [1953], 599); contrasta esto con el ingenuo optimismo de Engels: «El trabajo productivo se convertirá en un placer, en vez de una carga» (*Anti-Dühring*)

[34] Lenin, *Polnoe Sobranie Sochinenii*, 5.ª ed., XXXVI, 200.

nación aparece todavía como una imagen utópica. Pero la temeraria afirmación decimonónica de que el avance técnico reduciría la necesidad de especialización, y por consiguiente, borraría las distinciones entre las diferentes formas de trabajo, y especialmente, entre el trabajo intelectual y manual, ha sido notoriamente falseada. En cada rama de la administración y de la producción, ha sobrevenido un nuevo tipo de estratificación. La necesidad de élites administrativas y técnicas se manifiesta a todos los niveles —en el Gobierno, en la organización industrial, en las fábricas y en el campo—, siendo previsible un incremento con la creciente complejidad de los procesos administrativo y productivo.

Por tanto, cuando en junio de 1931 sorprendió Stalin al mundo con la denuncia del igualitarismo o «nivelamiento» (uravnilovka), y destacaba que «cada industria, cada empresa, cada taller» contaba con sus «grupos dirigentes», y acusó más tarde a los partidarios del igualitarismo de «ideas pequeño-burguesas» [35], propinó un solapado revés que fue consignado por los críticos de su tiempo. El ideal de igualdad lanzado por la Revolución francesa halló creciente y amplia aceptación y aplicación en el mundo occidental del siglo XIX, y antes de doblar el siglo, se había empezado a reconocer la necesidad de extenderlo de la esfera política a la económica. Desde 1917 se habían realizado en la Unión Soviética y otros países fantásticos avances en pro del mejoramiento del nivel de vida del trabajador industrial. Pero este proceso había venido acompañado de una siembra insidiosa de doctrinas elitistas, bien en forma explícita, bien disimulada, y por un creciente reconocimiento de la dificultad de compaginar la necesidad de élites administrativas y técnicas, con las aspiraciones igualitarias que la democracia de masas había heredado de la Revolución francesa [36]. La circunstancia de que muchas de aquellas élites se autodenominasen apolíticas, no significa que no contaran con una decisiva influencia política. Los autócratas del pasado habían sido reemplazados por anónimos personajes kafkianos, a los que no se podía controlar, y con frecuencia ni siquiera identificar. La necesidad, por la que Lenin tanto se esforzó y que Stalin descuidó con

[35] J. Stalin, *Sochineniya*, XIII, 58-60, 357.

[36] Para una posterior discusión del contemporáneo problema de la igualdad, véase pp. 85-87.

desdén, de reconciliar el liderazgo de la élite con la democracia de masas ha planteado en la Unión Soviética de hoy un problema clave. No se trata de un problema de la exclusiva incumbencia de un solo país, aunque fueran los sucesos de la revolución bolchevique los que lo expusieran a la luz del día. Sería imprudente considerar que no nos atañe la experiencia rusa, o sentirnos satisfechos en exceso con nuestras propias soluciones. Pero sería aún más imprudente considerarla incongruente con los problemas de todos aquellos países que no han pasado por la experiencia de una democracia establecida en el pasado.

La función educadora de la élite fue vigorosamente resaltada por Lenin en *¿Qué hacer?* Marx, al igual que Adam Smith y Hegel, creía que los individuos estaban sometidos, en cuanto agentes o víctimas, a las leyes sociales y económicas objetivas de las cuales no eran, sin embargo, conscientes. «Las ideas que las leyes de producción suscitan en las cabezas de los agentes de la producción y circulación capitalistas, difieren radicalmente de esas leyes reales», y «los individuos han quedado sometidos a un poder que les es ajeno»[37]. Esas ideas que no correspondían a la realidad, eran lo que Marx llamaba «ideología». Para Marx, ideología era, necesariamente, una falsa conciencia: la falsa idea que sobre sus motivos se formaban las personas que no eran inconscientes de las leyes reales que regían sus acciones. Tal como lo expresaba Engels: «Que las condiciones materiales de la vida de las personas en cuyas mentes tiene lugar el proceso del pensamiento, determina en última instancia el curso de este proceso, es lo que por necesidad sigue siendo desconocido para esas personas, pues de otra forma, sería el final de toda ideología»[38]. Lo decisivo eran los motivos y actos inconscientes —no los conscientes— de los ocupados en la producción. Sólo los comunistas, en palabras del *Manifiesto Comunista*, «tienen sobre la masa del proletariado la ventaja de una clara comprensión de la línea de marcha». Marx no consideró que su misión fuera establecer preceptos obligatorios y mucho menos presentar una nueva ideología. Su propósito era desenmascarar los errores y las ilusiones. Marx, siguiendo a Hegel, identificaba el

[37] Marx, *Capital*, III, 307; Marx y Engels, *La Ideología Alemana*.
[38] F. Engels, *Ludwig Feuerbach*.

proceso histórico con la ampliación de la conciencia, y el aumento de la conciencia con la ampliación de la libertad. Por consiguiente, la revolución final que llevase a la utopía marxista de la sociedad sin clases, significaría asimismo el término del abismo entre realidad e ideología y la consecución de la auténtica libertad y conciencia.

Esta creencia en el carácter liberador del conocimiento, transformada y caricaturizada en el aforismo de que «la libertad consiste en el reconocimiento de la necesidad», situó a Marx en dos mundos. Marx estaba principalmente interesado en el análisis. Pero el análisis constituía la condición de la terapia. Marx fue el verdadero fundador de las ciencias sociales en las que el hombre es el objeto y el sujeto de la investigación; además, el hombre no se puede investigar a sí mismo sin transformarse. Marx anhelaba «el pleno desarrollo del control del hombre sobre las fuerzas de la naturaleza, incluyendo la suya propia»[39]. No obstante, Marx, que vivía en un mundo en donde el predominio del empresario individual y del clima del *laissez-faire* aún no había sido seriamente trastocado, no podía liberarse por completo de las leyes de hierro de la economía clásica, y éstas seguían dominando su pensamiento. El período entre la muerte de Marx y la Revolución rusa fue testigo de rápidas mutaciones. Freud, al igual que Marx, desveló la realidad que se halla tras la conducta inconsciente. Freud, igual que Marx, rechazó el supuesto de una naturaleza humana inmutable. Pero el análisis quedó subordinado a la terapia. La ciencia se hizo más específicamente instrumental. La meta no era ya descubrir los hechos objetivos, sino aportar hipótesis de trabajo que llevaran a resultados prácticos; el comportamiento y los impulsos humanos se moldean por medios que pueden estudiar y aplicar los psiquiatras. Lo que hizo Freud fue añadir una dimensión nueva a la razón. La razón podía investigar, comprender y utilizar lo irracional.

La Revolución rusa se sitúa en el centro de esta mutación. Lenin seguía formalmente dentro del marco marxista. Pero mientras el *Manifiesto Comunista* contaba con «la gradual, espontánea organización de clase del proletariado», Lenin hablaba de la «espontaneidad» como del veneno del movimiento obrero ruso y

---

[39] K. Marx, *Pre-Capitalist Economic Formations*, ed. Hobsbawn (1964), 84.

como lo opuesto de la «conciencia». Si el socialismo era un método más racional de organizar el proceso productivo que el capitalista se debía precisamente a que era «consciente». Para Marx, la conciencia comunista sólo se adquiere cuando tiene lugar «una mutación de los hombres en gran escala», es decir, mediante una revolución [40]. Según el esquema de Lenin, se precisaba de una élite de partido altamente consciente para dotar de conciencia revolucionaria a la masa de trabajadores. Marx creía que el hombre nuevo surgiría «espontáneamente» de una nueva sociedad; Lenin advirtió que era necesario crear el hombre nuevo para constituir una sociedad nueva. Con la admisión de esta necesidad, el término «ideología» cambió de sentido. Para Lenin, la ideología no era ya, necesariamente, falsa conciencia. Su carácter dependía de su contenido. Ideología revolucionaria o socialista era aquella que el partido y sus dirigentes procuraban inculcar a los trabajadores. La «ideología», declara el actual *Diccionario de Filosofía* soviético, «puede constituir un reflejo, verdadero o falso, científico o anticientífico, de la realidad».

Lenin continuaba ligado en un aspecto al siglo XIX. Aunque proclamaba la necesidad de instruir e influir en las masas, seguía creyendo en la educación recurriendo a la persuasión y la fuerza del ejemplo. Hacia mediados del siglo XX, esta creencia ha perdido gran parte de su validez en la Unión Soviética y en todas partes. Quizá fuera esta la diferencia fundamental que señaló la transición de Lenin a Stalin. Lenin consideraba la persuación o el adoctrinamiento como un proceso racional en cuanto que se esforzaba en imbuir de una convicción racional las mentes a las que se dirigía. Stalin lo consideraba como un proceso racional sólo en cuanto que lo proyectaba y dirigía una élite racional. Sus objetivos consistían en inducir a gran número de personas a actuar en el sentido deseado. La forma de alcanzar esta meta era un problema técnico objeto de estudio racional. Pero los medios más efectivos a emplear para lograr este objetivo no siempre procedían, ni solían proceder, de la razón. Sería equivocado suponer que este cambio fue algo privativo de la URSS, o de cualquier otro tipo concreto de gobierno. La similar evolución de

[40] Marx y Engels, *La Ideología Alemana*.

los países democráticos occidentales se ha solido atribuir a la influencia de la publicidad comercial, cuyas técnicas y, a veces, los profesionales que las aplicaban, se pasaron del mundo comercial al de la política. El candidato se vende al votante por los mismos procedimientos utilizados para vender patentes de productos farmacéuticos o neveras. La enorme expansión de los medios de comunicación de masas ha sido, evidentemente, un factor más. Pero junto a estas causas, otras más profundas y fundamentales han intervenido. El profesional, políticamente neutro, el experto en relaciones públicas, encargado de presentar una imagen atractiva a sus clientes y de moldear la opinión al servicio de sus deseos, mediante cualquier técnica y estratagema psicológica a su alcance, constituye en la actualidad un fenómeno familiar, difícil de conciliar con los principios de Lincoln o Gladstone, pero, al parecer, inseparable de las presentes democracias de masas. Hoy, en cualquier parte del mundo, el futuro de la democracia es un problema inquietante. En esto, como en otras cuestiones, el paso en el mundo occidental de la democracia liberal a la democracia de masas ha reflejado la experiencia de la Revolución rusa.

Otro fenómeno del mundo moderno, en el que la Revolución rusa ha desempeñado un papel relevante, ha sido el movimiento de liberación de los llamados pueblos subdesarrollados. En las postrimerías de la Revolución francesa, la proposición de que tanto vale un hombre como otro se amplió a la premisa de que tanto vale una nación como otra. La igualdad de derechos del individuo sirvió para incluir la igualdad de derechos entre las naciones, en un objetivo tan vital y contagioso como la liberación del hombre. Esta noción sigue siendo uno de los legados de la Revolución francesa a los siglos XIX y XX. Aunque Marx postulaba el objetivo final de un mundo sin naciones ni clases, consideraba la liberación de las naciones sometidas un hito importante en el camino de la revolución, y una causa digna del apoyo de radicales y revolucionarios. El mismo se sintió especialmente preocupado por las injusticias inferidas a irlandeses y polacos. Con todo, aunque Marx y otros prestaron una cierta atención a los problemas de la India y China, el siglo XIX apenas consideró a los países subdesarrollados de Asia y Africa como candidatos a la nacionalidad y liberación. El nacionalismo continuaba siendo un fenómeno predominantemente europeo, y los pensadores marxis-

tas podían encajarlo en el esquema de las sucesivas revoluciones burguesas y proletarias. Como dijo Lenin, el proletariado, como clase oprimida carente de derechos, era el natural «portaestandarte de todos los pueblos en la lucha por la libertad»[41].

Estas actitudes se vieron profundamente afectadas por la profunda penetración comercial y política de las potencias europeas en otros continentes, consumada durante el último cuarto del siglo XIX, y acabó siendo conocida con el término genérico de «imperialismo». Se hace difícil disociar este proceso de la enorme ola de prosperidad de que se beneficiaron las economías capitalistas de Europa occidental al doblar la centuria. Pero aunque el imperialismo llegó a representar a corto término un poderoso refuerzo del capitalismo, desde otro ángulo cabe considerarlo también como el talón de Aquiles de las potencias capitalistas. En la década anterior a 1917, tanto Rosa Luxemburgo como Lenin se hallaban gravemente preocupados por la cuestión del imperialismo. Existían diferencias entre ellos que se agrandaron en polémicas posteriores. Sin embargo, tanto uno como otro estaban de acuerdo en considerar al imperialismo como el último cartucho del capitalismo en decadencia, con lo que todo lo que sirviera para minar y destruir el imperialismo, aceleraría el hundimiento capitalista. Todos los socialistas temían y esperaban que, tarde o temprano, las políticas imperialistas provocasen la guerra entre las grandes potencias, y en teoría creían que la guerra significaría el hundimiento del capitalismo. Rosa Luxemburgo, Lenin, y cada uno de los bolcheviques, esperaban la guerra con ilusión, pues les proveería de una *oportunidad* casi caída del cielo para trabajar activamente por este resultado.

Este cuadro tenía, sin embargo, su reverso. La prosperidad del capitalismo en su fase imperialista dio lugar a un importante subproducto que al principio pasó desapercibido: el desarrollo del «revisionismo» en el partido socialdemócrata alemán y de tendencias similares en otros partidos socialistas y laboristas de Europa occidental. Las penalidades de los trabajadores se hicieron menos patentes. Parecían abrirse grandes perspectivas respecto a su atenuación ejerciendo una moderada presión sobre

---

41 Lenin, *Polnoe Sobranie Sochinenii*, 5.ª ed., V, 334.

los gobiernos o recurriendo a transacciones y compromisos. La utilización de procedimientos democráticos al objeto de influir, controlar y, llegado el caso, hacerse con el Gobierno, comenzó a adquirir sentido. La participación el año 1901, de un único socialista en un Gobierno burgués, en Francia, provocó un escándalo en el movimiento socialista francés. Sin embargo, es evidente que esta acción despejó el camino a futuros ministerios franceses controlados por socialistas. Al mismo período queda adscrito el primer triunfo del laborismo británico en el campo parlamentario. La idea de que, bajo el régimen capitalista, todas las reformas eran ilusorias, fue severamente rebatida por la opinión de que era posible una revolución pacífica. En los países occidentales, el programa marxista del derrocamiento de los gobiernos capitalistas quedó relegado a un lejano futuro, y en el momento presente parece quedar sin relevancia aparente.

Este cariz de la situación no tenía equivalente alguno en la Europa oriental, y Lenin continuaba reconfortándose con la ilusión de que el revisionismo había sido totalmente derrotado en el Occidente. Cuando en agosto de 1914 se percató de hasta qué punto los partidos obreros de Europa occidental se sentían identificados con sus gobiernos nacionales, se convenció de la necesidad de constituir, desde los cimientos, un nuevo movimiento, lo que fue ensayado el año 1915 en Zimmerwald. La inesperada victoria de la Revolución rusa proporcionó una sólida base nacional para el intento. El movimiento sectario de Aimmerwald fue sustituido por una organización mundial para el derrocamiento del capitalismo: la Tercera Internacional Comunista. De haber sido la Revolución rusa rápidamente secundada —tal como al principio esperaban los bolcheviques que sucediera— por revoluciones en la Europa occidental, su prioridad en el tiempo habría constituido dentro de su esquema global una mera anomalía cronológica. Pero cuando el proceso revolucionario occidental se evidenció estancado y floreció sobre el fértil suelo de Asia, el cariz de las cosas sufrió un cambio radical. La abortada Revolución rusa de 1905 pareció haber aportado un impulso en los años que siguieron a las revoluciones de Turquía, Persia y China. La ampliación de otros continentes de un movimiento de liberación nacional, hasta entonces limitado principalmente a Europa, fue el logro internacional más sobresaliente de la revolución de 1917. En Asia central,

Persia, Turquía y Egipto y todo el Oriente medio, la Rusia soviética aparecía como el aliado natural de los sojuzgados por la potencia archimperialista: Gran Bretaña. Los movimientos nacionalistas de la India y Afganistán se volvían espontáneamente hacia Moscú. En China, la Rusia soviética adquirió prestigio y se granjeó simpatías en su calidad de primera potencia que abandonaba por propia iniciativa derechos extraterritoriales. Así como las revoluciones de 1789 y 1848 no se extendieron de Francia a Inglaterra, sino hacia el Este, a países menos avanzados de la Europa central, la Revolución rusa tampoco se dirigió hacia el Occidente europeo, sino en dirección al Este, hacia el menos avanzado continente asiático. La revolución no podía considerarse como un levantamiento contra el capitalismo burgués del país occidental más atrasado, sino como un alzamiento contra el imperialismo occidental, por parte del país más avanzado del Este. En el último artículo que escribió Lenin se consolaba del fracaso de la revolución en Europa con la reflexión de que «el Este se ha incorporado ya al movimiento revolucionario» y «Rusia, India, China, etcétera, aportan la inmensa mayoría de la población mundial.»[42] Un gran golpe para su antigua visión. Abandonada la antorcha de la revolución por la Europa occidental, tomaron el relevo los pueblos de Asia y Africa dependientes, formal o realmente, de las potencias europeas. El cambio de contornos del mundo actual, y el cambio de relación entre la Europa occidental y los países avanzados de lengua inglesa por un lado, y el resto del mundo por otro, constituyen un atributo al significado histórico de la Revolución rusa.

Pero el giro encerraba mucho más que una mera trasposición geográfica. La revolución marxista llegó a los pueblos de Asia y Africa en su encarnación leninista. En esos países la industrialización hubo de realizarse en condiciones mucho más parecidas a las de la Unión Soviética que a las previstas por Marx. El triunfo de una revolución proletaria en una Rusia predominantemente campesina, lo explicó Lenin como un estadio provisional, al término

[42] Lenin, *Polnoe Sobrame Sochinenii*, 5.ª ed., XLV, 404; unas cuantas semanas antes, había escrito «Nuestros reaccionarios europeos no imaginan que las futuras revoluciones de los países del Este... mostrarán indudablemente mayores singularidades que la Revolución rusa (*Ibíd.*, 381).

del cual la masa de los campesinos más pobres quedaría asimilada al proletariado. Lo ocurrido en octubre de 1917 en Rusia aún podría denominarse sin mayores reparos una revolución proletaria, aunque no en un pleno sentido marxista. Pero en China la naturaleza y jefatura predominantemente campesinas de la revolución eran palpables; y en muchos países subdesarrollados el proletariado faltaba enteramente. Más significativa todavía era la debilidad —y en ocasiones, la total ausencia— de la burguesía o de cualquiera de las concepciones de la sociedad burguesa. En esos países, la revolución burguesa, inconclusa todavía en la Rusia de 1917, ni siquiera había comenzado. En su caso, el problema ruso había vuelto a plantearse pero en forma más extremada, y sólo cabían hacerle frente con la solución leninista de una reducida élite intelectual que asumiera la jefatura de la revolución. Muchos de esos dirigentes recibieron su educación y entablaron su primer contacto con el marxismo en países occidentales o bajo auspicios occidentales. Ahora bien, en la práctica, las condiciones locales sólo hacían viable el marxismo en su vertiente leninista. La ausencia de una burguesía y de una tradición burguesa estable, significó el descartar en la práctica, cuando no en teoría, la democracia burguesa liberal, y el retornar a las concepciones rousseaunianas, o jacobinas, de la democracia; así apareció la influencia de la URSS en muchos de aquellos países, prevaleciendo sobre la del Occidente.

Este predominio, no es, sin embargo, absoluto. La revuelta del nacionalismo contra el imperialismo ha conseguido en casi todas partes obtener una independencia política. Pero esto no ha evitado el mantenimiento de una inevitable dependencia económica por demás odiosa que inspira constantes arremetidas contra el «neocolonialismo.» El ejemplo de la URSS, que gracias a sus recursos naturales y a sus gigantescos esfuerzos se ha erigido en económicamente independiente del Occidente, provoca envidia y admiración. Pero salvo China, todos esos paises comprenden que semejante labor queda fuera de sus posibilidades. La «ayuda económica» se ha convertido en un factor indispensable de la vida nacional. A primera vista, se antoja menos aborrecible recibir ayuda de la Unión Soviética que del Oeste. Pero de una manera gradual se va tomando conciencia de que la dependencia económica mantenida exclusivamente con uno u otro lado lleva apare-

jado un atentado a la independencia nacional. Los dicterios de «colonialismo» e «imperialismo» soviético no han errado del todo el tiro. De aquí las políticas de «noalienación» practicadas más o menos activamente por la mayoría de aquellos países, inspirados, en parte, por el deseo de obtener ayuda de ambos campos, y, en parte, por la intención de mantener el máximo grado de independencia. En China, el principio de no alienación ha sido llevado hasta el extremo de una aguda hostilidad hacia ambos lados.

Es quizás prematuro tratar de situar estos equívocos acontecimientos en la debida perspectiva histórica. Lo que sí es evidente es que la Revolución rusa ha sido el resorte que impulsó un movimiento revolucionario de sublevaciones, en Asia y África, contra el orden capitalista del siglo XIX, en el que los ataques no se dirigen contra la explotación de los trabajadores industriales de los países avanzados, sino contra la explotación de los pueblos coloniales atrasados. Nunca se le ocurrió a Lenin, ni después llegó a admitirse, que una revolución bajo tales auspicios, aunque pudiese dirigirse contra el capitalismo, y con objetivos que pudieran catalogarse de socialistas, se hubiese alejado de las premisas marxistas. La reorientación posleninista de la revolución socialista implicaba que el derrocamiento definitivo del capitalismo no sería obra de sus víctimas proletarias de los países avanzados (que, en parte, se habían convertido en sus aliados), sino de sus víctimas coloniales de los países subdesarrollados, y que no sería obra de una clase económica, sino de un movimiento político. La era de la Revolución francesa se cerró en 1917, abriéndose una nueva época revolucionaria. Los historiadores del futuro podrán discutir si esa época acabó en 1949, cuando la revolución asiática y africana comenzó efectivamente, o si estos acontecimientos pueden interpretarse como una prolongación ligeramente heterodoxa de la Revolución rusa. Tales controversias sobre lo que se denomina «periodización» no son muy fructíferas, y es innecesario anticiparlas. Pero en tanto que el hombre se interese por explotar su pasado, nadie puede negarle títulos a la revolución de 1917 en cuanto uno de los grandes momentos críticos de su historia.

¿QUE HACER?

El autor de *¿Qué hacer?*, Nikolai Gavrilovich Chernichevski, fue un miembro típico —incluso podría decirse que *el* típico miembro— de la intelligentsia revolucionaria rusa de la segunda mitad del siglo XIX. Era dogmático y seguro de sí, sufrido hasta el quijotismo, serio hasta la frialdad, fervoroso creyente en el poder de la razón y de las ideas, pero asimismo dispuesto, sin reparar en riesgos ni consecuencias, a cualquier acción que fuese racionalmente pensada para impulsar la gran causa del progreso. Hijo de un sacerdote —lo que ya es un rasgo característico— nació en el año 1828 en la ciudad del Volga de Saratov. A los dieciocho años fue a parar a la Universidad de Petersburgo, y allí fue espectador a distancia de las revoluciones europeas de 1848, que constituyeron un hecho crucial para su vida y sus creencias. De entonces en adelante, se tornó un radical y revolucionario consagrado.

Después de un corto período en que ejerció como maestro, Chernichevski se dedicó a la carrera literaria, siendo desde 1854 uno de los asiduos y más efectivos colaboradores del periódico, viejo órgano de Belinsky, *Sovremennik (El Contemporáneo)*. El momento era propicio. La muerte de Nicolás I, acaecida el año 1855, y la mitigación del rigor de la censura que acompañó los primeros años de Alejandro II, permitieron a Chernichevski abandonar los ensayos literarios y estéticos, en los que al principio se embozaron sus opiniones avanzadas, para discutir abiertamente los cruciales problemas de la política agraria y la comuna campesina. Pronto comenzó a verse complicado en la organiza-

ción de actividades clandestinas, siendo detenido en 1862, con ocasión de la nueva ola de reacción que siguió a la emancipación de los siervos, y permaneció recluido más de dieciocho meses en la fortaleza de Pedro y Pablo; aquí fue donde escribió *¿Qué hacer?* En 1864, año de la publicación de su novela, se le condenó a trabajos forzados en Siberia, en donde estuvo hasta 1883. Entonces se le permitió vivir en Astrakán, y finalmente —pocos meses antes de su muerte, ocurrida en 1889— volver a Saratov, su ciudad natal. Durante esta larga privación de su vida política activa siguió plasmando sus impresiones en cartas y en diarios, e incluso, a veces, en escritos para publicaciones. Mas el período importante de su carrera literaria se encuentra en los años de 1853 a 1862, constituyendo *¿Qué hacer?* su obra maestra.

Chernichevski representaba la transición del grupo conocido en los ámbitos de la historia intelectual rusa del siglo XIX como «los hombres de los años cuarenta», a «los hombres de los sesenta», de los que podía considerarse el primero. «Los hombres de la década del cuarenta» —Bakunin, Herzen, Ogarev, Turgueniev y Belinsky, aún con sus respectivas singularidades, pertenecían todos a este grupo— fueron sustancialmente miembros de la última generación de románticos. Políticamente se educaron dentro de la tradición del liberalismo constitucional de Occidente; filosóficamente, en la tradición de los idealistas alemanes: Fichte, Schelling y Hegel, principalmente. Reaccionando contra el atraso, las duras condiciones y el obscurantismo de la Rusia de los zares, y colocando su norte y guía en un cuadro ideal de libertad, igualdad y fraternidad occidentales, no lograron desarrollar un programa concreto, deformador o revolucionario, para su propio país. Con frecuencia parecían hallarse más preocupados por el mejoramiento individual que por la reconstrucción de la sociedad rusa, que quedó abandonada, o negligida, dejándola como una causa perdida. La irónica etiqueta que «los hombres de los sesenta» —los más próximos a ellos— les colocaron, fue la de que se dedicaban «al culto de la belleza del alma.»

Las revoluciones europeas de 1848-49, trazaron la línea divisoria entre las dos generaciones rusas. Excepto Belinsky, que falleció en Rusia en 1847, todos los destacados «hombres de los cuarenta» habían estado en Europa occidental como *émigrés* ocasionales o permanentes. Detenido en Sajonia, Bakunin con-

sumió más de diez años de su vida en las mazmorras de tres países distintos, y en Siberia, reapareciendo en Europa occidental sólo después de que las nuevas líneas de separación hubieran sido trazadas. Unicamente Herzen y Turgeniev siguieron manteniendo cada cual a su modo la anticuada tradición de los años cuarenta, contra el envite de la joven generación.

Chernichevski había iniciado su carrera pública como ferviente admirador y discípulo de herzen. Al concluir la década de 1850, cuando aceptó Herzen el valor puramente nominal del «deshielo» de los primeros años del reinado de Alejandro y parecía dispuesto a llegar a un entendimiento con el autócrata reformista, se abrió un abismo entre Herzen y Chernichevski, que señalaba la ruptura de hostilidades entre las dos generaciones. En un famoso artículo de 1859 aparecido en su diario londinense *The Bell* (La Campana), bajo el título «¡Muy peligroso!», Herzen criticaba el radicalismo intransigente de Chernichevski y sus amigos de Rusia. La visita que Chernichevski realizó a Herzen en Londres sólo sirvió para intensificar la antipatía mutua. Tampoco mejoraron las cosas cuando, tras la emancipación de los siervos en 1861 y la insurrección polaca de dos años más tarde, se obligó a Herzen a admitir que el celo reformador de Alejandro II había sido puramente epidérmico, afectando tan sólo al aspecto externo de la autocracia. Por aquel entonces, la brecha entre los avisados liberales de los años cuarenta y los airados jóvenes radicales de los sesenta se hizo demasiado abierta para hacerse franqueable.

Los hombres de los sesenta se preciaban de sustituir el romanticismo sentimental por el severo realismo, el idealismo filosófico por el materialismo, la metafísica por la ciencia. Aunque bajo el reinado de Catalina la Grande las ideas de la Ilustración europea occidental penetraron en reducidos círculos rusos, apenas influyeron sobre la vida y la política del país. El culto a la razón, que tan fundamental papel desempeñó en el pensamiento de Chernichevski, sólo constituía en cierto sentido el último reflejo de la vición que alboreara en Francia y Europa occidental en el siglo XVIII. Helvecio, Diderot y Rousseau —el Rousseau del *Emilio* y *La nueva Eloísa*, más que el Rousseau de las *Confesiones* y del *Contrato Social*— se contaban entre los primeros dioses de Chernichevski. El movimiento intelectual de los años 1860, ostentaba títulos suficientes para denominarse la Edad de la Razón de Rusia.

Pero se trataba de una Razón de nuevo cuño. Ante todo fue la época del culto supremo a la ciencia. Chernichevski había sido un temprano seguidor ruso de Feuerbach («man ist was man isst»). Fue la en un tiempo famosa biblia del materialismo *Kraft und Stoff*, de Büchner, publicada en Alemania en 1855 y que pronto circuló en Rusia a través de traducciones clandestinas, la que convenció a los jóvenes rusos de 1860 de que la vida y el comportamiento humanos debían explicarse en términos materiales y fisiológicos, y que la reforma de la sociedad era, en sentido estricto, un problema científico. Lo más sorprendente es que Chernichevski rechazó a Comte por superficial, y que se escandalizara por las conclusiones que ciertos pensadores sociales empezaban a sacar de la hipótesis de la supervivencia de los más aptos de Darwin. Pero esto se debía a que creía poseer una explicación más directa y natural de los problemas de la sociedad. La cuestión de la moralidad le parecía haber quedado definitivamente resuelta por los utilitaristas ingleses, que él conocía sobre todo a través de John Stuart Mill, al que había traducido. No había que desear más, ni se necesitaba otra cosa, que la búsqueda por cada individuo de su propio, racional e ilustrado interés. Al igual que Buckle, Chernichevski atribuía los errores a la ignorancia.

El recurso a la ficción, para la discusión y propagación de las ideas sociales, era ya una tradicin rusa del siglo XIX. Herzen, en los años cuarenta, antes de su salida de Rusia, escribió una novela de escaso éxito, *¿De quién es la culpa?*, que trataba de analizar el eterno triángulo en los términos ingenuos de una moralidad racional. En 1862, Turgueniev, muy sensible a la aparición en escena de los jóvenes de los sesenta, caricaturizó a uno de ellos, bajo el nombre de Bazarov, en su novela *Padres e hijos*, aplicándole, y haciendo popular por primera vez, el título de «nihilista». Bazarov es un ejemplo clásico en su género: cabe sospechar, en verdad, que nos hallamos ante un caso en el que una caricatura genial ayuda a la creación de un tipo. Bazarov insiste constantemen en su misión: es un hombre entregado a una moralidad racionalista: «no cree en principios, sino en hechos», y opina que «un químico honrado es veinte veces más útil que cualquier poeta». La novela *¿Qué hacer?*, Chernichevski no es tanto una réplica a *Padre e hijos*, como una aceptación orgullosa de ello. Sus principales personajes son reencarnaciones de Bazarov. Lopukov desprecia «lo que se denomina

sentimientos elevados, los impulsos ideales», y exalta «la lucha de cada hombre por su propia utilidad». Kirsanov, cuyo verdadero nombre se toma prestado de Turgueniev, califica «las palabras pomposas, cual honor», de «ambiguas y abstrusas», y proclama que «todo hombre es un egoísta». Rakmetov, que aparece en el capítulo titulado «Un hombre poco común», come carne de buey para hacerse fuerte, duerme sobre clavos, a fin de endurecerse para las tareas que se avecinan, y, al igual que Bazarov, adopta una manera de conversar deliberadamente brusca, que no le hiciese perder tiempo innecesariamente en meras palabras ni en formalidades.

Para el lector occidental resulta desconcertante casi toda la obra *¿Qué hacer?* Su estilo es el de una novela victoriana inglesa sumamente digresiva. El subtítulo original de la misa, *Relatos sobre gente nueva*, debería desvanecer al lector la esperanza en una trama unitaria. Salta de tema en tema, aparecen y desaparecen personajes secundarios, y se introducen otros importantes a capricho del autor. El único personaje que discurre a través de toda la obra y alrededor del cual se centra la acción, es la heroína Vera Pavlovna; sin embargo, durante tres cuartas partes de la narración, aparece una heroína secundaria (con su correspondiente adorador) encarnada en la persona de Katerina, que a menudo ocupa el centro de la escena. Si el orden y la simetría fueran características esenciales del arte, *¿Qué hacer?* no podría situarse entre las obras artísticas. El autor sostiene conversaciones con el «agudo lector», importunándole a la manera socarrona de Thackeray, al que más de una vez cita con admiración (una admiración atemperada por su atinada crítica acerca de la monotonía y falta de liberalidad: todo lo que tiene que decir está contenido en *La feria de las vanidades*, siendo el resto pura reiteración). Pero ni siquiera recoge los hilos dispersos de su relato en el capítulo final con la metódica pulcritud del novelista victoriano. (Todo acaba en una aturrullante, incomprensible y walpurgiana Noche de la Razón, con una desconocida Mujer de luto al frente de las moderadas orgías, y con la semiburlesca promesa de una segunda parte, que, como es lógico, nunca fue escrita. Este material se ha omitido en la presente edición).

Otro factor que desconcierta al lector contemporáneo es la actitud que muestra Chernichevski hacia una cuestión que se ha

convertido en la obsesión dominante del novelista occidental de mediados del siglo XX. El novelista victoriano, al igual que la sociedad victoriana, velaba las relaciones carnales entre los sexos tras una capa de mojigatería. Pero, ni por un instante, ni él ni el lector ponían en duda su importancia; los convencionalismos de la época, las trasponían simplemente en una clave sentimental. La actitud de Chernichevski es completamente distinta. No mide sus palabras cuando entra en acción una prostituta regenerada, o la amante de un hombre rico. Pero en un libro que trata constantemente —casi podríamos decir principalmente— de la relación entre hombres y mujeres, y concretamente de la relación marital, desecha el aspecto físico de esa relación por trivial e indigno de una discusión seria. En un comentario al relato de Turgueniev «Asia», expuso ya con claridad su punto de vista: «Deshagámonos de los problemas eróticos. El lector moderno no se halla interesado en ellos. Le preocupa la cuestión de mejorar la administración y el sistema judicial, los problemas financieros, el problema de la liberación del campesino».

La exposición biográfica en *¿Qué hacer?* nos lleva a suponer que Vera Pavlovna no mantuvo relaciones carnales con su primer marido, Lopujov, ya que tales relaciones eran incompatibles con su concepción racional del comportamiento humano. Ciertos pasajes parecen apoyar la deducción de que ella y su segundo marido, Kirsanov, se condujeron con mayor normalidad. Pero Chernichevski en ningún sitio aclara este punto, cosa que hubiera hecho de considerarlo importante; y hubiera sido un completo anacronismo buscar en esto una explicación del fracaso del primer matrimonio de Vera. Llegados a este punto, aparece en la descripción otro extraño rasgo de *¿Qué hacer?* En las inacabables discusiones sobre el matrimonio en que se enzarzan Vera Pavlovna y sus dos sucesivos oponentes, nunca se hace alusión a que, por lo común, el matrimonio aporta descendencia, o que pueda ser ésta una de sus funciones. Los principales personajes de la novela tienen padres, pero carecen de hijos. Sólo en un lugar, refiriendo una conversación de Katerina, la segunda protagonista, mantenida algunos años después de su matrimonio, en la que ella menciona casualmente a su hijo, añade el autor, sin más, en un paréntesis casi cómico: «O sea, que tenía un hijo». Un creyente en el futuro de la raza humana tan apasionado como Chernichevski,

debió necesitar y esperar que nacieran criaturas. Pero, evidentemente, le hubiera gustado que fuesen engendrados de forma que afectara menos enojosamente la personalidad humana racional. Todo lo cual no sólo producía la embarazosa impresión de una falta de mundo, sino, además, de sentido común, en especial, cuando Chernichevski describe sus personajes divirtiéndose en inocentes alegrías. Muchas veces el lector está tentado de exclamar, con palabras de Byron:

¡Oh, Alegría e Inocencia! ¡Oh, Leche y Agua!

Mas, en el extranjero, los revolucionarios rusos eran cualquier cosa menos caracteres valientes. ¿Qué inspiración hallaron en *¿Qué hacer?*; y qué es lo que la convirtió durante más de cincuenta años en un importante clásico de la revolución? No resulta cómodo clasificar a Chernichevski. Ciertamente no fue nihilista —salvo en el sentido de que todo ruso radical y progresista creía en la total destrucción del orden existente en la sociedad rusa—. A Chernichevski se le tiene generalmente por narodnik o «populista» (por utilizar el vocablo castellano equivalente), pues este término sugiere una rica gama de ideas y un indistinto y desordenado movimiento revolucionario. Pero a Chernichevski le faltaba la idealización de la comuna campesina, que solía considerarse distintivo del «populismo». Se hallaba más interesado por la ciudad que por el campo; y esto fue lo que permitió presentarlo, dentro de la tradición soviética actual, como un marxista ruso en germen. Tampoco muestra Chernichevski ninguna conexión con el deseo común de los popularistas de glorificar a Rusia a costa del Occidente decadente y burgués. Carecía de inclinaciones eslavófilas y, dentro del pensamiento ruso, constituía un occidentalista impenitente. Las notas dominantes en todos sus escritos y lo que las posteriores generaciones de revolucionarios encontraron en él, por encima de todo, fue su fe en el socialismo, en el progreso y en la razón.

Socialismo era el término que todos los radicales rusos, de Herzen en adelante, aplicaban a su visión de la sociedad del futuro. En su aspecto negativo, llevaba aparejada la firma oposición a la democracia burguesa y al capitalismo occidental. En su aspecto negativo, el primitivo socialismo ruso se nutría de las

sociedades y comunidades imaginarias de los utopistas franceses, de los cuales Fourier, con sus «falansterios» y sus especulaciones psicológicas acerca de la transformación de la naturaleza humana, fue el más popular e influyente en Rusia. En un país en el que cualquier clase de actividad política se consideraba tabú, el socialismo permaneció durante mucho tiempo en su estadio utópico y puramente imaginativo. La base económica de *¿Qué hacer?* la constituyen las cooperativas de costureras ideadas por la protagonista y descritas con amoroso detalle. De la economía socialista desaparecerían los rasgos de beneficio, competencia y explotación, característicos del capitalismo; y el bienestar de la nueva comunidad sería sólidamente asentado sobre la cooperación equitativa y la mutua ayuda entre los trabajadores ocupados en la producción. Chernichevski proporciona aquí una copia urbana de aquel «llegar al pueblo» de las aldeas, rasgo tan característico del movimiento populista. Dos generaciones de lectores de Chernichevski quedaron convencidas y estimuladas con esta cándida imagen de generoso empeño humano. Todos los personajes de *¿Qué hacer?* mantienen en común la fe en el progreso y en la final consecución de sus objetivos. También aquí Chernichevski vuelve el punto de partida de la Ilustración y puede considerársele como discípulo de Condorcet, mucho más que de Darwin. El progreso supone para él un postulado fundamental, un artículo de fe, más que algo que precise de comprobación científica. Una carta patética dirigida en 1871, desde Siberia, a su esposa, tras nueve años de exilio y de cárcel, atestiguan su fe en el futuro y en su propia misión:

> Al pobre pueblo ruso le espera en su lucha un miserable destino. Pero el final será favorable y, entonces, querida mía, habrá necesidad de verdad. Ya no soy un hombre joven, pero recuerda que todavía tenemos una vida por delante... Puedo hablar de acontecimientos históricos porque he aprendido y pensado mucho. Mi hora llegará. Entonces veremos si vale la pena quejarse de que durante tantos años sólo haya podido estudiar y pensar. Entonces veremos que ello ha sido útil a nuestro país.[1]

[1] Citado por F. Venturi, *Roots of Revolution* (Nueva York, 1960), 184. La obra contiene la mejor estimación reciente, sobre Chernichevski, en inglés.

Pero, sobre todo, es la fe en la razón humana lo que sirvió como *leitmotiv* de *¿Qué hacer?*, y como inspiración que llevó a hombres y mujeres a actuar y sufrir por la sagrada causa de la revolución. La razón otorgó al hombre la facultad de dominar y transformar su ambiente material: los prodigios de la ciencia eran ilimitados. Pero, la razón, ahora se veía claro, concedió también al hombre la facultad de transformarse a sí mismo, y la de, transformándose a sí mismo, transformar la sociedad. Al igual que la mayoría de rusos, Chernichevski no era un individualista hasta el extremo de trazar una aguda oposición entre la sociedad y el individuo: transformar al uno significa la transformación del otro. Cuando Chernichevski habla de los «nuevos hombres», piensa también en la nueva sociedad que ellos edificarán.

El tema de los «nuevos hombres» es el hilo que discurre a lo largo todas las páginas de *¿Qué hacer?* Hace seis años, señala Chernichevski con singular precisión, aún no existía el nuevo tipo de hombre. Sus predecesores (siguen siendo todavía «los hombres de los años cuarenta») «se sentían solos, impotentes, estando por tanto inactivos, o abatidos, o exaltados, o entregados al romanticismo y a la fantasía». El hombre nuevo se caracteriza por su «fría ejecución, regular y calculada eficacia y activo cálculo». En *¿Qué hacer?*, los personajes son «nuevos hombres» que actúan, como hemos visto, con una total y lógica consecuencia. La protagonista, Vera Pavlovna, es «una de las primeras mujeres cuya vida fue ordenada metódicamente». Estas personas eran los heraldos de la nueva sociedad. En el momento presente todavía quedan diez «antediluvianos» por cada hombre moderno. Pero «el número de personas honradas crece cada año», y pronto «todas las personas serán honradas».

La fe y el optimismo de Chernichevski son, pues, más elementales, más abiertos y más ingenuos que la fe y el optimismo de Marx. Marx confiaba en las fuerzas de la historia, obrando a través de las acciones de los hombres, por un objetivo que podía ser anticipado. También esto suponía creer en la razón, pero en una razón menos personal que la que dominaba el pensamiento de Chernichevski. Para Chernichevski, pues, el último obstáculo con que se enfrentaba el progreso era la ignorancia humana más que la interesada resistencia de los grupos dominantes. Pero estas convicciones también aportaban un mensaje de esperanza. La tarea

de los revolucionarios consistía en enseñar y transformar a los seres humanos, en hacer de ellos «personas honradas», invitándoles a escuchar la voz de la razón.

No hay duda alguna de la fuerza de este mensaje en la época y las circunstancias en que fue transmitido. Incluso Turgueniev, que se dolía de que Chernichevski no «comprende la poesía», concedía que comprendió «las necesidades de la vida real de nuestro tiempo». Más que ningún otro, Chernichevski fue quien moldeó las actitudes morales de dos generaciones de revolucionarios rusos. Lenin le aclamaba como a «un gran socialista ruso» (aunque todavía un «socialista utópico») y le consideraba indudablemente como a uno de los precursores del bolchevismo. El revolucionario ideal de Lenin habría vivido como los protagonistas y heroínas de Chernichevski. No debe olvidarse que la única novela de Chérnichevski fue escrita en la cárcel, durante el primer año del largo holocausto sufrido por sus convicciones. Esas torvas circunstancias fueron no sólo el lugar del nacimiento de *¿Qué hacer?*, sino de todo el movimiento revolucionario. No es, pues, accidental ni sorprendente que esta gris, austera y desencantada utopía —reflejo de aquellas condiciones— determinara el tono de la vertiente humana y personal de la revolución.

ROSA LA ROJA

El tema de Rosa Luxemburgo merece una extensa biografía; y los dos volúmenes de Nettl constituyen el primer intento sistemático y erudito de hacer justicia a esta asombrosa y trágica carrera.[1] En la década de 1890 fue la figura clave del desarrollo del socialismo polaco. Durante los veinte años anteriores a su asesinato, ocurrido el mes de enero de 1919, fue el centro de cada acontecimiento y cada controversia producidos en las filas de la socialdemocracia alemana; mantenía idénticos puntos de vista que Lenin sobre las posiciones de la Segunda Internacional; escribió una de las poquísimas críticas existentes (media docena, como máximo) de la doctrina económica marxista que todavía merecen ser tenidas en cuenta; su voz era la más elocuente e influyente de la izquierda alemana que se levantara contra la primera guerra mundial; desempeñó un papel primordial, aunque en definitiva ineficaz, en la fundación del Partido Comunista alemán. Ningún país en concreto puede monopolizarla; ningún partido —ni siquiera el Partido Comunista alemán, que ella ayudó a fundar— rinde cumplido homenaje a su memoria; y su posición dentro del cuerpo de escritores socialistas, como marxista que refutó a Marx en una cuestión de teoría económica, es anómala. Sin embargo, la profunda impresión que causó entre sus contemporáneos y camaradas ha sido universalmente reconocida.

[1] J. P. Nettl, *Rosa Luxemburg* (1966), 2 vols.

Su único éxito acaso resida en su capacidad para combinar el espíritu de compasión y de indignación ante los inmerecidos sufrimientos infligidos por un sistema social insensible —y que era la fundamental razón que respaldaba al socialismo en cuanto doctrina de cruzada—, con un frío y riguroso análisis intelectual de las condiciones en que este sistema florecía, y por las que finalmente sucumbió. El radical humanitarismo de la concepción de Rosa Luxemburgo constituía la fuente de su fuerza, aunque también, en cierto sentido, quizá representase la causa de su debilidad. Porque mientras Rosa Luxemburgo llegó pronto —vital e intelectualmente— a la convicción de que la revolución era necesaria y justificable, actuando a lo largo de toda su trayectoria conforme a esta convicción, nunca se encaró completamente con el elemento de crueldad que parece acompañar a toda acción revolucionaria. En cualquier caso, es muy probable que la revolución alemana fracasara porque sus dirigentes fuesen menos inhumanos que quienes se dedicaron a asfixiarla y aplastarla.

Rosa Luxemburgo era hija de una familia judía de clase media afincada en una pequeña ciudad polaca, en donde nació el año 1870. Nunca fue físicamente robusta, y cierta afección en la cadera le provocó una leve cojera. Tenía en su haber, además de una rápida y gran inteligencia, una bonita voz y habilidad para retener y hacerse con amplias audiencias. Recibió su instrucción en Varsovia —naturalmente en lengua rusa—, pero viéndose tempranamente envuelta en actividades revolucionarias, fue trasladada clandestinamente fuera de Polonia a la edad de dieciocho años, para continuar sus estudios en la Universidad de Zurich. Durante los diez años siguientes llevó la vida de los jóvenes revolucionarios en exilio. En 1893 desempeñó un destacado papel en la división del Partido Socialista Polaco (PPS), el partido que llegaría luego a proporcionar la base ideológica al Estado fascista de Pilsudski, y que ya era reo de la herejía de valorar las pretensiones a la independencia de la nación polaca por encima de la solidaridad internacional de los trabajadores. Fue uno de los dirigentes del nuevo partido que, alardeando de indiferencia hacia la unidad nacional polaca, reducía sus actividades a la Polonia rusa y se autodenominaba «la socialdemocracia del reino de Polonia», llegando más tarde, a despecho del tradicional odio polaco por Rusia, a afiliarse al partido socialdemócrata ruso. Rosa Luxem-

burgo, por reacción contra el nacionalismo polaco desorbitado, continuó siendo una internacionalista empedernida, enemiga de toda pretensión nacional. Más tarde discutió con Lenin sobre la cuestión de la autonomía nacional, conforme en este punto de vista con Radek y varios bolcheviques notables, y, tras la Revolución rusa, criticó con severidad la tolerancia que mostraba Lenin con el separatismo ucraniano.

Mientras gobernó el zar, Polonia fue un terreno estéril y peligroso para los revolucionarios. Desde 1898 en adelante, Rosa Luxemburgo se mostró activa en Alemania, llevando a efecto una ceremonia matrimonial puramente formal con un alemán, para evitar el riesgo de expulsión. Era el momento en que el Partido Socialdemócrata alemán se hallaba desgarrado por la controversia sobre el «revisionismo» —la campaña de Bernstein y otros para «revisar» el marxismo, en el sentido de admitir que los objetivos de los trabajadores podían lograrse a través de reformas más efectivamente que mediante la revolución, recurriendo a la máquina del Estado burgués, en vez de procurar destruirla—. Rosa se entregó en cuerpo y alma a la defensa del marxismo, libre y limpio de cualquier compromiso; ninguna otra vía más que la revolución conduciría al proletariado a su meta. La democracia burguesa nunca podría convertirse en instrumento para la consecución del socialismo. El primer libro importante de Rosa Luxemburgo, *¿Reforma social o Revolución?*, aparecido originalmente como una serie de artículos en la prensa del partido, era consecuencia de esta controversia. El programa de Bernstein consistía en «trocar el océano de amargura capitalista en un dulce mar socialista, llenando las botellas particulares de limonada social-reformista». Se mostraba igualmente hostil a las tácticas conciliadoras preconizadas por Jaures, en Francia, y *a fortiori* a la participación de los socialistas franceses en gobiernos de la burguesía. Incluso antes de la agitación contra la guerra, durante los años de la contienda y anteriores a la misma, en su hoja de servicios figuraban elementos bastantes para justificar el apodo de «Rosa la Roja.»

Esta insobornable defensa de la revolución le llevó a un acalorado debate con los sindicatos. Dijo a Legien, el líder sindical alemán, que era «infantil, y no tenía la menor idea de las circunstancias reales de la revolución», y denunció «la vieja y

artística concepción inglesa de que los sindicatos sólo pueden prosperar por medio de crecimiento y desarrollo pacíficos». La actitud de Marx y sus discípulos para con el sindicalismo siempre tuvo un tanto de ambivalencia. Los sindicatos, decía Marx, eran necesarios y esenciales «mientras el capitalismo exista.» Pero su principal preocupación era sacar al capitalismo el mayor partido posible en beneficio del trabajador, lo cual siempre encerraba el riesgo de que se desviaran del objetivo fundamental del propósito de derrocar el capitalismo. Los sindicatos siempre estaban tentados de tratar la cuestión como una lucha económica entre trabajadores y empresarios y negligir sus aspectos políticos: Lenin solía utilizar desdeñosamente el vocablo inglés «tradeunionismo» en este sentido. A principios de 1900, esta polémica se agudizó en Alemania, donde los sindicatos y el Partido Socialdemócrata siempre fueron hasta cierto punto rivales en la obtención del apoyo obrero. Para Rosa Luxemburgo, como para Lenin, el partido era lo primero. En 1906 escribió un folleto, que luego se haría célebre, titulado *La huelga de masas, el Partido y los Sindicatos*, en el que, influida en parte por lo sucesos de la revolución rusa de 1905, defendía la huelga general como arma revolucionaria, y denunciaba el deseo de los sindicatos de reservar la huelga como arma para la lucha económica contra los patronos. Los sindicatos alemanes estaban, en su opinión, profundamente imbuidos de la herejía del revisionismo; y sus agrios vituperios y censuras de entonces le granjearon la decidida animosidad de la jerarquía sindical.

La Acumulación del Capital, originalmente publicada en 1913, debe ser interpretada como una vertiente de la larga campaña puesta en marcha por Rosa Luxemburgo en defensa de la causa de la revolución, contra los «revisionistas». Su sesgo y propósito no pueden ser correctamente apreciados si no se sitúan en este contexto; y, aun cuando la traducción inglesa parece excelente[2], acaso sea una lástima que la introducción no haya sido confiada a alguien familiarizado con el movimiento socialista internacional, que hubiera podido complementar los antecedentes históricos de la obra, en vez de a un distinguido economista que asume la tarea

R. Luxemburgo, *The Accumulation of Capital*; introducción de Joan Robinson (1951).

de analizar su significación para la actual teoría económica académica. Al escribirla, la autora nunca se desvió de su principal preocupación, a saber, refutar a los «revisionistas», que querían llegar a un acuerdo con el Estado capitalista, y en fortalecer la confianza de los pusilánimes, que estuvieron tentados de creer que, a fin de cuentas, el capitalismo contaba con posibilidades de supervivencia que le permitirían resistir eternamente.

Con esta idea en la mente, Rosa Luxemburgo no sólo trataba de reforzar el veredicto de Marx de que el capitalismo estaba condenado a perecer por causa de sus propias contradicciones internas, sino de cerrar el portillo que Marx parecía haber dejado involuntariamente abierto. El segundo volumen del *Capital* había sido redactado por Engels tras la muerte de Marx, a partir de notas y borradores que en ciertos puntos era notoriamente incompletos. Rosa Luxemburgo argumentaba que Marx no logró demostrar en forma concluyente por qué el capitalismo, por un proceso de acumulación progresiva, no podía seguir desarrollándose indefinidamente, por lo que mientras la expansión fuese posible, no existía razón para que el capitalismo no siguiera adelante. Rosa supuso haber hallado la contestación a esta pregunta, todavía pendiente, sólo mientras pudiese conseguir mercados no capitalistas —es decir, coloniales—, y en que, como esos mercados iban siendo lentamente agotados y absorbidos por el todopoderoso y omnipotente sistema capitalista, el propio capitalismo se hallaba empujado a la ruina y al fracaso final.

Algunos economistas alemanes consideraron convincente la argumentación de Rosa Luxemburgo, pero *La Acumulación del Capital* debía evidentemente menos su atractivo al análisis económico que al fervor de la fe política que resplandece por toda la obra, y a la energía y brillantez de su acusación al imperialismo. La teoría que unos años más tarde desenvolvería Lenin en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, presentaba ciertas analogías con la de Rosa Luxemburgo, aunque de acuerdo con esta teoría, que Lenin había derivado en su mayor parte de Hilferding y de Hobson, lo que el capitalismo buscaba en los países coloniales y semicoloniales no era tanto mercados como áreas de inversiones con altos beneficios.

Pero a los ojos de los marxistas, Lenin tenía la ventaja sobre Rosa Luxemburgo de limitarse a prolongar el análisis de Marx sin

tacharlo de inadecuado; nunca Lenin se comprometió hasta tal extremo con respecto a la doctrina del inevitable fracaso del capitalismo. Fue en este punto en el que muy paradójicamente los posteriores bolcheviques (excepto Lenin y Bujarin en sus polémicas contra las teorías económicas de aquéllas) se ensañaron en sus críticas a *La Acumulación del Capital*. Fueron los mencheviques quienes hicieron hincapié en el principio de la «inevitabilidad» de la doctrina marxista, para fundamentar su condena de los bolcheviques, que parecían ir más allá y más deprisa de lo que admitía la marcha del proceso histórico. Las críticas de Rosa Luxemburgo al bolcheviquismo en el último año de su vida, dejaban bien a las claras su raigambre menchevique; *La Acumulación del Capital* proporcionó una anticipación de su menchevismo. El modelo parecía encajar a la perfección. La obra que se escribiera como una apasionada defensa de la acción revolucionaria, fue condenada más tarde por la literatura bolchevique por supuesta conformidad con una política de inacción.

Sin embargo, las teorías económicas de Rosa Luxemburgo no fueron las que le consiguieron su lugar de privilegio dentro del movimiento socialista ni explican la veneración en que tuvo su nombre toda una generación de trabajadores alemanes. Esto lo debía a su ardiente oposición a la guerra y, en particular, a la guerra de 1914. Antes de aparecer en escena Rosa Luxemburgo, la Segunda Internacional y los partidos que la formaban nunca se enfrentaron seriamente a la cuestión de la guerra. Conforme concluía el siglo, empezaron a vislumbrarse nubes en el firmamento internacional: la crisis de Fashoda, la guerra hispano-norteamericana, la guerra sudafricana. En el congreso de la Internacional celebrado en París el año 1900, Rosa Luxemburgo impulsó una resolución que condenaba el militarismo aceptada por unanimidad, quizá sin percatarse demasiado de su importancia. Fue esta la resolución que los «miembros socialistas del Parlamento» se encargaron primero de votar frente a los presupuestos «para fines militares o navales y para expediciones coloniales». En aquel momento la resolución iba principalmente dirigida contra los franceses, siendo impulsada de hecho por el reciente escándalo de la entrada de Millerand en un Gobierno burgués. Quedaba claro, no obstante, que tarde o temprano se forzaría a los partidos

socialdemócratas a definir su actitud frente a las guerras en que se hallaban comprometidos sus respectivos países.

Mas, para Rosa Luxemburgo y los más firmes y leales socialistas, parecía impensable cualquier otra actitud que no fuese la negativa. En el año 1907, cuando la Segunda Internacional celebró su congreso en Stuttgart y la guerra europea era ya algo más que una posibilidad teórica, lo inquietante de la situación había llegado al límite. A la sazón la «socialdemocracia del reino de Polonia», cuya dirección ostentaba Rosa Luxemburgo, se hallaba adherida al Partido Obrero Socialdemócrata ruso, que estaba gozando de un corto intervalo de unidad y concordia entre bolcheviques y mencheviques. La delegación del partido ruso en el congreso de Stuttgart se componía de Lenin, Martov y Rosa Luxemburgo, lo que constituía una ocasión única.

Lenin y Martov aparentemente permitieron que Rosa Luxemburgo llevara la dirección de un asunto que le correspondía por derecho propio, pero en realidad le prestaron su sólido apoyo. La resolución sobre la lucha contra el militarismo, presentada por el viejo dirigente germano Bebel en nombre del buró, repetía la acostumbrada promesa de votar contra los presupuestos de guerra, mostrándose, por lo demás, tibia. Rosa Luxemburgo presentó, en nombre de la delegación rusa, una enmienda que, tras una más bien tímida oposición por parte de los alemanes, fue admitida por el congreso con ligeras modificaciones, convirtiéndose así en la doctrina oficial de la Internacional. Según esta resolución, los socialdemócratas no sólo habían de utilizar todos los medios a su alcance para evitar la guerra, sino que, suponiendo que ésta estallara, deberían hacer todo lo posible para «aprovechar la crisis económica y política causada por la guerra», a fin de provocar el hundimiento del orden capitalista: en suma, lo que se denomina una llamada a la guerra civil. Esta drástica resolución fue nuevamente confirmada por cada uno de los siguientes congresos de la Segunda Internacional, hasta 1914. Rosa Luxemburgo siguió dirigiendo una activa campaña desde la tribuna y la prensa del partido, hasta que a comienzos de 1914 fue condenada a un año de cárcel por incitación a la rebelión.

Empero, tras este panorama de los trabajadores de todo el mundo unidos bajo la bandera de la Segunda Internacional en su campaña de resistencia a la guerra, la realidad era muy distinta.

En un mundo de oportunidades y desarrollo económico uniformes, las diferencias nacionales podían haber desaparecido progresivamente, tal como había predicho el *Manifiesto Comunista*. Pero en un mundo en donde el desarrollo se había producido en forma muy desigual, y en donde los privilegios se hallaban desigualmente repartidos, estaban llamadas a aparecer diferencias de actitud entre los trabajadores de los diferentes países. En los países adelantados, especialmente en Gran Bretaña y Alemania, en donde los trabajadores habían alcanzado un nivel de vida relativamente alto, y un lugar asegurado en la comunidad nacional, la presión de la inercia nacionalista fue lo suficientemente fuerte durante la primera década del siglo XX para contrarrestar los vínculos de clase. En los países occidentales europeos, las declaraciones de los dirigentes obreros contra el militarismo y la guerra se mostraron cada vez más favorables a reservarse, implícita o abiertamente, el derecho de legítima defensa nacional; y ello significaba no un retorno al peculiar criterio de Marx de apoyar en cualquier guerra el bando cuya victoria pudiese más probablemente acelerar la causa socialista, sino una tácita aceptación de la distinción liberal burguesa, que Marx siempre había ridiculizado, entre guerras agresivas y guerras puramente defensivas. Sólo en la atrasada Rusia, en donde los trabajadores gozaban de pocas ventajas, se mostraba el movimiento socialdemócrata decididamente impenetrable a la llamada a la lealtad para con el Gobierno nacional, e hizo votar a los miembros socialdemócratas de la Duma —aunque no sin cierto temor— contra los créditos nacionales de guerra. Lenin atribuía correctamente la inmunidad adquirida por los trabajadores rusos ante el «chauvinismo» y «oportunismo», a la circunstancia de que «los estratos de obreros y empleados privilegiados son entre nosotros muy escasos».

El estallido de la guerra en 1914 reveló con la suficiente claridad el elemento de «chauvinismo» existente en el movimiento socialista alemán —un elemento que había sido decididamente planteado allí por Lasalle y que la insincera fidelidad a la doctrina de Marx nunca logró erradicar—. Por una gran mayoría, el grupo socialdemócrata alemán en el Reichstag decidió abandonar los principios del partido y votar en favor de los créditos de guerra solicitados por el Gobierno imperial. Para los alemanes y los socialistas de todo el continente, la fecha del 4 de agosto de 1914

no era la de la declaración de guerra (la guerra con Rusia se había iniciado tres días antes), sino la de la unión del Partido Socialdemócrata alemán a la causa nacionalista, de su traición al credo del socialismo internacional. Este fue el punto de partida de la última y más importante fase de la carrera de Rosa Luxemburgo. Su oposición a toda clase de guerras se convirtió entonces en su ocupación exclusiva, y aunque pasó la mayor parte de los años de la contienda entrando y saliendo de la cárcel, se convirtió en la voz y el símbolo de la campaña contra ella. Su panfleto *La crisis de la socialdemocracia*, publicado en 1916, bajo la firma Junius (al que se acostumbraba a denominar «el folleto Junius»), constituía la más conmovedora y elocuente denuncia contra la guerra que apareció en Alemania entre los años 1914 y 1918.

En diciembre de 1914 un solo miembro del grupo socialdemócrata en el Reichstag, Karl Liebknecht, emitió el primer y único voto contra el presupuesto de guerra, repitiendo valientemente su gesto de protesta en diversas ocasiones, hasta 1917, en que fue detenido y encarcelado. En 1915 Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht y un puñado de intelectuales de izquierda comenzaron a publicar una serie de panfletos ilegales y esporádicos contra la guerra, que ellos denominaban «las cartas de Spartaco», debiéndose a esta circunstancia el que se conociera el grupo con el nombre de *Spartakusbund*. El éxito de las octavillas reveló la fuerza de la latente oposición a la guerra, que aumentaba conforme la carnicería iba prolongándose, sin que se previera el fin ni las consecuencias. En 1916 hubo una escisión dentro del Partido Socialdemócrata, formándose el Partido Socialdemócrata Independiente, cuyo programa pretendía poner término a la guerra. El *Spartakusbund* era un grupo que formaba parte del partido independiente, pero la diferencia entre ellos estribaba en que los espartaquistas eran revolucionarios que, al igual que Lenin, deseaban utilizar la guerra como medio para llegar a la revolución social, mientras que la mayoría de los independientes sólo se oponían a la guerra, algunos por convicción revolucionaria, otros por pacifismo, y otros por puro cansancio de la guerra —una variedad de tendencia similar a la que inspiraba el Partido Laborista independiente de Gran Bretaña—. La diferencia entre espartaquistas e independientes tuvo poca trascendencia mientras

duró la guerra, pero se hizo fundamental inmediatamente después del armisticio.

Karl Liebknecht fue puesto en libertad en octubre de 1918, cuando se iniciaron la negociaciones para el armisticio. Rosa Luxemburgo permaneció en la cárcel hasta que fue efectivamente firmado. Por entonces Alemania se hallaba en pleno auge revolucionario. Diputados de soviets de obreros y soldados surgieron en todos los grandes centros, y la suprema autoridad era el Consejo de Comisarios del Pueblo, compuesto por tres socialdemócratas y tres socialdemócratas independientes. La creación de un Partido Comunista alemán para reforzar la revolución proletaria en Alemania y sumarse a la revolución rusa, se convirtió en la cuestión palpitante. En opinión de Liebknecht, el ardoroso tribuno del pueblo, no cabía ni sombra de duda al respecto. Rosa Luxemburgo parece haber dudado, y se preguntaba si la masa de los trabajadores alemanes se hallaba ya preparada para la revolución. Pero ella también fue arrastrada por la marea, bosquejó el programa del recién creado Partido Comunista alemán (que conservó el título de *Spartakusbund*, en paréntesis tras su nombre) y fue la principal oradora en su congreso fundacional de Berlín en el último día del año 1918.

Por entonces, otras fuerzas habían comenzado a hacer valer sus derechos. Durante la anarquía de las primeras semanas que siguieron al armisticio, cuando grupos rivales armados chocaban constantemente entre sí, librando a veces batallas campales en las calles de Berlín, los dirigentes socialdemócratas, con el tácito, o acaso no tan tácito, apoyo de lo que quedaba de los mandos del Ejército, consolidaron gradualmente su autoridad; su programa perseguía la restauración del orden, deshacerse de los soviets y celebrar elecciones en la Asamblea nacional. A finales de año habían conseguido que los independientes salieran del Consejo de los Comisarios del Pueblo. Por aquellos días comenzaba a dudarse quién ejercía la autoridad real, si los generales o los comisarios. Finalizado el año, las luchas callejeras se hicieron más intensas y numerosas, cambiando progresivamente de carácter. El Ejército y la Policía recobraron la confianza; ellos llevaban la iniciativa, que había dejado de pertenecer a los revolucionarios; no sólo se habían echado a la calle para restablecer el orden, sino para aplastar a sus enemigos. Entre éstos, los comunistas serían las

primeras víctimas, aunque no las únicas. El 15 de enero de 1919, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht eran arrestados y asesinados horas después por sus captores en forma extremadamente brutal. Su recuerdo como mártires de la revolución ha sido largo tiempo conmemorado por los revolucionarios de numerosos países.

La trágica muerte de Rosa Luxemburgo fue más allá de lo personal: señaló la derrota de los ideales a los que había dedicado su existencia. Se han suscitado amplias controversias acerca de su actitud frente a la revolución bolchevique. Cuando la escisión entre bolcheviques y mencheviques dividió en 1903 al Partido Socialdemócrata ruso sobre la cuestión de la insistencia de Lenin en un partido cuidadosamente organizado y disciplinado rígidamente, fue Rosa Luxemburgo quien redactó el más minucioso y meditado ataque al «ultracentralismo» de Lenin, que ella describía como burocrático más que democrático, apuntando inevitablemente hacia el absolutismo de la jefatura del partido. A lo largo de todo el año que transcurrió entre las revoluciones bolchevique y alemana, de un «noviembre» a otro, ella estuvo entre rejas, y sus posibilidades de analizar los acontecimientos de Petrogrado y Moscú fueron, consiguientemente, escasas. Pero los siguió con emoción y ansiedad, y algún tiempo después de Brest-Litovsk escribió un ensayo (en el que no hay señales de que fuera corregido ni proyectado en absoluto para su publicación), que expresaba sus críticas y temores. Este ensayo fue publicado en forma abreviada por Paul Levi en 1922, quien ostentaba la jefatura del partido alemán tras la muerte de ella, y que rompió con éste y con Moscú en 1921. El propósito de la publicación era desacreditar el bolchevismo. Cuando cinco años más tarde se publicó finalmente el texto completo, la impresión quedó un tanto mitigada. No obstante, seguía siendo un hecho que Rosa Luxemburgo, la revolucionaria, la mártir, había formulado severas censuras a determinados aspectos de la victoriosa revolución proletaria.

Cual todos los escritos de Rosa Luxemburgo, aquél era vehemente y conmovedor, una acusación inspirada por el notorio contraste entre las imágenes gloriosas y la sórdida realidad. Aclama la llegada de la revolución como la culminación de «un siglo de progreso europeo», critica a los mencheviques por sus «tácticas reaccionarias» y felicita a los bolcheviques por haber

«solucionado el famoso problema "ganarse la mayoría del pueblo"». Por tanto, esta fue la revolución «en masa» en la que soñó Rosa. Mas esta visión (al fin y al cabo el ensayo se escribió en la cárcel, con pocos medios de información sobre lo que estaba sucediendo), la condujo a conclusiones paradójicas. Si se trataba realmente de una revolución de las masas, ¿a qué, entonces, todos esos compromisos —sobre la cuestión de la tierra, sobre la cuestión nacional— en Brest-Litovsk con la Alemania imperial? ¿Por qué las cortapisas a la libertad de prensa? ¿A qué venían la dictadura y el terror? A todas estas cosas se pasaba revista, y a las líneas de conducta de Lenin que juzgaba erróneas.

Lo que queda claro es que Rosa Luxemburgo procedía a juzgar la práctica revolucionaria a la luz del ideal revolucionario. Se trataba de un ejercicio saludable para quienes estaban empeñados en la causa revolucionaria, pero de escaso interés para quienes se oponían a la revolución en cuanto tal. Como acertadameente observa Nettl, «aquellos que se complacen con la crítica de los principios de la revolución bolchevique, harían mejor encaminando a otro lugar sus pasos». Lo cual sería pedir demasiado a los protagonistas. Actualmente, este ensayo incompleto, que su autor nunca concluyó ni pensó publicar, se conoce mucho mejor que cualquier otro de sus escritos acabados, al menos en el mundo de habla inglesa. Con todo, ha aparecido recientemente otra traducción inglesa con fines propagandísticos, acompañada de una introducción polémica, preparada por una editorial universitaria americana.

Toda esta situación ha sido preparada, y hasta cierto punto provocada, desde el otro bando. Durante algunos años después de su muerte, se continuaba honrando en la Unión Soviética a Rosa Luxemburgo como a una dirigente revolucionaria y mártir de la causa, que se opuso a Lenin, cierto, respecto a ciertas cuestiones específicas, pero una adversaria, aunque equivocada, respetada. Pero cuando la mancha estalinista se extendió por la URSS y sus obras empezaron a ser ampliamente utilizadas por propagandistas hostiles, Rosa llegó a ser cada vez más identificada como una gran hereje, y asimiladas sus ideas al trotskismo y menchevismo. El análisis económico de *La Acumulación del Capital* que señalaba la inevitabilidad del hundimiento del capitalismo en cuanto careciera de áreas «coloniales» en el mundo que explotar, se denunció

no sólo como un desprecio al verdadero marxismo, sino una aprobación de los aspectos «deterministas» del menchevismo. Con el colapso de los rasgos más extremados del estalinismo, concluyeron las censuras a Rosa Luxemburgo, honrándose su memoria no sin recordar, a pesar de ello, sus errores, en la Alemania del Este y en Polonia. Sería agradable poder confiar en una tregua propagandística por ambas partes; es algo indecente la utilización del nombre y las obras de Rosa como un arma para la guerra fría.

Las críticas más atinadas de Rosa Luxemburgo se resuelven en dos aspectos. Al escribir bajo la impresión del reconocimiento del tratado de Brest-Litovsk, temía una alianza entre el bolchevismo ruso y el imperialismo germano; en su opinión, Lenin se disponía a sacrificar los intereses del proletariado internacional y de la revolución alemana a los del Estado ruso. Por el momento, el temor era impropio e infundado, aunque pudiera pensarse que Rosa Luxemburgo mostraba un gran sentido de anticipación de las tendencias que más tarde se harían patentes en Rapallo y, finalmente, con el pacto nazi-soviético de 1939. La otra crítica suponía un retorno a sus censuras de 1904: Lenin había llevado a cabo la dictadura de una minoría, no de una mayoría, impuesta mediante una rígida disciplina y métodos de terror incompatibles con la verdadera índole del socialismo.

Este fue el último extremo sobre el que se definió Rosa Luxemburgo. A diferencia de Marx y Engels, que nunca repudiaron la herencia de la Revolución francesa, con su tradición de terror, Rosa Luxemburgo creía que la revolución socialista sólo podía conseguirse cuando era deseada por una abrumadora de trabajadores, y que esta mayoría convertía el recurso a métodos violentos en algo innecesario. Su concepción humanitaria e idealista huía de la violencia, a la que en teoría defendía y justificaba. Cubría esta distancia —para satisfacción propia— gracias a una fanática pero utópica, casi anarquista, fe en las masas. En su boca la «huelga de masas» se convertía en una panacea política. La acción era más importante que la organización. La acción de masas, en cuanto expresión de la voluntad de la mayoría, constituía la antítesis de la dictadura, aunque tampoco tuviera nada que ver con la democracia burguesa o liberal.

Rosa nunca se vio seriamente obligada a tomar posición en

favor de los bolcheviques o mencheviques rusos, cuyas divergencias eran poco comprendidas fuera de Rusia. Por temperamento se inclinaba ciertamente hacia los bolcheviques y la doctrina de la acción revolucionaria. Pero no era difícil adivinar cuán rápidamente su idealismo iba a verse obligado a entrar en colisión con las obstinadas exigencias de Lenin de una disciplina de partido más estricta y una élite de líderes revolucionarios profesionales. Lo sustancial de su fe se hallaba más clara y brevemente expresado en el programa que ella trazara para el Partido Comunista alemán.

El fundamento de la sociedad socialista reside en el hecho de que la gran masa trabajadora cesa de ser una masa regimentada, llevando y regulando ella misma toda la vida política y económica, de acuerdo con una libre y consciente autonomia...

La revolución proletaria no necesita para sus fines recurrir al terror, odio y abomina el asesinato... No es el desesperado intento de una minoría por amoldar el mundo a su propio ideal, sino la acción de la gran masa de millones de personas que está llamada a realizar su misión en la historia, a transformar la necesidad histórica en realidad.

Lo mucho que había de utopía en esos nobles ideales de la Alemania de 1918-19, quedó demostrado por el asesinato de Rosa Luxemburgo sólo dos semanas después de que fueran formalmente adoptados como artículos de su programa por el joven Partido Comunista. Los militares y policías que mataron a Luxemburgo y Liebknecht —y no sólo ellos, sino los pistoleros de más de un partido que habían clamado por la sangre de los jefes comunistas—eran precursores de los asesinos que hallaron la más completa realización de su misión en la Alemania de Hitler.

LA UTOPIA BOLCHEVIQUE

Ningún movimiento que se dispone a transformar el mundo puede actuar sin su utopía, sin la misión de un futuro que premie los esfuerzos y recompense los sufrimientos del presente. La mayoría de las religiones contienen elementos utópicos muy usados; y la civilización europea fue acunada en las utopías judías, mahometana, y, especialmente, cristiana. La utopía cristiana, aunque compartía muchas de las características esenciales de las utopías judía y mahometana, tenía un rasgo distintivo propio: no pretendía el triunfo definitivo del rico y del poderoso, sino del pobre, del humilde y del débil; lo cual había de conseguirse por medios no violentos. En ella la transformación de la naturaleza humana desempeñaba un papel esencial. El león descansaría junto al cordero. La adopción del cristianismo como religión oficial de la civilización occidental perpetuó y legitimó esos elementos utópicos en el pensamiento occidental, aunque en forma mucho más atenuada.

Con la aparición, o reaparición, tras el Renacimiento, de una civilización secular, el concepto de utopía quedó también secularizado. La primera utopía secular que dio al concepto su nombre moderno data del siglo XVI, y tuvo muchos seguidores. El último hito en la historia de la utopía fue la Ilustración; ninguno de los grandes pensadores de la Ilustración era, estrictamente hablando, un utopista; la creación de utopías quedó limitada a figuras menores, cual Mably y Morelly. Pero Rousseau tenía evidentes rasgos utopistas; Turgot escribió un *Tableau philosophique des*

progrés succesifs de l'esprit humain; y Condorcet, que pertenecía a la segunda generación de la Ilustración, fue un utopista declarado, que creía que «la infinita perfección de nuestras especies» era «una ley general de la naturaleza», y que aún después de haber caído él mismo víctima de la revolución, fue aceptado como uno de sus principales ideólogos. Lo que destacaba en medio de todo este torbellino de ideas era el maridaje entre la Utopía y el Culto a la Razón. El progreso del espíritu humano venía asegurado por el siempre creciente cultivo y ejercicio de la razón. La utopía significaba el triunfo del hombre racional.

El Romanticismo, aunque reaccionó contra el racionalismo empírico de la Ilustración, en parte sirvió de estímulo e inspiración a las visiones utópicas de la liberación del hombre de un medio constrictor. La primera mitad del siglo XIX, y en particular los años posteriores a 1830, fue la era dorada del utopismo, que culminó con la creación no sólo de la más fantástica y detallada de las utopías literarias, sino de las comunidades ideales, cuyos miembros vivían y trabajaban juntos en perfecta armonía y prefiguraban la sociedad universal del futuro. Marx se educó en esta atmósfera. La tradición utópica tendió a fluir por dos cauces distintos. La primera corriente —la de Rousseau, los jacobinos, Fourier y Owen— concebía mayormente el progreso en términos morales como el triunfo de la virtud y el remoldeamiento de la naturaleza humana. La otra corriente —Turgot, Condorcet, Saint-Simón— concebía principalmente el progreso, en términos técnicos y económicos, como el alza de la productividad y la ampliación del conocimiento científico. Marx, acaso inconscientemente, sintetizó estos dos enfoques del progreso de la civilización. Se ha señalado frecuentemente en él su doble cualidad personal de profeta moralista y de frío científico, dualidad que llevó luego a diferencias de interpretación (aunque esta diferencia no sean siempre coincidentes), entre las escuelas «voluntarista» y «determinista» del marxismo. La actitud de Marx frente a la utopía fue ambivalente. *El Manifiesto Comunista*, en la sección titulada «El socialismo y el comunismo utópicos y criticos», hizo señalados elogios a las «propuestas prácticas» de la escuela, la mayoría de las cuales encontraron por fin acogida dentro del propio programa de Marx: «Abolición de la distinción entre la ciudad y el campo, abolición de la familia, del mantenimiento de

las industrias en poder de particulares, y del trabajo asalariado, proclamación de la armonía social, transformación de las funciones del Estado en una mera dirección administrativa de la producción». Por lo que Marx condenaba al socialismo utópico, era por su carácter a-histórico. No tomaba en consideración la lucha de clases, y sus portavoces se situaban «en oposición al desarrollo histórico del proletariado». Marx contraponía su propio enfoque histórico al del utopismo; y con el transcurso del tiempo, insistía cada vez más categóricamente en el carácter científico de su obra. Su tarea estribaba en confirmar y demostrar, mediante razonamientos científicos, la predicción del *Manifiesto Comunista* de que el derrumbamiento de la burguesía y la victoria del proletariado eran «igualmente inevitables». Según notaba Lenin en *El Estado y la Revolución:* «No existe indicio alguno de que Marx intentara crear utopías, hacer conjeturas en el vacío sobre lo que no se puede conocer.»

Los fracasos y desilusiones que siguieron a las revoluciones de 1848 crearon un clima poco propicio a las utopías. La edad de la *Realpolitik* había comenzado; incluso los partidos socialistas nacientes empezaron a considerar lo que era efectivamente posible y no lo que era idealmente deseable. Pero la utopía, claro está, no se hallaba en un eclipse total. La súbita llamarada que supuso la Comuna de París, de inspiración señaladamente utópica, no quedó totalmente apagada por la represión oficial ni por el peso de la opinión de las personas de orden. Aunque en sus últimos años se mostrara Marx cada vez más reacio a especular acerca del futuro, Engels mantuvo vivos los elementos utópicos de la doctrina original. La combinación de utopía y ciencia no era privativa del marxismo. La doctrina liberal del progreso alcanzó la cima de su popularidad durante la segunda mitad del siglo XIX. Al igual que Marx en la última época de su vida, dicha doctrina se alejó de las profecías visionarias, pero su fondo comprendía los mismos dos elementos de ciencia y utopía.

Por otra parte, semejante descrédito de la utopía, tal como tuvo lugar en Occidente durante aquellos años, no llegó hasta la Europa del Este, en donde régimen represivo de toda opinión crítica o actividad pública práctica despejó el camino para fantásticas disgresiones en el campo del idealismo político. La más famosa obra utópica de este período, la novela de Chernichevski, *¿Qué hacer?*,

sirvió de biblia a dos generaciones de radicales y revolucionarios rusos. Los anarquistas y narodniki rusos estaban embebidos de pensamiento utópico; las creencias y obras de Tolstoi quedaron profundamente marcadas por su huella. Esta fue la atmósfera en la que el marxismo empezó a impregnar e influir la doctrina revolucionaria rusa, y en la que se formó Lenin. El triunfo de la revolución y las consecuencias de la misma han popularizado la imagen de un Lenin político obstinado y organizador inhumano. Pero incluso el temprano ensayo en el que Lenin se mostraba con esta faz —*¿Qué hacer?*, cuyo título estaba tomado de la novela de Chernichevski— incluía un pasaje que raramente se cita sobre «la necesidad de soñar». Lenin se parapetaba tras una cita del nihilista Pisarev:

> Mi sueño puede que engrane en el curso natural de los acontecimientos, o acaso se extravíe por derroteros a donde el curso natural de aquéllos jamás pueda llegar. En el primer supuesto, el sueño ningún daño puede hacer; quizá incluso apuntale y redoble la energía del hombre en su labor... Si al hombre se le privara totalmente de su capacidad para soñar así, si de vez en cuando no pudiera adelantarse y con su imaginación ver dentro de todo el panorama en su conjunto, la obra que está empezando a adquirir forma entre sus manos, no puedo realmente concebir, entonces, qué fuerza motora obligará al hombre a acometer y llevar a término empresas importantes y de gran aliento en las esferas del arte, la ciencia y la vida diaria.

Y Lenin lamentaba que hubiera tan pocos de estos sueños «en nuestro movimiento», y tantísima gente que se enorgulleciera de su cordura y «"apego" a lo "concreto"».

Por consiguiente, también hay un Lenin soñador utópico, que constituye parte de la persona misma. Las aspiraciones utópicas del bolchevismo primitivo eran parte consustancial de éste, y no pueden negligirse. Los marxistas sustituyeron la idealización de la naturaleza humana elemental y salvaje, que había sido desde Rousseau el distintivo común entre los utopistas, por la idealización del proletariado. Cuando las crudas realidades de la primera guerra mundial estimularon la especulación utópica en todos los lugares, y los liberales occidentales proclamaban la hermandad entre los hombres por medio de una liga de naciones, y Wilson depositó sus esperanzas en el recto juicio de los hombres de bien de todo el mundo, Lenin, en su *Estado y Revolución*, el más utópico de todos sus escritos, exponía su visión de una sociedad en la que, tras la demolición del Estado burgués y la desaparición de los antago-

nismos de clase, las funciones coercitivas del Estado se extinguirían y las funciones más simples y necesarias de la administración y de la ordenación de la economía serían desempeñadas por simples trabajadores, interviniendo rotativamente: «La gente *llegará a acostumbrarse* gradualmente al respeto de las normas elementales de la vida en común —normas conocidas desde siglos y repetidas durante miles de años en todo código de conducta—, a respetarlas sin coacción, sin subordinación, *sin ese aparato específico* de fuerza al que se denomina Estado.» Esta obra se escribió el verano de 1917, mientras Lenin esperaba que maduraran las condiciones para la toma del poder por los bolcheviques, y se publicó la primavera de 1918, cuando el régimen bolchevique acababa de constituirse.

El octavo congreso del partido, celebrado en marzo de 1919 en plena guerra civil y poco después del congreso que creó la Internacional Comunista, trocó el nombre del Partido Obrero Socialdemócrata ruso por el de Partido Comunista ruso (bolcheviques), y dio a luz un nuevo programa. Reiteraba las secciones del viejo programa de 1903, que analizaban las causas de la inminente derrota del capitalismo y la victoria del proletariado, proclamaba el triunfo de la revolución de octubre de 1917, y definía los principales objetivos y tareas a largo y corto plazo del régimen revolucionario. Pocos meses después, Nikolai Bujarin y Evgenii Preobrajenski escribieron, bajo el título *El ABC del Comunismo*, una glosa del programa, al que definieron en el prólogo como «un texto fundamental para el conocimiento del comunismo.» Por espacio de diez años fue constantemente reeditada y traducida, circulando ampliamente en numerosos países como exposición autorizada de los «fines y tareas» del comunismo. Desde fines de 1920, cuando sus autores cayeron en desgracia política, no ha sido reeditada en la Unión Soviética.

El ABC del Comunismo facilita una sin par explicación de las intenciones y planes del comunismo tal como se concebían en los primeros años del régimen. Dividido en una parte «teórica» que analiza el declive y la caída del capitalismo conducentes a la revolución comunista, y en una parte «práctica» que trata de la dictadura del proletariado y de la creación del orden comunista, es una sorprendente amalgama de lo práctico y lo utópico; y un repaso de los éxitos y fracasos registrados en la realización de este programa ofrece un detallado resumen de los logros de la revolución.

Según la profecía marxista, la revolución de octubre supone la destrucción del orden estatal ruso existente y su sustitución por la dictadura del proletariado. Lo anómalo consistió en que en sentido estricto el régimen derrocado no podía denominarse burgués o capitalista en forma alguna, y en que la revolución que lo derrocó se hallaba en un estadio de transición y desempeñando tanto cometidos burgueses como socialistas. Pero cuando en 1919 se adoptó el nuevo programa del partido y apareció *El ABC del Comunismo*, ya no era costumbre referirse a esas anomalías, aunque todavía se confiaba en que la revolución rusa constituyera el primer episodio de una revolución europea de más largo alcance, de alcance mundial. Lo que quedó claro fue que el Gobierno soviético, en el que se encarnaba la dictadura del proletariado, era un Gobierno de clase, denominado oficialmente «Gobierno de obreros y campesinos»; Lenin en cierta ocasión, invocando al precedente de la Comuna de París, lo denominó «el Estado de la Comuna». Su fin era completar la destrucción de la antigua máquina del Estado y eliminar la burguesía. Una vez esto conseguido, los antagonismos de clase desaparecerían; y puesto que todo Estado era la expresión y el instrumento del conflicto de clases, el nuevo Estado, esto es, la dictadura del proletariado, «maduraría hacia el comunismo y desaparecería juntamente con la organización estatal de la sociedad» [1].

La extinción del Estado, el elemento más notoriamente utópico de la doctrina marxista, debe ser contemplado a la luz de la conocida dicotomía decimonónica entre sociedad y Estado. Adam Smith imaginó una sociedad de productores y comerciantes en la que el Estado desempeñaría ciertas funciones bien delimitadas. Aunque su enfoque final era distinto, Hegel construyó su sistema político sobre la antítesis entre poder estatal y sociedad civil. Marx no sólo aceptó la común oposición de Estado y sociedad, sino que la potenció con un punto de vista especial acerca de la relación entre ambos que recogía más la influencia de Smith que la de Hegel. Marx estableció nítidamente la distinción, que se hallaba implícita en Adam Smith, aunque no fuera él quien la trazara, entre economía y política, dando prioridad a la primera; la sociedad civil,

[1] Bujarin, *Ekonomika Perekhodnogo Perioda*, 1, 110.

escribió Marx, «abarca todo el intercambio material de los individuos en un estadio determinado del desarrollo de las fuerzas productivas». El Estado era la forma en que «el dominio de determinada clase social... halla su expresión idealista y *práctica*»[2]. La sociedad civil se torna un concepto económico, el Estado un concepto político.

Estas ideas llevaron a una tendencia, muy generalizada en el pensamiento político occidental decimonónico, a idealizar la sociedad y a ver en el Estado algo sustancialmente malo. La sociedad se componía de hombres de buena voluntad trabajando juntos libremente para el bien común; el Estado era el instrumento o símbolo de coacción que se les imponía desde arriba. Esta actitud halló su lógica y más extrema expresión en el anarquismo. Pero pensadores ilustrados anhelaban un aumento de la ordenación de los asuntos típicamente sociales y la desaparición de las funciones coercitivas del Estado. Saint-Simon acuñó una frase que gozó de enorme popularidad cuando anticipaba que «el gobierno de los hombres» quedaría reemplazado por la «administración de las cosas». La política se diluiría en lo económico. A Marx le pareció adecuada la idea, adaptándola rápidamente a su propio análisis de la naturaleza del Estado. Cuando los trabajadores lleguen al poder, escribió, en una obra temprana, «no habrá ya poder político propiamente dicho, puesto que el poder político es precisamente la personificación oficial del antagonismo en la sociedad civil»[3]. Sin embargo, cuando Marx utilizaba el término dialéctico *Aufhebung*, se refería al Estado en cuanto «superado» o «trascendido». Entonces adoptó la dicotomía hegeliana de «sociedad civil» y «Estado», pero invirtiendo la conclusión hegeliana. La síntesis última se alcanzaría —y se resolvería la oposición entre sociedad y Estado— no con la disolución de la sociedad civil en el Estado, sino mediante la disolución del Estado en la sociedad en su conjunto. Engels insistía en que «cuando el Estado se convierte realmente en el representante de la sociedad entera, se hace a sí mismo innecesario»; y fue Engels quien, recurriendo audazmente a la metáfora

[2] Marx y Engels, *La Ideologia Alemana*.
[3] *Marx-Engels Gesamtausgabe* (1932), I, VI, 227; estas palabras aparecen en la polémica contra Proudhon, *Miseria de la filosofía* escrita en 1847.

biológica de la «consunción» o «muerte», proclamaba que «tan pronto como no exista ya ninguna clase sujeta a dominio, el Estado *se extinguirá*».

En los veinte años que median entre la muerte de Engels y la primera guerra mundial, la generalización del aumento del poder estatal y la progresiva inclinación de los partidos socialistas occidentales a recurrir al uso de la maquinaria estatal para el logro de sus fines, no alentaba a seguir hablando de la extinción del Estado. El estallido de la guerra, aunque confirmó la disposición de la mayoría de los socialistas occidentales a cooperar con sus Estados nacionales, provocó la reacción contraria entre los socialistas que se oponían a aquélla. El quid de las diatribas lanzadas por Bujarin durante la guerra contra el «Estado nacional», que llevaron a la desaprobación de Lenin, no era la hostilidad a los Estados del momento, sino el supuesto de que la maquinaria del Estado se haría superflua y desaparecería inmediatamente después de la toma del poder por los obreros. En *Estado y Revolución*, Lenin mostraba más cautamente que el destruido por la revolución proletaria sería el Estado proletario. Pero concluía que, incluso bajo el capitalismo, los adelantos de la técnica (fábricas, ferrocarriles, correos y telégrafos), habían creado una situación en la que «la gran mayoría de los cometidos de la antigua "dirección del Estado" se habían simplificado, pudiendo quedar reducidos a simples operaciones de inscripción, registro y comprobación». En aquel tiempo Lenin hacía mucho más hincapié en la desaparición final del Estado que en la necesidad temporal de mantenerlo y reforzarlo mediante la dictadura del proletariado.

Tras la revolución, cuando las exigencias de orden, organización y disciplina se hicieron predominantes, ya no se hacía hincapié en este punto. Al adoptarse en marzo de 1919 el nuevo programa del partido, la insistencia en el carácter de clase de la dictadura del proletariado como instrumento para «quebrar la resistencia de los explotadores», y en las múltiples tareas a realizar por el Estado soviético, acabó eclipsando las débiles referencias a la desaparición final del poder del Estado; y Bujarin consideraba en *El ABC del Comunismo* que «el Estado proletario se extinguiría gradualmente, llegando a transformarse en una sociedad comunista sin Estado, cuanto más rápidamente tocaran a su fin los intentos de los explotadores por destruir el comunismo». La dictadura del proletariado

conservaba «un parecido formal» con la dictadura de la burguesía: era «un capitalismo de Estado *al revés, su transformación dialéctica en su propio contrario*»[4]. Sin embargo, la quimera persistía. *El ABC del Comunismo* insistía en que «todo miembro de un soviet debería desempeñar algún papel definido en las tareas de la administración del Estado», que todas las funciones deberían ejercerse por rotación y que «gradualmente debería inducirse a toda la población trabajadora a participar en la administración del Estado». Un año después, en *La teoría del materialismo histórico*, Bujarin continuaba aseverando que en la futura sociedad comunista «no existirá *en absoluto* regulación (legal) externa», puesto que «los hombres de nuevo cuño, plenamente conscientes y educados en el espíritu de la solidaridad obrera, no necesitarán estímulos externos»[5]. En los años subsiguientes, la doctrina de la extinción del Estado fue raramente invocada en la literatura comunista, y las referencias a ella eran ordinariamente contrapesadas por la afirmación de que el aislamiento de la URSS dentro de un mundo capitalista hostil hacía más necesaria —y no menos— la existencia de un poder estatal fuerte. Es exacto que los períodos de crisis y excepción parecen abocar a una inflación del poder estatal. Pero también han intervenido razones más profundas. El aumento a escala mundial del ámbito y eficacia de la autoridad estatal, que había debilitado, o borrado, la evidente dicotomía decimonónica de Estado y sociedad, y ridiculizado las visiones utópicas del siglo XIX sobre la desaparición del Estado, parece deberse principalmente a cambios dinámicos en los procesos de producción.

* * *

La creencia en la posible atrofia de la autoridad política del Estado, no supone en modo alguno la creencia en la extinción de la autoridad económica ejercida por la sociedad con el fin de mantener y ampliar la producción. Mientras «los órganos meramente represivos del antiguo poder gubernamental» tenían que ser destruidos, escribió Marx en *La guerra civil en Francia* tras la experien-

[4] Bujarin, *Ekonomika Perekhodnogo Perioda*, I, 63-4.
[5] N. Bujarin, *Teoriya Istoricheskogo Materializma* (1921), 21.

cia de la Comuna de París, «sus funciones legítimas» habían de ser devueltas a «agentes responsables de la sociedad». Los fisiócratas del siglo XVIII, y, tras ellos, los economistas clásicos, elaboraron una ciencia económica que giraba en torno al concepto de productividad; y Marx, que se basaba en ellos, consideraba la producción por medio del trabajo como la actividad específicamente humana. La revolución industrial hizo del aumento de la producción el símbolo de las fuerzas impulsoras del progreso. El programa del partido ruso, de marzo de 1919, era categórico en este punto: «Constituye una parte esencial de la política económica del poder soviético, asegurar un incremento general de las fuerzas productivas del país... Cualquier otra consideración deberá subordinarse a un fin práctico: el rápido aumento, por todos los medios posibles, de la cantidad de bienes que la población necesita con urgencia». Con todo, aun cuando se le asignaba a la producción este papel fundamental dentro de la sociedad, no podía descuidarse por completo la organización de la producción; y esta necesidad fue en aumento con el enorme auge y complejidad de la industria. En el tercer volumen del *Capital*, Marx observaba que «todo trabajo en el que cooperan muchos individuos exige necesariamente una voluntad de mando que coordine y unifique el proceso». Engels, repitiendo la célebre fórmula saintsimoniana, identificaba «la administración de las cosas» con «la dirección de los procesos de producción». En otro lugar hablaba de la sociedad «tomando abierta y directamente posesión de las fuerzas productivas». En un artículo que apareció originalmente en italiano en 1874, aunque no se publicó en alemán hasta 1913, observaba la creciente complicación de los procesos y concluía: «La maquinaria automática de una gran fábrica es mucho más despótica de lo que jamás habían sido los pequeños capitalistas que empleaban trabajadores... El querer abolir la autoridad en la gran industria, es tanto como querer abolir la industria misma». Lenin citaba este pasaje en *Estado y Revolución*, precisamente la obra en la que proclamaba la doctrina de la extinción del Estado.

La creencia en la desaparición del aparato del Estado parecía, pues, verosímil por la creencia de que la sociedad hallaría otras vías para organizar y controlar el proceso económico independientemente de aquél. En el muy conocido artículo «¿Retendrán los bolcheviques el poder estatal?», escrito en septiembre de 1917,

razonaba Lenin que la maquinaria de producción del Estado, a diferencia de la maquinaria de coacción, «no debería ser liquidada» sino «sustraída del control de los capitalistas» y «subordinada a los soviets proletarios.» *El ABC del Comunismo* dejó muy claro que la superación del Estado por la sociedad depende del supuesto de que la propiedad y el control de los medios de producción «no sea el privilegio de una clase, sino de todas las personas que forman la sociedad». No significa el fin de toda organización; por el contrario, «la sociedad comunista está completamente organizada». El proceso empieza incluso bajo la dictadura temporal del proletariado. «La característica fundamental del Estado proletario», escribía Preobrajenski en uno de los capítulos escritos por él, «es su gradual transformación de una organización improductiva, a una organización para la administración de la vida económica».

El instrumento por el que la sociedad se liberaría «de la anarquía en la producción, de la competencia entre empresarios individuales, de las guerras y crisis» era la planificación. La organización de la economía «presupone un plan general de producción». En la futura sociedad comunista, cuando ya no exista el Estado, «la dirección principal se confiará a varios tipos de oficinas contables o estadísticas» en donde «se procederá al control de la producción y de sus necesidades». En la segunda parte de *El ABC del Comunismo*, o parte «práctica», en donde se reconoce enteramente el papel del «Estado soviético» en su fase de transición, se define como una de «*las tareas fundamentales del poder soviético, articular todas las actividades económicas del país conforme a un plan general de dirección en manos del Estado.*»

Las secciones de *El ABC del Comunismo* que tratan de la expansión de la producción bajo el comunismo, aunque algunos de los argumentos invocados en ellas[6] son parciales y poco realistas, son las que mejor han sufrido la prueba del tiempo. «La base de la sociedad comunista debe ser la propiedad social de los medios de producción e intercambio». «Tan pronto como se logre la victoria,

[6] Los principales argumentos son que el comunismo liberará con fines productivos las fuerzas y recursos absorbidos ahora por la lucha de clases, o malgastados en «competencia, crisis y guerras»; se aprovechará con las economías de la producción en masa; y eliminará los elementos parasitarios de la sociedad capitalista, empleándolos en el trabajo productivo.

tan pronto como nuestras heridas hayan sido restañadas, la sociedad comunista desarrollará rápidamente las fuerzas de producción... El método comunista de producción significará un enorme desarrollo de las fuerzas productivas». «El fundamento de toda nuestra política debe ser el desarrollo más amplio posible de la productividad». Los problemas que la expansión de la producción lleva aparejados —el cómo incrementar los medios materiales de producción y la fuerza de trabajo, cómo organizar las relaciones entre las distintas ramas de la producción, cómo mejorar la calidad del trabajo por medio de una más adecuada disciplina del trabajo y cómo aplicar la ciencia a la producción y proveerse de buenos especialistas— quedan claramente expuestos, sin dejar de ignorar las dificultades. Finalmente se subrayan también los objetivos no materiales. «La jornada laboral se irá acortando gradualmente, y la gente se verá cada vez más libre de las cadenas impuestas por la naturaleza. Tan pronto como se permita al hombre invertir menos tiempo en alimentarse y vestirse, será capaz de dedicar más tiempo a la labor de desarrollo mental... Por primera vez hombres y mujeres podrán llevar una vida digna de seres racionales, en vez de una vida digna de bestias brutas».

En los primeros cincuenta años posteriores a la revolución, la población de la URSS, a pesar de los estragos causados por las dos guerras mundiales, una guerra civil y dos serias plagas de hambre, pasó de los ciento cuarenta millones a más de doscientos millones de habitantes. Este aumento vino acompañado por un enorme crecimiento de la población urbana (en 1914 vivía en ciudades el quince por ciento de la población, y en 1967 cerca del sesenta por ciento), y del paso de una alta proporción de analfabetismo o semianalfabetismo, a la total alfabetización, y a un nivel muy generalizado de personas con educación media y superior; y la URSS se ha convertido en la segunda nación industrial del mundo sobresaliendo en muchos de los procesos de producción más avanzados y complejos. Estos logros extraordinarios muestran que los pronósticos optimistas y parcialmente utópicos de Bujarin no iban muy desencaminados. Se aduce a veces que el desarrollo industrial de la URSS, que se había iniciado antes de la revolución, nada tenía que ver con el régimen comunista. Pero este razonamiento es difícil de reconciliar con el hecho de que muchos de los procedimientos

primeramente defendidos por los bolcheviques y categóricamente repudiados en los demás países —la nacionalización de las industrias clave, la economía planificada, el rechazo del predominio de las finanzas, la participación de los sindicatos en el control de la política económica—, fueron luego adoptados, a veces en forma encubierta, o con rodeos, en muchos países occidentales. Sin embargo, puede decirse que lo que sucedió en este aspecto tanto en la URSS como fuera de ella, ha sido resultado de tendencias de raíz muy honda, debidas principalmente a los cambios de la tecnología industrial y no a ninguna ideología revolucionaria. Aun así, justo es reconocer que la URSS, gracias al ímpetu de la revolución y a una ideología más conforme con las necesidades del moderno desarrollo tecnológico que el liberalismo del *laissez-faire*, en el que el capitalismo occidental se había nutrido, se ha situado en la vanguardia del actual progreso industrial.

En *El ABC del Comunismo*, la agricultura y el campesinado recibían relativamente poca atención. El apoyo del campesino era condición necesaria para el éxito de la revolución y el triunfo en la guerra civil. Sin embargo, el campesinado no formaba una sola clase; y el «campesino medio», que formaba la mayoría, «oscilaba entre el proletariado y la burguesía». El capítulo sobre agricultura escrito por Preobrajenski, recalcaba los bien conocidos y concluyentes argumentos en favor del cultivo en gran escala. Pero los modestos proyectos encaminados a promoverlo —granjas soviéticas, comunas y arteles, cooperativas agrícolas— eran totalmente inadecuados para contrarrestar la corriente que siguió a la revolución en pro de la igual repartición de la tierra en pequeñas propiedades campesinas. Las subvenciones del Estado y la propaganda constituían los únicos métodos aconsejados para fomentar la agricultura en gran escala. Las palabras «es absolutamente evidente que la expropiación forzosa es en este caso completamente inadmisible» circulaban por los medios de oficiales y artesanos industriales. Pero eran igualmente aplicables al pequeño campesino. Antes de 1929 ninguna autoridad del partido se hallaba dispuesta a plantear la expropiación forzosa y la colectivización campesina. El problema de la acumulación del capital necesario para financiar una industria en expansión y del campesinado como la principal fuente de tal acumulación, que iba a preocupar a Preobrajenski en

su obra principal y a convertirse en el eje central de la política económica, no hallaba todavía eco en *El ABC del Comunismo.*

* * *

El programa del partido y toda visión de la sociedad comunista del futuro, gira en torno al papel del proletariado. El trabajo es la fuente de la producción, y en la doctrina marxista, por tanto, de todo valor, es la actividad fundamental. En el mundo capitalista, el clásico proveedor de la fuerza de trabajo es el proletariado de las fábricas. Bajo el capitalismo, el proletariado se convierte en la clase revolucionaria. Con el alzamiento revolucionario, derroca la burguesía dominante y se elimina a sí mismo, esto es, cesa de ser el proletariado, llevando la humanidad a la utopía de una sociedad sin clases en la que no habrá más explotación del hombre por el hombre. Esta transformación social implica una transformación del hombre mismo. Como señaló Marx en 1850: «Decimos a los trabajadores: habréis de vivir veinte, treinta, cincuenta años de luchas y guerras civiles no sólo a fin de transformar el sistema social, sino también para transformaros vosotros mismos y llegar a ser capaces de ejercer la supremacía política». «Dentro de unas cuantas décadas», proclama *El ABC del Comunismo*, «existirá todo un mundo nuevo con gente y costumbres nuevas». Esta visión inspiró numerosas aclaraciones y publicaciones de más de una generación de revolucionarios rusos.

En el sentir de Lenin y de todo bolchevique, la revolución de octubre fue una revolución proletaria (la parte activa en la ejecución del *coup* de Petrogrado corrió a cargo de obreros organizados), y la forma soviética de gobierno por ella instaurada era la dictadura del proletariado, considerada por Marx como una etapa transitoria hacia una sociedad sin clases y sin Estado. El proletariado no sólo constituía el Gobierno, sino que se convirtió a sí mismo en poseedor de los medios de producción. Entre los medios de producción así nacionalizados, la tierra ocupaba un importante lugar. A la dificultad teorética que suponía el aún aplastante predominio de la agricultura en la economía rusa, se hizo frente con la aceptación del campesino como una especie de nuevo socio del obrero, dentro de un régimen que se denominó oficialmente «Gobierno de los obre-

ros y campesinos». El conflicto potencial de intereses entre el proletariado y el campesinado sólo se puso de manifiesto mucho después, y no encuentra eco en las páginas de *El ABC del Comunismo;* en 1919 el obrero y el campesino todavía estaban firmemente unidos por el común interés de consolidar el triunfo de la revolución. Pero otro problema comenzaba ya a esbozarse: cómo reconciliar el doble papel del obrero en cuanto gobernante y gobernado, como soberano y súbdito de la dictadura proletaria. De haber sido breve el período de transición —y durante los primeros meses y los primeros años los líderes bolcheviques esperaban confiados que una revolución europea le pusiera término—, el problema podía haberse evadido o pospuesto. Pero a medida que el período de la dictadura proletaria y la lenta transición al comunismo iban prolongándose indefinidamente, la cuestión de las relaciones entre el obrero y el régimen fue haciéndose en la práctica cada vez más crítica.

El problema lo plantearon constantemente los críticos del régimen como si se tratara de los derechos a la libertad e igualdad, proclamados por la revolución francesa. La crítica marxista hizo frente a estas ideas de dos formas. En primer lugar, esos derechos se consideraban de carácter exclusivamente legal y político: en el sentido en que se acostumbraba a utilizar el término «derechos civiles». Pero para una amplia mayoría de personas, lo decisivo para su forma de vida era su situación económica. En la práctica sólo los económicamente independientes gozaban de los derechos legales y políticos (en los tiempos de Marx, los derechos políticos quedaban en la mayoría de los países occidentales incluso formalmente limitados a aquéllos), y utilizaban esos derechos para asegurar y mantener su independencia económica; para los dependientes en el terreno económico, el disfrute de los derechos civiles seguía siendo irreal y puramente teórico. En segundo lugar, la concepción de los derechos del individuo había sido válida e importante durante el período de la Revolución francesa, cuando se hizo necesario destruir una sociedad asentada sobre «órdenes» legalmente atrincherados y privilegiados, y cuando el empresario individual y el trabajador todavía eran figuras familiares en la escena económica. Pero su validez fue minándose gradualmente durante un siglo que, mientras proclamaba ruidosamente los derechos del individuo, contemplaba su progresiva reabsorción por

grupos cada vez más poderosos de un nuevo tipo, de forma que a comienzos del siglo XX el trabajador independiente se había convertido en un fenómeno raro y marginal, y por regla general, el común de los hombres sólo podían ejercer sus derechos, e incluso común de los hombres sólo podían ejercer sus derechos, e incluso su ocupación usual, uniéndose al grupo apropiado y sujetándose a sus reglas, escritas o no, y a sus convenciones. Estos nuevos acontecimientos hicieron más verosímil el postulado de que el individuo sólo podía conseguir su plena realización a través de la sociedad, no contra la sociedad. En Rusia, que nunca conoció en grado suficiente el período del empresario individual, la doctrina de los derechos individuales había tenido pocos seguidores, incluso entre los revolucionarios. La crítica marxista de la teoría y práctica occidentales halló aquí una respuesta ya hecha. Los autores de *El ABC del Comunismo* la dieron tan por supuesta que llevaron los argumentos por cauces superficiales y con poca visión de las consecuencias de este planteamiento.

El argumento partía del supuesto del proletariado como entidad colectiva. Más que rechazarse, se ignoraba la idea de un trabajador potencial con intereses, o ambiciones, opuestos a los de la mayoría de trabajadores. La consecuencia es que una vez los capitalistas habían sido expropiados y transferidos los medios de producción al Estado proletario, «todo el fundamento de la explotación quedaba destruido». El razonamiento es claro: «el Estado proletario no puede explotar al proletariado, por la simple razón de que él mismo constituye una organización del proletariado. Una persona no puede volverse contra sí. El proletariado no puede explotarse a sí mismo». La misma consideración cabe hacer sobre la disciplina en las fábricas:

> La disciplina en el trabajo debe basarse en la convicción y en *la conciencia de que cada trabajador es responsable ante su clase*, en la conciencia de que la desgana y el descuido constituyen una traición a la causa común de los trabajadores... Los obreros ya no trabajan para capitalistas, usureros y banqueros; trabajan para sí mismos... Puesto que todos los camaradas saben que un descenso de la productividad del trabajo supondría la ruina de toda la clase trabajadora, todos deben vigilar con mirada de propietario la tarea común de utilizar las energías vivificantes de la naturaleza.

Se pide al trabajador que actúe con la misma lealtad frente al

Estado obrero y sus órganos, que en los países capitalistas se pide al trabajador respecto a su sindicato [7]. El trabajador que trata de actuar en su propio beneficio independientemente del grupo y en oposición a él, es un saboteador, y queda merecidamente excluido de la comunidad de trabajadores. Es significativo que en las controversias de partido se introdujese a menudo la analogía sindical, y se tildara a los disidentes de saboteadores y «esquiroles».

El argumento se reforzaba con una puntualización a la que por entonces recurrió Bujarin con frecuencia: la existencia de estratos o capas dentro del proletariado. En los análisis teóricos, las clases podían tratarse como un todo único y se ignoraban las diferencias menores. Pero esta no era la situación real. En la sociedad capitalista surgió dentro de la clase obrera una «aristocracia del trabajo» constituida por trabajadores privilegiados. El proletariado ruso incluía no sólo una firme base de trabajadores de fábrica preparados, sino gran número de antiguos campesinos recientemente reclutados para el trabajo en las fábricas que todavía mantenían vínculos más o menos activos con el campo, así como un puñado de artesanos y trabajadores independientes y de labradores que mantenían aún pequeños lotes de tierra y apenas se distinguían de los campesinos pobres. Preparar a esta gente como obreros de fábrica, e inculcarles una conciencia de clase proletaria, era una tarea que requería trabajo, paciencia y férrea disciplina. Esto descargó una inmensa responsabilidad sobre la vanguardia del proletariado, identificado en la práctica con el partido. Lenin decía en abril de 1918: «Hasta que la vanguardia de los trabajadores no aprenda a organizar decenas de millones, no será todavía socialista ni creadora de la sociedad socialista». De esta dispar y abigarrada composición del proletariado deducía Bujarin la curiosa necesidad de «disciplina coercitiva», a la que él denominaba a veces «*autodisciplina coercitiva*» de los trabajadores bajo la dictadura del proletariado [8].

Dentro de este esquema los sindicatos desempeñaban un impor-

---

[7] Más tarde, Bujarin (*Ekonomika Perekhodnogo Perioda*, I, 114-15), señalaba que incluso en los países capitalistas, los sindicatos, suprimiendo la competencia entre los trabajadores e insistiendo en la cláusula *closed shop*, abolieron «la libertad de trabajo» en el sentido burgués, que suponía un estímulo a los esquiroles.

[8] La mejor exposición de este razonamiento se halla en Bujarin, *Ekonomika Perekhodnogo Perioda*, I, 141-3.

tante papel. El partido, los soviets y los sindicatos eran todos distintas organizaciones del proletariado; durante la revolución habían «marchado juntos contra el orden social capitalista». En el nuevo orden establecido por la revolución, los soviets eran los «instrumentos del poder estatal»; los sindicatos (y las cooperativas) habían de «desarrollarse en tal forma que se transformaran en departamentos económicos y en instrumentos de la autoridad del Estado». Bujarin soñaba con la época en que «*la vida económica entera constituirá una unidad de arriba abajo, que estará efectivamente controlada por los sindicatos industriales*». El principal cometido de los sindicatos como órganos de la vida económica era aumentar la productividad aportando la cooperación de los trabajadores al proceso de producción. La identidad de posición del partido, soviets y sindicatos en cuanto órganos del proletariado, convertía en herética cualquier petición de independencia por parte de los sindicatos; ello excluía también cualquier idea sobre la existencia de un legítimo interés de los trabajadores individuales distinto del sindicato como un todo y, consiguientemente, distinto del partido o de los órganos estatales. En un congreso sindical de 1920, Trotsky planteó la cuestión en unos cuantas de aquellas frases bruscas y tajantes que a menudo resultaban ofensivas:

> Conocemos el trabajo de los esclavos, conocemos el trabajo de los siervos, conocemos el trabajo obligatorio y regimentado de los gremios medievales, conocemos el trabajo asalariado, al que la burguesía llama «libre». Avanzamos ahora hacia un tipo de trabajo socialmente regulado conforme a un plan económico obligatorio para todo el país, es decir, forzoso para cada trabajador... Sabemos que todo trabajo es un trabajo socialmente coercitivo. El hombre tiene que trabajar para no morir. No quiere trabajar, pero la organización social le compele y empuja en esa dirección*.

La total identificación de los intereses del individuo con los del grupo y el reconocimiento del partido, Gobierno y sindicatos como órganos distintos del mismo cuerpo constitutivo —el proletariado—hacía inadmisible cualquier discusión sobre la libertad individual en el sentido occidental. El liberalismo occidental consideraba que el individuo tenía derechos que oponer al Estado; su actitud frente a los derechos de los individuos contra otros entes colectivos

* *Tretii Vserossiiskii S"ezd Professional'nykh Soyuzov* (1920), I, 28.

se regía por el supuesto de que la pertenencia del individuo a tales grupos era voluntaria y pactada, y que cualquier diferencia entre el individuo y el grupo se resolvería normalmente con la intervención del derecho, igualmente compartido por ambas partes, que determinaba las condiciones de dicha asociación, que los derechos del individuo frente al Estado han ido parcialmente erosionándose a lo largo de los años, y aunque el supuesto de la pertenencia voluntaria a ciertos grandes grupos y sobre todo a los sindicatos se ha convertido desde hace tiempo en irreal, la teoría liberal no ha sido revisada. Los teóricos soviéticos estiman que la acción política o económica eficaz sólo puede dimanar de los grupos, y que para que los grupos sean política y económicamente eficaces, deben ser capaces de contar con la lealtad y obediencia de los miembros a las decisiones colectivas. El trabajador individual no posee más derechos frente al Estado obrero o el sindicato obrero que el derecho a participar en sus actividades. Cuando *El ABC del Comunismo* habla de libertad (que no es muy a menudo), se preocupa, o bien de denunciar la libertad «ficticia» de que gozan los obreros bajo el capitalismo, o de explicar que la libertad obtenida bajo la dictadura del proletariado no es una libertad para todos, sino para el proletariado en cuanto ente único. La idea de que esto supone libertad para cada trabajador es tan irreal como el supuesto de los derechos del trabajador individual frente a su sindicato. Bujarin, en *El ABC del Comunismo*, no trataba en detalle —aunque se hallaba presente en toda la obra— la cuestión de hasta qué punto esta concepción de la libertad presupone un nuevo tipo de sociedad y un nuevo tipo de hombre. Esto lo hizo en *La teoría del materialismo histórico*, publicada el año siguiente. En ella explicaba prolijamente que la eliminación de todas las contradicciones sociales realiza una unidad entre la voluntad individual y entre «la voluntad colectivamente organizada» [10]. En *La economía del período de transición*, extrajo la conclusión con mayor nitidez todavía: «En la sociedad comunista habrá absoluta autonomía para la "personalidad"; faltará toda clase de regulación externa de las relaciones entre los hombres, y por tanto, existirá una actividad personal sin coacción» [11]. El culto

[10] Bujarin, *Teoriya Istoricheskogo Materializma*, 38-9.
[11] Bujarin, *Ekonomika Perekhodnogo Perioda*, I, 144.

de la libertad concluye con esta visión de anarquía espontánea y autodisciplina.

El concepto de igualdad tenía más profundas raíces en el pensamiento marxista y un lugar más evidente en la utopía marxista que el concepto de libertad, lo cual derivaba de una antigua tradición. Los estoicos postulaban una absoluta igualdad en el estado de naturaleza; y los primeros padres del cristianismo atribuyeron las desigualdades entre los seres humanos a la Caída. Marx, en el primer volumen de *El Capital*, partió, con fibra netamente hegeliana, de un trabajo humano abstracto que era por definición igual e indiferenciado. Sin preocuparse por las formas precapitalistas de desigualdad, diagnosticó que en el mundo contemporáneo la desigualdad constituye el síntoma y la consecuencia de la división del trabajo impuesta por el capitalismo [12]. Esto convertía al trabajo en un distintivo de clase y era especialmente responsable de la artificial separación entre trabajo manual e intelectual: «Así como en el cuerpo cabeza y mano se sirven mutuamente, del mismo modo el proceso laboral une el trabajo de la mano con el de la cabeza. Más tarde, se disocian e incluso se convierten en mortales enemigos». En la Comuna de París, observaba Marx en *La guerra civil en Francia*, cualquier tipo de servicio público, del más alto al más bajo, se desempeñaba por *el salario de un obrero*. Marx, junto con otros pensadores del siglo XIX, a partir de Saint-Simon, creía que el desarrollo en gran escala de la maquinaria industrial, al simplificar los procesos de producción, disminuiría la necesidad de especialización y mitigaría los males de la división del trabajo: El «dejemos al zapatero con su horma» (una joya de la sabiduría artesana), se ha convertido en un completo absurdo desde el momento en que un relojero, Watt, inventó la máquina de vapor; un barbero, Arkwright, el telar automático, y un obrero joyero, Fulton, el barco a vapor. El «obrero de detalle», producto de la división del trabajo, sería reemplazado por «un individuo plenamente desarrollado» («ein total entwickeltes Individuum»). Lo que esto significa para la utopía comunista quedó expresado en un posterior vuelo de la imaginación:

[12] En un elocuente pasaje de *Dialéctica de la Naturaleza*, Engels declaraba que los grandes hombres del Renacimiento «todavía no estaban esclavizados por la división del trabajo».

> En la sociedad comunista, en donde nadie tiene adscrita una esfera exclusiva de actividades, sino que cada cual puede llegar a realizarse en la rama que desee, la sociedad regula la producción general, con lo que hace posible que yo pueda hacer hoy una cosa y mañana otra, cazar por la mañana, pescar por la tarde y apacentar el ganado por la noche, y ponerme a criticar después de comer, si así me parece, sin tener que convertirme de por vida en cazador, pescador, pastor o crítico[13].

Aunque pueda suponerse que en este un tanto divertido pasaje Marx estaba más preocupado por defender el derecho a elegir profesión y por abolir las diferencias sociales entre los oficios («el trabajo productivo deja de ser un distintivo de clase»), que por defender el derecho a cambiar, a voluntad, cada día o cada hora, de profesión, aquél halló eco en la visión de Lenin del desempeño periódico de tareas de gobierno por trabajadores y fue parafraseado sin adulteración en *El ABC del Comunismo:*

> Bajo el comunismo se recibe una cultura multilateral, encontrándose cada cual, en muchas ramas de la producción, en su propio ambiente: hoy trabajo en el ámbito administrativo, calculo cuántas botas de fieltro o cuántos panecillos franceses han de salir para el mes que viene; mañana me pondré a trabajar en una fábrica de jabón, el próximo mes quizá en una lavandería mecánica, y al mes siguiente, en una central de energía eléctrica. Ello será posible cuando todos los miembros de la sociedad hayan sido adecuadamente educados.

En particular, «las dos grandes secciones de trabajadores, los obreros mentales y los obreros manuales, mantenidos separados por el capitalismo, serán por fin reunidas» a través de la organización de los sindicatos. Nadie sentía la necesidad, por estas fechas, de formular la cuestión que poco más de diez años después atormentaba a Gramsci cuando reflexionaba y escribía en una cárcel mussoliniana: «¿Se parte de la base de una eterna división de la raza humana (en gobernantes y gobernados), o se cree que este es un hecho histórico que obedece a ciertas circunstancias?» La evolución de la tecnología había tomado un rumbo distinto al previsto por Marx, Lenin y Bujarin: un rumbo que apunta a una especialización y a una diferenciación mayores: «En cierto sentido, puede decirse que la división es un producto de la división del trabajo, que es un hecho técnico». La necesidad técnica de mandos provocó la triste reflexión de que era «difícil librarse de los jefes de hábitos

[13] Marx y Engels, en *La Ideología Alemana.* Esta fue una obra temprana; pero hacia el final de su vida, en la *Crítica del programa de Gotha*, Marx todavía confiaba en la desaparición bajo el comunismo de la distinción entre trabajo intelectual y trabajo manual.

dictatoriales» y «difícil extirpar la criminal costumbre de no evitar los sacrificios inútiles» [14]. Este problema sólo en un estadio posterior llegaría a la conciencia soviética.

Cuando se escribió *El ABC del Comunismo*, el régimen soviético llevaba en el poder cerca de dos años y se había planteado un problema práctico de igualdad respecto a la remuneración del trabajo. En la práctica se reveló imposible (nunca se trató seriamente de llevar a efecto) romper con las tradicionales diferencias salariales entre trabajo cualificado y simple mano de obra, o entre las distintas industrias. Y lo que es más desconcertante todavía, se evidenció imposible negar más altos niveles de ingresos a los antiguos oficiales e ingenieros zaristas que obtuvieron empleo en cargos de responsabilidad en el Ejército rojo y en la industria [15]. El programa del partido, de marzo de 1919, a pesar de identificar «la igual remuneración de todo trabajo» con «la total implantación del comunismo», admitía que «el poder soviético no puede empeñarse en llevar totalmente a la práctica, por el momento, esta igualdad». *El ABC del Comunismo* lo secundaba en esta línea de cautela. Pero durante la década de 1920, continuó prevaleciendo la creencia de que las diferencias salariales irían desapareciendo paulatinamente. En 1924, Preobrajenski afirmaba categóricamente que un sistema diferencial de salarios «nada tiene y nada puede tener en común con el socialismo» [16]. Los sindicatos se agitaban de cuando en cuando contra los altos salarios pagados a los especialistas e intentaron empujar los salarios de los obreros peor pagados a niveles más altos. Pero conforme los procesos industriales se tornaban más complejos, la demanda de un cada vez mayor número de especialistas y la necesidad de incentivos para estimular la productividad de los obreros desbarató cualquier paso de importancia hacia la igualación. Cuando, en 1931, Stalin se declaró resueltamente partidario de las diferencias salariales y denunció «la igualación» o «nivelación» como un prejuicio burgués, hizo que se tambalearan muchas conciencias del partido, pero dio al traste con los últimos reparos oficiales a tal política. Aun cuando la aplicación a la

[14] Gramsci, *El príncipe moderno.*

[15] Bujarin, en *Ekonomika Perekhodnogo Perioda*, I, 65-9, se esfuerza por justificar la anómala estructura social en la que, bajo la dictadura del proletariado, oficiales zaristas y especialistas burgueses eran empleados para dar órdenes a los obreros.

[16] E. Preobrajenski, *Novaya Ekonomika* (1926), 176.

industria de los modernos avances tecnológicos aumentó extraordinariamente el número y la proporción de obreros industriales cualificados y altamente especializados, ello probablemente haya ahondado más que allanado las diferencias entre los especialistas y gerentes de alta posición y la masa de técnicos, y entre los técnicos y la inmensa mayoría de obreros no especializados o semiespecializados que la sociedad precisa todavía para el desempeño de tareas más secundarias. En cualquier lugar de la moderna sociedad industrial, el porvenir de la igualdad presenta un aspecto inquietante. Lo que quizá pueda decirse es que en la URSS la utopía de una remuneración igual ha tenido mayor vitalidad que la utopía de la libertad del individuo e impide todavía el desarrollo de formas de desigualdad más extremas y evidentes.

La postura personal de Bujarin sobre la cuestión nacional añade especial interés al capítulo de *El ABC del Comunismo* sobre «El comunismo y el problema de las nacionalidades». El capítulo lo escribió Preobrajenski, cuyas ideas parecen, no obstante, haber coincidido con las de Bujarin. Se abre con una disquisición sobre lo artificial de las barreras a la unidad del género humano que erigen las divisiones y enemistades nacionales, y exhorta a los trabajadores de todos los países a ver a los demás como «hermanos en la opresión y en la esclavitud», y a asociarse en «una liga universal para la lucha contra los capitalistas»: el fundamento del credo comunista fue siempre, «trabajadores de todos los países, uníos». Consideraciones políticas y económicas hacían necesaria la unidad. «¡Si el prejuicio y la envidia nacionales impiden la internacionalización de la industria y la agricultura, deshagámonos de ellos allá donde aparezcan y cualquiera que sea la bandera que enarbolen!» La opresión de las nacionalidades sometidas era un legado de «las brutales querellas nacionales de las épocas feudal y capitalista». La opresión zarista a los polacos, ucranianos y judíos, y a naciones tan atrasadas como las de los tunguses, kalmucos y buriatos, aparece citada juntamente con pecados similares de la burguesía alemana e inglesa. Se ofrece «una liga federativa voluntaria» como vía de tránsito hacia la completa unidad. Pero una liga semejante resulta «incompetente para implantar un sistema económico mundial», y sólo puede constituir la pasarela hacia «una república socialista mundial».

El problema sobre el que Bujarin había entrado anteriormente en colisión con Lenin, a saber, si el derecho de autodeterminación nacional residía en la nación (incluso en la nación bajo la democracia burguesa), o si quedaba confinado a «la autodeterminación de los trabajadores» se tocaba con sumo cuidado. El problema del partido de marzo de 1919, aunque aceptaba plenamente las tesis de Lenin, distinguía entre naciones pertenecientes a dos períodos históricos, entre naciones «evolucionando del medievalismo a la democracia burguesa» y naciones evolucionando «de la democracia burguesa a la democracia proletaria o soviética». *El ABC del Comunismo* parte de la base de que las principales nacionalidades sometidas pertenecen a la segunda categoría, proclamando sin rebozo que «el derecho de las naciones a la autodeterminación» no significa otra cosa que «el derecho de la mayoría trabajadora de cualquier nación». Pero incurre en ciertas vacilaciones al tratar de los derechos de «las poblaciones semisalvajes y atrasadas». En el capítulo se da por supuesto que «cuando se haya establecido el socialismo en los países más avanzados del mundo», esos pueblos se hallarán más que dispuestos «a sumarse a la alianza general de los pueblos». Por otro lado, el proletariado de los países imperialistas «dejaría a los nativos de los territorios atrasados el derecho a ordenar los asuntos internos a su gusto», y el Partido Comunista respaldaría en esos países «la petición del derecho de autodeterminación». En este asunto, como en otras cuestiones, *El ABC del Comunismo* se refería, en la acepción usual del término, a las relaciones internacionales. La crisis de Brest-Litovsk de los primeros meses de 1918 planteó el problema de la coexistencia con una potencia imperialista y acabó resolviéndose tras serios forcejeos y gracias al peso de la influencia personal de Lenin, en favor de la propuesta de aceptar el tratado. En esta época, Bujarin era acérrimo partidario de seguir entablando una «guerra revolucionaria», y Preobrajenski también estaba del lado de la oposición de izquierda. Ahora, transcurrido más de un año, cuando Alemania había sido barrida y la guerra civil contra los «blancos», apoyados por los aliados occidentales, se hallaba en plenas operaciones, las disputas acerca del tratado de Brest-Litovsk bien podían ser olvidadas. «La guerra civil se manifiesta ahora a escala mundial (observaba *El ABC del Comunismo*). En parte, adopta la forma de una guerra

emprendida por los Estados burgueses contra los Estados proletarios». Todavía había de transcurrir más de otro año antes de que la implantación de la NEP quedase lógicamente asimilada a un compromiso o retroceso (Lenin calificaba a la NEP de «retroceso») en la dirección de las relaciones internacionales. El tratado de comercio anglo-soviético de marzo de 1921, la conferencia de Génova y la firma del Tratado Rapallo con Alemania en la primavera de 1922, abrió un período de actividad diplomática durante el cual se consideró la coexistencia pacífica con países capitalistas potencialmente hostiles como el objetivo inmediato de la política extranjera soviética.

Pero como se postulaba el triunfo de la revolución mundial para un futuro inmediato, ni el programa del partido ni *El ABC del Comunismo* combina una visión utópica del futuro —una sociedad mundial en la que se hallen superadas las diferencias nacionales— con concesiones a los imperativos de la política del momento.

Un capítulo de *El ABC del Comunismo* titulado «La Segunda y Tercera Internacionales», comienza con la escueta declaración: «La revolución comunista sólo puede triunfar en cuanto revolución mundial». Era el postulado general de los dirigentes bolcheviques en esta época, e iba completamente de acuerdo con lo que Marx y Engels habían escrito. Pero las prescripciones del programa del partido de marzo de 1919 no iban más allá de incitar a «la victoria de la revolución proletaria mundial», entablar una lucha sin cuartel contra la deformación burguesa del socialismo que domina en los principales partidos oficiales socialistas y socialdemócratas y «aceptar la recientemente creada Internacional comunista como "guía en la lucha del proletariado por su emancipación"», aderezando aquellos requerimientos con denuncias a los que apoyaban la defensa nacional, pacifistas, socialistas, centristas, a la Liga de las Naciones y a la Segunda Internacional, que no era más que una mera «dependencia de la Liga de las Naciones». «Para el *proletariado*», repetía Bujarin unos cuantos meses después dentro del mismo contexto internacional, «la unidad política y económica es una cuestión de vida o muerte»[17].

* * *

Bujarin, *Ekonomika Perekhodnogo Perioda*, I, 156.

Puede, pues, decirse que la iniciación de la NEP en 1921 puso término, entre otras cosas, al periodo utópico de la historia soviética, en el que Bujarin desempeñó tan importante papel y del que *El ABC del Comunismo* es su memorial más sobresaliente. Fue una época en la que las energías de los políticos y gobernantes estaban absorbidas por la guerra civil y los problemas de la supervivencia, y la masa de la población expuesta a penalidades intolerables y a constantes llamadas a la realización de esfuerzos sobrehumanos. Epocas semejantes acostumbran a inspirar, junto al crudo realismo de la experiencia diaria, y como por vía de compensación, grandiosas visiones de un orden social futuro que alcanzar en medio del presente torbellino de esfuerzos y sufrimientos, quimeras que encarnan los ideales por los que se inició el combate. En tales circunstancias de luchas y tensiones, los elementos utópicos inherentes a cualquier doctrina revolucionaria emergente a la superficie. Si Lenin escribió *Estado y Revolución* en el intervalo entre dos revoluciones, *El ABC del Comunismo* apareció en el momento de mayor angustia de la guerra civil, cuando la Rusia soviética era un enclave aislado en un mundo hostil, cuando los ejércitos de Yudenik se reagrupaban para el ataque sobre Petrogrado y los de Denikin para el avance sobre Moscú. Poco más de un año después se había ganado la guerra civil y tras el pánico momentáneo provocado por el motín de Kronstadt, la existencia del régimen soviético no volvió a estar amenazada. Este se convirtió casi de improviso en el heredero indiscutido de un vasto territorio, devastado y turbulento, la única abrumadora tarea a la que se enfrentaba consistía en restablecer el orden en el campo y surtir de víveres y combustible a las ciudades. Las visiones utópicas de un futuro que entonces parecía inconcebiblemente distante en nada facilitaban esta tarea. Bujarin, simbólicamente, abandonó el extremado idealismo revolucionario por una extrema prudencia administrativa, consumando en los años siguientes el paso de la más extremada izquierda a la derecha del partido y convirtiéndose en el principal apologista teórico del «socialismo en un solo país». Había comenzado una nueva era en la variopinta historia de la revolución.

Sin embargo, distinciones tan tajantes pueden inducir a error. Muchos leales al partido se mostraban inquietos ante la postergación indefinida de las aspiraciones e ideales revolucionarios bajo

el rudo golpe del realismo estalinista. Esta inquietud se mantuvo despierta hasta finales de 1927 con las actividades semi-legales de grupos de oposición —no sólo los de la «Oposición Unida» de Trotsky, Zinoviev y Kamenev—, sino con las supervivientes de la antigua «Oposición Obrera» y «Centralistas Democráticos»; incluso los sindicatos y el Komsomol alzaron en ocasiones sus voces discordantes. Después de que cualquier oposición hubiera sido sofocada y el partido y el Estado adoptaron formas monolíticas, Stalin se apoderó de los resortes para impulsar aquella industrialización acelerada, que tan apasionadamente aconsejó Trostky en cierta ocasión. La campaña para la industrialización y modernización de la economía soviética se llevó a efecto entre patéticos llamamientos a un esfuerzo sostenido y creciente con el mismo desprecio por las penalidades y fatigas sufridas, que tan corrientes fueron durante la guerra civil. El mismo Bujarin, apelando en 1928 al congreso del Komsomol, con palabras tan elocuentes y utópicas como pueden encontrarse en cualquiera de sus primeros escritos, decía:

> La principal finalidad de nuestra labor estriba en dotar de un sentido a nuestra construcción, hacer propaganda en favor de un socialismo y comunismo consistentes, propaganda sobre las formas de conseguirlo... Sólo entonces podremos suscitar entre la juventud una emoción indudable, la pasión por construir...; sólo así podremos acabar con ese arraigado prejuicio que supone que la acción heroica del proletariado sólo se manifiesta cuando combate tras las barricadas o permanece firme en los campos de batalla. ¡Y esto es falso! La clase obrera es heroica cuando combate y cuando construye la gran sociedad del futuro que el mundo todavía no conoce.[18]

Para asegurar el éxito de la campaña se recurrió a enormes presiones, a brutales medidas de fuerza. Pero tampoco habría triunfado de haber carecido de una amplia corriente interna, de una utópica visión de éxitos futuros que sirvieran de lenitivo a las pesadillas del presente. Ninguna sociedad totalmente desprovista de aspiraciones utópicas se libra del estancamiento. Y la sociedad soviética no quedó paralizada. En la dilatada lucha por causa de la desestalinización en las décadas de 1950 y 1960, volvieron a aflorar a la superficie los viejos choques entre idealistas apasionados y

[18] VIII *Vsesoiuznyi S"ezd VLKSM* (1928), 31.

cautos gobernantes. Las tesis sobre el plan septenal presentado por Kruschev al XXI Congreso del Partido, en 1958, resucitaron antiguos elementos utópicos del programa marxista al anunciar «nuevas e inmediatas medidas... para liquidar las diferencias fundamentales entre trabajo manual e intelectual y entre la ciudad y el campo». La noticia de la prensa extranjera, publicada en 1965, sobre la intención de reeditar en la URSS *El ABC del Comunismo*, ha demostrado ser infundada. Pero, caso de que se hubiera examinado dicha propuesta, sería un síntoma del todavía vivo deseo de rememorar épocas más primitivas e idealistas de la historia del partido. Extensos pasajes de la obra se hallan desfasados y en la actualidad son casi anacrónicos, lo que no deja de ser el destino común de las utopías de la pasada generación. Pero aún alienta un algo del espíritu en el que fue escrita. Sólo resta por ver si es lo suficientemente evocador como para empujar a la acción.

LA ESTRUCTURA DE LA SOCIEDAD SOVIETICA

Ultimamente se viene prestando gran atención al tema de la estructura de la sociedad soviética. En el Tercer Programa de Radio[1], el profesor Seton-Watson se aventuró a trazar una analogía entre la actual clase dominante en la sociedad soviética y la clase dominante de la Inglaterra victoriana. Según decía, se trataba de una «burguesía estatal», en vez de una «burguesía privada», pero burguesía al cabo: una clase dominante burguesa; y a partir de aquí siguió estableciendo comparaciones entre los gustos victorianos y soviéticos en arquitectura y música a los que él atribuía un carácter específicamente burgués. En lo que a mí respecta, quizá disienta menos del profesor Seton-Watson en lo que hace al fondo del asunto que en lo referente a la terminología. Con todo, la terminología confusa lleva a la confusión en el pensar, y yo quiero mostrar aquí por qué creo desacertada su terminología y hacer unas cuantas consideraciones propias sobre la estructura de la sociedad soviética.

Para empezar, estamos de acuerdo en que toda sociedad organizada, incluyendo la sociedad soviética, hace emerger un grupo dominante. También nos hallamos conformes en que la Rusia contemporánea, al igual que la Inglaterra victoriana, es el resultado de una revolución industrial. (Digamos de paso que Gran

[1] The Listener, 2 de junio de 1955.

Bretaña y Rusia son los dos únicos grandes países que han realizado su revolución industrial sin la ayuda del capital extranjero, circunstancia que puede explicar algunos de los poco afortunados rasgos que desfiguraron a ambos). Me abstengo de especular sobre arquitectura y música, aunque me parece que es este fondo común de su revolución industrial el que permite aclarar ciertas analogías entre la literatura victoriana y la actual literatura soviética. Ambos presentan las mismas toscas tendencias moralizantes, idéntica inclinación a describir el comportamiento humano en tonos totalmente angélicos, o exclusivamente diabólicos; la misma ingenua e incontrolada ansia por recompensar la energía con el éxito y castigar la indolencia con el oprobio. Los dos inculcan iguales virtudes de laboriosidad y aplicación en el trabajo y de respetabilidad y circunspección en la vida. Esas son las virtudes que el grupo dominante de cualquier sociedad industrial en ascenso quiere inculcar a la masa del pueblo: el deber de trabajar como un servicio prestado a la comunidad, el deber de ahorrar los recursos, el deber de no disiparlos. Esto es lo que, a grandes rasgos, denominaban los victorianos llevar «una vida formal, recta y piadosa»; y ésos son los ideales que los moralistas soviéticos inculcan también en la literatura soviética para edificación del obrero soviético.

Esos son, sin duda alguna, los que solemos denominar ideales o valores burgueses. Pero esto sólo sirve para plantear la cuestión. Esos son los ideales y lemas de la revolución industrial; algunos de ellos heredados de una primitiva fase de capitalismo predominantemente comercial. En Gran Bretaña la revolución industrial, en forma muy similar a la Revolución francesa, estaba ligada económicamente al surgimiento del capitalismo industrial y políticamente con la subida al poder de la burguesía o clase media. Pero en Rusia la revolución industrial estuvo ligada a una revolución política totalmente diferente, que inauguró un sistema económico completamente distinto. La revolución de 1917 no sólo echó por la borda lo que quedaba de la antigua aristocracia campesina, sino asimismo la primera burguesía industrial y comercial en ascenso, y puso en el poder un grupo de gobernantes completamente nuevo.

Las querellas sobre el uso de palabras son por lo general inútiles; y si alguien quiere colgar la etiqueta de burgués al grupo

que domina en cada sociedad industrial y definir al término «burguesía» de esta forma, creo que tiene perfecto derecho a ello. Pero llamar burguesía al grupo dominante soviético me parece que ofrece dos inconvenientes concretos. La primera objeción es que los términos «burgués» y «burguesía» ocupan un específico y en mi opinión honroso lugar dentro de la historia moderna. La burguesía constituyó el impulso motor de este importantísimo período de la historia que en ocasiones denominamos civilización decimonónica. Sus dos pilares eran los Derechos del Hombre y la Riqueza de las Naciones. Era la gran época del individuo. Todos los hombres eran libres e iguales en el sentido de que todos tenían iguales derechos civiles. La única función del Estado consistía en garantizar y proteger el disfrute de aquellos derechos. Se rechazaba cualquier idea colectiva de sociedad. Y el orden económico se basaba igualmente en la libre iniciativa del individuo compitiendo con los demás: la «asociación» era en principio algo fundamentalmente nocivo. En este orden económico la propiedad privada ocupaba un lugar central, lo cual se debía en parte a que la riqueza era el premio y la prueba evidente de la virtud («¿qué vale un hombre?» quería decir, «¿qué propiedad tiene?»), y en parte a que la propiedad era la base fundamental de la empresa privada que hacía girar las ruedas de la industria.

Incluso durante mucho tiempo la propiedad fue la condición para los derechos políticos: Marx describía las formas de propiedad como «la sólida base de la organización política», y ésta no era una idea específicamente marxista. «Tener un interés en el país», según la célebre frase victoriana, significa ser propietario. Los últimos vestigios de los privilegios inherentes a la propiedad no desaparecieron en este país hasta bien avanzado el presente siglo. La propiedad individual era la base de la civilización burguesa. «La vida civil», decía Hauriou en el más famoso libro de texto de jurisprudencia francés del siglo XIX, «consiste en el derecho a utilizar *(faire valoir)*, la propiedad de uno». Me parece que una burguesía que ni controla los medios de producción ni las mercancías, y no obtiene provecho ni de la producción ni del comercio, supone una contradicción en los términos. En la Rusia soviética nos hallamos con un sistema que tanto en la teoría como en la práctica rechaza cada uno de los valores característicos históricamente sostenidos por la burguesía.

El otro reparo que veo para su utilización es que en la sociedad soviética había, y hasta cierto punto todavía hay, un elemento que según el común sentir fue denominado burgués con toda propiedad. Cuando Lenin definía la estructura social surgida de la NEP, se refería a «la cooperación de dos clases —obreros y campesinos— a las que bajo ciertas condiciones se vienen a añadir los hombres de la NEP, es decir, la burguesía». Para Lenin, en 1921 la burguesía se hallaba principalmente compuesta por los hombres de la NEP: los años inmediatos contemplaron el ascenso de otro grupo del país —los campesinos ricos o kulaks—. Pero el detalle reside en que esos elementos burgueses de la sociedad soviética —los hombres de la NEP y los kulaks— quedaban fuera del grupo dominante y ostentaban la condición de miembros de la sociedad, que eran temporalmente tolerados porque el régimen no era lo suficientemente fuerte para prescindir de ellos. Es cierto que a mediados de la década de 1920 algunos de los dirigentes bolcheviques, especialmente Bujarin y Rikov, se mostraron durante cierto tiempo condescendientes con las pretensiones de los kulaks. Pero esta denominada oposición de derechas quedó desarticulada en 1929. La puesta en marcha del primer plan quinquenal y la colectivización campesina pusieron fin al asunto. De haber sido gobernada la Rusia soviética por un grupo burgués, esos acontecimientos hubieran sido inconcebibles. El grupo dominante de la sociedad soviética era decidida y resueltamente antiburgués. Puede que haya elementos burgueses en la sociedad soviética de hoy —especuladores, intermediarios, comerciantes privados de la ciudad y el campo—. Pero si tales elementos burgueses existen, es evidente que no es porque gocen de las simpatías ni con el beneplácito del grupo dominante, sino porque éste no lo es bastante fuerte para deshacerse de ellos. Hay grandes diferencias a lo largo y a lo ancho de toda la escala social. El grupo dominante vive mejor, mucho mejor que las masas. Pero esto es característico del grupo dominante de cualquier sociedad. Y no autoriza a colgar al grupo dominante de la Unión Soviética la etiqueta de burgués.

Pero vamos a salir fuera del tema de la terminología y a mirar con un poco más de detenimiento la composición del grupo dominante. Comenzaré históricamente. Los vencedores de 1917

imaginaron que implantaban una dictadura del proletariado o, en versión ligeramente más realista, una dictadura del proletariado y los campesinos. Exactamente como se incitó a los campesinos a que se apoderaran de las tierras, se hizo con los obreros respecto a las fábricas. El «control obrero» fue el lema del momento. El control obrero no dio resultado, y sin él la dictadura del proletariado dejó de ser una realidad y se convirtió en un símbolo. Entonces quedó sustituida: ¿Por qué? La respuesta es fácil. Por la dictadura del partido (la expresión la utilizaron Lenin y otros por aquellas fechas, pero luego se desechó por herética) y más tarde por la dictadura de la maquinaria del partido. En otras palabras, si queremos identificar el grupo dominante de la sociedad soviética no hay que buscar una clase, sino un partido.

El análisis marxista de la sociedad a través del concepto de clase fue un producto del siglo XIX. Pocas personas están convencidas por la célebre generalización con que se abre *El Manifiesto Comunista* de que toda la historia ha sido la historia de la lucha de clases. Marx captó lo que con gran acierto consideró el rasgo más significativo de la sociedad contemporánea de Europa occidental y lo trasladó rápidamente a otros períodos, en donde su aplicación en modo alguno era tan clara. Marx nunca explicó lo que entendía por clase: probablemente parecía un fenómeno tan obvio en el mundo en que él vivía que no precisaba de definición. Sin embargo, su fundamento era netamente económico: la clase venía determinada por la relación que las personas ocupaban respecto a la propiedad de los medios de producción. En inglés, el término clase se utiliza a menudo como equivalente a *status social*. Pero Marx no lo consideraba en este sentido; y, en el sentido de Marx, en la URSS actual no hay clase dominante. Hay un grupo dominante que halla en el partido su personificación institucional.

Ello es, en mi opinión, significativo. Una clase es una formación económica; un partido, una formación política. No aduciré que los factores económicos desempeñan un papel menor en la vida social de hoy que en el siglo XIX. Lo que sí mantengo es que la nítida línea de separación entre economía y política que dominaba todo el pensamiento económico del siglo XIX, el de Marx inclusive, constituye ahora un anacronismo. En cualquier caso, en la Unión Soviética la economía es tanto como decir política, y la estructura

de la sociedad soviética no tiene que analizarse en términos de clase económica, sino en el de partido político.

Como ya he dicho, la dictadura del proletariado quedó sustituida por la dictadura del partido cuando fracasó el control obrero de las fábricas. Y el control obrero fracasó porque los obreros carecían de la necesaria preparación técnica en ingeniería y en dirección de empresas. Una de las primeras tareas del partido, del grupo dominante, fue la de hallar los técnicos y empleados de todas las categorías para volver a poner la industria en marcha, y la actitud a adoptar frente a tales «especialistas», como se les denominaba, fue una preocupación constante de la literatura del partido. Y cuando, unos cuantos años después, se vino a agregar el todavía más acuciante problema de la mecanización de la agricultura y de la implantación de modernos métodos de cultivo, la dificultad consistió una vez más no sólo en proveerse de maquinaria, sino del personal a su cargo y para instruir en su manejo. Y estos especialistas fueron precisamente los que, al ser indispensables al régimen, llegaron a ocupar una posición de mando —y en ocasiones equívoca— dentro del grupo dominante del que aún se denominaba Estado obrero. Examinar la actitud del partido respecto a ellos constituye un elemento fundamental del análisis de la sociedad soviética.

Desde un principio, la actitud del partido frente a los especialistas fue completamente distinta de la mostrada con los hombres de la NEP. El hombre de la NEP y *a fortiori* el kulak, fue *ex hypothesi*, un enemigo del régimen, que perseguía objetivos incompatibles con él y al que se toleraba porque no quedaba otro remedio. Era imposible que un hombre de la NEP o un kulak fueran leales. Ni el hombre de la NEP ni el kulak podían jamás ser admitidos en el partido. Por otra parte, aunque por su procedencia el especialista podía ser un enemigo de clase al igual que el hombre de la NEP, pretendía alcanzar las metas del régimen a quien servía. Sus orígenes pudieran hacerle sospechoso. Pero podía suceder, y con frecuencia así ocurrió, que fuera leal. Conforme transcurría el tiempo, un número de especialistas cada vez mayor se convirtieron en miembros del partido. De aquí que para el especialista su origen no fuese el factor decisivo. Podía ser de procedencia burguesa, pero su función no era burguesa. No gozaba de la independencia económica del empresario: al contrario, dependía políticamente del

Gobierno y del partido. Si tenía éxito, éste no se recompensaba con un aumento de sus ingresos, sino promocionándole con trabajo más importante y mejor. El apaciguamiento de la revolución mundial, la proclamación del «socialismo en un solo país», y la política de industrialización, facilitaron el proceso de asimilación del especialista. Hacia finales de los años 1920 se había convertido, por regla general, en un fiel servidor del régimen; las vías de promoción y la entrada al partido se le abrieron de par en par.

No creo que hasta entonces el especialista tuviera ningún influjo importante en las decisiones políticas. Estas todavía las tomaba la vieja dirección del partido, los supervivientes de la intelligentsia del partido, anterior a la revolución. Pero en la década de 1930, cuando ya había asomado una nueva generación que nunca había conocido la Rusia prerrevolucionaria, y cuando los hijos de los trabajadores ascendieron hasta la cumbre a través de la educación, las distinciones comenzaron a disiparse. La marca del origen burgués ya no se percibía con la misma nitidez, y todo el grupo de empleados administrativos —funcionarios del Gobierno, gerentes, técnicos, profesores, médicos, abogados e intelectuales de todas clases —comenzaron a fundirse gradualmente. Las declaraciones oficiales empezaron a alabar a los componentes de esta nueva intelligentsia. La constitución estaliniana les dotaba de derechos, prescindiendo de su origen; los reglamentos del partido de 1939 les otorgaban un *status* dentro del partido igual al de los obreros y campesinos.

Es a esta nueva intelligentsia reclutada entre diferentes procedencias sociales y que no constituía una clase en el sentido marxista del término, a la que debemos identificar como el grupo dominante de la sociedad soviética. Es este el grupo que ha sustituido a la dictadura del proletariado: la única justificación teórica de la sustitución es que su *raison d'etre* y su propósito —el aglutinante que lo mantiene unido— es la industrialización del país. A este respecto todavía mantiene la dinámica de la revolución proletaria; y el bienestar inmediato del trabajador, y ni que decir tiene del campesino, debe ser despiadadamente sacrificado a este fin a largo plazo. El grupo dominante sigue comprometido en la erradicación de todo vestigio burgués de la sociedad soviética. Si toleraba aún un puñado de hombres de la NEP era porque había de hacerlo. Estaba comprometido en una lucha desesperada y difícil por transformar

al obrero koljosiano en un buen socialista; una lucha sólo interrumpida por la todavía más desesperada necesidad de inducirle a alimentar las ciudades a cambio de una retribución insuficiente en forma de bienes de consumo. Este es el problema central al que tiene que hacer frente cualquier grupo que se decide por la industrialización.

Una cuestión más: ¿hasta qué punto constituye este grupo un orden social cerrado y privilegiado? El profesor Seton-Watson hace hincapié en el aumento de la posibilidad de la educación. Creo que habría que prestar mucha atención a este razonamiento. Cada grupo dominante se preocupa de sí mismo, incluyendo a sus hijos, y cuando las disponibilidades educativas son escasas, se encargará de que sus hijos consigan lo mejor. Pero el hecho esencial en la sociedad soviética es que constituye una economía en expansión y que las disponibilidades educativas están asimismo en fase de rápida expansión. En una sociedad en expansión la política exclusivista no da resultados ni perdura. El hijo del trabajador no empieza, es cierto, al mismo nivel que el hijo del funcionario del partido o del dirigente industrial. Pero el abismo no es infranqueable, y más bien parece probable que desaparezca si la economía soviética continúa desarrollándose al máximo, al ritmo actual. En tanto esto continúe, la sociedad soviética y el grupo dominante permanecerán en estado de fluidez, de forma que aún presenciaremos nuevos cambios. Entre tanto, no hacemos más que confundirnos a nosotros mismos con el intento de equiparar el presente régimen ruso con cualquier otro del pasado, sea con el de la autocracia zarista o con el de la burguesía victoriana. Constituye un nuevo fenómeno histórico con nuevos vicios y virtudes, y haríamos mejor procurando verlo tal cual es.

REVOLUCION DESDE ARRIBA: LA VIA HACIA LA COLECTIVIZACION

La medida adoptada a finales de 1929 de proceder a la colectivización en masa de la agricultura soviética siempre ha presentado caracteres de enigma. Las declaraciones formuladas hasta este momento por los dirigentes del partido no dejaban traslucir una medida de tanta trascendencia, de la que se siguieron consecuencias desastrosas que con toda evidencia no habían sido previstas y que durante algunos años contrarrestaron sus beneficios. Es evidente que nos referimos ahora al problema con la ventaja de sernos ya conocido; sin embargo, sigue siendo un asunto de legítima especulación el inquirir el por qué se adoptó tan precipitadamente esta drástica solución.

Muchos autores [1] han apuntado que la ideología pudiera haber sido responsable de empujar a los líderes soviéticos por una vía distinta a la que la situación requería. Desde luego, Marx creía en la eficacia de la organización colectiva en gran escala de la agricultura y la industria; sostuvo que el campesino se vería finalmente obligado a abandonar su papel reaccionario de pequeño propietario y a entrar en las filas del proletariado, aunque, por descontado, no creía que se tratase de algo a lo que hubiese que

[1] D. Mitrany, *Marx against the Peasant* (1961), *passim*; A. Nove en *Soviet Studies*, 1959, p. 386.

forzar al campesino, sino de un corolario natural del proceso revolucionario. Tras la muerte de Marx, Engels, en su panfleto sobre *La cuestión campesina en Francia y Alemania*, desechó explícitamente la idea de «expropiar a los pequeños campesinos (contrapuestos a los grandes terratenientes), por la fuerza, con o sin compensación»:

> Con relación a los pequeños propietarios agrícolas, nuestra tarea consistirá principalmente en transformar su producción y propiedad privadas en propiedad y producción colectivas, no, sin embargo, por medios violentos, sino con el ejemplo y ofreciendo ayuda social para este fin.

Este muy específico pasaje fue citado más de una vez por Lenin antes y después de la revolución, y era familiar a todo bolchevique. Incluso en el VIII Congreso del Partido, celebrado en plena guerra civil en marzo de 1919, cuando Lenin subrayó que «estuvimos, estamos y estaremos en situación de guerra civil directa con los kulaks», deploraba la circunstancia de que los golpes dirigidos contra los kulaks se habían desargado en ocasiones sobre los medianos campesinos; y la resolución del congreso, redactada por Lenin, enunciaba con toda firmeza el principio de no violencia frente al mediano campesino:

> Al fomentar asociaciones de todo tipo y también las comunas agrícolas de medianos campesinos, los representantes del poder soviético no deberían permitir la menor coacción para la fundación de tales cuerpos... Aquellos representantes del poder soviético que se permiten recurrir a la fuerza, directa o indirectamente, con el fin de adscribir los campesinos a las comunas, deberían cargar con su responsabilidad y ser alejados del trabajo en el campo.

Hacia mediados de los años 1920, la colectivización constó siempre en el programa del partido, pero como meta distante e irrealizable. Incluso Molotov se refirió en 1925 [2] a «las ilusiones de los campesinos pobres acerca de una amplia colectivización campesina». El programa de la oposición de septiembre de 1927 propuso, sin hacer especial hincapié y sin ninguna alusión al uso de la fuerza, su acostumbrada demanda de un gradual avance hacia la agricultura socializada.

[2] *Pravda*, 9 mayo 1925.

Con el giro hacia la izquierda de finales de 1927 se oyó hablar más de la colectivización, y el XV Congreso del Partido proclamó en diciembre de 1927 «una ofensiva contra el kulak». Pero esto no implicaba intención alguna de utilizar la fuerza. Cuando un delegado extranjero preguntó a Stalin en noviembre de 1927 cómo esperaba «llevar a cabo la colectivización en la esfera campesina», habló de «medidas de carácter económico, financiero, cultural y político», y concluyó: «Las cosas van en esa dirección, pero todavía no han llegado y tardarán en llegar tan lejos». En el congreso, Stalin atacó a «aquellos camaradas (presuntos miembros de la oposición) que creen posible y necesario acabar con los kulaks con medidas administrativas a través de la GPU»; y proseguía Molotov, explicando que el partido todavía tenía plena confianza en la NEP: «La cuestión sólo puede avanzar por medio del progresivo desarrollo de grandes granjas colectivas... No podemos permitirnos ninguna ilusión, ninguna coacción frente al campesinado en el tránsito al gran cultivo».

Incluso tras la seria crisis cerealista de los primeros meses de 1928, ni a los más ambiciosos planificadores se les ocurrió la idea de proceder por la fuerza a una colectivización en masa; los que formularon el primer plan quinquenal redactado en otoño de 1928 hicieron lo que se juzgó pronósticos optimistas sobre los avances del «sector socializado de la agricultura», pero admitieron con franqueza que «nos engañaríamos a nosotros mismos si pretendiésemos que la extensión que alcanzará a finales del período quinquenal el sector socializado, nos permitirá abandonar la producción que pueden aportar al mercado los grupos de medianos campesinos». El 2 de diciembre de 1928, *Pravda* denunciaba «los torpes intentos de solucionar la compleja cuestión de la conquista de los elementos capitalistas del campo con medidas administrativas». Y, sin ir más lejos, el 2 de junio de 1929 pedía en un encabezamiento que parecía un grito de combate: «Ni terror ni deskulakización, sino una ofensiva socialista de acuerdo con las líneas de la NEP». En la decimosexta conferencia del partido de abril de 1929 se promovió una fuerte controversia sobre la cuestión de admitir a los kulaks en los koljoses. De admitirlos, pudiera ser que dominaran y pervirtieran el koljos; si se les excluía seguirían siendo trabajadores independientes en competencia con los koljoses. No se veía posibilidad alguna. Una comentarista de

Bol'shevik subrayaba irónicamente: «No hemos oído ninguna propuesta de echar al kulak del país, o enviarlo con las maletas por delante a desérticas regiones fronterizas, o a una isla deshabitada». Las miras de la política soviética, dijo Kalinin en el quinto congreso sindical de los soviets en mayo de 1929, no sólo consistían en promover la agricultura colectivizada, sino en mejorar «la economía del campesino pobre privado y el mediano campesino»[3].

Cualquiera que fuese el motivo que impulsó la repentina medida adoptada en diciembre de 1929, seis meses antes nadie se lo tomaba en serio ni pensaba que así lo requiriera la doctrina del partido. No fue hasta diciembre de 1929 cuando Stalin trató de justificar el famoso pasaje de Engels sobre la base de que se escribió bajo un régimen de propiedad privada de la tierra; no mencionó las declaraciones de Lenin, o las suyas propia de antes, sobre el tema. El dogma marxista favorecía por principio la colectivización. Pero sería absurdo insinuar que era un dogma que conducía a los políticos a actuar como lo hicieron.

La industrialización no se hizo realidad hasta 1925, cuando se habían recuperado los niveles de antes de la guerra y la mayoría de las fábricas y máquinas existentes se habían vuelto a poner en marcha. La cuestión de la futura tasa de crecimiento se hizo entonces más perentoria. Mil novecientos veintiséis fue el año de la inauguración de Dnieprostroi, y 1927, de la fábrica de tractores de Stalingrado. En su famoso artículo sobre «la acumulación socialista primitiva», de finales de 1924, Preobrajenski demostró que la expansión sólo podía financiarse extrayendo los «excedentes» al campesino; y aunque no se convirtió ésta en doctrina oficial hasta 1928 (cuando Stalin habló de imponer «tributos» al campesinado), no fue desautorizada abiertamente. Pero en 1925 y 1926 se supuso que la industrialización avanzaría a un ritmo que no exigiría del campesinado un esfuerzo excesivamente violento, y que el peso descansaría sobre la producción de bienes de consumo para el mercado agrícola. Djerjinski, que hasta su muerte, acaecida en julio de 1926, fue presidente de Vesenja, apoyó decididamente dichos principios; y Piatakov, que quería una industrialización más

[3] *S"ezd Sovetov SSSR* (1929), no. 15, p. 3.

acelerada, fue destituido. Un factor importante fue la crisis internacional y el fantasma de la guerra de la primavera y verano de 1927 (desastre en China, ruptura de relaciones con Gran Bretaña), que centró la atención sobre la necesidad de una rápida industrialización y la importancia de equipo industrial pesado, base del poder militar.

De 1927 en adelante la industrialización fue el objetivo oficial dominante, que quedó confirmado por el XV Congreso del Partido de diciembre de 1927, y llevó a romper con el ala derecha del partido (Bujarin) en 1928-29. Como ha señalado Barrington Moore, las ideas de la derecha «tenían mucha semejanza con las ideas evolucionistas de la socialdemocracia occidental»[4]; y esta ambigüedad explica las deferencias con que los escritores occidentales suelen obsequiar a Bujarin. En un momento en que la supervivencia de la revolución parecía verse comprometida por la intervención «capitalista» al exterior y por la creciente fuerza en la economía de los elementos «capitalistas», era improbable que una tal política encontrara aceptación. Se recordó que Bujarin se refirió en un momento de imprevisión al «paso de tortuga de la industrialización». Lo cual resultaba entonces anacrónico. Nada bastaba, sino la industrialización acelerada a cualquier precio —incluso a costa de presionar al máximo al campesino (y al obrero industrial)—. Mientras tanto, todos los problemas se iban agravando con el creciente desequilibrio entre la industria y la agricultura. El valor de la producción industrial total aumentó en un 34,2 por ciento en 1926, por un 13,3 por ciento en 1927 y un 19 por ciento en 1928. Las cifras correspondientes al producto total agrícola eran del 7,5, 2,5 y 2,5 por 100 (realmente descendió al 2,4 por ciento en 1929).[5] Los hechos eran aún más graves de lo que las cifras dejaban suponer, pues la proporción de trigo y centeno, los principales productos de la cosecha, dentro de la producción total, y la proporción de esta recolección para el mercado, se hallaba en baja. Mientras la industria iba adelante, la agricultura no avanzaba lo suficiente ni para hacer frente a las necesidades de una población en aumento.

Aunque pueda hablarse largo y tendido de la colectivización

---

[4] Barrington Moore, *Soviet Politics* (1950), 103.
[5] *Narodnoe khozyaistvo SSSR v 1958 godu* (1959), 135, 351.

como un subproducto o condición necesaria de la industrialización, esto no agota el tema. La NEP fue un compromiso entre la industria nacionalizada y las explotaciones campesinas privadas, entre el control estatal y la economía de mercado basada en la supervivencia del capital privado. Representaba un equilibrio de fuerzas en el que la revolución arrastraba tras de sí a las ciudades y fábricas y el proletariado urbano y no había logrado atraerse al campesino. Nadie esperaba que el compromiso se mantuviera siempre; la crisis de 1923 y la persistencia del conflicto entre precios de tasa y precios «libres» fueron síntomas de la intensidad de la lucha que se sostenía. O la industria nacionalizada lograba subordinar a través de la planificación la economía campesina e integrarla en un sistema planificado y controlado centralmente, o la resistencia campesina se contagiaría y obligaría a la industria estatal a operar dentro del marco de una economía de mercado, en la que incluso las formas de control existentes (por ejemplo, el monopolio del comercio exterior) podrían ir relajándose y desatendiéndose progresivamente.

Si prescindimos de la perspectiva que nos permite el conocimiento *a posteriori* de los hechos, veremos que a mediados de la década de 1920 la solución aún estaba en el aire. En 1924 Zinoviev acuñó el lema «Preocupémonos del campo»; y cuando en 1925 Bujarin lanzó la orden de «enriqueceos» a «todos los campesinos», la frase fue desautorizada, pero no la política. La eliminación de controles (por ejemplo, los arrendamientos de tierras y el empleo de trabajadores), favoreció al campesino acomodado y eficiente, exactamente como había hecho la reforma de Stolipin; su lógica era la creación de pequeños capitalistas rurales. Esta política fue reiteradamente atacada por la oposición, a la que se había sumado ahora Zinoviev. La denominada «declaración de los 83», de mayo de 1927, alegaba que el «verdadero peligro» del régimen procedía ahora del kulak «bajo la marca del campesino económicamente fuerte». Como Trotsky apuntaba, «apoyar al *campesino capitalista* (el kulak europeo o americanizado)», puede muy bien dar sus frutos, pero serían «frutos capitalistas que en un período no muy lejano conducirían al hundimiento político del poder soviético»[6].

---

[6] *Byulleten Oppozitsii* (París), no. 1-2, julio 1929, p. 22.

Esta era la política que apoyaban los «expertos» consejeros de Narkomfin y Narkomzem, la mayoría de ellos profesores o funcionarios de antes de la revolución, los cuales se encuadraban en dos grupos. El grupo burgués liberal (Kondratiev, Litochenko), trataba de fomentar las inversiones en la agricultura en cuanto sector de la economía que probablemente produciría más rápidos beneficios, con preferencia a la industria pesada, eliminar las restricciones encaminadas a proteger al campesino pobre y restablecer en cuanto fuera posible una economía de mercado libre; esto provocaría el máximo rendimiento por parte de los campesinos más activos. El grupo neonarodniki (Chayanov, Chelintsev, Nakarov) se oponía al kulak o al pequeño capitalista rural, y en principio apoyaba la igualación de las parcelas, pero creía que la única base sana de la agricultura la constituía el cultivo del pequeño campesino, y rechazaba cualquier política destinada a formar grandes unidades de cultivo. Ambos grupos estaban unidos en su oposición a medidas de control estatal y a formas agrícolas colectivas patrocinadas por la acción oficial. Estos grupos fueron eliminados a principios de 1928. Cuando Bujarin se hizo cargo de la campaña contra las presiones sobre el campesino, siguió un camino sensiblemente parecido, y aunque nunca se definió claramente en favor de un enfoque «liberal» o «neonarodniki», y se mostró más disconforme que favorable, quedó desacreditado por su relación con esas doctrinas heréticas. En este hervidero de opiniones quedó demostrada la exigencia de emprender algún tipo de acción determinado; y cualquier medida llevaba aparejado el situarse a un lado o a otro de la barrera.

La crisis sobrevino en el invierno de 1927-28, simultáneamente a la aceptación de la política de rápida industrialización y por razones en parte independientes de ella. Las cosechas de 1925 y 1926 fueron buenas. Las requisas oficiales de grano se llevaron satisfactoriamente a cabo, y se hizo frente a las necesidades del Gobierno, ciudades y fábricas. Todavía traficaban en granos numerosos comerciantes privados, pero en cantidades relativamente pequeñas y con precios no mucho más elevados que los oficiales. Se consideró que una mejor organización de las requisas oficiales sería todavía más eficiente, y el comerciante privado sería gradualmente arrinconado. Algún déficit alimenticio de las ciudades a principios del verano de 1927 se atribuyó al aumento del

consumo o a la acumulación, más que a las dificultades de aprovisionamiento. Pero otra buena cosecha de 1927 —sólo ligeramente por debajo de la abundante cosecha de 1926— delineó la hondura del problema. En el otoño la carestía se hizo crónica; la recaudación de grano disminuyó catastróficamente, y la oposición, en el último período de su libre actividad, se aprovechó del fracaso de la política de apoyo al campesino rico, alias el kulak. Pronto se hicieron aparentes los dos principales elementos del problema, siendo un tanto cautamente discutidos en el XV Congreso del Partido de diciembre de 1927 (que expulsó del partido a la oposición).

En primer lugar, la productividad de la agricultura soviética era demasiado baja; por entonces se pusieron en circulación unas tablas que mostraban el atraso que llevaba respecto al resto de Europa y América. Se hacía difícil pensar en la elevación de la productividad recurriendo a la mecanización o a métodos científicos de cultivo, a menos que se pudiera superar la «fragmentación» existente en la tierra —su división entre veinticinco millones de pequeños campesinos o *dwors*—. En teoría, esto se podía lograr de dos formas: animando al campesino «fuerte» a adquirir más tierras y un mejor manejo de las herramientas de producción (la solución «capitalista»), o mediante la organización colectiva de la agricultura (la solución «socialista»). En segundo lugar, la comercialización *(tovarnist')* de la cosecha era demasiado baja. De la cosecha de 1926 sólo envió al mercado el 16,9 por 100, es decir, se puso al servicio de la alimentación de la población urbana, frente a la cifra del 24 por 100 alcanzada antes de la guerra. Ello era resultado asimismo de contar con demasiadas y diminutas parcelas. El campesino que contaba con más tierras y más máquinas era el que, al igual que el antiguo terrateniente, surtía al mercado de más grano. Pero en la recaudación de grano de 1927-28, apareció un factor nuevo e inquietante. Tras la tercera buena cosecha sucesiva, los campesinos más ricos y eficientes cumplieron con la orden de Bujarin de «enriqueceos», y gozaban de una prosperidad jamás conocida desde los tiempos de la revolución. No sólo tenían existencias de grano, sino dinero, y debido al énfasis puesto en la producción de equipo industrial, los bienes de consumo en los que se podía haber invertido el dinero sufrían de

una escasez crónica. El recuerdo de la pasada inflación les hacía preferir gastar el dinero, pagar sus impuestos y almacenar su grano; los precios oficiales del grano eran bajos y calculaban que lógicamente ganarían más esperando. Las requisas cerealeras de noviembre y diciembre de 1927 sólo llegaron a la mitad del año anterior.

Una vez hubo concluido el congreso del partido se advirtió la gravedad de la situación, y los jefes del partido fueron presa del pánico. Los primeros días del mes de enero de 1928 se enviaron instrucciones a todas las organizaciones del partido para que recogieran el grano a toda costa. Los dirigentes recorrieron regiones clave; Stalin fue a Siberia —la única misión de este tipo emprendida por él tras la muerte de Lenin—. Se aplicaron lo que se denominó «medidas extraordinarias», que incluían prestaciones obligatorias, «autodeterminación del impuesto», responsabilidades con arreglo a un artículo del código que imponía sanciones por ocultación del grano, asignación de cuotas, y requisas más o menos encubiertas, aunque las autoridades negaron categóricamente cualquier analogía con los métodos del comunismo de guerra y aunque algunas de las cosas que se hicieron fueron luego calificadas de abusos. Las grandes cantidades de grano halladas en poder de los campesinos fueron prueba en aquella época de que aquellos métodos constituyeron por el momento un éxito completo. Las requisas de grano de enero a marzo de 1928 superaron con creces las de cualquier período correspondiente anterior, y cubrieron los grandes déficit de los seis meses anteriores. Cuando el año agrícola concluyó, el 30 de junio de 1928, la recogida de grano se situaba sólo un poco por debajo del total de 1926-27, y la requisa de trigo y centeno (los principales productos de la cosecha) se situaban a su mismo nivel, pero a un precio excesivo. Los campesinos habían sido despojados de sus reservas, de forma que la operación nunca podría repetirse. Pocos se ingeniaron para conservar más de lo estrictamente necesario para llegar a la próxima cosecha; algunos sufrieron hambre, o tuvieron que matar a sus animales. La operación fue una declaración de guerra contra el kulak [7], que

---

No cabe hallar una definición satisfactoria de kulak, palabra que se aplicaba como un término propagandístico a cualquier campesino que poseyera, o se creyera en posesión, de

desde entonces combatiría a las autoridades con todos los medios a su alcance. Por otra parte, los golpes habían sido descargados sobre muchos que ni con un esfuerzo de imaginación podían considerarse kulaks, es decir, sobre campesinos medianos y sobre cualquiera que tuviese alguna reserva de grano. Por lo demás, las autoridades sacaron la poco perspicaz conclusión de que los métodos de mano dura eran eficaces. Este episodio más que ningún otro hecho concreto, activó el proceso que concluyó en la colectivización. Fue un momento decisivo.

En 1928-29 sobrevino por primera vez un claro descenso en la siembra de trigo y centeno, motivado probablemente por la desgana del campesino rico a producir excedente que quedase sometido a confiscación. Las perspectivas de la recogida de cereales eran malas. Se desencadenaron violentos debates en el seno del Comité Central del partido; y en contra de la opinión de Stalin (quien al parecer había adoptado una línea dura con motivo de su viaje por Siberia), se decidió en julio de 1928 la elevación de los precios oficiales de los cereales de un 10 a un 15 por ciento. La cosecha fue desigual —pobre en Ucrania y al norte del Cáucaso (que eran áreas importantes de trigo y centeno) y buena en los demás sitios—. Al fin, la producción total no se situó muy por debajo de la de 1928. Al principio la elevación de los precios de tasa impulsó la recogida. Pero los precios de mercado libre en seguida les dieron alcance. En las recaudaciones de cereales de 1928-29 el tratante privado pagó el doble o el triple de los precios de tasa por el trigo y el centeno. Hacia el 1 de abril de 1929 los precios privados de comestibles al por menor habían doblado ya los precios estatales o de los establecimientos cooperativos, y continuaban elevándose. Kalinin decía en mayo de 1929: «Estamos entrando en un período en el que los elementos capitalistas oponen la más decidida resistencia al avance del socialismo»[8]. Por entonces, ningún campesino que tuviese acceso al mercado libre suministraba grano a los exactores del Estado, excepto por la fuerza; y las antiguas «medidas extraordinarias» hicieron de nuevo su aparición. Pero en esta ocasión los resultados fueron pobres. El total de las recogidas

---

un excedente de grano. Las estimaciones sobre el número total de kulaks y de la proporción de grano entregada por los kulaks y campesinos medianos, varían ampliamente y se convierten en algo casi sin sentido.

[8] *5 S"ezd Sovetov SSR* (1929), no. 15, p. 37.

de grano durante 1928-29 (en cifras redondas) fue de ocho millones de toneladas contra 10 millones en 1927-28, y por lo que respecta al trigo y al centeno, de cinco millones frente a ocho millones. Lo que suponía niveles muy próximos al hambre para las ciudades; nadie podía sobrevivir por mucho tiempo sin pagar los exorbitantes precios del mercado libre. Fue necesario importar 250.000 toneladas de grano. Debe subrayarse que en el verano de 1929 el sistema de exacción oficial del grano se había venido efectivamente abajo, aunque nadie lo admitiera públicamente, y que bajo las condiciones del momento no era presumible en modo alguno su restablecimiento. Una tercera crisis anual consecutiva de las exacciones del grano acechaba amenazante. El problema del abastecimiento de fábricas y ciudades se había hecho desesperado. El gradualismo no bastaba. Era el impulso negativo que respaldaba la medida de la colectivización.

La frase de Lenin de que el campesino se convertiría al comunismo con 100.000 tractores, fue la palabra mágica que inspiró el programa de mecanización más colectivización. La importación de tractores americanos siguió durante toda la década de 1920. La construcción de la fábrica de tractores de Stalingrado se inició en 1928. El año 1927 contempló la fundación de los primeros sovjoses y koljoses dedicados al cultivo de cereales en gran escala, sobre todo en el sur de Ucrania y en el norte del Cáucaso. El sovjos Chevchenko de la región de Odesa fue la primera «fábrica de grano» con su primera flota de tractores aneja; y aquí se creó en 1928, la primera Estación de Tractores y Maquinaria (MTS), no sólo al servicio exclusivo de los sovjoses, sino de las propiedades campesinas cercanas. El programa se basaba en la acertada consideración de que con tales métodos se podían obtener más elevados rendimientos que con las propiedades campesinas particulares, y sobre todo que con la «comercialización» de la cosecha, la proporción disponible para las fábricas y ciudades aumentaría sustancialmente. Fue una política inteligente. El impulso positivo que respaldó la materialmente prematura decisión de llevar a la colectivización fue la creencia en sus posibilidades. El fracaso de las exacciones de grano convenció a los jefes de que la colectivización era necesaria. La mecanización les convenció de que era posible. La desesperación nacida de la

primera circunstancia puede que contribuyera al optimismo por la segunda.

El punto débil de la política residía en que, aunque se había dado ya algún paso, la mecanización no había avanzado lo suficiente para sostener el peso de una amplia colectivización. Los primeros tractores no salieron de la fábrica de Stalingrado hasta 1930; se proyectaba otra fábrica de tractores en Chelyabinsk, pero todavía estaba por llegar. Se hallaban en funcionamiento una docena o más de grandes sovjoses y koljoses. Pero aún así el número total de los incorporados a los sovjoses y koljoses juntos ascendía en 1929 tan sólo al 5,4 por ciento de la población campesina; siendo responsables del 14 por ciento de la producción destinada a la venta. Esto incluía muchos sovjoses y koljoses pequeños, cuya productividad era escasa e inferior a la de las propiedades campesinas. Por regla general, el país se hallaba dependiendo todavía en su mayor parte de la rudimentaria agricultura privada. Los campesinos cuyas parcelas se incorporaron al sovjos Chevchenko conservaban parcelas de huerto para su propio uso. Kalinin aclaraba que esto se debía a que aquéllos disponían de «mucho tiempo libre merced a la compleja mecanización» de las faenas agrícolas[9]. Por otra parte, todas esas instituciones y en especial el tractor y la MTS se veían aquejados de trastornos de crecimiento. Como apuntaba más tarde un comentarista, «sólo se había andado la mitad del camino que lleva desde el arado de madera hasta el tractor», incluso al concluir el primer plan quinquenal[10]. Pero cuando a una situación desesperada sólo se le puede hallar una salida hay que dirigirse hacia ella aun sin contar con todos los resortes. Así llegó la medida de diciembre de 1929.

La breve historia del Partido Comunista aparecida en 1938 y atribuida a Stalin definía la colectivización como una revolución dirigida «desde arriba, a iniciativa del poder estatal y con el apoyo directo de la base». (Por lo que a mí respecta antes nunca había visto la frase utilizada en este contexto. Esta definición ha sido condenada luego como herética por considerar que relega a un lugar secundario «el impulso decisivo de la transformación re-

[9] *S''ezd Sovetov SSSR* (1929), no. 19, p. 3.
[10] *Istoriya Sovetskogo Krest'yanstva i Kolkhoznogo Stroitel'stva v SSR* (1963), 201-2.

volucionaria del campo: el movimiento de las propias masas trabajadoras» [11]. Las evidencias contemporáneas son escasas. La existencia en el campo de las divisiones de clase y la hostilidad del campesino pobre hacia el kulak fueron postulados de la doctrina del partido y del sistema desde los tiempos de Lenin. Uno de los errores de Bujarin fue el de no lograr reconocer esas divisiones y tratar al campesinado como una masa indiferenciada. Por primera vez desde la guerra civil se puso en práctica en las exacciones de grano de enero-marzo de 1928, lo que se denominó la política de «atizar la guerra de clases en el campo». Se prometió que el 25 por 100 del grano confiscado conforme al artículo del código que prohibía la ocultación de aquél se destinaría, en forma de créditos a largo plazo, a los campesinos pobres, lo cual se ideó para incitar a posibles denunciantes, con pleno éxito. Sin los delatores locales las grandes cantidades requisadas durante esos meses difícilmente podrían haber sido descubiertas.

El esperado objetivo de ahondar el abismo entre el kulak y la masa del campesinado no parece haberse cumplido, sin embargo; el campesino rico seguía poseyendo todo el grano que quedaba y por consiguiente se halló, *vis-a-vis* del resto del campesinado, en una situación dominante. En su carta de junio de 1928 al Comité Central del partido, Kalinin dijo que, con pocas excepciones, el campesinado se había vuelto contra el partido. Esto fue condenado como herejía. Pero también Bauman, secretario del Comité de Moscú del partido y firme izquierdista, escribió en el *Bol'shevik* [12] que «al no tener el campesinado pobre nada que llevarse a la boca ha tenido que someterse al kulak», y que los recientes cambios en las aldeas «no habían redundado en nuestro beneficio, sino en el de los kulaks». Más grave era el distanciamiento de los medianos campesinos, sobre los que habían caído gran parte del rigor de las medidas extraordinarias. Esta era la sustancia del razonamiento de Bujarin ante el Comité Central del partido en julio de 1928. El kulak en cuanto tal no era peligroso: «Podemos barrerlo con ametralladoras y nuestro país no sufrirá trastorno alguno.» El peligro residía en que el mediano campesino seguiría al kulak. La aparición del término

---

[11] *Voprosy Istorii KPSS*, 1964, n. 11, pp. 134-5; *ibid.*, p. 137, se culpa a Stalin de un «injustificable forzamiento a la colectivización».

[12] *Bol'shevik*, 31 julio 1928, n. 13-14, pp. 46-7.

podkulachniki (pequeños subkulaks), para distinguir a los protegidos de los kulaks de otros estratos del campesinado, demuestra la frecuencia del fenómeno. Existen pocas dudas de que al trazar una línea imaginaria entre el kulak y el mediano campesino, el partido subestimó el grado de solidaridad existente entre los distintos estratos del campesinado. Lejos de sentirse satisfechos por el castigo de sus viejos enemigos, los kulaks, el mediano campesino o incluso los campesinos pobres tenían razón para temer que las mismas penas se abatieran sobre ellos. Los archivos hablan de la «espontánea deskulakización» del 40 por ciento de las propiedades de los kulaks de la región del Bajo Volga en el invierno de 1929-30 [13]. Pero esto, con todo lo exacto que pretende ser, parece haber constituido una rara excepción. La tesis oficial proclamada por Kalinin de que el aliento dado por el Gobierno a las actividades colectivas y cooperativas ha «dotado al campesinado de una conciencia colectivista», y de un conocimiento de sus ventajas, tiene escaso fundamento [14]. En general, el partido y el Gobierno procedieron a la puesta en práctica de la colectivización sin el mínimo apoyo de grupo alguno del campesinado. Los recursos humanos disponibles, así como los mecánicos, eran inadecuados para facilitar la ejecución de la tarea.

Cuando el Comité Central del partido declaró en su sesión de noviembre de 1929 que «en la actualidad el movimiento koljosiano plantea en determinadas regiones la tarea de la colectivización total», se advirtió un primer progreso en determinadas localidades. Un artículo reciente basado en documentos que no habían sido todavía publicados [15] proporcionaban una cierta explicación del marco en que se tomó la medida de diciembre de 1929. El 5 de este mes, el Comité Central del partido constituyó una comisión para que propusiera al Politburó un plan de colectivización. La comisión estaba compuesta por ocho subcomisiones y el 22 de diciembre presentó su informe al Politburó. Dicho informe proponía la colectivización por fases, que habría de completarse (excepto en Asia central, Transcaucasia y algunas regiones del Norte) dentro del

---

[13] *Istoriya SSR*, 1958, n. 6, p. 18.

[14] *5 S''ezd Sovetov SSSR* (1929), no. 15, p. 28.

[15] *Voprosy Istorii KPSS*, 1964, n. 1, pp. 32-43; la otra única referencia que hallé sobre los preparativos puede hallarse *ibidem*, 1958, n. 4, p. 80, en donde se dice que una de las subcomisiones dictaminó por unanimidad que «la situación está ya madura para pronunciarse más concretamente sobre la cuestión de la liquidación de los kulaks».

primer plan quinquenal. Crimea y la región del Bajo Volga habrían de colectivizarse en 1930; el Cáucaso Norte, el Volga Medio y las regiones de las tierras negras, y la región esteparia de Ucrania, en 1931; Kazahstán, las regiones de Moscú y Nizhny-Novgorod, y la Ucrania de la margen izquierda del Dnieper, en 1932. Los colectivos adoptarían la forma de arteles; a ellos se incorporarían la tierra, la maquinaria y los animales de tiro, pero el campesinado se quedaría con los animales domésticos y de corral y con las vacas lecheras para las necesidades caseras. Cuando llegó el informe al Politburó, Stalin exigió un acortamiento de los plazos para su ejecución y la inclusión de todos los animales. De acuerdo con estas indicaciones, la comisión sometía, el 3 de enero de 1930, un plan revisado al Politburó. En esta ocasión, Riskulov, al parecer con el apoyo de Stalin, exhortó a una mayor aceleración y a una colectivización «sin ninguna limitación». Se adoptó una decisión en tal sentido que constituyó la base de los acuerdos publicados el 5 de enero por el Comité Central, en los que sólo se veían los vestigios de las anteriores disposiciones en la prescripción de colectivizar el Cáucaso Norte el otoño de 1930 o la primavera de 1931, y el resto, un año después. Esta explicación es adecuada en sí misma. Pero sus citas no son textuales y el uso incompleto de documentos aún no publicados puede conducir a errores, pues lo que sabemos quizá no sea toda la verdad, si bien sirve para poner de relieve el carácter azaroso e impulsivo de la decisión final.

REFLEXIONES SOBRE LA INDUSTRIALIZACION SOVIETICA

Nadie puede dudar que la industrialización sea un problema capital del mundo de hoy ni que gran parte del poderío y prestigio soviéticos deben no poco al proceso de industrialización desarrollado en la URSS. Este ensayo no pretende analizar los logros, los fracasos ni el coste de la industrialización soviética, sino averiguar su correcto papel dentro del marco o la perspectiva de la industrialización considerada como un fenómeno histórico que ha hecho su aparición en diferentes condiciones de tiempo y lugar.

Los escritores occidentales vienen prestando recientemente gran atención a la industrialización rusa (aunque sin olvidarse de echar una ojeada a los problemas actuales de la industrialización de Asia y Africa) en cuanto ejemplo de industrialización de una economía «atrasada». Todo país que se halla embarcado por las vías de la industrialización está, en cierto modo, «atrasado», por definición. Pero esto evidentemente quiere significar algo más. Gerschenkron,* que ha trabajado extensamente sobre esta cuestión en su serie de ensayos *Economic Backwardness in Historical Perspective*, distingue los tipos de industrialización británico, alemán y ruso, y considera como tipo al británico, en relación al cual los modelos alemán y *a fortiori* ruso son económicamente atrasados. (La industrialización americana, de la que Gerschenkron no trata, corresponde probablemente al tipo británico). En los umbrales de la industrialización, Alemania, y Rusia *a fortiori*, eran países «en los que los rasgos fundamentales del atraso aparecían en una forma acentuada

tal que hubieron de recurrir a distintos instrumentos institucionales de industrialización». Gerschenkron ha descubierto la clave de las diferencias institucionales en la circunstancia de que mientras la industrialización británica fue el resultado de decisiones de empresarios privados, el modelo alemán (del que la industrialización francesa constituía una variante) dejó toda la iniciativa en manos de los bancos. «Las prácticas continentales en el sector de la inversión industrial bancaria deben concebirse como instrumentos específicos de la industrialización en un país atrasado» (p. 14). El tipo ruso representaba un grado de atraso todavía mayor. El Estado se colocó en el lugar de los bancos como «*el agens movens* de la industrialización»; ciertamente, «la política seguida por el Gobierno ruso en los años noventa se parecía extraordinariamente a la de los bancos de la Europa central». Ello era en parte el resultado de programas militares, especialmente de construcciones estratégicas de ferrocarriles. Pero «esas políticas no hacían más que reforzar y acentuar las fundamentales tendencias de industrialización bajo condiciones de atraso económico. Cuando consideramos el período soviético, las cosas todavía son peores. «El experimento soviético de industrialización acelerada» se hizo conforme a «un modelo de desarrollo económico que antes de la primera guerra mundial parecía haber sido relegado al papel de una pieza histórica de museo»; era algo «anacrónico o incluso paracrónico», lo cual no impidió, sin embargo, que se revelara «extraordinariamente eficaz». (p. 149).

Las distinciones así trazadas entre las experiencias británica, alemana y rusa, son en su mayoría válidas y sugerentes. Pero en una obra que se dedica a plantear el atraso económico «con perspectiva histórica», se requería que considerase la perspectiva con una visión más crítica. Podría soslayarse una cierta y romántica nostalgia por el primer tipo (el británico) de industrialización. Lo que es menos encomiable es la tentativa de considerarlo como un modelo al que las industrializaciones posteriores no fueron capaces de seguir. Aunque Gerschenkron niega que albergue intención alguna de fijar un patrón de industrialización, aducir el criterio de atraso lleva inevitablemente a este resultado. «La historia industrial de Europa no se presenta como una serie de meras repeticiones de la "primera" industrialización, sino como un coherente sistema de desviaciones graduales de aquella industrialización». Uno de sus conceptos

favoritos es el de «sustitución», que implica la idea de inferioridad o imitación; en la industrialización rusa «esa política presupuestaria del Gobierno fue efectivamente *sustituida* por el deficiente mercado interno». El tipo ruso era una desviación del tipo alemán que, a su vez, lo era del británico.

Gran Bretaña aportó el primer ejemplo moderno conocido del fenómeno histórico al que designamos con el nombre de industrialización; y los escritores del siglo XIX, Marx incluido, juzgaban la industrialización británica como una especie de *Ur*- Industrialización desde la que el proceso se extendió a otros países avanzados. Pero esto vino acompañado de una clara conciencia de los aspectos sombríos de lo que acabaría conociéndose por «revolución industrial»[1]. La opinión ortodoxa del siglo XIX (Toynbee, los Hammonds, los Webbs) consideraba como efectos inmediatos de aquélla la imposición al obrero de grandes sufrimientos y penalidades. Esto no excluía la idea de que en definitiva sus efectos eran beneficiosos para el trabajador (aunque los marxistas lo negaban): Cunningham, historiador ortodoxo de la economía anterior a 1914, se refería a «las inevitables dificultades de la transición», y al «terrible sufrimiento que tuvo que soportarse en el período de transición»[2]. En esta época hubiera parecido contradictorio presentar el proceso británico de industrialización como modelo o norma del que los demás países en vías de industrialización desgraciadamente se apartarían. Por el contrario, otros países se felicitaban de haber tenido la suerte de quedarse rezagados, evitando algunos de los peores males de la revolución industrial británica.

Las consecuencias que para la clase obrera británica tuvo la industrialización han sido recientemente objeto de agudas controversias y bruscos cambios de actitud, inteligentemente resumidos por R. M. Hartwell hace unos cuantos años en un artículo aparecido en el *Journal of Economic History*[3]. El debate tomó un curso muy particular e instructivo. En los años 1920 un determinado número de economistas e historiadores de economía (Clapham, Hutt, Gregory) minimizaron o negaron hasta los temporales sufrimientos infligidos

[1] En cuanto al origen del término vid. G. N. Clark, *The Idea of the Industrial Revolution* (Glasgow, 1953).

[2] W. Cunningham, *The Growth of English Industry and Commerce* (Cambridge, 1925), II, 668, 617, citado por R. M. Hartwell (vid. *infra*).

[3] Vol. XIX (1959), n. 2, 229-49.

a los trabajadores con la introducción del régimen fabril inglés. (Se evitaba ahora el término «revolución»). Por los años treinta la controversia se había «relativamente acallado». En 1948, el profesor Ashton reemprendió la defensa del capitalismo contra las acusaciones de haber sometido al obrero industrial a intolerables condiciones, y, desde entonces, ha sido secundado por una hueste de discípulos e imitadores. (Una rehabilitación similar de los grandes negocios a cargo de intelectuales americanos quedó inaugurada con los artículos de diciembre de 1949 y abril de 1952, en *Fortune*). Hartwell concluye atinadamente: «Las interpretaciones de la revolución industrial inglesa no se han atenido estrictamente al análisis imparcial de los hechos; en buena parte son el resultado de actitudes personales hacia los cambios sociales, políticos y económicos».

Incluso se podría ser más categórico. Con anterioridad a 1914, la sociedad industrial inglesa se mostraba lo suficientemente segura de sí como para asimilar sin trastornos cualquier crítica a sus orígenes. La experiencia traumática de la Revolución rusa de 1917 la situó a la defensiva, sensibilizándola a dicha crítica, e hizo desagradable el concepto de revolución. Resultaba incómodo hallarse de acuerdo con Marx o escribir las mismas cosas sobre la historia económica inglesa que los historiadores soviéticos. Era el talante de los años veinte. En la década de 1930, a modo de reacción contra Hitler, el estado de opinión se mostró temporalmente más propicio al marxismo y a la Unión Soviética y se apeló a una tregua en la batalla de la revolución industrial inglesa. Tras la segunda guerra mundial, la opinión nuevamente se volvió acerba enemiga de la Unión Soviética y del marxismo; y la idea de que la revolución industrial inglesa había acarreado sufrimientos y penalidades al trabajador se convirtió de nuevo en algo inadmisible. La cronología pone claramente al descubierto que a esos autores no les concernía primordialmente la industrialización británica. Inconscientemente, desde luego —pues los historiadores raras veces se percatan de lo que están haciendo—, reflejaban los cambios alternativos de la actitud frente a la industrialización soviética. Al objeto de mostrarla como una degeneración del modelo británico original, debía descartarse cualquier intento de equiparar los dos procesos. El amenazante *tu quoque* tenía que ser refutado. Es interesante anotar, al paso, que,

mientras la argumentación americana acusa de «atraso» a la industrialización soviética basándose en su incapacidad por conservar la empresa privada, el razonamiento británico hace lo mismo basándose en su incapacidad para cumplir con las normas humanitarias de la industrialización británica.

Estas controversias no me interesan ahora. No trato de discutir las ventajas de la empresa privada ni la opinión de que la industrialización soviética, con relación a la industrialización británica, fue responsable de mayor número de muertes, o de la desgracia de más personas, o de un alza más lenta del nivel de vida. En sí mismos, tales debates no me parece que lleven a ninguna parte. La nostalgia por el pasado rara vez facilita la reconstrucción histórica. Cualquier perspectiva cimentada en el postulado, tácito o expreso, de que la primera industrialización británica a través de la empresa privada y del mercado libre constituía el modo de industrialización «normal» y «avanzado», del que lamentable pero acaso en parte inevitablemente se apartaron los países «atrasados», no sólo me parece fundamentalmente antihistórico, sino altamente significativo, pues bien podría deducirse que en este caso el concepto «normal» carece de sentido, y que, considerada históricamente, la industrialización soviética del siglo XX es más «avanzada» que cualquier industrialización de los siglos XVIII o XIX, no en un sentido moral o político, y no meramente en un sentido temporal, sino en el que la producción automatizada de una gran factoría es más «avanzada» que la producción con herramientas manuales de un pequeño taller.

El aspecto crucial del arranque del proceso de industrialización es la naturaleza y el origen de los recursos que se precisan para ponerlo en marcha. La Gran Bretaña y la Unión Soviética (a diferencia de la mayoría de los restantes países industriales), se asemejan en haberse industrializado sin beneficiarse del capital extranjero. En ambos países la revolución industrial se vio facilitada por una revolución campesina y por la constitución de una primitiva industria minera, por lo que apenas hubiera sido posible sin contar con tal activo en su haber. En la mayoría de los restantes aspectos la industrialización soviética difiere tanto de la británica que de poco sirve considerar como modelo a esta última. Esas divergencias se debían primordialmente a las diferencias de época, pero también en

parte al legado de los tempranos experimentos rusos de industrialización.

El primer ensayo fue obra de Pedro el Grande. Aunque tuvo sus precedentes en el Occidente europeo, en el siglo XVII, se hallaba tan lejos del clásico ejemplo de industrialización que instauró luego la revolución industrial inglesa del siglo XVIII, que acostumbra a ser ignorado en las discusiones sobre el tema. Las industrias de Pedro el Grande dependían exclusivamente de los pedidos del Gobierno (aunque algunos de los establecimientos se explotasen en régimen de propiedad privada), y pueden englobarse en tres grupos: fundiciones de hierro para la fabricación de armamento y equipo militar; factorías textiles dedicadas a la producción de uniformes para el Ejército y tejidos para velaman de la Marina, e industria de la construcción encargada de obras públicas de diverso tipo. Factores importantes de estos establecimientos fueron la consciente imitación de Europa occidental y el deseo de emular el poderío de Occidente. Se utilizaba el trabajo de los siervos del campo, reclutados en gran número para esas nuevas ocupaciones industriales. Los procesos técnicos eran primitivos y poco desarrollados; al principio el capital invertido era mínimo. Tras la muerte de Pedro desaparecieron o decayeron algunas de las industrias creadas por él [4], pero otras sobrevivieron y constituyeron durante siglo y medio el patrón del desarrollo industrial ruso. Las tradiciones históricas y hábitos mentales difícilmente desaparecen; y es en la supervivencia de una primitiva concepción industrial (de Pedro), y en las condiciones económicas primitivas consiguientes, más que en el moderno enfrentamiento entre las concepciones sobre la industrialización basadas en el «mercado» o en la «planificación», en donde habría que buscar los vestigios del «atraso» ruso.

La segunda fase de la industrialización rusa comenzó en la segunda mitad del siglo XIX y se caracterizó por tres nuevos acontecimientos principales. La emancipación de los siervos despejó el camino para la creación de un mercado de trabajo «libre», y de una industria que empleaba «obreros» en un sentido moder-

[4] En la *Journal of Economic History*, XXV (Mar. 1963), n. 1, pp. 61-85, A. Kahan arguye que la decadencia habia sido exagerada por historiadores rusos preocupados por minimizar la obra de Pedro.

no. La irrupción en Rusia de la edad del ferrocarril preparó el camino para grandes proyectos de construcción de ferrocarriles, impulsada sobre todo por las necesidades militares, aunque basada en materiales extranjeros y en el ejemplo del exterior. El crecimiento de una gran industrial textil que utilizaba maquinaria y técnicos extranjeros. Estos tres fenómenos fueron posibles gracias a la avalancha de industrialización acelerada merced a la inversión extranjera (incluidos los préstamos extranjeros al Gobierno ruso), que se precipitó sobre Rusia durante los quince años siguientes a la conclusión de la alianza franco-rusa de 1891. Puesto que el objetivo era reforzar el poderío militar ruso, la inversión distribuida a través de las vías estatales se asignó a las industrias pesada y de equipo (incluidas comunicaciones), y la naturaleza del producto final venía dictada por las necesidades del Estado en lugar de las del mercado. En resumen, esta fase de la industrialización rusa presenta las características siguientes:

(1) Fue puesta en movimiento y dirigida por el Estado. Gran parte (incluyendo la construcción de ferrocarriles) respondía a necesidades militares; muchos de los préstamos extranjeros que la financiaron eran préstamos estatales concedidos por motivos políticos.

(2) Su forma habitual era la gran unidad, que trabajaba con complicada maquinaria moderna y requería una enorme inversión de capital.

(3) Se relacionaba sobre todo con industrias para la producción de bienes de equipo, no de consumo. Ello se debía tan sólo en parte a las necesidades militares y a las de la construcción de ferrocarriles; en un período de tecnología avanzada tenía una prioridad natural la producción de medios de producción.

(4) La industrialización suponía el reclutamiento y formación en el más breve plazo de una población campesina atrasada, totalmente desacostumbrada a la vida urbana, a la disciplina del trabajo y a los procesos mecánicos.

(5) Requería, debido a su orientación política y a la complejidad tecnológica de la industria moderna, una buena dosis de organización y dirección centralizada.

Debido a la caída de Witte, al desastre de la guerra ruso-

japonesa, y a la revolución de 1905, el proceso perdió parte de su impulso. Entre los años 1906 y 1914 la industrialización rusa trabajaba a un ritmo notablemente inferior al de la década de 1890; los préstamos del exterior y el apoyo estatal a la industrialización aminoraron; lo bancos se hicieron más poderosos y en cierta medida sustituyeron al Estado como dispensadores de créditos industriales a largo plazo. Según el análisis de Gerschenkron, esto representaba una cierta «occidentalización» o «germanización» de la industrialización rusa (y un adelanto, por consiguiente), bajo la cual «el modo de la sustitución tendía a aproximarse al modelo imperante en la Europa central». Ya no era el Estado, sino los bancos, los que se situaron como «sustituto de un mercado autónomo independiente». Gerschenkron estima esto una «continuación del crecimiento bajo condiciones distintas», que muestra «rasgos de distensión y de "normalización" del proceso industrial». Considera que «la industria quizá atravesara esta vez por un período de activa preparación de un gran esfuerzo supremo», que, «por supuesto, nunca se materializó» (pp. 135-7, 142). El autor quiere indicar, sin formularlo expresamente, que en Rusia la industrialización no sólo podía, llegado el caso, haber evolucionado hacia el modelo intermedio germánico, sino incluso hacia el modelo fundamental: el británico; ello hubiera acarreado la máxima «distensión» y «normalización» del proceso industrial. Es probablemente cierto que entre 1906 y 1914 la industrialización rusa se había aproximado más que en ninguna otra ocasión al tipo de la industrialización de los países occidentales industrializados con la ayuda del capital privado extranjero. También es verdad que la industrialización de este período alcanzó un índice de crecimiento más bajo que los años 1890, cuando el capital del Estado estuvo directamente comprometido e intervino sin cesar, y que gran parte del ímpetu lo debía a lo conseguido en el primer período.

Pero con ello no queda dicho todo. Las condiciones de la industrialización soviética, aunque en algunos aspectos —especialmente en la elemental organización social y técnica de la agricultura rusa— eran más atrasadas que bajo las que se habían desarrollado las industrializaciones inglesa o alemana, eran más avanzadas en otros aspectos. Cuando Rusia se hallaba en vías de

industrialización, hacía ya tiempo que se había iniciado la época de las grandes unidades de producción fabril, de la maquinaria y de la correa transportadora. Las exigencias de este tipo de industria eran radicalmente distintas, material y psicológicamente, a las primeras revoluciones industriales. Puede que el campesino reclutado para la industria rusa en rápida expansión fuese más «atrasado» que su antecesor inglés. Pero la industria a la que iba a parar era, en cambio, más «avanzada», y el factor más decisivo para la marcha del desarrollo quizá fuera el segundo factor, no el primero. La discusión se ha echado a perder en vez de haberse centrado, con la introducción de conceptos tales como «avanzado», «atrasado», o «normas» y «desviaciones».

La historia de la industrialización soviética tiene que estudiarse sin olvidar esta base tan compleja. Los principales problemas de la industrialización soviética, y la reanudación de los programas de industrialización de antes de la revolución, seguían planteados durante casi los diez años que siguieron a la misma. La revolución y la guerra civil causaron daños en las fábricas, destruyeron maquinaria y diseminaron la fuerza de trabajo. En 1922, tras la implantación de la NEP, la industria soviética alcanzaba su nivel más bajo. De entonces en adelante, la recuperación fue rápida, y hacia finales de 1926 la producción en general había recobrado su nivel de antes de la revolución. Este «período de restauración» planteó pocos problemas de política a seguir. El supremo objetivo consistía en volver a poner en condiciones de producción a fábricas y maquinaria y en encontrar la fuerza de trabajo. La producción no podía hacer frente a la demanda; casi todo lo que se producía se encontraba con un mercado voraz. Debido al deterioro de la mayoría de los altos hornos de Ucrania y a la catastrófica crisis de producción de hierro bruto, las industrias del metal se quedaron retrasadas con relación a las demás. La decimocuarta conferencia del partido, celebrada en abril de 1925, aprobó un programa de inversión para reactivarlas. Pero esto no implicaba una mayor atención a la industria pesada ni a la producción de bienes de equipo. El Ejército rojo había sido desmovilizado y los gastos militares reducidos de manera drástica. Por otra parte no se había recurrido a grandes obras públicas. En la conferencia que adoptó la

resolución, Djerzinski explicó que «la base fundamental de nuestra industria metalúrgica en su conjunto... es el mercado interior»; allí era donde «debe basarse todo el futuro de nuestra industria del metal»[5]. En la teoría y la práctica de este período no desempeñó papel alguno lo que luego se denominaría la «ley» marxista de la prioridad de la producción de los medios de producción sobre la producción de los bienes de consumo. La «conferencia especial para la restauración del capital fijo en la industria», que fue organizada por Vesenkha a principios de 1925, y publicó una serie de informes aquel año y el siguiente, no mostraba especial inclinación por las industrias de bienes de equipo. Durante todo este período, el único firme defensor de la industrialización en el sentido más reciente del término fueron Trotsky y sus seguidores, junto con el economista Preobrajenski, cuyo ensayo sobre «La acumulación socialista primitiva» data del otoño de 1924.

A finales de 1925 se hizo evidente que el «período de restauración» se acercaba a su término y que muy pronto se requerirían decisiones políticas fundamentales. Se declaró abiertamente que no cabía esperar que la industria mantuviera el mismo ritmo de crecimiento de los cuatro años anteriores, toda vez que los medios de producción existentes habían sido recuperados y puestos de nuevo en funcionamiento. En los sucesivos la tasa de crecimiento dependería de las decisiones sobre la cantidad a invertir y de los sectores en donde se invirtiera. La nueva orientación quedaba recogida en la resolución del XIV Congreso del Partido, celebrado en diciembre de 1925, que compelía al partido a «seguir una política encaminada a la industrialización del país, al desarrollo de la producción de los medios de producción y a la constitución de reservas para reajustes económicos». Pero la aplicación del principio estaba sometida a una variedad de interpretaciones y nada decía, en concreto, sobre la tasa de industrialización. En el Congreso, Bujarin se consolaba a sí mismo, y a los más cautos de sus oyentes, con la aceptación de que «hemos de avanzar a paso de tortuga», y pocos meses después Stalin comparaba el ambicioso proyecto Dnieprostroi con la mala fe del campesino, que descui-

[5] *Izbrannye Proizvedeniya* (1957), II, 83-4.

daba el arreglo de su arado para comprar un gramófono. Se hicieron progresos. Incluso el plan Dnieprostroi, que sólo tenía sentido desde el punto de vista de una incesante y creciente demanda de energía por parte de las industrias de reciente creación, quedó aprobado el otoño de 1926. En 1927 se aprobaron dos fundamentales proyectos de construcción emparentados con la política agrícola —el ferrocarril Turco-siberiano, cuyo principal propósito era transportar los cereales siberianos a las regiones algodoneras de Asia central, y la factoría de tractores de Stalingrado. Hablando en términos generales, dominaba el principio de que la industrialización avanzaría con una cadencia y en unas condiciones que no llevasen aparejadas innecesarias y graves presiones sobre el campesino y el obrero industrial. La latente incompatibilidad entre los principios de la NEP y los de la planificación sólo se percibía tenuemente.

Este período de compromiso, de castillos en el aire y evasión de los verdaderos problemas, concluyó en 1927. Durante el verano de este año la escasez de alimentos afectó a las grandes ciudades, demostrando que un programa de condescendencia para con los campesinos, cuando no va acompañado por una producción masiva de bienes de consumo, no basta para garantizar el abastecimiento de grano; los precios oficiales de los artículos de primera necesidad no podían mantenerse o conducían a un gran abismo entre esos precios y los de mercado libre, mostrando la imposibilidad de mantener la confianza en el mercado por medio de una regulación general de precios; y la inflación monetaria no pudo ya evitarse, evidenciando que la ortodoxia financiera no era lo suficientemente fuerte como para resistir las presiones. La crisis, acentuada por el fracaso en la recogida de cereales de los últimos meses de 1927, hacía inevitable algún cambio de política. La elección había de hacerse, a grandes rasgos, entre dos posibilidades. La industrialización podía intensificarse, sustituir la confianza en el mercado por la planificación sistemática y otorgar más importancia a la producción de equipo industrial como preludio de una industrialización más acelerada. Esto era lo que exigía la oposición. O se reducía el *tempo* de la industrialización y se atribuía más importancia a la producción de artículos de consumo para el mercado. Esta era la línea predicada más o menos abiertamente, aunque con algunas prudentes reservas, por

Bujarin y Ryskov, y ampliamente apoyada por el partido; conforme a la historia de los dos años anteriores, parecía la línea más probable a adoptar por el partido. En la práctica, una vez que se hubo expulsado a la oposición durante el XV Congreso del Partido en diciembre de 1927, Bujarin y Riskov fueron calificados de herejes, y se adoptaron programas de industrialización acelerada con un predominio de la producción de equipo industrial más fuerte e intenso de lo que la oposición jamás se hubiera atrevido a considerar. El problema central de la industrialización soviética es cómo se llevó a cabo esto.

La vía de la industrialización parece haber sido determinada principalmente por dos factores convergentes. Uno fue el miedo a la guerra del verano de 1927, subsiguiente a la ruptura de relaciones con Gran Bretaña en mayo del mismo año. Se dice que esto contribuyó a agravar la deficiencia de los abastecimientos al fomentar el acaparamiento; y por primera vez desde muchos años centró la atención en la defensa militar. Las necesidades del rearme estimularon, o reforzaron, la causa del rápido desarrollo de la industria pesada. Lenin no sólo proclamó que la industria pesada era «una base fundamental del socialismo», sino que sin ella «desapareceríamos por completo como país independiente»[6]. Los historiadores que gustan de las suposiciones históricas podrían sentirse inclinados a especular si el ritmo de la industrialización hubiera sido más lento en el caso de que los líderes soviéticos no se hubieran visto aislados en 1927 en medio de un mundo hostil; o en caso contrario, qué le hubiera sucedido a la Unión Soviética en 1941 si el ritmo hubiera sido más lento. Esas especulaciones no son de ningún provecho. Pero en la tendencia a alcanzar al Occidente mediante una rápida industrialización, no debe descartarse el móvil de la seguridad.

El segundo factor fue la creciente gravedad del desempleo. Precisamente bajo las condiciones soviéticas, el paro constituía una categoría difícil de definir. Aunque se trataba de un fenómeno urbano, su principal causa era la superpoblación rural. A mediados de la década de 1920, la Unión Soviética, que se había recuperado con extraordinaria rapidez de los desastres de las

[6] Para estas citas, véase *Polnoe Sobran Sochinenii*, 5.ª ed., XLV, 209 y 287.

guerras mundial y civil, se hallaba inmersa en una «explosión demográfica» que aumentaba la población según un índice del 2,2 por ciento anual; y esto conducía a una continua afluencia de campesinos a las ciudades en busca de trabajo temporero no cualificado, especialmente en la construcción (la población rural sólo aumentaba en un 1,6 por 100 al año, y la urbana, en un 5,1 por 100). La experiencia laboral de algunos parados no iba más allá de unas cuantas semanas de trabajo eventual. Las estadísticas conservadas independientemente por los sindicatos y por el Narkomtrud variaban sensiblemente. Ambas relaciones eran incompletas, pero en 1927 la dos daban un total de un millón bien cumplido de parados; y la cifra de dos millones que señalaba la oposición no parecía disparatada. El hecho de esta gran pérdida de energía llevaba lógicamente a la conclusión de que había que aplicar ésta al trabajo, de forma que aumentara la capacidad laboral y la riqueza nacionales. La única solución, aunque a largo término, para un problema tan difícil parecía residir sólo en la creación de nuevas empresas industriales. La única forma de absorber una población creciente era aumentar la producción. En la controversia sobre la industrialización soviética, la mayoría de los críticos occidentales se han sumado a las tesis de Bujarin y Rykov por motivos en parte humanitarios, y en parte económicos, sin que por lo demás hayan sido bien visto especular sobre lo que le hubiera sucedido a la población rural de adoptarse una tasa más baja de industrialización. El ejemplo de la India garantiza el que la política de Bujarin de la industrialización a «paso de tortuga» —evitando innecesarias presiones al campesino y al obrero— hubiera forzosamente resuelto el problema demográfico. El economista del Gosplan, Bazarav, vaticinó en una ocasión que si se reconstruyese la agricultura y se inundara el campo con bienes de consumo, no habría más remedio que invertir en ayuda del exceso de población, no cientos de millones, sino miles de millones de rublos [7]. Semejantes disquisiciones y comparaciones, sin embargo, no llevan más allá que otras ya examinadas en este ensayo; y considero que necesitamos un punto de vista más imparcial sobre

---

[7] *Planovoe Khozyaistvo*, 1928, n. 2, p. 45.

los motivos y métodos de la industrialización soviética, contemplados en un contexto más amplio.

Una muy conocida obra sobre industrialización, originalmente publicada el año 1931 en Alemania (de la que ha aparecido en 1958 una versión inglesa), y que no intentaba discutir la industrialización soviética [8], distinguía tres fases por las que acostumbraban a pasar los países en el curso de su industrialización. La primera, o fase inicial, se caracteriza por el predominio de las industrias de bienes de consumo. Durante la segunda fase, las industrias de bienes de equipo avanzan con rapidez y pueden acercarse a la mitad de la producción total de las industrias de bienes de consumo. En la tercera fase, la producción total de las industrias de bienes de equipo iguala a la de bienes de consumo, con una tendencia por parte de las primeras a expandirse todavía más rápidamente, fase que desemboca en una cuarta (que al parecer no se considera que hubiera sido alcanzada por ningún país en 1930), en la que las industrias de bienes de equipo aventajarían a las industrias de bienes de consumo. El rasgo sobresaliente de este proceso ha sido, sin embargo, su carácter acelerado y la abreviación de sus fases, de forma que grandes países industriales que comenzaron a industrializarse mucho después que Gran Bretaña —los Estados Unidos, Alemania, Francia y Suecia—, alcanzaron a Gran Bretaña antes de concluir el siglo XIX, adentrándose en la tercera fase en las mismas condiciones que ella; y a esos países se les vino a sumar, tras la primera guerra mundial, el Japón, en donde la industrialización no empezó hasta 1860. Más todavía, países en donde la industrialización no comenzó hasta 1890, o incluso inmediatamente antes de la primera guerra mundial, entraron en los años 1950 en la tercera fase; se citaban aquí como ejemplos los de Canadá, Australia y Africa del Sur. Este rápido progreso se atribuía en parte a carecer de la competencia de «industrias artesanales establecidas desde antaño», y en parte a «la acción de los gobiernos en pro del fomento de las industrias de bienes de

[8] W. G. Hoffman, *Studien und Typen der Industrialisierung* (Kiel, 1931); *The Growth of Industrial Economics*, tr. Chaloner y Henderson (Manchester, 1958). Unas cuantas líneas superficiales sobre la industrialización soviética de la p. 100 de la versión inglesa, constituyen con toda evidencia una adición, puesto que citaban obras publicadas en los años 1950.

equipo»[9]. Con este cuadro ante la vista, ¿podemos tratar de situar la industrialización soviética dentro de la perspectiva de una serie de acontecimientos desencadenados por la revolución industrial inglesa, y que enlazan en el momento presente con la revolución industrial en Asia y Africa? Cuando la industrialización comenzó en Gran Bretaña a mediados del siglo XVIII, la manufactura todavía era manufactura. La típica unidad de producción era el empresario individual que trabajaba con una docena o veintena de «brazos»; máquinas y herramientas eran muy elementales; la inversión de capital requerida para mantener a flote tales empresas era muy pequeña. Puede que sea cierto que cuando la economía británica se embarcó por las vías de la industrialización era un tanto más avanzada (en el sentido de contar con mayores recursos de capital y preparación) que las economías continentales y rusa, de una época posterior, en que éstas se lanzaron por idéntico camino. Pero el hecho más significativo es que bajo las condiciones de la última parte del siglo XVIII, se necesitaban recursos de capital mucho menores y menos conocimientos técnicos para poner en marcha un proceso de industrialización. El problema de la acumulación de capital que enturbió los posteriores tipos de industrialización sólo se planteó en el segundo estadio de la industrialización británica, cuando los recursos interiores eran lo suficientemente abundantes para hacerle frente. Cuando la Europa continental se embarcó en la industrialización a mediados del siglo XIX, las condiciones fundamentales habían cambiado. El proceso venía condicionado por la construcción de ferrocarriles. Eran cosa corriente las grandes unidades de producción, la maquinaria pesada y complicada y las grandes inversiones de capital. Cuando Rusia emprendió el mismo camino cincuenta años después, la tecnología había hecho nuevos avances, y esta evolución se había intensificado nuevamente. De aquí la progresión desde el primitivo modelo británico de industrialización a cargo del empresario privado, pasando por el más avanzado modelo continental de financiación y control bancario, hasta el todavía más avanzado modelo ruso de

[9] Hoffmann, *The Growth of Industrial Economics*, pp. 80, 91-2, 100.

financiación y control por el Estado, perceptible ya en la industrialización rusa de los años 1890.

La conclusión a que me gustaría llegar es que la industrialización soviética no constituye ni un fenómeno único ni una desviación de un modelo establecido y aceptado, sino un estadio importante del proceso de desarrollo que se inició aproximadamente hace dos siglos, y que todavía parece tener una larga historia por delante. El rasgo específico de la industrialización soviética reside en su vinculación a una economía planificada, aunque la planificación no constituya una innovación tan completa como a veces suele creerse ni tan exclusivamente limitada a las economías soviética y postsoviética. Esto lo podemos aclarar delineando los principales rasgos de la industrialización planificada de la Unión Soviética.

(1) La unidad de planificación, en su sentido actual, es la nación, y el gesto de la planificación, la autoridad del Estado. Históricamente, la eficiencia nacional fue el primer motor de la industrialización planificada, de lo cual Rusia facilitó en 1890 un temprano ejemplo. La planificación de las economías nacionales durante la primera guerra mundial queda comprendida en esta categoría. Los primeros defensores soviéticos y teóricos de la planificación se inspiraban conscientemente en la economía de guerra alemana. Pero, en un sentido lato, la planificación nacional es tan sólo la culminación de un largo proceso que ha venido a sustituir al artesano individual, o al comerciante, por el pequeño negocio, el pequeño negocio por la gran compañía por acciones, y la compañía por el mastodóntico *trust* o fusión de empresas. La nación ha evolucionado en el sentido de constituirse en la mayor y, bajo las condiciones modernas, en la más eficiente unidad de mecanismo económico. Los grupos económicos o fusiones de pequeñas naciones son el natural paso siguiente del proceso.

(2) La planificación significa la sustitución de los mecanismos «espontáneos» del mercado, por decisiones conscientes de una autoridad central. La sustitución de racionalidad «individual», por la racionalidad «social.» Los trogloditas del *laissez-faire* sostienen —o acostumbran a sostener— que la voluntad social es necesariamente irracional. Es cierto, desde luego, que la

sociedad se halla compuesta por individuos, y que las decisiones tomadas en nombre de la sociedad pueden ser opresivas respecto a algunos individuos, de la misma forma que las decisiones tomadas por algunos individuos pueden ser opresivas respecto a otros. Pero una vez que consideremos intolerable el estado de naturaleza hobbesiano y ya no creamos en la armonía automática de intereses, nos vemos obligados a aceptar la hipótesis, en la que se basa la planificación, de que las principales decisiones económicas no deben tomarlas individuos o grupos en la prosecución de sus propios intereses, sino un órgano actuando en nombre de la sociedad en su conjunto. La planificación industrial soviética fue la primera en incorporar expresamente este principio, que tácitamente se acepta ahora —aunque en ocasiones con aviesas reservas— en los principales países.

(3) Toda industrialización se basa en el postulado tácito de que siendo mayor la productividad en la industria que en la agricultura, el criterio básico para calibrar el nivel económico de cualquier nación en la importancial relativa de la industria en su economía; la doctrina marxista de la misión del proletariado atribuyó una especial relevancia a este factor en la campaña hacia la industrialización soviética. De esta proposición se sigue que en cualquier programa avanzado de industrialización planificada hay que dar prioridad a la expansión en bienes de equipo industrial, que elevarán la productividad más rápidamente. Este fenómeno, como ya se ha mostrado, fue otro de los rasgos de la industrialización presoviética; y el acortamiento del proceso, llevando a término más velozmente este desarrollo en posteriores casos de industrialización, ha sido asimismo percibido en otras partes. No tendría sentido tratar de calibrar la influencia relativa de esas tendencias generales ni el efecto de la doctrina marxista en la aceleración de este desarrollo de la industrialización soviética. Sin embargo, este fue el fundamento de la controversia con Bujarin y Rykov sobre el *tempo* de la industrialización y sobre atribuir la prioridad a las industrias de bienes de equipo o a las de bienes de consumo.

(4) Finalmente, la industrialización soviética se caracterizaba por una peculiar actitud frente al comercio exterior, debida en buena parte a las particulares condiciones rusas. En el proceso de

industrialización británico, la exportación de bienes de consumo y posteriormente de equipo industrial había revestido una importancia decisiva. En fases más avanzadas Gran Bretaña empezó a depender de la importación de alimentos y, al igual que otros países europeos de Occidente, de muchas de las materias primas precisas para las industrias más evolucionadas. Ninguna de esas condiciones concurrían en Rusia. Rusia era un exportador de productos agrícolas y estaba bien pertrechado de casi todas las materias primas fundamentales, a la vez que importaba productos industriales, bienes de consumo y en especial bienes de equipo, estado de cosas al que se pretendía atajar con la industrialización. Por consiguiente, mientras en Gran Bretaña se consideraba el comercio exterior y la división internacional del trabajo como parte integral de la economía y como un instrumento de progreso, para Rusia constituía la prueba de la inferioridad y el atraso, la señal de que Rusia era una «colonia agrícola» del Oeste industrial. El impulso hacia la autarquía en la industrialización soviética fue muy fuerte desde el principio, por un lado porque parecía algo evidentemente realizable, y por otro porque era el único camino para escapar a la tutela occidental y de la dependencia del Oeste. También influyó en ello de manera destacada el miedo a la hostilidad occidental, especialmente reflejado en el terreno militar. El comercio exterior se estimó empíricamente como una manera de conseguir algún producto extranjero, indispensable por el momento, pero que cualquier día podía ser reemplazado por un producto soviético.

Pero aunque el culto a la autosuficiencia y la reservada actitud hacia el comercio exterior eran fácilmente explicables como resultado del medio soviético, significaban también una tendencia general dentro de la industrialización moderna. Aunque no es seguro que la industrialización disminuya el volumen del comercio exterior, es cierto, sin embargo, que modifica su forma. Es quizá poco probable que la exportación de tejidos vuelva a alcanzar el conocido nivel del siglo XIX. En el momento más grave de la crisis de la Unión Soviética de fines de los años 1920, el 85 por ciento del total de la importación industrial lo constituía equipo industrial. Es probable que otras naciones en vías de industrialización sigan el mismo patrón y, durante cierto tiempo,

sean un estímulo para las industrias de bienes de equipo de los países ya industrializados. Pero gran parte de esta evolución, con la que la Unión Soviética nunca pudo contar, descansa por el momento sobre bases poco firmes: la «ayuda» más que el comercio. El discurrir sobre el futuro del comercio internacional constituye una especulación de dudosos resultados. La tendencia a la autosuficiencia mostrada por el proceso de la industrialización soviética parece que va a proseguir, aunque la mala repartición geográfica de las materias primas es un problema menos agudo en esta era de los sustitutos sintéticos. Quizá pueda predecirse la tendencia del comercio internacional a concentrarse en los productos industriales más elaborados y especializados. La industrialización soviética también parece aclarar, en este terreno, un específico estadio del proceso de desarrollo mundial.

LOS SINDICATOS SOVIETICOS

El papel que desempeñan los sindicatos en una economía planificada es una cuestión muy actual de gran trascendencia teórica y práctica. Aun siendo una institución típica del capitalismo, se les había pedido que se adaptaran, unas veces conscientemente, inconscientemente otras, a unas condiciones en las que el miembro de los sindicatos no trataba ya para el empresario capitalista privado, sino para la corporación pública o para el Estado empresario. La nacionalización de la industria, se perciban o no inmediatamente sus resultados, está llamada a tener profundas repercusiones sobre el papel y las funciones de los sindicatos.

Esas repercusiones pueden percibirse incluso en una economía «mixta», tal como la que actualmente existe en Gran Bretaña, y se hacen más evidentes cuando un Gobierno laborista —elegido en gran parte por la influencia de los sindicatos y apoyado por ellos—, se hace con la dirección de los asuntos públicos. Pero las consecuencias se pueden estudiar en condiciones puras, casi de «laboratorio», cuando los sindicatos actúan dentro de un Estado obrero, bajo la «dictadura del proletariado». Esto presta un especial relieve e interés a la monografía de Isaac Deutscher sobre los *Soviet Trade Unions*, publicada por el *Royal Institute of International Affairs*.[1] Deutscher insiste en el riesgo de sacar

[1] Deutscher, *Soviet Trade Unions: Their Place in Soviet Labour Policy* (1950).

conclusiones de los sindicatos rusos y aplicarlos, sin más, a los sindicatos de los otros países. Los sindicatos rusos eran prácticamente inexistentes antes de 1905. Fue sólo después de 1917 cuando lograron algún tipo de organización nacional. En Rusia, la debilidad y ausencia de tradición del sindicalismo suponen un agudo contraste con la situación de, digamos, Gran Bretaña o Alemania. Más tarde se señalarán otras diferencias. No obstante, cualquier intento de responder a la cuestión capital de la posición de los sindicatos, o de lo que representan en el mundo de hoy, tiene que tomar en consideración lo realizado durante los pasados treinta años en la Unión Soviética; y, teniendo en cuenta las barreras de la lengua y otras dificultades de interpretación, es útil contar con este esquema claro y erudito de la historia de los sindicatos soviéticos, elaborado dentro de un espacio relativamente breve, mas sin descuidar ningún punto de principio.

El dilema de los sindicatos bajo el socialismo apenas se percibe durante los primeros días de la historia del marxismo. El programa marxista constituía en su totalidad lo que se podría denominar una política del «trabajo». Sacó las lógicas consecuencias de la teoría de que la única fuente del valor es el trabajo y convirtió al proletariado industrial en artífice a la vez que en principal beneficiario de la revolución venidera. No podía desinteresarse de las demandas que eran el elemento principal de los programas sindicales bajo el capitalismo: salarios más altos, jornada laboral de ocho horas y demás. Pero estas demandas presuponían la existencia del sistema capitalista y sólo podían ser aspectos secundarios de un programa revolucionario. El principal objetivo de los trabajadores debía ser el derrocamiento del capitalismo, no el mejorar su propia situación dentro de él. Los puntos que figuraban en calidad de peticiones mínimas de los trabajadores en *El Manifiesto Comunista*, y en posteriores programas de partido inspirados por él, eran importantes, no tanto por su propia razón de ser, sino por constituir puentes para llegar al objetivo revolucionario.

Esta actitud explica la un tanto excéptica desconfianza que los primeros marxistas mostraron hacia los sindicatos. La Primera Internacional tuvo que actuar con gran delicadeza frente a aquellos de sus miembros (principalmente el grupo inglés), que

consideraban el sindicalismo la fórmula más importante para organizar la actividad de los trabajadores, y aquéllos (principalmente el francés y el alemán) que tendían a desecharlo por intrascendente, cuando no perjudicial, para la lucha revolucionaria y el futuro del socialismo. Una resolución aprobada por el Congreso de Ginebra en 1866 admitía que los sindicatos eran necesarios y vitales «en tanto el capitalismo existiera», pero les prevenía contra la prosecución de miras «estrechas» y les animaba a «luchar por la liberación general de los millones de trabajadores oprimidos». Lo que sucedía cuando los partidos se dedicaban exclusiva o principalmente a la labor sindical y a las peticiones de los sindicatos quedó de manifiesto con el ejemplo de los «revisionistas» del Partido Socialdemócrata alemán en la década de 1890, y más tarde con el grupo «economista» de los socialdemócratas rusos: las partes revolucionarias del programa quedaron relegadas y se invitó al partido a hacerse «reformista» en lugar de revolucionario. Esta experiencia se reflejó en la costumbre de Lenin y otros escritores bolcheviques de utilizar la palabra «trade-unionism» (en inglés) en un sentido peyorativo. En 1902, Lenin en *¿Qué hacer?* atacaba a los «economistas» por «pasar de la socialdemocracia al tradeunionismo», y argüía que «la lucha política de la socialdemocracia es mucho más amplia y más compleja que la lucha de los obreros con los patronos». En esta época incluso llegó a pensar, si bien pronto cambió de opinión, que había que estimular a los sindicatos a permanecer políticamente neutrales y que los socialdemócratas no debían tratar de conseguir la dirección de los demás.

La actitud bolchevique frente a los sindicatos era teórica, puesto que los sindicatos rusos todavía eran inexistentes o se hallaban en embrión. Antes de 1905 las huelgas que estallaron en las factorías rusas estaban casi totalmente desorganizadas y representaban poco más que brotes espontáneos de revuelta contra condiciones intolerables. En 1905 los sindicatos recibían su primer gran impulso. Pero incluso entonces quedaron eclipsados, en cuanto órganos de los trabajadores más inflexibles, por los soviets, una nueva forma de organización específicamente rusa que desde un principio poseía un carácter político y revolucionario. Durante el período de represión que siguió a 1906, los sindicatos

se vieron condenados casi a una completa desaparición; y cuando, tras la revolución de febrero de 1917, se reactivaron y empezaron a crecer, fueron soterrados una vez más en las mentes de los obreros más activos y radicales por el prestigio de los soviets; los sindicatos, aunque en la actualidad engloben a un número siempre creciente de trabajadores, no desempeñaron papel alguno en la Revolución de octubre.

Entretanto había aparecido un nuevo rival de los sindicatos bajo la forma de comités de fábrica, que, habiéndose extendido espontáneamente por las fábricas después de la revolución de febrero, fueron legalmente reconocidos por el Gobierno provisional y facultados para representar a los trabajadores en sus relaciones con el patrono. Esos comités eran en muchos aspectos la versión rusa de las organizaciones de representantes obreros (shop-stewards) de taller, que poco después iban a competir con las organizaciones centrales de los sindicatos de Gran Bretaña y Alemania; pero en Rusia, donde el sindicalismo organizado era todavía extremadamente débil, desempeñaron durante un corto período un papel mucho más eminente. Se convirtieron en la corporeización del lema bolchevique de «poder obrero», que significaba, o pretendía significar, no sólo que los trabajadores debían hacerse con el poder estatal por medio de los soviets, sino que las fábricas privadas debían quedar sometidas a dirección de los obreros en ellas empleados. La situación se complicaba por el hecho de que, aunque los bolcheviques eran mayoría en los comités de fábrica, los sindicatos, cuyos miembros se reclutaban en su mayor parte de entre los grupos de obreros mejor cualificados, se hallaban dominados, en general, por aquel entonces, por los más moderados mencheviques.

Por tanto, hasta que sobrevino la Revolución de octubre, los bolcheviques tenían buenos motivos para apoyar los comités de fábrica, que con su lema del «poder obrero» tenían un enfoque revolucionario y fundamentalmente bolchevique, y no a los sindicatos, que eran sustancialmente «reformistas» y mencheviques. Pero la revolución, al situar a los bolcheviques en el poder, transformó rápidamente su enfoque. El nuevo Gobierno se apresuró a adoptar, aunque sin demasiada consideración a su aplicabilidad en las condiciones rusas existentes, aquellas medidas

de legislación laboral implantadas ya en los países democráticos occidentales: jornada de ocho horas, descanso obligatorio y vacaciones pagadas, limitaciones laborales a mujeres y jóvenes, prohibición de trabajar a los niños menores de catorce años. Se constituyó un fondo para la seguridad social contra la enfermedad y el desempleo, siendo confiada su administración, a falta de órgano más conveniente, a los sindicatos. Por otra parte, las primeras medidas legislativas sobre «el poder obrero» se vinieron abajo, llevando a las fábricas a la anarquía y a una catastrófica merma de la producción, debido en gran medida a la total incapacidad de los comités de fábrica para ocupar el lugar del personal técnico y dirigente que, como no dejaba de ser natural, se negó a colaborar con el nuevo sistema.

Esta situación transformó por completo, si bien gradualmente, la vieja actitud hacia los sindicatos. Por un lado, el nuevo régimen necesitaba con toda evidencia alguna organización central autorizada que representase los intereses de los trabajadores, si se quería que la política industrial funcionase bien. Por otro, el movimiento sindical iba muy posiblemente a caer en el olvido si fracasaba en llegar a un acuerdo con el Gobierno. El cambio decisivo lo señaló el Primer Congreso Panruso de los Sindicatos, que tuvo lugar en Petrogrado en enero de 1918, y que, por primera vez en una asamblea sindical representativa, mostraba una trayectoria bolchevique. Fue éste el congreso que proclamó, no sin cierta imprecisión sobre los plazos de realización, que los sindicatos «se transformarían inevitablemente en órganos del Estado socialista», y que para los obreros la calidad de miembro de los sindicatos constituiría «parte de su obligación para con el Estado».

De entonces en adelante, la doctrina de la integración de los sindicatos en la maquinaria del Estado ya no se puso nunca seriamente en duda. Los sindicatos no sólo asumieron, o reclamaron para sí, la organización de la producción y la distribución de la fuerza de trabajo, sino que participaron en forma destacada en la movilización para la guerra civil. Fueron la guerra civil y el rígido sistema económico consiguiente —conocido por los escritores posteriores con el nombre de «comunismo de guerra»— quienes introdujeron la movilización forzosa de los

trabajadores en «ejércitos del trabajo», el acuñar como «deserción laboral» el absentismo, y la institución de la disciplina del trabajo, cuya ejecución fue aceptada como parte de sus naturales funciones por los sindicatos. Aunque esas condiciones singulares desaparecieron cuando se implantó la NEP en 1921, dejaron una cierta huella en los futuros acontecimientos; los sindicatos nunca se zafaron del todo del papel de agentes estatales para la movilización y regimentación laboral asumido durante la guerra civil.

Cuando concluyó al cabo la guerra civil a finales de otoño de 1920 y se preparó el advenimiento de la NEP, se desató una violenta controversia en el partido sobre la situación legal de los sindicatos. Trotsky, explotando al máximo los viejos prejuicios bolcheviques contra el «tradeunionismo», deseaba la anexión formal de los sindicatos al Estado. En el ala opuesta, un grupo de antiguos miembros sindicales y otro de tendencias sindicalistas (el movimiento de «poder obrero» de los primeros días de la revolución había tenido un neto sabor sindicalista), se declararon partidarios del control de la industria por los sindicatos, independientemente del Estado. Lenin adoptó una posición intermedia que finalmente fue admitida por el partido, pero que se reveló un compromiso más bien indeterminado: los sindicatos continuarían como una entidad autónoma que defendiera los intereses de los trabajadores, pero a la vez habían de considerar el estímulo a la producción como su función principal.

La implantación de la NEP, que supuso la parcial reinstauración de la economía capitalista, debería teóricamente haber ayudado a los sindicatos a recobrar parte de la independencia de que naturalmente disfrutaban bajo el sistema capitalista. El que esto no sucediera así se debió a dos causas. En primer lugar, las grandes industrias en las que se empleaban la inmensa mayoría de sindicalistas seguían en su mayor parte sujetas a la propiedad estatal, incluso en la época de mayor vitalidad de la NEP: eran, en frase de Lenin, las «supremas instancias» de la economía que el Estado debía continuar manteniendo a toda costa. En segundo lugar, el partido se había asegurado por aquel entonces la misma e indiscutida jefatura de los sindicatos que ejercía sobre los órganos del Estado. Las relaciones formales entre el Estado y los sindicatos dejaron de ser una cuestión importante, no pudiendo existir ningún choque real entre ellos, pues ambos recibían las órdenes de

la misma fuente. Pero en un importante documento de la época Lenin reseñaba las contradicciones que la posición de los sindicatos llevaba aparejadas: la contradicción entre el acostumbrado método sindicalista de persuasión y educación de sus miembros, y los ocasionales actos de coerción a los que los sindicatos tenían que recurrir en su capacidad de «partícipes del poder estatal»; la contradicción entre la defensa de los intereses obreros, y la «presión» que habían de ejercer conforme a los intereses de la economía nacional en su conjunto; la contradicción entre el método del regateo y la conciliación, y los rigores de la guerra de clases, que no siempre podían evitarse en tanto la NEP fomentase la continuidad de la clase capitalista.

El papel de los sindicatos en la Rusia soviética y la justificación teórica de esa posición habían sido fijados antes de la muerte de Lenin. La evolución que sobrevino luego derivaba lógicamente de las premisas sentadas durante aquellos primeros años de la revolución. Por eso Deutscher ha procedido correctamente al dedicar a este período la mitad del limitado espacio a su disposición. Los debates que precedieron a la implantación del primer plan quinquenal en 1928 fueron la última ocasión en que Tomsky proclamó lo que cabría denominar como una doctrina sindicalista independiente. Por esta época, la jefatura sindical se había desplazado ampliamente hacia el ala derecha del partido —un fenómeno ya conocido en otros países— y contemplaba con desagrado la intensificación del desarrollo industrial, que era la esencia del plan. Esto no era sorprendente. La gran cantidad de parados que podría absorber el plan no estaba en los sindicatos, y no tenía influencia en su política: muchos de los trabajadores con empleo temían la «disolución» y el consecuente deterioro de su posición que la industrialización pudiera acarrear: los líderes sindicalistas acaso hubiesen previsto que bajo la planificación desaparecerían los últimos restos de su libertad de acción. La adopción del plan significó el alejamiento de Tomsky, que fue reemplazado por el más manejable Shvernik y por la reanudación de las políticas de movilización, que eran una reminiscencia de los días del «comunismo de guerras». Hacia 1930, el bache del desempleo había sido completamente superado, y se habían sentado las bases para una férrea y despiadada regimentación del

trabajo a través de los sindicatos, que nunca se ha distendido desde entonces, aunque la movilización laboral no fue normalmente decretada hasta después del estallido de la guerra, en 1941.

Los sindicatos soviéticos, habiendo empezado a aceptar la premisa de que su papel fundamental consistía en estimular la producción, pasaron lógicamente a la posición de agentes para la distribución y desarrollo de la fuerza de trabajo, y, finalmente, como observa Deutscher, el «reclutamiento de gestores para la dirección industrial». Hacia 1930, los sindicatos ya hacía tiempo que habían dejado de gozar de independencia frente al Estado, en el que concurría la circunstancia de ser, además, el patrono. Lo cual no quiere decir que no desempeñaran ninguna función, a condición de que no tratemos de identificar su función con la de los sindicatos que operan bajo el capitalismo. Protegían los intereses de los trabajadores, de la misma forma y con el mismo celo con que cabe asegurar que los ministerios del Estado atienden los intereses particulares del sector privado de la economía que queda bajo su competencia. Los sindicatos son consultados en el momento de la elaboración de los planes quinquenales y de sus planes complementarios. Por tanto, no sólo tienen voz a la hora de fijar las normas del plan de producción, sino para decidir la proporción de la producción nacional que habrá de dedicarse a bienes de consumo; y es esta proporción la que, en una economía planificada, señala *de facto* el tope de la fijación del salario, aunque la distribución salarial entre las diversas categorías profesionales siga todavía sin ajustar.

Otras funciones tienen una trascendencia más directa e inmediata para el trabajador individualmente considerado. El traslado masivo de trabajadores del campo a la factoría, que constituye la vertiente humana de la «industrialización», ha sido siempre en el terreno histórico un proceso doloroso y cruel. Tras las penosas brutalidades de la colectivización, de principios de la década de 1930, los sindicatos hicieron algo para facilitar y organizar el brusco cambio, a través de planes de vivienda y enseñanza (mucho mejor concebidos, con frecuencia, que llevados a la práctica) y con la dirección de los servicios sociales y la inspección de fábricas. La totalidad de los servicios sociales y otras prerrogativas de la Comisaría de Trabajo no fueron traspasados a los sindicatos

hasta 1933. Sin embargo, la capacidad y el deseo de los sindicatos y de los comités de fábrica de intervenir en cuestiones de dirección en defensa de los trabajadores fueron disminuyendo continuamente desde los años 1920; y el abismo entre la jefatura sindical y la base de los sindicatos —un fenómeno que también atrajo una atención cada vez mayor en los otros países— se fue ensanchando cada vez más. Deutscher observa que en el X Congreso Pan-ruso de los Sindicatos, en 1949, el único celebrado desde 1932, sólo una cuarta parte de los delegados eran trabajadores y el 43 por ciento funcionarios sindicales en régimen de dedicación exclusiva. Más claramente aún que en otras partes, en la URSS el elemento espontáneo del movimiento sindical tiende a ser sofocado por una todopoderosa burocracia sindical.

Pero el principal problema, al que quedan subordinados todos los demás, es el de la coerción. A mediados de los años 1930, el Gobierno soviético había establecido lo que constituía de hecho un sistema de mando coactivo del trabajo, organizado y puesto en práctica por los sindicatos. Este sistema quedó firmemente afincado en el país, debido a la cruel experiencia de la segunda guerra mundial; y, pese a determinadas correcciones formales, no parece haber cambiado, sustancialmente, desde entonces. El resultado final ha sido una «militarización del trabajo» conforme a la línea abogada por Trotsky en 1920 bajo los imperativos de la guerra civil y del «comunismo de guerra».

Trotsky hubiera partido de bases más firmes si se hubiera contentado con propugnar el servicio laboral forzoso como una concesión temporal a las urgentes necesidades militares. Pero no procedió así. Basó sus propuestas en el conocido razonamiento marxista del carácter ilusorio de la libertad —referido al trabajo «libre»— bajo el sistema capitalista, y llegó no sólo a mantener que todo trabajo era coercitivo (lo que es cierto en determinado sentido abstracto), sino a tachar de «vil y despreciable prejuicio liberal» la creencia de que el trabajo bajo duras condiciones de servidumbre es menos productivo que el trabajo relativamente «libre» del sistema capitalista. Deutscher apunta que, desde el punto de vista de Marx, las formas «libres» del trabajo capitalista, por muy ilusorias que la libertad real de un hipotético orden socialista pueda juzgarlas, suponen un progreso real frente a la

nuda fuerza de la esclavitud, o la servidumbre, por lo que una recaída en ella supondría algo retrógrado y reaccionario. En cuanto a los demás, Trostky, por la posición que adoptó en 1920, se privó a sí mismo de cualquier base sólida de partida, cuando se lanzó luego al asalto contra la política laboral estalinista.

El último capítulo del libro de Deutscher está dedicado a la cuestión que forzosamente acude a la mente de cualquier lector occidental: hasta qué punto la dirección coercitiva del trabajo es consustancial a una economía planificada, y hasta qué punto los precedentes soviéticos son aplicables en las condiciones occidentales. Es evidente que un cierto planeamiento del trabajo es elemento constitutivo de cualquier planificación de la economía. Pero como hacer notar Deutscher, «las imposiciones laborales introducidas en Gran Bretaña durante la guerra», apenas si pueden ser calificadas, de buena fe, ni siquiera de germen de un retorno a la servidumbre y, en la práctica, «no les parecieron a las clases trabajadoras tan inhumanas como la incertidumbre y la miseria de la era precedente». Una cierta dosis de planificación y mando laboral coactivo es el precio que hay que pagar por el empleo pleno y seguro; y cuanto más sinceramente se hagan cargo los trabajadores y sus sindicatos de esta verdad elemental probablemente menos difícil sea y menos opresiva la aplicación de los principios al terreno de los hechos. Si es ésta una de las verdades que pueden aprenderse de la historia de los sindicatos soviéticos, ello habrá sido algo sano y saludable.

Pero si esto supone que el precedente soviético ofrece un ejemplo detallado a seguir, o que los programas soviétivos referentes a la situación del trabajo o de los sindicatos vienen postulados necesariamente por la economía planificada, la conclusión no resiste al examen. En primer término, la línea de conducta soviética se elaboró de acuerdo con una tradición y bajo condiciones extremadamente distintas a las de Occidente. Los sindicatos carecían de fuerza propia y no podían apelar a lealtades firmemente enraizadas en la mente de los trabajadores. Si querían actuar, hubieron de hacerlo a menudo recurriendo a métodos de fuerza, aunque sólo fuera porque la confianza y la autoridad moral con que contaban eran muy limitadas. En el enfrentamiento de poderes entre los órganos sindicales y los del Estado, la lucha

era muy desigual. Desde un principio los sindicatos se hallaban en una posición de insalvable inferioridad. Lo que es más importante todavía, la situación y la experiencia del obrero ruso le separaban totalmente de los trabajadores de los viejos y altamente desarrollados países capitalistas de Occidente. En el mejor de los casos, el obrero ruso había salido de su condición campesina hacía sólo una generación. Y lo más frecuente era que procediese de una familia campesina; no era muy raro que volviera al campo a tomar parte en las fanegas de la siega. El hallarse parado en la industria suponía que recobraba su anterior condición campesina. Por consiguiente, el obrero industrial soviético carecía de hábitos y tradición en la disciplina de las fábricas, de conocimientos industriales firmemente adquiridos o de unión libre con sindicatos disciplinados o con organizaciones laborales. Para industrializar la Unión Soviética, no bastaba con levantar fábricas ni instalar maquinaria; también era preciso convertir los campesinos en obreros industriales.

En segundo término, mientras los viejos escritores socialistas, Marx incluido, siempre habían contemplado el futuro orden socialista como un reino de la abundancia, basado en los cimientos de un capitalismo plenamente maduro, la economía soviética planificada hubo de operar desde un principio en condiciones de extremada pobreza y escasez. Es cierto que, en los países occidentales, las relativas penurias aportaron el impulso decisivo para la planificación, y que ésta se granjeó la inquina que deriva de verla asociada con los racionamientos. Pero en Rusia la escasez de Occidente hubiera parecido en cualquier momento el reino de la abundancia; y es imposible comprender las grandes necesidades de la economía planificada rusa, si no se toma en consideración la grave penuria del país en el momento en que se embarcó en la experiencia. Esto no significa condenar muchos de los métodos actualmente empleados, algunos de los cuales nacen de otros aspectos de la tradición política rusa y en absoluto de las exigencias económicas de la planificación. Hay aquí razones suficientes, como Deutscher muestra en su último capítulo, para resistirse a ampliar las deducciones del caso soviético a las condiciones occidentales. Es éste un estudio muy esclarecedor de los sindicatos soviéticos y de los problemas fundamentales del sindicalismo en

un período en que las condiciones en que aparecieron han comenzado en todas partes a desmoronarse. Pero la experiencia soviética no precisa que se la trate ni como un faro que sirve de guía, ni como un espantajo que sirva de alarma.

LA TRAGEDIA DE TROTSKY

1. El vencedor

De las tres grandes figuras que iluminan el panorama de la revolución rusa, Trotsky es la más descollante y la más dramática. Puede decirse que Lenin y Stalin, cada cual a su modo, y en una esfera concreta, contribuyeron a de una manera más destacada al proceso histórico. Pero los dos sometieron sus personalidades a la forma y estilo de la Revolución, fundiéndose con ella, y partiendo en los acontecimientos históricos que van asociacidos a sus nombres, de forma que sus biografías poco más pueden ser que una sección de la historia de su época. Trotsky escribió más a menudo y más elocuentemente que ninguno de los dos sobre el papel del individuo como el agente de una historia que él gustaba encarnar. Pero la carrera de Trotsky aclara mucho más sobre lo individual, lo excéntrico, lo inexplicable. Su personalidad es más acusada, más contradictoria, más compleja —en cierto sentido, incluso, más atractiva por sus cualidades y sus defectos— que las de sus camaradas rivales, en la gran empresa de la Revolución rusa. Fue esta vívida cualidad la que hizo de Trotsky, según el sentir común, un gran orador. Incluso en sus escritos, su brillante, en ocasiones demasiado retórico, estilo eclipsaba la prosa poco imaginativa de los otros líderes de la revolución.

Todo ello lleva a mostrar que Trotsky es el personaje ideal

para una biografía. La obra de Deutscher *The Prophet Armed*[1], es más penetrante y aguda que su primitiva biografía de Stalin, a pesar del dramatismo de ésta y de lo instituible que todavía es. El libro citado en primer lugar presenta la ventaja de que el autor, aún sin dejar ejercer su juicio crítico, siente una fundamental simpatía por Trotsky, tan notoria como notoria era su antipatía por Stalin. Mucho más que su predecesora, es también una obra de investigación original. Es la primera vez que se han utilizado en medida suficiente los Archivos Trotsky, todavía no publicados, de la Houghton Library de Harvard. Por otra parte, hasta ahora sólo contamos con el nudo torso de toda la obra. El volumen presente se detiene en 1921, cuando Trotsky se halla aparentemente en la cúspide de su carrera, y la salud y la fuerza de Lenin se mantiene incólumes. En su prólogo, Deutsche habla de «la tragedia verdaderamente clásica de la vida de Trotsky, o mejor aún, de una reproducción de la tragedia clásica en términos de la política moderna». Los años trágicos todavía no han llegado; y la nueva entrega, o entregas, se esperará ansiosamente, porque a uno apenas puede bastarle así es que, como existen grandes esperanzas al respecto, la biografía tiene que verse acabada con la misma altura con que se inició.

El título del volumen viene sugerido por un pasaje de *El Príncipe*, en donde Maquiavelo, hablando de los obstáculos a los que ha hacer frente el innovador que se esfuerza por «tomar la delantera en la implantación de un nuevo orden de cosas», observa que «todos los profetas armados han conquistado, y los desarmados han sido destruidos». Como el mismo Deutscher confiesa, es asimismo posible aducir razones en contra del texto. Las victorias del bolchevismo y las victorias personales de Trotsky apenas puede decirse que fueran conseguidas gracias a las armas. En recursos materiales y en armamento, las ventajas estaban siempre de la otra parte; y el logro de la revolución consistió en que consiguió su fuerza en contra de esas aparentemente superiores condiciones. Pero es cierto que Trotsky aparece a través de todo el período que comprende este volumen como el profeta

[1] I. Deutscher, *The Prophet Armed, Trotsky: 1879-1921* (1954). Traducción castellana, *Trotsky, El profeta armado*, México, Era. Traducción catalana, Barcelona, Edima.

victorioso, como el héroe conquistador. Los tres grandes hitos de esta parte de su carrera son: jefatura en la revolución de 1905, cuando a los veinteséis años de edad se erigió en la figura dominante del autoproclamado Soviet de Petersburgo; su principal papel en los preparativos militares de la Revolución de octubre de 1917, y su organización del Ejército rojo, en la guerra civil.

El papel de Trotsky en la revolución de 1905 fue sobresaliente, presentando un doble aspecto, práctico el uno y teórico el otro. Su determinación y su elocuencia en las reuniones del Soviet y en su subsiguiente proceso ante un tribunal zarista, fueron factores de primera importancia para levantar la autoridad y el prestigio del Soviet y para crear un mito revolucionario cuyo poder iba a quedar demostrado en el momento culminante de octubre de 1917. Tanto en 1905 como en 1947 fue Trotsky, no Lenin, el protagonista de la idea del Soviet, y dio forma a un espotáneo florecimiento de agrupaciones informales, asambleas democráticas de trabajadores industriales. Para Trotsky, aunque no para Lenin, los soviets constituían su principal plataforma y no el partido. Para Trotsky, los soviets, desde 1905 en adelante, constituían el símbolo de la revolución, y no se hizo bolchevique hasta 1917.

Sin embargo, fue el papel de Trotsky en 1917 quien demostró ser el más decisivo históricamente y el que desde entonces se ha visto sometido a la máxima distorsión y controversia. Al decribir las medidas y las decisiones que llevaron al victorioso *coup* revolucionario de octubre, no es cómodo mantener recta —con la mayor imparcialidad del mundo— la balanza entre Lenin, todavía oculto y emergiendo de cuando en cuando para exhortar y animar al Comité Central del partido por carta o mediante subrepticia visita a Petrogrado, y Trotsky, presidente del Soviet de Petrogrado y de su comité revolucionario militar, comprometido, casi en franco desafío al Gobierno provisional, en los preparativos prácticos de la insurrección. No es sorprendente que entra dos hombres tan diferentemente situados en ambientes políticos tan distintos, aunque inspirados entonces por un objetivo indéntico y un sentido de la urgencia igualmente imperativo, hubiesen surgido diferencias de opinión en cuestiones de fechas y tácticas. Unos cuantos años después de 1917, cuando los recuerdos todavía estaban frescos, el mismo Stalin rindió tributo al papel de Trotsky como organizador de la revolución. Posteriormente ese papel fue

lentamente minimizado hasta eliminar a Trotsky totalmente de la escena en las modernas historias oficiales de octubre de 1917, o apareciendo únicamente como si hubiera tratado de retrasar o sabotear los bien trazados planes de Lenin y Stalin. No es el cometido del biógrafo de Trotsky minimizas los fallos de su héroe. Pero Deutscher, quien también tienes proyectada una futura biografía de Lenin, escoge su camino a través de este espinoso camino con tacto y discreción. En la consecución de la victoria de octubre de 1917 hay sitio tanto para Lenin como para Trotsky.

El tercer episodio en el que fueron destacados e irreemplazables los servicios de Trotsky a la revolución fue la organización y dirección de la acción militar soviética en la guerra civil. La desintegración del Ejército zarista había sido parte necesaria de la revolución, no meramente un subproducto casual, sino uno de sus esenciales objetivos. La inevitable consecuencia había quedado de manifiesto en la debilidad de la línea de conducta soviética en Brets-Litovsk, y de la resistencia soviética a posteriores incursiones alemanas. Trotsky atacó intrépidamente el problema en al primavera y el verano de 1918, en medio de los primeros rugidos de guerra civil y contrarrevolución. Frente a la oposición de sabihondos militares del partido, que hablaban todavía en términos de partisanos y milicianos bajo un jefe elegido, Trotsky se dedicó a crear el núcleo de un nuevo y centralizado Ejército rojo, llamando en su ayuda a antiguos oficiales zaristas para que los instruyeran y lo mandaran. Paso a paso, reconstruyó una fuerza capaz de hacer frente y derrotar las toscas levas de los generales blancos. Fue una hazaña de genio organizativo a la que no sólo Lenin, sino más de un destacado general alemán del momento, rindieron franco tributo.

En la estrategia de las campañas de la guerra civil, el papel de Trotsky fue menos sobresaliente, y sus éxitos más dudosos. Uno de los notables méritos de la biografía de Deutscher es que por primera vez ha desenredado, con la ayuda de los Archivos Trotsky, las principales hebras de una historia deliberadamente confusa y oscurecida por las posteriores recriminaciones estalinistas. Que Trotsky cometió errores, que acertada o equivocadamente más de una vez no fue escuchado, y que Lenin se esforzó coherentemente en mantener el difícil equilibrio entre él y Stalin, a fin de no perder

los servicios de uno u otro de aquellos indispensables lugartenientes, queda bien sentado en el relato. Lo que quizás sea sorprendente es que la victoria hubiera acompañado a un ejército cuyos jefes supremos se hallaban indispuestos entre sí. Trotsky merece ser aclamado en toda justicia como el vencedor de la guerra civil, pero en virtud de sus habilidades de organizador y de la inspiración que el Ejército rojo extrajo de su magnetismo personal, más que de su dirección de las operaciones militares. En general, es de advertir el escaso fundamento del cargo que se le imputaba respecto a que pretendía convertirse en un Napoleón.

En razón de su historial de triunfos, Trotsky podía haber entrado en las páginas de la historia, sobre todo, como un hombre de acción. Pero Trotsky era un marxista que creía en la unidad de teoría y práctica; y sus contribuciones a la teoría y a la historiografía de la revolución, de ningún modo fueron el aspecto menos notable de su obra. Muchas veces, en el transcurso de su rica y varia carrera, trató con intuición extraordinaria de los acontecimientos y fenómenos revolucionarios, aunque, llegado el momento, no siempre supo cómo sacar provecho de sus propios análisis y predicciones. «El método de Lenin», escribió en 1904, en plena escisión entre bolcheviques y mencheviques, después del segundo congreso del partido, «lleva a lo siguiente: la organización del partido sustituye al partido en su conjunto; a continuación, el Comité Central sustituye a la organización; y finalmente, un solo dictador sustituye al Comité Central». Piénsese lo que se quiera de éste a modo de veredicto sobre el partido, al que el mismo Trotsky se uniría trece años más tarde y le serviría durante diez, constituyó una observación sobremanera aguda acerca de un fenómeno que, por el momento, se hallaba sólo en germen.

La mayor contribución de Trotsky a la doctrina del partido, fue la así denominada teoría de «la revolución permanente», una frase que tomó prestada de Marx, pero a la que dio un nuevo y particular sentido ideado para reflejar y aclarar las condiciones rusas. Convencido del fracaso de la clase media rusa y de sus políticos liberales, el resultado de la superrápida y artificial expansión de la industria rusa bajo el doble impulso de los pedidos estatales y los préstamos exteriores, Trotsky vio, antes que ningún otro dirigente revolucionario, las dificultades que llevaba consigo

la aplicación en Rusia del esquema marxista, esquema derivado del examen de las condiciones occidentales y de una revolución burguesa conducente por inevitable y espontáneo desarrollo del proceso a la futura revolución proletaria. En Rusia, la burguesía no era, ni nunca podría ser, lo suficientemente poderosa para hacer la revolución. La experiencia de 1905 convenció a Trotsky de que los trabajadores no esperarían más una revolución que no acababa de llegar. En Rusia, vaticinó, el obrero se encontrará encaramado en el poder «antes que su amo», y se verá obligado a completar las revoluciones burguesa y proletaria del proyecto marxista en una sola e ininterrumpida operación. Se trataba de la doctrina que, si no formalmente al menos en esencia, se hallaba subyecente en las célebres «tesis de abril» leninistas de 1917 y que señalaron el camino para la toma del poder en el mes de octubre.

Durante toda su carrera, Trotsky siguió haciendo gala de esos misteriosamente acertados presentimientos sobre el porvenir. Ya en 1908 predijo con toda exactitud las dudas sobre el curso futuro del partido, que desbordaría a muchos —si no a la mayoría— de los dirigentes bolcheviques cuando la revolución de febrero les planteó la cuestión concreta de su actitud ante el así llamado Gobierno burgués. Fue el fundador del Ejército rojo para la defensa de la «patria socialista». Fue el primer defensor de la «imposición» en gran escala del trabajo. Esbozó la NEP un año antes de que se convirtiera en un plan de política económica llevado a la práctica. Desde los primeros años 1920 fue un incansable propugnador de la planificación nacional, considerada por aquel entonces con cauta reserva por más de un líder, sin excluir a Lenin. Sin embargo, se equivocó totalmente en una cuestión de decisiva importancia y, aunque su error fue compartido al principio por los demás bolcheviques de cierto peso, fue el que más lentamente abandonó sus ilusiones y el que más resistió a emparejar su camino con la amarga realidad.

Trotsky participaba apasionadamente de la común convicción de que la revolución proletaria, aunque pudiera estallar primeramente en Rusia, se extendería rápidamente a Europa y especialmente por Alemania, y que, a menos que así fuera, la revolución rusa no podía confiar en sobrevivir por sí misma. «La guerra europea», escribía ya en 1906, «significa inevitablemente

revolución europea». Para Trotsky, la revolución rusa, a no ser que se la plantease como parte integrante de una revolución mundial, le parecía tan sin importancia y tan sin sentido como cuando Marx consideraba una revolución que no triunfara también en Inglaterra «una tormenta en un vaso de agua». En marzo de 1917, conjurando por un momento la visión de una revolución rusa que no se extendiera a Alemania, decidió que «no necesitamos devanarnos los sesos con una hipótesis tan improbable». Y siguió creyendo —lo que no era una convicción absurda ni disparatada— que si en Alemania falló la revolución proletaria durante el invierno de 1918-19 se debía tan sólo a que carecía de un Partido Comunista organizado y de unos jefes decididos. Lo más singular es que Trotsky cifró casi exclusivamente sus ilusiones en Alemania; fue uno de los que se opusieron al intento de exportar la revolución a Varsovia al filo de las bayonetas soviéticas, en el verano de 1920. Pero el mes de octubre de 1923 le halló una vez más —la última— convertido en apasionado creyente en la inminencia de la revolución alemana. A los adversarios de Trotsky les fue muy fácil —aunque en sustancia injustamente— colgarle la etiqueta de aventurerismo revolucionari en Europa bajo la apariencia de «revolución permanente»; por lo demás, Stalin le segó brillantemente la hierba bajo los pies con la doctrina de «el socialismo en un solo país».

Si, no obstante, buscamos a modo de anticipación en este volumen de Deustcher los síntomas presursores de la caída de Trotsky, los hallaremos no tanto en su error de juicio sobre los acontecimientos como en su equivocado juicio acerca de las personas. Por regla general, Trotsky parece haber tenido un señalado éxito en la elección de sus subordinados y en ganarse su fidelidad: pocos le abandonaron incluso cuando la fidelidad se hizo azarosa o funesta para sus futuras ilusiones. Pero esto no bastaba. Un gobernante debe saber cómo escoger y componérselas con sus subordinados, obteniendo lo mejor de cada uno; un político debe saber cómo tratar a sus iguales. Quizá Lenin pusiera el dedo en la llega cuando en el «testamento» criticaba a Trotsky por estar «demasiado atraído por el aspecto administrativo de los asuntos». Trotsky nunca se sintió completamente a gusto con aquellos a quienes consideraba sus inferiores intelectuales, pero a

los que, sin embargo, había de tratar como iguales. El cargo más común contra él era el de su soberbia —lo que Lenin denominaba más cortésmente «desmedida confianza en sí mismo»—. Pero en cuanto político —utilizando el término para marcar la diferencia, por un lado, del gobernante, y por otro, del pensador político y hombre de ideas—, Trotsky nunca parece haber desplegado esta confianza en sí mismo. En la práctica titubeó demasiado a menudo, cambió de postura (como en la controversia de Brest-Litovsk), desalentó a sus seguidores cediendo donde todos esperaban que se mantuviera firme, y fue obstinado donde la obstinación era ya inútil.

Esta falta de tacto y de conocimiento de las personas que actuaban dentro de su misma esfera y ambiente, se puso claramente de manifiesto en su actitud inicial frente a Lenin y Stalin. Durante el período anterior a 1917, cuando Lenin iba ganando paso a paso la consideración indiscutida de jefe de la facción bolchevique, Trotsky seguía tratándole como a un ebogado quisquilloso y trapacero. Lo curioso no es que en el calor de las discusiones entre bandos distintos incurriera en claras injusticias (lo mismo hacía Lenin), sino que no parecía tener idea alguna de la talla del futuro artífice de la revolución. Más fácil es entender, en una fase más avanzada, su desdén por Stalin, pues, al principio, esta era la idea que predominaba en el partido. Pero incluso en 1923 y 1924, cuando Zinoviev empezaba a dar claras muestras de sentirse alarmado por el monopolio estaliniano de la dirección de la maquinaria del partido, y el testamento de Lenin comenzaba a interpretarse como un alarmado toque de atención, Trotsky seguía obstinadamente ciego respecto al extraordinario poder y talento del hombre que en el período subsiguiente tendría entre sus manos los destinos del partido y de Rusia.

Dadas las cualidades de Trotsky, quizá el rasgo más destacado de toda su carrera fuese la forma en que desde 1917 hasta la enfermedad y muerte de Lenin, apoyara sin reservas su jefatura y se plegara, sólo porque Lenin las hubiera aprobado, a las decisiones a las que él se había opuesto tan intrasigentemente. La relación de este período entre dos hombres que se habían atacado sin desmayo y se habían maltratado entre si durante más de diez años dice mucho en favor de ambos; la popular leyenda de «Lenin

y Trotsky» como dirigentes gemelos de la revolución tiene una firme base en los hechos. Pero la voz cantante era, en última instancia, la de Lenin, y no sólo porque el partido escuchara a Lenin, allí donde no escucharía a Trotsky, sino por razón del singular carácter de la relación personal entre ellos. Como los acontecimientos iban a mostrar, Trotsky se hallaba indefenso, como político, sin Lenin, mientras que para Lenin, Trotsky era tan sólo el primero de sus ayudantes. Pero en el funcionamiento de su relación, Trotsky tenía la supremacía en la ejecución y en ocasiones también su opinión era decisiva. A los ojos del público su papel parecía mayor de lo que era en realidad, llegando en ocasiones, especialmente en el extranjero, a eclipsar el de Lenin.

El primer volumen de Deutscher muestra a un Trotsky llegando a la cumbre de su triunfo. Su último capítulo, titulado «La derrota en el período de la victoria», presenta al protagonista «hundiéndose» en la tragedia de la pérdida de la ilusión por una democracia proletaria y en la aceptación de la militarización del trabajo, como objetivo político permanente. La tragedia de Trotsky viene así a ser el reflejo de la tragedia del régimen bolchevique. Sin duda el tema habrá de ser todavía más elaborado en ulteriores capítulos, por lo que el juicio final habrá que suspenderlo hasta entonces. Es ésta una biografía de gran porte, y aunque si es cierto que «una buena biografía se convierte por necesidad en un mal libro de historia» al centrar la atención en maneras de ser personales en vez de en los principales factores sociales, el historiador más estricto no osará eliminar de su obra el enigma humano de un personaje tan central en la revolución rusa como Trotsky. En este caso, la biografía es una contribución histórica fundamental.

2. El vencido

La primera entrega de la biografía de Deutscher, publicada hace cinco años, comprendía el período ascensional de su protagonista e interrumpía el relato en la primavera de 1921, estando Trotsky en el pináculo de la gloria y de su fama. La guerra civil, en cuya victoria desempeñó un papel tan activo, había

concluido. Lenin se hallaba en plenas facultades, con su salud intacta. Los nombres de Lenin y Trotsky iban por todas partes unidos como los artífices y héroes —o los villanos— de la revolución, y sus respectivos papeles considerábanse complementarios. Podían haber tenido divergencias en ocasiones anteriores, y continuaba habiéndolas, pero nadie dudaba de lo inquebrantable de su mutua confianza.

El descenso se inicia en esta época. Rejuvenecido por las glorias de la revolución y de la guerra civil, Trotsky nunca se sintió muy a gusto en la pedestre y a menudo descorazonadora empresa de la reconstrucción: la lucha contra la escasez, la apatía y la desorganización. La primavera de 1922, y su total incapacitación sobrevenida un año más tarde, le privaron del sólido puntal sobre el que habían descansado su destacada posición y categoría en el partido, mucho más de lo que él mismo sospechara. El segundo volumene de Deutscher abarca el período de la caída y concluye con su obligada salida de Rusia, sufriendo el exilio en medio de la vergüenza y el descrédito[2].

Si consideramos una tragedia la carrera política de Trotsky en su conjunto, y realmente adquirió dimensiones trágicas, este período fue el núcleo de la tragedia. Ahora bien, es éste un período difícil para el biógrafo. El héroe ya no es siempre una figura creadora. El quid de la caída de Trotsky estriba en que siempre estuvo situado a la defensiva y condenado a la pasividad. Se vio súbitamente asaltado por fuerzas que lo aturdieron, cuyo alcance tardó mucho en saber apreciar. O bien resistía denonadamente, o se entregaba: entonces, cuando ya desesperado se decidía a actuar, resultaba que lo había hecho equivocadamente. Desde luego, es cierto que Trotsky halló en Stalin un táctico político consumado, y que la capacidad intelectual y las grandes dotes de gobierno y organización de Trotsky no incluían la perspicacia política, el tacto para saber desenvolverse entre la gente y en cualquier situación, que es parte necesaria de las facultades de todo estadista o político de éxito. En este aspecto, la tragedia de Trotsky puede estimarse como una cualidad, o

[2] Deutscher, *The Prophet Unarmed*, Trotsky: 1921-29 (1959). Traducción castellana, *Trotsky. El profeta desarmado*, México, Era.

defecto. personal. y su desenlace como una simple lucha por el poder entablada entre fuerzas desiguales.

Pero Deutscher no es ese tipo de biógrafo que cae en la tentación de reducir la historia a un juego que combine un poco de suerte con algo de maña y cuyo resultado dependa de las aptitudes de cada jugador y de la suerte de las cartas. Es un escritor extraordinariamente brillante, con un estilo muy acusado y con esa apasionada y gran compenetración hacia su personaje que lo convierte en un biógrafo de primera fila. Cuenta asimismo con la pasión analítica del verdadero historiador, la eterna búsqueda a la pregunta ¿por qué? Y sus respuestas siempres se basan en amplios conocimientos y en agua observación. En su historia de la vida de Trotsky se hallan estrechamente ligados los factores personales, políticos y económicos. La biografía del hombre se convierte en una análisis de la sociedad.

La biografía de Trotsky de esta época comprende tres secciones. En la primera, incluso antes de la desaparición de Lenin, deriva paulatinamente hacia una postura de aislamiento respecto al grupo dominante. Concede gran importancia a su rechazo de la oferta formulada por Lenin en 1922, dós veces repetida, para ser designado vicepresidente del Sovnarkom y supone que este gesto de Lenin se encaminaba a designar a Trotsky como su principal lugarteniente y para contrapesar la designación de Stalin como secretario general del partido. La conjetura no es del todo convincente. La idea de equilibrar una designación del partido mediante una designación estatal, parece impropia; y, si Lenin hubiera deseado hallar la forma de aumentar el poder de Trotsky para hacerle su «segundo en el mando», no se habría limitado a convertirle en uno de los tres o cuatro vicepresidentes. Es absolutamente evidente que la firme negativa de Trotsky al plan se debía a su renuncia a verse situado en un plano de igualdad con Rykov, Tsyrupa y Kamenev. Pero la negativa aumentó la distancia entre él y los demás líderes, y cuando Lenin acabó desapareciendo de la escena por causa de su última enfermedad, resultó mucho más fácil para Zinoviev, Kamenev y Stalin constituir un triunvirato que excluyó a Trotsky. A partir de aquí, el triunvirato, recurriendo a tácticas que alternaban el halago con la intimidación, acabó apartando a

Trotsky no sólo de ellos, sino de sus potenciales defensores. Hacia el mes de enero de 1925 era un hombre derrotado, privado de sus cargos estatales, aunque no de los del partido y reducido a la impotencia más absoluta.

La segunda sección abarca el año 1925 y la primera parte de 1926, durante la cual Trotsky permaneció políticamente inactivo, desempeñando el papel de un miembro del partido leal y obediente dedicado a funciones públicas de segunda importancia. Luego, durante la primavera de 1926, se sumó a la entonces derrotada oposición de Zinoviev y Kamenev y se reanudó la lucha, esta vez en el interior del partido. Esta lucha se prolongó unos dieciocho meses, durante los cuales Trotsky, sus partidarios y sus nuevos aliados fueron paso a paso desposeídos de sus varios cargos en el partido, y en el XV Congreso del Partido, a finales de 1927, expulsados del partido mismo. Zinoviev y Kamenev se retractaron. Trotsky y sus más arriesgados seguidores escogieron el camino del exilio a apartados lugares de la Unión Soviética. Durante el año siguiente el hogar de Trotsky fue Alma-Ata, en los lejanos límites del Kazajstán. Luego, a fin de eliminar el peligro de que se convirtiera, incluso por correspondencia, en el foco de una nueva oposición, fue deportado del país. Al final del volumen lo encontramos embarcado en Odesa, con destino a Prinkipo.

En el plano personal la tragedia de Trotsky durante esos años reside en que, a diferencia de su primer periodo, cesó casi completamente de ser un hombre de acción. En los días heroicos de la revolución y la guerra civil había sido el dirigente. Ahora era el dirigido. En los choques de los años inmediatos la iniciativa no partiría de él: el campo de batalla y el momento de entablarla no los eligió él, sino sus adversarios. En el otoño de 1923, cuando el triunvirato lanzó la primera campaña contra él, permitió que lo tentaran con una apariencia de compromiso, desautorizó a los que le habían apoyado, y permaneció inerme ante sus asaltantes. Un año más tarde se volvía a repetir el mismo hecho. Cierto que la ocasión de la reanudación de la lucha fue la publicación del ensayo de Trotsky *Lecciones de Octubre*. Pero la historia deja bien sentado que fue el triunvirato quien decidió considerarlo como la señal para el comienzo de la batalla, y que Trotsky no enarboló su ensayo para comenzarla. Como antes, Trotsky fue cogido de

improviso y desprevenido ante la furia del ataque. En aquellos dos otoños su salud se vio quebrantada por el esfuerzo. Sucumbió ante una «misteriosa» enfermedad de imposible diagnóstico y se retiró bajo consejo médico al Cáucaso, para reaparecer recuperado cuando la crisis había concluido.

Tras el intervalo de dieciocho meses de inactividad, Trotsky se sumó a la lucha en junio de 1926, coaligado ahora con Zinoviev y Kamenev; pero como dice Deutscher, «la batalla fue comenzada en parte a instancias de Stalin». La historia de esta última lucha que duró hasta noviembre de 1927, está narrada por Deutscher con riqueza de detalles y observaciones muy atinadas. Sólo en una o dos ocasiones se halla uno tentado a formular reparos sobre algún punto secundario. En pleno debate de Moscú se publicó en el *New York Times* una traducción del texto completo del famoso «testamento» de Lenin. Max Eastman, que había sido el responsable de su publicación, dijo a Deutscher que recibió el texto de Suvarin (un miembro de la oposición que se hallaba en París, y al que Trotsky había desautorizado), con el ruego de que se publicara; y Deutscher admite como «indudablemente cierta» la «suposición» de que el ruego procedía de Trotsky. No se cita ninguna prueba en apoyo de semejante conjetura. Es bastante improbable que Trotsky no pudiera publicar el «testamento» en un periódico americano, o que hubiera recurrido a Suvarin como intermediario para tal propósito. Y a uno le gustaría contar con alguna prueba de la afirmación de que Zinoviev y Kamenev «en el decimocuarto congreso habían formulado nuevamente la petición de que se publicara su última voluntad, y que la repetían en cualquier oportunidad». Puede que sea cierto; pero parece bastante dudoso.

Es significativo en esta lucha desigual que, conforme la posición de Trotsky se iba haciendo más desesperada, creciera su fortaleza moral. En octubre de 1916, la oposición llevó a cabo otro intento fallido de retracción y compromiso que, de acuerdo con el precedente de la vieja táctica de Stalin, no llevó a una tregua, como Trotsky y Zinoviev esperaban confiadamente, sino tan sólo a un enardecimiento del combate. Pero éste fue el último de los actos de inútil y voluntaria sumisión de Trotsky. En 1927 se produjo la aparición de Trotsky en el Ejecutivo de la Internacio-

nal Comunista (el último debate público contra sus acusadores, y la primera incalificable e incondicional quema pública de sus naves), y la redacción de «el programa de la oposición», que rápidamente se convirtió en un documento prohibido que circulaba en la clandestinidad. En la crisis final, durante la que Zinoviev y Kamenev volvieron a desdecirse, Trotsky se mantuvo firme y desafiante, refutando el razonamiento (que él había utilizado repetidamente durante los tres años anteriores y que había frustrado toda su actividad) de que «el partido no puede equivocarse». Ahora proclamaba abiertamente que «era él y no el partido quien llevaba la razón». En el preciso instante en que su libertad de acción comenzó a verse amenazada, recuperaba su libertad de pensamiento.

El año transcurrido en Alma-Ata en incómodo y lejano retiro fue, pues, para Trotsky un período de reexamen y en cierto sentido de rehabilitación y autojustificación. En ininterrumpida correspondencia mantenida con otros miembros de la oposición exiliados en otras partes de la Rusia oriental y Siberia —especialmente con Raovsky, Preobrajensky y Radek—, pudo afirmar sin lugar a equívocos la postura que no había logrado defender con firmeza durante los azarosos años de Moscú. La correspondencia tiene sus momentos de futilidad. Sometida a las duras condiciones del exilio y del aislamiento, la oposición comenzaba a cuartearse, dividida por discusiones que representaban el primer anticipo de las disputas escolásticas entre las diversas sectas trotskistas, que iban a caracterizar los años treinta. Pero por regla general las cartas del período de Alma-Ata —publicadas ahora por primera vez gracias al rico depósito de los Archivos Trotsky en Harvard— son magníficos ejemplos de la poderosa inteligencia de Trotsky en acción, libre de los compromisos y respetos de mediados de los años veinte, inmersos en la compleja problemática de la revolución. Por el mismo motivo, es un campo que depara grandes satisfacciones al biógrafo. El último capítulo del libro de Deutscher es el más sólido y convincente, así como el más original. Sacado del material no publicado de los archivos, ha realizado un memorable análisis del dilema de Trotsky y de la revolución.

La base del dilema, como sucede en todo problema de la

revolución rusa, reside en la contradicción entre su programa y los medios disponibles para llevarlo a término. El programa de los bolcheviques incluía la industrialización y la democratización de Rusia (que en los demás países había sido obra de la revolución liberal o burguesa), como preludio a la creación de una nueva sociedad sobre la base de una economía y una democracia socialistas (que todavía no se había conseguido en ninguna parte); la debilidad de la burguesía y la quiebra del liberalismo ruso condujeron a un acortamiento de los dos procesos. La misma revolución había sido puesta en práctica por la acción de los obreros industriales de Petrogrado, en parte en forma espontánea, en parte organizada por el pequeño pero hábilmente dirigido Partido Bolchevique; pero su éxito no hubiera sido más que fugaz si Lenin no se hubiese apresurado a unir sus destinos con las ansias de tierra del campesino, añadiendo a su programa una redistribución de la tierra por medio de la expropiación.

Pero este fue sólo el comienzo de las dificultades. El virtual hundimiento de la economía y el Gobierno bajo la presión de la guerra, junto con el desencanto general, tornaron más fácil la toma del poder, pero infinitamente más arduo su ejercicio. La guerra civil, a la que vino a sumarse la intervención extranjera, completó el proceso de desintegración. Bajo tales circunstancias, ¿cómo iba «la dictadura del proletariado» o «el Estado obrero» a funcionar y sobrevivir? Los primitivos líderes bolcheviques, y en primer lugar Lenin y Trotsky, sólo tenían una respuesta. Invocaban el *deux ex machina* de la revolución mundial. Los proletarios de los países industriales más avanzados harían su revolución y vendrían en ayuda de sus hermanos rusos combatientes. La revolución rusa no podía pensar en asegurar su supervivencia de otro modo.

Hacia 1921 las perspectivas de la revolución mundial, de la revolución europea, de la revolución alemana (considerada siempre como el principal y primer eslabón de la cadena), iban esfumándose. El régimen revolucionario ruso demostró en medio de dificultades aparentemente insuperables, su capacidad de supervivencia. Pero ¿cómo había sobrevivido y cómo podía seguir superviviendo? La original debilidad del proletariado había aumentado aún más al verse sumergida en el proceso general de

desintegración económica; Petrogrado, el principal núcleo de la industria rusa, decaía. Como apuntaba Deutscher en el capítulo final de su primer volumen, «la clase obrera rusa se había mostrado incapaz de ejercer su propia dictadura». Sin embargo, era inconcebible que habiendo vencido los bolcheviques en la revolución y la guerra civil, abandonaran y confesaran su fracaso apenas lograda la victoria. El partido, que se había presentado siempre como la vanguardia de la clase obrera, tenía que seguir al frente. Pero sin representar, aunque ningún bolchevique lo admitiera ni aún para sus adentros, un proletariado existente: sería el depositario del proletariado del futuro. La senda a que apuntaba el Partido Bolchevique conducía al socialismo proletario a través de la industrialización.

Más que ningún otro, Trotsky se vio comprometido en esta empresa. Más que ningún otro entre los líderes aceptó la industrialización como la clave indispensable. En 1903 había denunciado ardorosamente la aceptación por parte de Lenin de la idea jacobina de liderazgo ejercido por una minoría honesta e ilustrada. Ahora la aceptaba sin discusión y aparentemente sin percatarse de su incongruencia. Respaldó sin reserva alguna las medidas adoptadas a instancias de Lenin por el congreso del partido en marzo de 1921, destinadas a reforzar la disciplina del partido y a prohibir la formación de facciones y grupos en el seno del partido, medidas inspiradas en parte por el reciente sobresalto del motín de Konstadt, así como por la creencia de que la distensión de la dictadura económica bajo la NEP, aunque necesaria para lograr la recuperación, expondría al partido y al régimen a nuevos riesgos políticos. A lo largo de los seis años siguientes no sólo se sintió cohibido por su afirmación de que «el partido no podía equivocarse», sino por su lealtad a una prohibición que le impedía constituir una oposición. Ni siquiera atacó nunca directamente la legitimidad de la prohibición. Hasta el final no se pudo unir a los centralistas democráticos, o cedemistas —los últimos residuos de una primera oposición—, que se hallaban en desacuerdo concretamente sobre las bases de la organización del partido. En el período más crítico de la lucha, Trotsky siempre atacó a Stalin por seguir políticas erróneas, nunca por aplicar falsos principios de disciplina del partido que sirvieran para imponerlas.

Incluso en Alma-Ata persistía el dilema. Antes del golpe final, Trotsky se había visto obligado a denunciar la persecución de sí mismo y de sus partidarios, los métodos poco escrupulosos empleados por Stalin y «el estrangulamiento del partido» por la burocracia de Stalin. Pero esto era secundario dentro del ataque fundamental a la política de Stalin, por su apoyo a la China de Chiang Kai-chek, su alianza con los dirigentes sindicales británicos representada por el Consejo Sindical Conjunto Anglo-Soviético, la línea del «socialismo en un solo país», y sobre todo por la tolerancia del kulak. Cuando, no obstante, inmediatamente después del exilio de Trotsky en Alma-Ata, Stalin arremetió contra los kulaks y dejó bien sentado que se hallaba en desacuerdo con el ala derecha del partido dirigida por Bujarin y Rikov, Trotsky todavía se vio más asaltado por las dudas, y ello se reflejó en las filas de sus partidarios.

Para un hombre con la honestidad y la pasión intelectual de Trotsky por el análisis político, el dilema de si había que combatir a Stalin o apoyarlo no podía ya resolverse con un simple «sí» o «no». Si Stalin había pasado ahora a defender la línea que siempre había defendido la oposición —de resistir al kulak e impulsar hacia adelante la industrialización y la planificación—, miemtras Bujarin y Rikov continuaban defendiendo la tolerancia del kulak, a uno no le quedaba más que apoyar el curso «izquierdista» de Stalin sin dejar de montar la guardia. Por otro lado, había que seguir combatiendo a Stalin sobre la cuestión de la libertad dentro del partido y la democracia proletaria, cualquiera que fuese el sentido exacto que Trotsky atribuyera a esas frases. Tal era la «doble actitud» que Trotsky aconsejaba por carta a los miembros dispersos y exiliados de la antigua oposición, y no se trataba tan sólo de la réplica de lo que Deutscher denomina «flexibilidad dialéctica» a una «situación ambigua». Era el reflejo de esta dramática incompatibilidad entre fines y medios, que constituye el eterno problema del estadista y del historiador. La línea de Stalin iba encaminada, consciente o inconscientemente, a «desarraigar la barbarie por medios bárbaros». Trotsky quería desarraigar apasionadamente la barbarie: una Rusia modernizada, occidentalizada, le parecía una meta esencial de la revolución, una condición esencial del socialismo. Pero retrocedió ante los medios,

aunque en el pasado parecía haberlos apoyado por considerarlos los únicos medios al alcance. Y no podía rechazar aquella meta.

Estas vacilaciones y matices que tan poco servían para la puesta en marcha de una política práctica, eran poco atractivas para la masa de los miembros de la oposición en el exilio. No sólo los cedemistas pedían una política de «todo o nada», considerando que se quería combatir a Stalin de manera efectiva había que atacarlo simultáneamente en todos los frentes y con cualesquiera aliados, sino que también estaban los que adoptaron el enfoque contrario y confiaban, a pesar de todo, en que el giro de Stalin hacia la izquierda era el preludio de una reconciliación con la oposición, cuya ayuda necesitaba en la lucha contra la derecha bujarinista. Es probabla que el propio Stalin se aprovechara de esta idea: semejante maniobra iba de acuerdo con su carácter y antecedentes. Pero en la práctica demostró fuerza suficiente para no tener necesidad de recurrir a una amnistía general de la oposición, y se contentó con sobornar a algunos miembros de la oposición, o a pequeños grupos de ésta, de forma que, a la vez que los humillaba, los plegaba a sus propósitos.

Los intelectuales que en la primavera de 1928 comenzaban ya a propugnar la conciliación con Stalin se engloban en dos categorías. La primera estaba representasa por Preobrajenski, siempre más teórico que político, un hombre de acción, el más original y agudo pensador de la economía que el régimen produjera, quien en 1924 había comenzado a analizar la doctrina de «la acumulación socialista primitiva» y a demostrar que la industrialización bajo las condiciones rusas implicaba la explotación de la economía campesina. Preobrajenski argüía que la oposición, con su superior perspicacia, había sido el verdadero y consciente intérprete de la necesidad histórica. Stalin se había sometido ahora a esta necesidad, aunque sin duda en forma falseada. Pero la oposición también erró en el pasado exagerando el peligro proveniente de la derecha y el compromiso personal de Stalin con ésta. Preobrajenski quería conseguir el permiso oficial para una conferencia de la oposición en el exilio, con la intención de modificar su programa de acción.

En la segunda categoría, Radek era el representante más eminente. Radek, y al igual que él muchos otros que no eran

principalmente pensadores ni teóricos, halló en el aislamiento y la inactividad del exilio un tedio intolerable, y ahora que Stalin gravitaba hacia la línea tanto tiempo proclamada por la oposición, se aferraba ávidamente a esto con el pretexto de hallar una forma de la reconciliación que los devolviese a la vida política activa. Pero era inconcebible que Stalin y sus seguidores de Moscú fuesen reemplazados por la oposición fuera de la ley, y se convirtieron en ejecutores de su política, pero prescindieron de ellos. De aquí que un sector de la oposición se mostrase ya impaciente en el verano de 1928 y se hubiesen sembrado las semillas de una futura retractación. Trotsky se opuso a Preobrajenski y Radek, sufriendo las críticas de ambos, aunque fue a la vez culpado por los irreconciliables de no denunciar en términos suficientemente enérgicos las traidoras propuestas de parlamentar con Stalin. Mientras Trotsky permaneción en Alma-Ata y tuvo libertad para mantener correspondencia con sus partidarios, se las arregló para mantener unidos a los exiliados, o cuando menos, para evitar una ruptura abierta; y sólo se produjeron defecciones aisladas durante este primer año. Pero Stalin censuró la correspondencia en octubre de 1928, cortando los vínculos con sus seguidores; y tres meses más tarde se dictó y ejecutó la sentencia de expulsión de la Unión Soviética. Una vez más Trotsky se había convertido en el lobo solitario, adentrándose en el período de su vida que Deutscher narrará en un tercer volumen, *The Prophet Outcast*.

El subsiguiente curso de la vida de Trotsky, con sus intermitentes e infrustuosas tentativas de reconstruir una oposición coherente y organizar una política coherente, tan sólo subrayaba el dilema, sin hacer nada por solucionarlo. «El monopolio bolchevique del poder, tal como lo habían establecido Lenin y Trotsky (escribe Deutscher como conclusión), halló en el monopolio de Stalin su afirmación y su negación: y cada uno de los dos antagonistas insistían en un aspecto distinto del problema». Y: «El dominio de una sola facción constituía ciertamente un abuso, así como la consecuencia del dominio de un solo partido». Mientras Stalin introdujo un marxismo distorsionado por «todo lo que había de primitivo y arcaicamente semiasiático en Rusia», Trotsky permaneció fiel al «marxismo clásico», que le

había traicionado sólo a causa de «los fracasos del socialismo en el Oeste». No es menos cierto que en el comienzo de su carrera, Trotsky predijo con claridad «la consecuencia del dominio de un solo partido», y que lo aceptó cuando llegó la ocasión como el medio indispensable de lograr bajo determinadas condiciones el objetivo de la revolución. En este sentido se sometió a la necesidad histórica del estalinismo, al menos en su fase inicial.

Al cabo, Trotsky no sólo se vio obligado a afirmar el derecho a llevar razón frente al partido, sino incluso frente a la historia. Trotsky se consideró muy a menudo el portavoz de la historia, condenando en su nombre a sus oponentes derrotados. Ahora la historia se había vuelto contra él, y Stalin podía invocarla a fin de desacreditarle y relegarlo al olvido. Al final de su autobiografía, Trotsky cita, acompañada de excusas por el «leve regusto de elocuencia eclesiástica», una carta de Proudhon proclamando su reto al «destino». Deutscher, con una justificación similar por la tendencia subyecente de un «romanticismo subjetivo», acude a Nietzsche.

> Si quieres una biografía, no busques una con la leyenda «Fulano de Tal y su época», sino aquella en cuya portada pueda escribirse «Un luchador contra su tiempo»... Afortunadamente la historia también mantiene vivo para nosotros el recuerdo de los grandes «luchadores contra la historia», es decir, contra el ciego poder de lo actual.

«Hermosas palabras», dice Trotsky. «Magníficas palabras», dice Deutscher. Pero este recuerdo a Proudhon y a Nietzsche, ¿no indica acaso que nos encontramos con una categoría que el marxismo clásico no ha logrado explicar?

3. El desterrado

El tercer y último volumen de la bografía de Deutscher sobre Trotsky, *The Prophet Outcast*, remata el notable monumento de una de las más notables figuras históricas del presente siglo[3].

[3] I. Deutscher, *The Prophet Outcast. Trotsky: 1929-40* (1963). Traducción castellana, *Trotsky, El profeta desterrado*, México, Era.

Trotsky fue un hombre de enorme vitalidad y muy versátil. Fue pensador y hombre de acción, orador y hombre de letras, en cuyas actividades sobresalió. También fue un hombre temperamental. Podía ser romántico y melodramático, realista y duro. Hacer justicia a un personaje tan polifacético constituía una difícil y comprometida tarea para un biógrafo. A estas alturas apenas es necesario señalar que Deutscher la ha llevado felizmente a término. El último volumen confirma y aumenta la fama que le proporcionaron los dos volúmenes anteriores.

El tema del tercer volumen, que se inicia con la expulsión de Trotsky de la Unión Soviética a comienzos de 1929, difiere forzosamente un tanto de los dos primeros. El primer volumen presentó a Trotsky en la cumbre de su triunfo y en la cima de su carrera. El segundo fue una crónica de una lucha febril y constante y —cabría decir— de una gloriosa derrota. En el tercer volumen el hombre de acción se ve reducido a una impotencia desafiante y ocasionalmente quejumbrosa. Conforme ve discurriendo la última década de su vida, se va aislando cada vez más. Ya no es, como en sus días de gloria, el blanco exclusivo de sus enemigos declarados, de las fuerzas del mundo capitalista y de las estalinistas patrias dispuestas para la lucha. Sus partidarios empezaron a claudicar —unos volviendo al redil estalinsta, otros renunciando a su pasado marxista y haciendo las paces con los poderes de los países occidentales—. El final acabó en tragedia, no tanto por la forma de su muerte a manos de un asesino, como por la situación a la que se había visto forzado a llegar. Pero como en toda tragedia verdadera, el final tuvo un elemento de nobleza que combinaba la piedad y el terror.

Un rasgo distintivo del tercer volumen es la utilización por Deutscher de la así llamada «sección secreta» de los Archivos Trotsky. Cuando los Archivos quedaron a disposición de los estudiosos en la Houghton Library de Harvard a finales de los años 1940, se reservó una importante sección de correspondencia con sus partidarios y de la correspondencia y documentos familiares y referentes a sus actividades, todo perteneciente al período del exilio, aparentemente como resultado de una petición del propio Trotsky, basándose en la suposición de que su publicidad podía comprometer o crear dificultades a cuantos con

ella estaban relacionados, sección a la que no se tendría acceso hasta 1980. Afortunadamente Deutscher pudo obtener la autorización de la viuda de Trotsky para inspeccionar aquellos documentos. Con su muerte, acaecida mientras se estaba escribiendo este volumen, desapareció la última persona interesada en la correspondencia puramente familiar. Por otra parte, la situación ha cambiado tan radical y rápidamente desde la segunda guerra mundial, que los documentos políticos no contienen nada —acaso con una o dos excepciones— que no pueda ser divulgado sin plantear problemas ni disgustos. El resultado es una biografía de excepción y, que sepamos, completa, publicada en un plazo de tiempo desacostumbradamente corto tras el fallecimiento del protagonista.

Las relaciones de Trotsky con su segunda mujer, que le acompañó durante todo su exilio y fue su devota compañera hasta el fin, fueron casi uniformemente armoniosas. Apenas hay que mencionar nada de su vida privada, salvo la trágica suerte de sus hijos, que de una u otra forma se vieron envueltos en la persecución contra él y contra aquellos que llevaban su nombre: todos murieron antes que él. Sus documentos, revelados ahora por primera vez, ponen de relieve pocos nuevos hechos de importancia, excepto quizás el circunstancialmente tempestuoso carácter de las relaciones con su hijo Lyova, que defendió la causa de su padre y figuró al frente de sus intereses en París durante todo el período de exilio hasta su muerte, acaecida en 1938 en extrañas circunstancias. Trotsky, cuya natural impaciencia e impetuosidad de carácter habían ido agudizándose con su terrible sensación de aislamiento, reaccionaba con aspereza ante cualquier muestra de retraso o deficiencia en la ejecución de sus órdenes, y prorrumpió en reproches que parecen haber sido totamente infundados. Estos le causaron luego grandes remordimientos, aunque según todas las apariencias, sólo constituyeron una sombra pasajera en medio de la natural devoción que unía a padre e hijo.

Las sucesivas etapas del peregrinaje de Trotsky durante los años de exilio —Prinkipo, Francia, Noruega, Méjico— quedan detalladamente reseñadas por Deutscher y distinguidas adecuadamente. Paradójicamente, fue en los países democráticos de

Europa occidental en donde estuvo expuesto a una persecución más directa y pertinaz, mostrándose Turquía y Méjico, en cambio, los anfitriones más tolerantes e indulgentes. Durante los tres años y medio de estancia en Prinkipo, aislado del mundo pero con relativa tranquilidad, escribió sus dos obras más extensas, cuidadosamente ponderadas y perfiladas: su autobiografía y la *Historia de la Revolución rusa.* En Francia fue acosado por todas parte, y el trato de sus reticentes anfitriones dependía de cualquier indicio, de rumor, opinión política o presión, procedentes de Moscú. En Noruega se repitió la misma experiencia a escala más reducida. Trotsky no desaprovechó ninguna oportunidad, y en aquellos años tubo muchas de exhibir su mordaz elocuencia contra las falaces hipocresías de la libertad y de la democracia burguesas.

La otra cara no era, sin embargo, totalmente despejada ni oportuna. El período que Trotsky pasó en Prinkipo era el de la gran depresión económica del mundo capitalista y el de la colectivización e industrialización acelerada de la Unión Soviética. Muy pronto densos nubarrones comenzaron a oscurecer el horizonte; pero ni la tensión política ni las potencialidades revolucionarias llegaron a materializarse todavía. Los años de 1933 a 1936 —los que Trotsky pasó en la Europa occidental— fueron tiempos en que todas las metas políticas acariciadas corrían peligro de ser barridas por la corriente. Hitler estaba asestando golpes demoledores a los cimientos de la democracia occidental. Francia se veía amenazada por el fascismo. La Unión Soviética iniciaba el período de las grandes purgas del país, a la vez que tendía desesperadamente las manos hacia el Oeste mediante la política del frente unido.

En medio de esta zozobra, Trotsky aparecía como un personaje aislado, enigmático y amenazador. En cualquier plano y nivel Trotsky era el enemigo declarado del hitlerismo y de Hitler. Nadie denunció más clara e incondicionalmente la toma del poder por los nazis ni su régimen; nadie predijo tan penetrante y exactamente como Trotsky adónde llevaría la situación. Mas Trotsky era también el demonio de la mitología estalinista. Stalin representaba el blanco más formidable de las denodadas invectivas de Trotsky, si bien éste seguía proclamando su solidaridad con

la revolución y con el «Estado obrero» en el terreno internacional. Su hospitalidad hacia las democracias y el capitalismo occidentales era irremisible; su postura no encajaba en ninguna de las categorías del pensamiento político occidental. No era fruto del azar el que continuase siendo un desarraigado, ajeno al mundo occidental. Gran Bretaña y los Estados Unidos fueron al menos consecuentes y mantuvieron con firmeza su decisión de no dejarle entrar en el país.

Tampoco es menos cierto que desde el momento de la subida de Hitler al poder —aproximadamente las fechas del paso de Trotsky a Europa occidental—, y, sobre todo, desde el instante en que se iniciaron en Moscú las purgas, Trotsky no sólo consideró intolerable el silencio, sino, incluso, la no intervención, por lo que se adentró nuevamente en la refriega política, publicando manifiestos, reagrupando a sus adeptos y finalmente fundando la Cuarta Internacional. Este parecía un paso lógico. Así como el hundimiento de la Segunda Internacional en 1919 impelió a Lenin a promover la creación de la tercera, de la misma forma, en los años 1930, el todavía pedir con urgencia la constitución de una cuarta. No es preciso señalar las múltiples diferencias entra ambas situaciones. Por entonces, Deutscher pertenecía a un grupo de trotskistas polacos que se oponían al movimiento. Torna Deutscher a censurarlo y apenas se aprueba los intentos de Trotsky de organizar políticamente a sus seguidores. Aunque, repetimos, las situaciones no tenían posible comparación, ello lleva a demostrar que, incluso en una fase más temprana de su trayectoria, faltaban a Trotsky las dotes para la acción política, en la acepción más estricta del término: el sentido de la oportunidad, la visión de lo posible. Su diagnóstico de las situaciones políticas era soberbio. Los pasos con los que fijaba su posición y proclamaba sus principios, magníficos. Allá donde hubiese un cometido que realizar, si lo sentía realmente, lo llevaba a término con sin igual energía, valor y eficacia organizativa. Su talón de Aquiles seguía siendo la falta de visión para el inicio de la acción política en el momento adecuado.

Sin embargo, aun cuando sería absurdo negar a Trotsky sus cualidades de hombre de acción, el presente volumen y la última fase de su carrera le presentan forzosamente y ante todo como

pensador y escritor. La última cuestión que resta al examinar la Revolución rusa y sus consecuencias, es la del papel que en ella desempeñó Trotsky. Sobre este extremo Deutscher y su personaje están en completo acuerdo, y la respuesta a esta cuestión constituye también la declaración del credo político del autor. Trotsky aparece ante nosotros como el paladín del «marxismo clásico», inspirador y fuerza impulsadora de la Revolución de octubre de tiempos de Lenin, pero de la que la revolución, bajo Stalin, se apartó desgraciadamente. Trotsky, casi en solitario, mantuvo en pie el modelo del marxismo clásico en el período de su eclipse. Lo sucedido desde la muerte de Stalin supone un intento parcial, confuso y equívoco de contrarrestar el pasado estalinista y volver a la buena senda. Pero la tentativa dista mucho de ser completa. Un día, «aunque quizás no antes de que los envejecidos epígonos de Stalin hayan desaparecido de escena», se rehabilitará la memoria de Trotsky en la Unión Soviética. Este será el símbolo decisivo: «Con ello, el Estado obrero anunciará que por fin ha llegado a su madurez, roto sus trabas burocráticas y vuelto a abrazar el marxismo clásico que había sido proscrito juntamente con Trotsky».

Los dos postulados del marxismo clásico a los que Trotsky se aferró con tenacidad indesmayable fueron los de que la consecución de la revolución que derrocase al capitalismo sería la obra del proletariado y que la revolución alcanzaría dimensiones internacionales y no quedaría limitada a un solo país. Durante todos los años de exilio continuó aduciendo que, a pesar de todos los abusos y desviaciones, había que considerar a la Unión Soviética como un «Estado obrero». La polémica contra el «socialismo en un solo país» de Stalin, quedó aún más profundamente arraigada en su mente, y cuando en la década de 1930 previó con gran intuición una segunda guerra mundial, en la que la Unión Soviética se vería inevitablemente envuelta, predijo una derrota segura del Ejército soviético, salvo que la guerra provocara la revolución en Europa y «el régimen soviético estuviera dotado de mayor estabilidad que el régimen de sus probables enemigos».

Los resultados inmediatos de la contienda, tal como dice Deutscher, poca satisfacción hubieran dado a las ideas de Trotsky de haber vivido éste para verlo. La revolución extendió en verdad

su ámbito a Europa oriental, pero en calidad de «revolución desde arriba» impuesta por la fuerza de las armas. La revolución china. si bien llevada a término en forma espontánea y sin aportar Moscú más que la inspiración ideológica, era una revolución campesina erigida sobre las ruinas del movimiento revolucionario proletario de una generación anterior. Nada de esto abona una defensa del marxismo clásico en el sentido trotskista; e incluso en Italia y Francia, los débiles coletazos revolucionarios pronto se aquietaron. Nada de ello apaga necesariamente la fe de Trotsky en el futuro. «Cuando lo que está en juego son los más profundos cambios de los sistemas económicos y culturales, veinticinco años pesan menos en la historia que una hora en la vida de un hombre»; y el mandato de Stalin puede quizás antojarse lo que Trotsky denomina una «adjudicación episódica». Mas asegurar esto es un acto de fe. La reacción contra el estalinismo de los diez años últimos es, sin género de duda, significativa. Pero sus rasgos pueden interpretarse de muchas maneras. Lo mismo cabe afirmar del actual enfrentamiento entre Pekín y Moscú.

El que todos estos problemas hayan podido ser planteados por la trayectoria y los escritos de Trotsky en forma imposible de eludir, constituye un atributo a su grandeza. Incluso desde nuestra incompleta perspectiva actual sería imprudente negar que el curso de los acontecimientos a que la revolución de 1917 dio lugar (y hasta el punto en que en historia puede señalarse una fecha precisa a cualquier origen), ha establecido la pauta histórica decisiva del presente siglo. No obstante, el historiador imparcial y con sentido crítico todavía puede quere reconsiderar más a fondo el concepto de «marxismo clásico», y, aun admitiendo plenamente la validez de gran parte del análisis marxista y el papel fundamental que desempeñó en la Revolución rusa, inquirir hasta qué punto el episodio estalinista puede ser justamente interpretado como una «adjuración» de esta idea, o por qué hay que considerar que el porvenir de la revolución se halla en la vuelta a tal concepción.

En la actualidad el marxismo clásico tiene tras de sí cien años de historia, y contaba sesenta o setenta cuando, en su encarnación lininista, sirvió para prender el fuego de la revolución en 1917. Pero la revolución acaeció en un país al que Marx nunca había atribuido el papel de jefatura revolucionaria, un país en el que la

clase obrera era con mucho más débil y menos desarrollada que aquel género de «proletariado con conciencia de clase», cuya dictadura había previsto confiadamente, y en el que las condiciones económicas diferían ampliamente de la época dorada del capitalismo privado, bajo la cual Marx escribió. Tampoco se niega la validez de las previsiones de Marx sobre el proceso económico y político ni su aplicabilidad a la Revolución rusa. Pero hubiera sido una asombrosa anomalía que esa revolución tan lejana en el tiempo y el espacio de todo lo que Marx conoció se hubiese ajustado hasta en sus más mínimos detalles a las normas del marxismo clásico. Confesar que esto no fue así no supone rebajar a Marx. Pero achacar esta falta de conformación a su teoría a una «abjuración», que comenzó con Stalin y cabía esperar que acabase con él, parece un enfoque peligrosamente antihistórico, difícil de conciliar con el propio marxismo.

Los historiadores que, cual Trotsky y Deutscher, se toman seriamente su labor, son los más llamados a verse envueltos en dificultades, si sucumben a la tentación de las suposiciones históricas. Deutscher censuraba a Trotsky por haber escrito en su *Historia de la Revolución rusa* (y repetido aún más categóricamente en otros lugares), que, si Lenin no hubiera conseguido volver a Rusia en 1917, la oportunidad dorada de la revolución puede que se hubiera perdido «durante muchos años». Deutscher, en vez de estimar insustancial y carente de sentido este *obiter dictum*, se muestra impaciente al parecer por afirmar la proposición contraria, y cita aprobatoriamente la observación de Plejanov de que si a Robespierre, en enero de 1793, le hubiera caído un ladrillo en la cabeza y le hubiera matado, alguna otra persona habría ocupado su lugar, y el curso de los acontecimientos no se habría detenido. Pero esto ¿no es tanto como decir que si Stalin hubiera muerto accidentalmente o hubiese sido depuesto de su cargo de secretario general del partido tras la muerte de Lenin, con uno u otro dirigente habrían ocurrido casi las mismas cosas y que lo que conocemos con el nombre de «estalinismo» lo llevaba aparejado la propia situación histórica? Lo cual nos lleva verosímilmente a deducir que el estalinismo no fue algo puramente accidental ni una apartamiento episódico de la línea marxista, sino que el proceso histórico ha dado un mentís al «marxismo clásico».

El historiador puede muy bien prescindir de estas retorcidas disquisiciones que se promueven cuando uno se adentra en el campo de las fantasía. Las consecuencias de la Revolución rusa fueron extraordinariamente complejas. Los motivos y propósitos de los dirigentes de procedencia marxista. la herencia del pasado ruso, las condiciones económicas del presente, todos fueron factores que intervinieron de manera destacada, y a veces en conflicto entre si, en la configuración de las soluciones finalmente adoptadas. El historiador se esforzará por desenredar los diferentes cabos de la madeja y separar lo importante de lo secundario. Pero su importancia sólo puede surgir a la superficie durante el proceso analítico; no puede depender de posiciones dogmáticas derivadas de muy distintas condiciones del pasado. Por espacio de más de una generación de marxistas el término «revisionismo» ha sido una palabra insultante; muy a menudo ha servido de pantalla a quienes querían apartarse totalmente del marxismo o de la acción real. Sin embargo, ya parece ser hora de emprender un replanteamiento a fondo de algunos de los postulados del marxismo a la luz de la experiencia del siglo XX, no al objeto de abandonar las ideas ya consagradas por el tiempo, sino para profundizar en ellas y desarrollarlas. Desde este prisma, la tragedia de Trotsky es la tragedia de un marxista «clásico» a merced de las olas de un mundo que ya no era el del marxismo clásico.

Al libro de Deutscher corresponde el mérito de plantear esos problemas tan decisivos del mundo de hoy. Este último volumen de la trilogía muestra a su héroe privado de todo medio de acción eficaz: y su personaje refleja necesariamente el cambio. Cuando el tema lo permite (los sucesivos viajes de Trotsky como exiliado perseguido que va de guarida en guarida, los complots contra su familia y sus partidarios, los preparativos para su asesinato) el estilo se torna intenso y dramático como nunca. Pero la impresión más acusada que deja este volumen final es el del enfrentamiento del autor, al igual como se enfrentó el mismo Trotsky, con los profundos problemas de la Revolución rusa y de su destino: sus victorias y sus fracasos, sus proezas y sus excesos. Hay que felicitar a Deutscher por haber llevado a feliz término una empresa tan importante.

LA REVOLUCION INCONCLUSA

La Revolución de octubre de 1917 puede conmemorarse con toda propiedad en su cincuenta aniversario como el acontecimiento más importante del siglo XX. Es improbable que ocupe un lugar de menos relieve en la historia del futuro que la Revolución francesa, de la cual fue en algunos aspectos el resultado y la culminación. Si reflexionamos sobre el estado de la historiografía de la revolución francesa existente cincuenta años después de los hechos (el primer intento creador de considerarla como un gran fenómeno histórico, *La Revolución francesa*, de Carlyle, apareció en 1937), no nos desanimaremos tanto ante las palmarias deficiencias de las obras históricas actuales. Cuando tantas cosas —tanto para mal como para bien— han provenido directa o indirectamente de un hecho histórico tan fuera de los corriente, y cuando ha suscitado tantísimas pasiones y lastimado tantísimos intereses, medio siglo es un corto espacio de tiempo para situarlo en su debida perspectiva.

La decisión de Isaac Deutscher de pronunciar las conferencias trevelianas de 1967 en Cambridge, constituía una clara invitación a commemorar el quincuagésimo aniversario (que casualmente coincidía también con el centenario del primer volumen de *Das Kapital*), con un examen de los logros y del significado de la revolución. Deutscher hace una digna aportación con las conferencias publicadas ahora bajo el título *La Revolución inconclusa*[1].

[1] I. Deutscher, *The Unfinished Revolution. Russia 1917-1967* (1967). Trad. castellana, *La revolución inconclusa* (México, Era).

Los lectores que conocen sus biografías de Stalin y Trotsky no necesitan que se les recuerde la vivacidad y energía de su estilo; el tema va discurriendo dentro de los estrechos límites de su breve estudio con la misma fuerza y convicción que en sus obras mayores. Los lectores advertirán también idéntica combinación de fe en el destino final de la revolución con una visión de la vida esencialmente humanitaria. Los antecedentes marxistas de Deutscher le permiten conservar un optimismo y una confianza en el progreso que, en el mundo occidental, son más peculiares del siglo XIX que de la época presente. La trascendencia que ello encierra para el historiador de la Revolución rusa puede determinarse estableciendo la diferencia entre el torpe y envidioso desprecio de sus logros por parte de muchas versiones occidentales y el enjuiciamiento simpatizante, si bien hondamente crítico, de Deutscher.

El punto de partida debe basarse en el reconocimiento de la magnitud de la tarea a que hace cincuenta años hubieron de enfrentarse los bolcheviques que en Petrogrado se hicieron con el poder. De un tiempo a esta parte se viene considerando de buen tono destacar los conocimientos de la industrialización rusa de los años 1890, bajo Witte, pretendiendo que Rusia ya había empezado a industrializarse antes de 1914 y que lo que la revolución hizo fue continuar —y quizá temporalmente retrasar— el proceso. Desde más de un punto de vista, esto no es más que una fantasía contraria a la historia. Witte perdió el favor del zar —y el ministerio— en 1903, de forma que hacia 1914 la mayor parte de sus directrices habían quedado sin fuerza que las impulsara. La oposición de los intereses terratenientes, que fueron los que provocaron la caída de Witte, hubiera resultado fatal para cualquier desarrollo industrial de largo alcance. Un desarrollo tan sólo podría haberse producido a costa de su forma de vida y de la sociedad semifeudal que representaban. La modernización de la economía rusa sólo pudo ponerse en marcha tras su derrocamiento por la revolución. La industrialización de las décadas de 1890 proveyó de una base estimable —particularmente de una elemental aunque limitada red ferroviaria y una industria pesada en cierne— de la que partir para obras posteriores. Ello precipitó la revolución —quizá incluso la hizo posible— gracias a la creación

de un proletariado fabril escaso, pero concentrado. Sin embargo, faltaba el fundamental impulso que la revolución impartiría al proceso.

La industrialización llevada a cabo por los bolcheviques difería profundamente en otro aspecto más de la labor iniciada por Witte. Deutscher cita los porcentajes de capital extranjero invertido antes de 1914 en algunas de las industrias rusas principales: «Los accionistas occidentales poseían el 90 por 100 de las minas rusas, el 50 por 100 de la industria química, más del 40 por 100 del capital bancario». De igual modo como la economía india ha padecido durante estos últimos veinte años de las distorsiones creadas por el legado de las anteriores británicas, la configuración de la industria rusa fue moldeada por el inversor extranjero que aportaba el capital, aquí el motivo principal de la distorsión fue el militar. Deutscher subraya que fue la dependencia rusa del capital extranjero la que obligó al Gobierno provisional ruso de 1917 a proseguir la guerra, acelerando la revolución bolchevique. Esto quizá sea una exageración. Pero es evidentemente cierto que el retraimiento del capital extranjero después de la revolución, aunque constituyó la fuente de enormes apuros y dificultades, influyó decisivamente en el trazado de las vías por las que el proceso de industrialización hubo finalmente de discurrir; y, a pesar de su inmenso coste humano y material, es difícil descubrir cualquier otra vía que hubiese elevado tan rápidamente a Rusia y a su pueblo a sus actuales niveles, industrial y de bienestar material.

Es realmente difícil apreciar en debida forma la magnitud y la asombrosa celeridad de este proceso, iniciado en un país devastado por siete años de guerra internacional y civil, e interrumpido por una nueva guerra asoladora. El síntoma más patente de lo que se ha conseguido es lo que Deutscher llama «la urbanización en masa de la URSS». El incremento de la población urbana desde 1917 en 100 millones significa que los habitantes de las ciudades que antes de la revolución alcanzaban el 15 por 100, se aproximan ahora a la cifra del 60 por 100. La migración masiva del campo a la ciudad, la transformación del campesino en un obrero fabril o en un empleado, que ha representado el principal factor de este cambio, ha sido uno sólo,

naturalmente, entre los elementos de un proceso más amplio. La alfabetización alcanzó a la población en su totalidad, incluidos los pueblos no rusos de las regiones situadas más allá de la Rusia europea y del Asia central. La educación está al alcance de todos y la educación superior al alcance de muchos. Hombres y mujeres, cuyos padres y abuelos fueron campesinos y sus bisabuelos siervos, utilizan, proyectan e inventan las máquinas modernas más complicadas. En el espacio de cincuenta años un pueblo atrasado y primitivo ha sido capaz de erigir por sí mismo un nuevo tipo de vida y una nueva civilización. La magnitud, el alcance y la rapidez de este avance sin duda carecen de paralelo.

Sería equivocado silenciar —y Deutscher no se halla tentado a hacerlo— el precio de la opeeración en sufrimientos humanos ni otros de sus aspectos más discutibles. Las cargas más inhumanas cayeron sobre los campesinos, que formaban el grueso del pueblo ruso. La supresión del exceso de población del campo, la reorganización de la agricultura y la introducción de métodos de cultivo modernos y en gran escala constituían una necesidad para que el país avanzase y ocupara su lugar en el mundo moderno. El rigor y las brutalidades con que dicha tarea se llevó a efecto pueden explicarse por las circunstancias en que fue emprendida y en especial por la debilidad del régimen en el campo y la enajenación del campesino con respecto a aquél, pero han dejado su mácula en la historia soviética posterior. El aumento de los conocimientos, la ilustración y la complejidad científica, aun con todo lo real e inmensamente significativa que ha sido, ha tenido lugar dentro de un marco ideológico rígidamente delimitado y con el acompañamiento de una tenaz persecución de las opiniones discordantes; y aunque se han hecho patentes síntomas parecidos en algunos de los grandes movimientos intelectuales del pasado dentro del mundo occidental, el grado de regimentación intelectual en la Unión Soviética —en parte debido al alcance y a lo súbito de la explosión, y en parte a las modernas facilidades técnicas— ha sido extraordinariamente rígido y severo. Las ambigüedades de la desestalinización han sacado a la luz la lucha subyacente. Es significativo y acaso alentador que la controversia sobre el grado de libertad intelectual necesario y permisible ha sido mantenida por la prensa soviética hasta el momento con una franqueza y publicidad desacostrumbradas.

Deutscher trata con vacilaciones y con cierto recelo el problema de los nuevos grupos burócratas, tecnócratas, directores e intelectuales de primer fila, que en algunas obras recientes han sido presentados como una «nueva clase» —una clase que vive, en el sentido marxista del término, de la plusvalía producida por el trabajador, y que constituye una clase explotadora—. La existencia en la Unión Soviética de esos estratos materialmente privilegiados es clara y manifiesta. Por otra parte, no parece que sean lo suficientemente uniformes para desarrollar los estrechos vínculos de intereses e ideas comunes que constituyen la base fundamental de la «clase», ni que tengan la intención ni la posibilidad de actuar dentro de la política soviética en cuanto grupo de presión. Deutscher deriva su peculiar naturaleza, propia, a la vez que distinta, de la de la clase, de dos rasgos específicos. Disfruta de privilegios de consumo, no de acumulación; no pueden adquirir la propiedad de los medios de producción ni convertirse en capitalistas o miembros de una burguesía en el sentido marxista del término. La consecuencia es que el grupo ni se perpetúa ni puede hacerlo. Carece de propiedad adquirida por herencia y ve su situación desarticulada y modificada de una generación a otra. La sociedad soviética seguirá siendo revolucionaria en tanto que mantenga su fluidez.

En parte, lo mismo cabe aducir respecto al problema de la igualdad en la moderna sociedad industrial. Marx, que analizó el mundo contemporáneo sirviéndose de categorías de pensamiento hegelianas profundamente arraigadas, creía que lo que él llamaba «trabajo humano abstracto» había sido desnaturalizado por la división del trabajo, instrumento característico del capitalismo, y convertido en objeto de explotación. El mal fundamental residía en la división del trabajo; sólo cuando se superase esta situación el trabajador ya no aparecería como un objeto, sino como un individuo con plenos derechos. Esto, a su vez, no sólo aparejaría la desaparición de las diferencias entre el trabajador urbano y el agrícola (el campesino era ya bajo el capitalismo una clase agonizante), sino también entre el trabajo físico y el mental, entre el cerebro y el músculo. Esas ideas estaban enraizadas en el pensamiento marxista y hallaron su expresión en la visión de Lenin (en *Estado y Revolución*), consistente en que las tareas de

gobierno, ahora simplificadas, serían desempeñadas rotativamente por simples obreros, y en los tempranos ensayos de control obrero de las fábricas, después del triunfo de la revolución.

Parece que Marx estaba convencido de que el desarrollo técnico e industrial conduciría a una mayor uniformidad, y no a una posterior diversificación del trabajo; y es verdad que bajo las actuales condiciones puede encontrarse una cierta tendencia a difuminarse y desaparecer la línea divisoria entre trabajo cualificado y no cualificado. Pero el principal fenómeno de las industrias modernas más avanzadas ha consistido en reclamar la creación de una numerosa élite de personal dirigente, científicos y técnicos cualificados, claramente destacada de la masa de trabajadores parcialmente cualificados y sin especializar, que seguirán siendo, en un futuro previsible, la inmensa mayoría de la fuerza de trabajo. Lenin no dejó de aconsejar la necesidad de una élite política cuando reflexionaba sobre la organización y el funcionamiento del partido; tras la revolución se puso a defender abiertamente una «dirección unipersonal» de las fábricas. En los años 1930, Stalin hizo gala de su acostumbrada muestra de cinismo denunciando la «nivelación» como un prejuicio burgués. Pero había señalado un problema real, problema que no se circunscribía en absoluto a la Unión Soviética.

Las revoluciones difícilmente llevan a la práctica las visiones utópicas que las inspiraron. Cabe decir que una socidad que carece de utopía a la que volver los ojos se halla en estado de decadencia. Pero escudriñar el futuro es, como Marx sabía, una labor muy arriesgada; es más fácil analizar con sus propias utopías acerca de la Revolución rusa. Cuando trata la utopía de la Libertad, se limita a edificarla con las piedras del pasado. La Unión Soviética, cuya revolución comprendía tantos elementos burgueses como proletarios, todavía tenía que llegar a alcanzar los viejos «programas liberales burgueses»: «Necesita obtener el control de su Gobierno y transformar el Estado... en un instrumento de la voluntad e intereses de la nación expresada democráticamente. Necesita, en primer término, restablecer la libertad de expresión y asociación». Pero la utopía de la Igualdad, de una sociedad sin clases ni Estado, es más intangible y más difícil de definir o describir. Deutscher acaba su capítulo sobre la

estructura social de la URSS con la reflexión de que el aumento de la segunda enseñanza crea una *intelligentsia* en mayor proporción de la que las ocupaciones no manuales y las universitarias pueden absorber, y que el consiguiente aumento de unos estratos instruidos de la clase trabajadora presionará intensamente sobre los altos estratos de burócratas dirigentes. Puede ser que esas presiones acaben imponiendo una mayor igualdad de *status* entre los trabajadores manuales y no manuales, tal como ha ocurrido en algunos países occidentales. Ninguna sociedad adelantada es capaz, dentro de un futuro previsible, de renunciar en principio al ideal de igualdad. Pero un gran signo de interrogación pende sobre la cuestión de cómo va a llevarse a efecto —o incluso definirse— en la sociedad industrial moderna la igualdad.

Las relaciones de la URSS con el mundo exterior son un tema de apasionante interés que ha atraído lógicamente más atención en el extranjero que cualquier otro aspecto de la política soviética. En este punto, sin duda por razones de espacio, Deutscher presenta un cuadro un tanto simplificado. Comienza apuntando que todos los marxistas ortodoxos, incluyendo a los primeros líderes bolcheviques, esperaban con impaciencia que la revolución socialista se convirtiera en un hecho internacional, y cita, en efecto, la denuncia de Engels de la estrechez de miras de los socialistas, que creían que su propia nación era la destinada a conseguir la victoria del socialismo merced a sus únicos esfuerzos. La creencia en el carácter internacional de la revolución fue firmemente sostenida e inculcada por Lenin hasta el momento de su muerte.

Luego, a mediados de los años veinte, Stalin y Bujarin, con la oposición de Trotsky, Kamenev y Zinoviev, propugnaron la célebre doctrina del socialismo en un solo país. Esto condujo a la confusión de los intereses del socialismo con el interés nacional ruso. En la búsqueda de la seguridad nacional, Stalin puso sordina a la causa de la revolución socialista en los demás países, amordazó y disolvió finalmente el Komintern, e incurrió en los mayores desaguisados para aislar su país de la intervención en los conflictos extranjeros. De aquí la negativa a permitir a los comunistas alemanes la colaboración con el partido socialdemócrata en la resistencia al ascenso de Hitler; de aquí el pacto

germano-soviético de 1939, la aceptación en 1945 de la partición de Europa en zonas de influencia, y la ausencia de apoyo a los comunistas chinos contra Chiang Kai-chek hasta el momento mismo en que lograron la victoria por sus propios medios. Todos éstos fueron lamentables ejemplos de la subordinación de los intereses del socialismo y la revolución mundial a una *Realpolitik*, mezquinamente concebida. No es extraño que por regla general los socialistas de los otros países se predispusieran en contra de la Unión Soviética.

Hasta aquí el cuadro es perfecto. Pero no logra, quizás, hacer justicia al dilema ante el que se encontraron en un principio, y todavía hoy, los que elaboraron la política exterior soviética. En el período de Brets-Litovsk, Lenin hubo de hacer frente a la acusación formulada por sus partidarios más idealistas de sacrificar la verdadera causa socialista al buscar un acuerdo con una potencia imperialista, y se defendió aduciendo la necesidad de salvar la revolución socialista en el único país en donde se había realizado. En el acuerdo comercial con Gran Bretaña en 1921 y en la conferencia de Génova del siguiente año, Lenin se mostró dispuesto a buscar la coexistencia pacífica con las potencias occidentales recurriendo a la promesa, tácita o expresa, de renunciar a la propaganda soviética en pro de la revolución mundial. Es cierto que mientras Lenin se había simplemente acercado a la barrera, Stalin saltó por encima de ella. Pero la barrera estaba allí y era imposible permanecer siempre al margen. Aunque Stalin podía argüir que Lenin había al menos marcado el rumbo.

La historia de la década de los treinta se refiere forzosamente en nuestro días partiendo de la ya conocida experiencia de 1939 y años posteriors. Deutscher advierte, al parecer con cierta sorpresa, que, a pesar de la desestalinización, el pacto germano-soviético nunca había sido condenado al oprobio. La razón es clara. Nada más fácil que condenar a Stalin por la firma del pacto. Pero ¿sobre qué bases se hace la condena? ¿Estaba equivocado Stalin al llegar a un acuerdo con Hitler porque se decantó por la peor parte? ¿O se equivocó por llegar a un entendimiento con una potencia imperialista? En otras palabras, ¿alcanza la condena a la política Litvinov de mediados de los años treinta, la entrada en la

Liga de las Naciones, el apoyo al tratado de Versalles, el pacto franco-soviético y las instrucciones a los comunistas de Europa occidental para que actuaran de acuerdo con la política de frente unido? Deutscher no fija muy claramente su posición. Pero una despectiva referencia ocasional el frente popular en Francia parece suponer una crítica a todas esas directrices.

Es ésta en verdad la única posición congruente con la incondicional creencia en un socialismo internacional por encima de los intereses nacionales; y éste es, por supuesto, el fundamento de los anatemas que Mao Tse-tung lanza en la actualidad a los dirigentes soviéticos. Pero ¿pueden los líderes soviéticos, incluso hoy, escapar al problema ante el que se hallaba Lenin de defender la revolución socialista en su propio país? Sin duda se vienen oyendo voces en los debates internos de Moscú de la presente hora preguntando si era realmente necesario que Kosygin se sentara a charlar en amistosa conferencia con el presidente Johnson, el archicapitalista, cuando podía dedicar todas sus energías a impulsar la causa revolucionaria en el Extremo o Medio Oriente. ¿Pero es ésta una postura realista? Todo parece indicar que Kosygin hace cuanto puede por volver a la posición expectante adoptada por Lenin en los años veinte, una postura muy familiar a políticos y diplomáticos de cualquier especie, aunque acaso difícil de conciliar con una rigurosa adhesión a principios revolucionarios.

El penúltimo capítulo de la obra de Deutscher está dedicado a un esclarecedor análisis de las relaciones chino-soviéticas, en el que muestra también a Mao Tse-tung nadando entre las aguas políticas del socialismo internacional y de la autosuficiencia nacional, y le declara responsable de haber seguido con Indonesia la misma extraviada línea estalinista de contención de los comunistas locales sobre la base de los supuestos intereses de amistad con el régimen de Sukarno, y que llevó a resultados igualmente desastrosos. En el último capítulo vuelve a referirse a la importancia de la Revolución rusa para el mundo occidental. No está de acuerdo con la teoría de la evolución gradual y casi imperceptible de nuestras modernas economías capitalistas hacia el socialismo.

Lo cierto es que, a pesar de todas las innovaciones keynesianas, nuestro proceso productivo, tan ampliamente socializado en muchos aspectos, todavia no se controla socialmente... La prueba reside en si nuestra sociedad puede controlar y disponer de sus recursos y energías con fines constructivos y para su propio bienestar general... Hasta el momento nuestras sociedad ha fracasado en este intento. Nuestros gobiernos han impedido los derrumbamientos y depresiones planificando para la destrucción y la muerte más que para la vida y el bienestar.

Apenas si cabe consolarse con el panorama de un «jaque-mate indefinidamente mantenido y garantizado con un perpetuo equilibrio de fuerzas nucleares disuasorias». El fantástico progreso conseguido por la atrasada Rusia durante los pasados cincuenta años, en medio de las condiciones más adversas, señala el camino de lo que las naciones occidentales podrían lograr poniendo en práctica «el gran principio de una nueva organización social». Con esta elocuente y bien defendida apelación, Deutscher pone fin a lo que por todos conceptos constituye un libro extraornario, magistral.

ISAAC DEUTSCHER: IN MEMORIAM

La súbita y prematura muerte de Isaac Deutscher, acaecida el 19 de agosto de 1967 a la edad de sesenta años, supuso un trágico golpe para el campo de la erudición. Sobrevenida menos de seis meses después de haber completado sus memorables conferencias trevelianas sobre *Cincuenta años de revolución rusa,* habrá producido un impacto extraordinariamente doloroso en muchos miembros de esta Universidad, en donde todavía se recuerdan lo concurrido y entusiasta de su audiencia en la sala de conferencias de Mill Lane, integrada en su mayor parte por personas que aún no habían concluido sus estudios universitario. Las conferencias fueron una sólida exposición que no debía su gran atractivo a ningún elemento de artificio o sensacionalismo, sino a su paciente y elaborado análisis de los acontecimeintos, cuya inmensa significación para el mundo contemporáneo es bien conocida de todos, pero que apenas halla eco en nuestra actual enseñanza unversitaria. Nadie que oyese las conferencias podría dudar de la amplitud y la profundidad de la erudición de Isaac Deutscher o del equilibrio y humanidad de sus juicios. Su aproximación al tema era agudamente crítica y extraordinariamente cálida, tan ajena al espíritu de elogios y adulaciones oficiales, como al de mordaz hostilidad aún característica de algunos escritos occidentales sobre la revolución. Las conferencias, publicadas en junio de 1967 con el título *La revolución inconclusa,* fueron su última obra.

Deutscher fue un marxista convencido y comprometido. Llegó muy tempranamente al marxismo como reacción a un ambiente rabínico judío. Admirador de Lenin, nunca fue estalinista ni por asomo. Fue partidario de Trotsky sólo en el sentido formal de que rompió con el Partido Comunista polaco a mediados de los años viente a causa del trato intolerante y brutal a que Stalin y la mayoría del partido sometieron a Trotsky; como los lectores de su biografía de Trotsky saben, su admiración por su héroe se veía atemperada por críticas y reparos sobre muchos puntos centrales. Deutscher se nutre del marxismo y, al igual que el propio Marx, del humanismo de la Ilustración. De estas dos fuentes extrajo su fe en el progreso y su optimismo sobre los destinos futuros de la raza humana, que no habrían causado extrañeza en la Inglaterra del siglo XIX, pero que en ocasiones le expusieron a jocosos comentarios por parte del más cínico y pesimista mundo occidental de hoy. Ningún cargo se achacó con más frecuencia a sus escritos periodísticos que el de un optimismo excesivo.

Las obras por las que su nombre perdurará son su biografía de Stalin en un volumen publicada en 1941, y los tres volúmenes de su biografía de Trotsky, publicada entre 1954 y 1963. Esta última debe seguramente figurar como la biografía histórica más sobresaliente de nuestra época. El abordar la historia por medio de la biografía parece en ocasiones un fácil recurso, revelándose por contra ingrato más a menudo de lo que parece. Pero el marxismo de Deutscher le proporcionaba una profunda e ininterrumpida conciencia del proceso histórico a un estudio de los caracteres psicológicos de los personajes. Cuando Deutscher escribía la biografía, su tema era la historia vista a través de las acciones de los individuos. Sus dos biografías principales proporcionan vividos e inolviadables retratos de Stalin, y, más especialmente, de Trotsky. Pero también forman parte —y en verdad nada despreciable— de la historia de la Revolución rusa; y es un motivo de orgullo y satisfacción que esta universidad le haya permitido, pocos meses antes de que su vida se viera trágicamente truncada, la oportunidad y la tribuna para el balance de los logros de la revolución, de sus grandezas y de sus miserias. *La revolución inconclusa* constituye juntamente, con las dos biografías, un gran monumento a su memoria. Es triste pensar que en un terreno

histórico en donde son tan poco corrientes la erudicción y el juicio equilibrado, nos hayamos visto privados tan tempranamente de un estudioso tan excepcionalmente dotado de ambos.

Indice